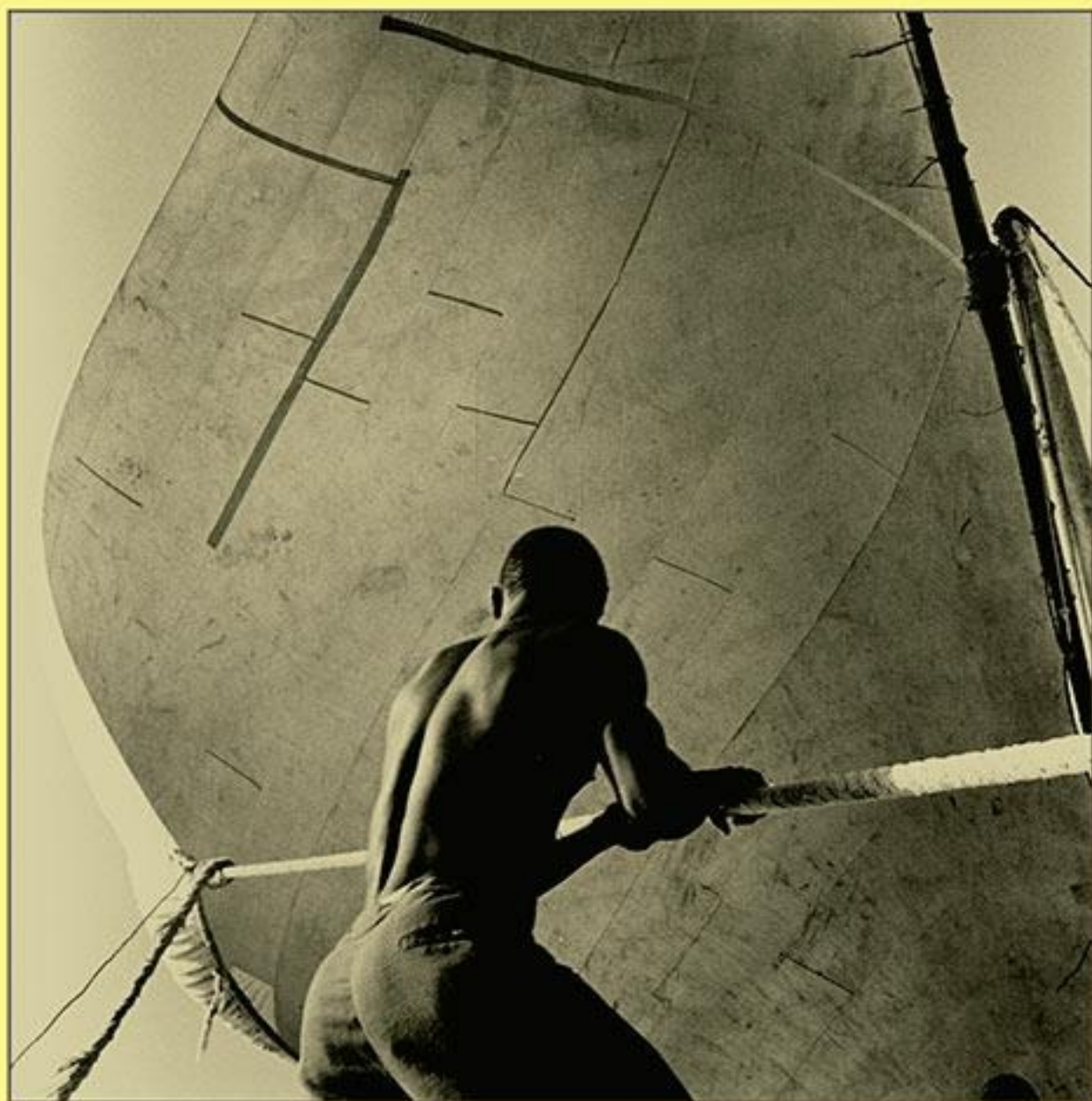


PATRICK DEVILLE

Ecuadoria



Lectulandia

El autor de la fascinante «Peste & Cólera» nos brinda una epopeya coral que arranca con la controvertida inauguración en el año 2009 de un faraónico mausoleo consagrado a los restos del conde franco-italiano Pierre Savorgnan de Brazza, fundador de la capital congoleña, Brazzaville, en 1840. El relato fluye siguiendo el curso de los ríos Ogooué y Congo, en una apasionante aventura literaria que abarca dos siglos de historia: desde 1872, cuando Brazza abre la vía de colonización del África ecuatorial que transitan los personajes de la novela, hasta la actualidad. Deville nos seduce con un viaje al corazón de las tinieblas, que transcurre en el mismo lugar y tiempo en que nacerá el relato conradiano, el Congo colonial de fines del siglo XIX, a la vez que nos muestra la sombría huella de la historia de las colonias africanas en el siglo XXI.

El autor tiñe de lúcido humor y autoironía la historia de aquellos hombres que «fueron capaces de soñar que eran más grandes que ellos mismos, sembraron el desorden y la desolación a su alrededor, cubriendo sus empresas aventureras con el manto de las ideologías de su tiempo, apropiándose de aquella que podían llevar como una antorcha». Pocos escritores consiguen como Deville estar a la altura de los grandes clásicos siendo al mismo tiempo furiosamente contemporáneos.

Lectulandia

Patrick Deville

Ecuatoria

ePub r1.0

Titivillus 03.12.2017

Título original: *Equatoria*
Patrick Deville, 2009
Traducción: José Manuel Fajardo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Brazza y a otros héroes como él, traidores e indecisos

Eso es el exilio, el extrañamiento, esa inexorable observación de la existencia tal y como es en realidad, durante largas horas de lucidez excepcionales en el devenir del tiempo humano, mediante la cual uno va perdiendo las costumbres del país precedente sin que otras, las nuevas, hayan conseguido todavía terminar de embrutecerle.

CÉLINE

En Gabón

EN PORT-GENTIL

El lunes 2 de enero de 2006 la atmósfera resulta sorprendentemente clara y luminosa sobre el cabo Lopez, en la desembocadura del río Ogooué. La marea está baja. Hay avocetas que corren elegantemente sobre el espejo del limo en busca de moluscos y de otros diminutos restos, que parecen encantarles. A lo lejos se ven las maniobras de carga de los petroleros. Las rojas líneas de flotación se hunden, a medida que van llenándose las cubas, en las aguas intensamente azules de la terminal de Sogara.

Brazza sigue reposando en su tumba argelina.

Las dificultades —tanto arquitectónicas como diplomáticas— no paran de retrasar la construcción de su mausoleo a orillas del río Congo.

Hay materiales de perforación desechados o en desuso invadidos por la hierba. Algunos cocoteros. Atardece frente al Atlántico Sur, en la terraza de un establecimiento mediocre y barato que disfruta del privilegio, seguramente pasajero, de carecer de cualquier tipo de aparato musical. Lo regenta una muchacha tocada con un turbante, que permanece sentada muy derecha detrás de la caja registradora. Blande como un cetro una de esas raquetas eléctricas antimosquitos que están de moda en Gabón. Las alas chamuscadas y el cortocircuito provocan el chasquido de un destello violeta. Abro *L'Union*, el periódico gabonés puesto a disposición de los clientes.

Éste hace saber a los lectores que el presidente de la República Francesa, después de desear lo mejor a la nación para 2006, acaba de anunciar la retirada de un texto más bien idiota, una enmienda que proclamaba el papel positivo jugado en el pasado por Francia en los territorios de ultramar. Dicha enmienda, considerada una apología del colonialismo, lleva casi un año haciendo ruido en el África francófona.

La princesa desenrosca el mango de su raqueta y alinea las pilas sobre el mostrador, señal del inminente cierre del establecimiento.

A mi llegada al Hotel Hironnelle, encuentro un mensaje de Siciliano-Ko. Va a

entregar su carga de troncos en el puerto maderero y a esperar la marea. Pasará la noche sobre la balsa, en medio del río. Tomaremos la piragua mañana. Me pide que le compre pan, plátanos y un cartón de cigarrillos.

EN LA PRENSA CONGOLEÑA

Está claro que el Congo no considera a Brazza uno de los suyos. Sus cenizas podrán ser devueltas a Francia, a Italia o a Gabón, dentro de cincuenta años, cuando surjan los nuevos congoleños.

EUGÈNE SAMA, profesor adjunto universitario,
La Semaine africaine

CARTAS MARINAS

Aquel a quienes algunos quieren erigir hoy un mausoleo —mientras otros proponen arrojar sus huesos al fondo del río— es un muchacho de diecisiete años demasiado serio, alto y flaco como un huso, que ha sido admitido, pese a su condición de extranjero, en la escuela naval de Brest.

Es un joven romano exiliado en el Finisterre. La familia de Ascanio, su padre, afirma ser descendiente del emperador Severo, y la de su madre dio a Venecia muchos de sus dux. La luz pinta de cobre la ensenada y el casco del *Borda*. Él cierra su libro y se echa en la litera, junto a un tabique que rezuma humedad.

Cinco años antes estaba en la biblioteca de la mansión familiar de Castelgandolfo. A su alrededor, rayos de un sol de otra época en los que baila el polvo, estanterías con los libros de Walter Scott, el amigo de su padre, globos terrestres, mesas enceradas y sus valijas amarradas, al lado de las cuales espera el momento de partir. Él mira las cartas marinas.

Son las de un tío abuelo que, a fines del siglo XVIII, zarpó rumbo a las Indias, la China y el Japón. En las otras salas están los frescos que Ascanio, su padre, pintó al regreso de sus viajes por Grecia, Turquía y Egipto, donde remontó el Nilo hasta el Sudán. Él, Pietro Savorgnan di Brazzà, tiene doce años de edad. Su apellido lleva todavía el acento sobre la *a*. Le encantan los pájaros.

Su preceptor, el padre Paolo, que le obliga a llevar una vida frugal y austera, a tomar clases de latín, de griego y de francés, pero también a practicar el remo y la natación, la astronomía y la ornitología, entra en la habitación acompañado de un amigo de la familia, el capitán de fragata De Montaignac. Las valijas son cargadas, el cochero se sienta, la grava cruje bajo las pezuñas y bajo las ruedas ceñidas de hierro. Brazzà abandona Roma rumbo al colegio de los jesuitas de la calle des Postes, en París. Quiere ser marino. Será un héroe.

Un descubridor de ríos.

Pertenece a la última generación de seres humanos para la cual el conjunto de la red hidrográfica del planeta todavía no está cartografiado.

Para los geógrafos, él es quien va a enriquecer la colección *Cauces y afluentes del*

mundo con los ríos Ogooué y Oubangui, y los afluentes Mpassa, Léconi, Léfini, Alima y Sangha.

Para los ornitólogos, él es quien describirá en las mesetas Bateke una golondrina autóctona (*Phedinopsis brazzae*).

Para los historiadores, él es quien, haciendo retroceder ante la proa de su piragua la esclavitud y su trata, traerá en su estela la colonización del Congo.

INVENTAR EL OGOOUÉ

Es una época en la que el blanco de los mapas se funde como nieve al sol. Uno se imagina a los jóvenes que ingresaron en 1868 en la escuela naval de Brest impacientes por escapar de Europa, por recorrer mares y continentes, por oscurecer de tinta ese blanco que se encoge. Sin embargo, necesitarán permanecer cuatro años entre sus muros húmedos y compartir al anochecer sus meditaciones adolescentes. Julien Viaud es uno de los condiscípulos de Savorgnan di Brazzà en el internado. Muy pronto, ambos cambiarán sus apellidos y escogerán el mismo nombre. Uno será Pierre Loti. El otro, Pierre de Brazza.

Con el fin de despertar en estos marinos el gusto por la lejanía, la Royale, la marina de guerra francesa, ha construido con gran perspicacia la escuela en una ciudad completamente gris. Sus miradas se pierden en la línea azulona donde el cielo, bajo la lluvia, se hunde en la ensenada. Julien Viaud escribe a su familia que muchos de ellos piensan en colgarse. Los supervivientes se arrojarán de cabeza a la selva y a las olas.

Aquel de quien el explorador Horn escribirá más tarde que era «un gentleman silencioso como un duque» pide la nacionalidad francesa tras la derrota de 1870. Esos dos marinos, promovidos un año después a aspirantes de primera clase, tienen casi la misma edad que Arthur Rimbaud. De inmediato entra en juego el azar de los destinos. Viaud embarca rumbo a la Polinesia, las islas Marquesas y Tahití. En la ciudad de Arles, Van Gogh y Gauguin leerán *La boda de Loti* y soñarán con otros lugares. Van Gogh escribirá: «Puedo imaginarme perfectamente que un pintor de hoy haga algo como lo que se esboza en el libro de Pierre Loti».

Sin embargo, es Gauguin quien se fugará a las islas Marquesas siguiendo sus pasos.

En el mismo año de 1872 en el que Loti navega por el Pacífico, Brazza embarca a bordo del *Vénus* a las órdenes del almirante Quilio, comandante en jefe de la división naval del Atlántico Sur. Pasará dos años en el mar. Las Américas, El Cabo... Durante

la escala en Gabón, en el 73, se entera de la muerte en Tanganika de David Livingstone, cuyo cuerpo momificado ha sido transportado hasta la costa del océano Índico. Con la locura propia de los sueños de infancia que uno se obstina en perseguir en la edad adulta, el muchacho de veinte años se interna en el estuario de Gabón hacia el Komo, desciende hacia el cabo Lopez y navega en piragua sobre el Ogooué hasta la aldea de Angola. Quiere hundirse en el corazón de África. Ser un nuevo Livingstone.

EN EL OGOOUÉ

Siciliano-Ko no es siciliano. Es un fang, campeón de kungfú. Debe su apodo a su gusto por la ropa, los zapatos de dos colores y las películas de Al Pacino. Esta mañana lleva una camiseta desgarrada y con manchas de grasa y unos pantalones cortos de tela. Está de muy mal humor porque la piragua que le ha prestado su patrón maderero está equipada con un motor fuera borda de cilindrada tan débil que tenemos escasas posibilidades de llegar a Lambaréné antes de la noche. Cargamos los dos repuestos de carburante, el pan y las bananas, y nos alejamos del pontón de Port-Gentil.

Durante muchos años, Siciliano-Ko fue un reputado *discjockey* que se disputaban los clubs nocturnos de Libreville. Al acercarse a los treinta y en el preciso momento en que apareció la moda del *coupé-décalé*^[1], aunque quizá no exista relación entre ambos hechos, abandonó la capital y la vida nocturna para regresar a su aldea a orillas del Ogooué. Hoy día vive de la pesca con red y del comercio fluvial, y completa sus ingresos enrolándose en los convoyes de troncos. Dos días y dos noches, desde Lambaréné, en los cuales duerme y come sobre la almadía uncida a remolcadores diésel. Son troncos de ocume o de teca, de entre un metro y un metro y ochenta centímetros de diámetro cada uno, unidos en grupos de cincuenta por cables de acero, que hay que guiar en medio de la corriente. Durante la noche, se encienden fuegos para que una cuarta parte de los hombres vigile los árboles muertos que van a la deriva. El alcohol está prohibido a bordo, me previene, por si hubiera pensado en enrolarme. Esa precaución evita en la mayoría de las ocasiones resbalar sobre la madera húmeda y caer al río o dejarse triturar un pie entre dos cilindros de varias toneladas.

El cauce principal es ancho y la piragua se ve minúscula allí en medio, bajo el sol. De uno y otro lado, grandes masas de árboles se reflejan sobre las aguas amarillas y enlodadas, troncos altos y rosados de ceibas que se mantienen en equilibrio gracias a sus contrafuertes y levantan al cielo su maraña de lianas y plantas epifitas, su teatro

de monos chillones y de turacos. Al acercarse al océano, después de más de mil kilómetros de rojiza y serena majestuosidad en pleno corazón de la selva esmeralda, y de rápidos tumultuosos, el Ogooué se desparrama, se fatiga, se hace lento y se pierde en una multitud de prados húmedos, canales muertos, manglares y lagunas, sin formar nunca un estuario. Durante siglos, los orungus, sacando partido de semejante laberinto acuático, consiguieron ocultar a los traficantes de esclavos instalados en la costa la existencia de un río de más de mil kilómetros.

Sobre una isla se ve una aldea de pescadores al abrigo de los mangos, un pontón hacia el que se dirige Siciliano-Ko. Algunas piraguas están descargando delante de tenderetes donde se intercambian carnes de la floresta y pescados del río. En los estantes hay bombillas y pilas eléctricas, sal, cerveza, botas, tarjetas telefónicas Celtel. En un cobertizo herrumbroso están los bidones de gasoil y de gasolina. Aparte de esta tienda de subsistencia y del transporte de la madera flotante, el Ogooué está muy lejos de haber alcanzado el tráfico comercial que imaginaron para él sus primeros navegantes.

Brazza no es un hombre que se deje engañar. En cinco años y dos expediciones, abriendo ruta hacia el este y las tierras incógnitas, remonta el Ogooué hasta el Mpassa, atraviesa las mesetas Bateke y la línea divisoria de las cuencas, y desciende el Léfini hasta el río Congo, en cuya orilla funda el puesto que se convertirá en Brazzaville. En el caso del Ogooué, la proeza resulta inútil. El río regresa al secreto de sus junglas y de sus cataratas infranqueables. Sólo volverá a ser remontado hasta Ndjolé por los traficantes de marfil, los cazadores de panteras y los misioneros cristianos.

A principios del siglo xx, algunos barcos de cabotaje abastecen desde Port-Gentil a las explotaciones forestales y a las misiones diseminadas: el *Mandji*, de la compañía Chargeurs Réunis, luego el *Fadji* y el *Dimboko* (en primera, literas; en segunda, mecedoras). Algunos años después de la prematura muerte de Brazza, una pareja remonta el Ogooué a bordo del vapor de ruedas *Alembé*. Es la primavera de 1913, el 15 de abril. El hombre, de gran estatura, lleva bigote, casco colonial y un traje blanco. La mujer, una falda blanca y un casco colonial. Son los primeros en remontar el Ogooué con un piano.

LA PAREJA DEL PIANO

La navegación es lenta y el vapor confortable. El alto y bigotudo blanco, sentado en el puente, llena las páginas de su cuaderno de viaje. Agua y selva virgen. El ancho río de Brazza. La enorme maraña de raíces cubiertas de lianas que se adentra en la corriente. Y el vuelo de los pájaros.

Tres semanas antes, el día de Viernes Santo, la pareja había abandonado su pueblo de los Vosgos rumbo a París, fue a escuchar los órganos de Pascua en la iglesia de Saint-Sulpice, descendió en tren hasta Pauillac, donde atracan los paquebotes que van al Congo, y embarcó a bordo del *Europe* con setenta baúles y un piano.

Hacen escala en Tenerife, descubren África en Dakar y siguen hacia Douala. En la escala en Port-Gentil, embarcan con destino a Lambaréné en el *Alembé*, un vapor aún más lento que esta piragua nuestra contra la que echa pestes el Siciliano, y el alto y bigotudo blanco termina así su diario del 15 de abril de 1913: «Después de medianoche, el vapor echa el ancla en un remanso tranquilo. Los pasajeros se meten bajo los mosquiteros. Muchos duermen en los camarotes, otros en el comedor, encima de las banquetas bajo las que se guardan las sacas postales».

Probablemente hace mucho tiempo que no navega sobre el Ogooué una embarcación tan imponente como el *Alembé*. Tan sólo una carraca desvencijada, a la que frecuentemente hay que carenar, asegura en teoría el trayecto. El Siciliano reduce el ritmo del motor y señala con el dedo el horizonte negro y gris. Lluve sobre nuestro destino, al que no llegaremos antes de la noche. Extendemos la lona impermeable sobre nuestros sacos, sobre la comida y el carburante, encendemos un último cigarrillo y seguimos marcha hacia el aguacero, que enseguida acribilla las aguas.

El Siciliano acerca la piragua a la orilla en busca de un poco de abrigo bajo su espesura. Una balsa de troncos azotada por la lluvia, sobre la cual los hombres han tendido toldos, se desliza cómodamente. El río está oscuro bajo un cielo sombrío

contra el que se recorta, negra, la silueta de la floresta. La hélice se engancha en esponjosas aglomeraciones vegetales de las que se eleva un vuelo de insectos. La noche ha caído en el momento en que llegábamos al embarcadero del mercado de Lambaréné, bajo un pilar del puente descargamos nuestros sacos y damos vuelta a la piragua. Llevamos el motor fuera borda al bodegón de enfrente, en cuya entrada se ve su nombre pintado a mano en azul sobre un tablón: La Joie du Peuple au Port.

EN LAMBARÉNÉ

El humanismo es el componente esencial de la verdadera civilización. Por eso la obra de Brazza es importante. La Historia le ha encargado transmitir un mensaje para nuestro tiempo. Dejémosle que nos emocione y eduque.

ALBERT SCHWEITZER

Desde el amanecer de la mañana siguiente, el fogonero arroja leños a la caldera y pone en marcha el vapor. Los pasajeros se despiertan con el roce de la cadena del ancla en el escobén, después se oye el batir regular de las palas de las ruedas contra el agua verde del río. Y el griterío matinal de los loros y los cálaos. Unas horas más tarde, el *Alembé* tiene a la vista la isla de Lambaréné.

La importante villa ha abandonado hoy su posición defensiva en medio del río, al construir un puente hacia la orilla derecha, en la que se alza la iglesia católica de San Francisco Javier, y otro hacia la izquierda, allí donde la modesta misión protestante intentaba entonces, en 1913, no ser devorada por la selva virgen. Para llegar a ella era necesario viajar en piragua desde el puerto de la isla. Los dos blancos vestidos de blanco, tocados con cascos blancos, se sientan muy tiesos en medio de los remeros. Desde el río, les señalan a lo lejos, sobre un montículo, una porción de terreno desarbolado y la casa que les aguarda. Tiene muros de listones y descansa sobre cuarenta pilotes de hierro. Una veranda de bambú discurre en torno a las cuatro habitaciones. Abajo está el brazo del río, que se ensancha en algunos tramos formando un lago. Alrededor, la selva. En la lejanía, las montañas azules. Aunque francófono, el admirador del italiano Brazza es alsaciano, por lo tanto alemán. Pronto se dará cuenta de ello.

Schweitzer se pone manos a la obra, transforma un gallinero en gabinete de consulta, traza sobre el suelo los planos del cobertizo que será su hospital, comienza a reclutar jornaleros, combate los insectos y soporta el calor. En su mesa, la comida, por la que de todos modos da gracias a Dios, se limita a los peces del río y a la letanía de las bananas y la yuca. Poco a poco, va acomodando el contenido de los setenta baúles que se apilan sobre el embarcadero: su material médico y la biblioteca. «El transporte de mi piano con pedales de órgano, construido especialmente para el trópico, me preocupa mucho. La sociedad Jean-Sébastien Bach de París, de la que fui organista durante años, me lo había regalado para que pudiera seguir practicando. ¿Qué tronco de árbol ahuecado podría transportar ese instrumento con su pesada caja forrada de zinc? Por fortuna, el responsable de una factoría tuvo a bien prestarme una

piragua adecuada, construida a base de un tronco enorme y capaz de llevar tres toneladas; hubiera podido cargar allí cinco pianos».

La humedad del trópico se ha adueñado del instrumento en menos de un siglo. Los paneles de madera se han combado, la marquetería está despegada, las bisagras, desencajadas y oxidadas. El piano reposa junto a un muro encalado, en lo que fue el primer pabellón del hospital, pegajoso como si hubiera sido ensalivado, tragado y regurgitado por una boa; y, sin embargo, todas las noches durante cincuenta años arrojó a la jungla y a las fieras la inmensa belleza de las fugas y las contrafugas. En la pieza de techumbre de chapa se amontonan los bisturís y las jeringas, las cubetas blancas esmaltadas de ribetes azul marino, el material con el que el blanco alto y bigotudo, arremangado y con el rostro cubierto de sudor, combatía aquí mismo la lepra y el cólera, el pián y la malaria, manejaba la anestesia y de esa manera alcanzaba, contra su fe y su voluntad, el rango de brujo o mago *bwiti*.

Su sucesor, de treinta y cinco o tal vez cuarenta años de edad, de cabello rasurado y camisa de manga corta, deposita dos grandes manojos de llaves sobre una mesa de reuniones de madera oscura. Detrás de él está lo que queda de la biblioteca de Schweitzer, ediciones enmohecidas de Goethe o de Tolstói, entre otros. Y en el antiguo dormitorio han vuelto a colocar algunos efectos personales: gafas y metrónomos, partituras anotadas, y zapatos cuyo número impresiona.

EN CASA DE FOURIER

Desde el primer momento de su desembarco en África, con treinta y ocho años, que no es ya edad para aventuras, Schweitzer se muestra dispuesto a dejarse allí la piel. El coloso de salud de hierro que desciende del vapor, con su hermoso rostro de actor de Hollywood, del género tipo duro, y sus manos grandes de carpintero, es doctor en medicina, filosofía y teología, especializado en Pablo de Tarsos. También es un músico reputado cuyos recitales proveerán de fondos al hospital donde dispensa cuidados gratuitos. Su modelo es tanto Brazza como Livingstone, aquel escocés a la vez explorador, hombre de acción, sabio, misionero, descubridor del río Zambeze y médico, que desapareció durante años en los territorios desconocidos del África central y que, tras ser encontrado al fin por Stanley, escogió permanecer en ellos hasta su muerte.

Es en Port-Gentil, durante el verano de 1914, al descender hasta allí para consultar a un colega, donde Schweitzer se entera de sopetón de que su tumor es inocuo, del atentado de Sarajevo, de la mecánica de las alianzas y de la declaración de guerra. Un agente de una explotación forestal llamado Fourier pone una habitación a su disposición mientras dure su convalecencia. Este acogedor Fourier es nieto del filósofo que teorizó la Armonía Universal y el Falansterio. Schweitzer contempla la playa y el paso de los convoyes de troncos desde la casa, visita el puerto maderero, asiste a la estiba de los cargueros y consagra las veladas nocturnas a discutir con Fourier sobre el socialismo utópico de su abuelo. En el puerto, los hombres embarcan rumbo al frente. Él parte hacia Lambaréné, donde los problemas son de otro orden. Las plantaciones de bananos de las aldeas situadas en la vecindad de la misión, que son las que les aprovisionan de víveres, son continuamente arrasadas por los elefantes. Aparta con el pie algunos racimos de plátanos semipodridos, toma la piragua, se cala el casco y vuelve a la misión. En la terraza de bambú, hojea un ejemplar de *L'Illustration*.

La portada muestra la mirada vacía, entre vendajes, de un heroico Peludo, que es

como se ha empezado a apodar a los soldados. Lleva una medalla en el pecho. Schweitzer, como cada día, baja a fumar su pipa junto al río, observa un madero a la deriva, piensa en la guerra, se pregunta cuánto tiempo les costará a los bananos volver a crecer y, de paso, cuánto tiempo de vida le queda a él (pero su vida va a durar todavía mucho mucho más, por ejemplo, que la de ese tal Louis, el joven héroe del frente). Cae el día. Pronto se ve tan sólo la silueta blanca del alsaciano, de pie a la orilla del río. Como un paisaje renano.

ALBERT & LOUIS

El joven combatiente cubierto de un turbante de vendas que aparece en la portada de *L'Illustration* es hijo de una vendedora de encajes del callejón Choiseul. A los dieciocho años, después de algunos trabajitos de hijo de pobres, se enroló en el ejército por tres años y fue destinado en el 12.º de Coraceros con guarnición en Rambouillet, con el modesto grado de sargento. Por supuesto, eso representaba cama y comida, pero no fue una buena idea. Ahí está, a los veinte años de edad, militar condecorado y con una invalidez del setenta y cinco por ciento. Al menos no verá Verdún. Como héroe anglófilo, se le envía en misión a Inglaterra. Va a Camerún, de donde han sido expulsados los alemanes, se convierte en aventurero al servicio de la compañía del Oubangui-Sangha, contra la cual luchaba Brazza diez años antes, atesora marfil, llega desde la costa hasta la aldea de Bikomimbo, situada a tres semanas de marcha. Allí contraerá el paludismo y la disentería.

Bien que cabría ocuparse de estos dos, si se está interesado por las curiosas vidas de los héroes y los traidores. Albert y Louis podrían representar para nosotros la eterna disputa del ángel y el demonio, como esas parejas que Plutarco se entretenía en juntar para edificarnos. Para ello hace falta que tengan bastantes cosas en común: ellos tienen la medicina y África. Como Brazza y Loti, también quisieron huir de Europa. Sus vidas serán destrozadas por la Historia y por la escritura. Por la tentación del heroísmo. Uno fue un hombre de bien cuyos libros nadie lee. El otro, un genio golpeado por la acusación de indignidad nacional. El primero murió cubierto de honores y gloria, el segundo de plumas y de alquitrán. A ninguno de los dos se le levantará un mausoleo.

Lejos de las explosiones de los obuses, de la promiscuidad de las trincheras, del lodo y de los gases asfixiantes, Albert el alsaciano retoma su sacerdocio en Lambaréné: «Aquí disfruto aún de las ventajas del trabajo en solitario. Consigo una comprensión más simple y más profunda de las obras para órgano de Juan Sebastián

Bach».

En un arranque de idealismo fraternal y a la postre quizá de misantropía, consigue su propia salvación gracias a la ascesis, a la vida reglamentada de un Kant en Königsberg, al trabajo infatigable día y noche, y a la música. Navegando en piragua por el Ogooué, tiene la revelación de *La ética del respeto a la vida*, la doctrina entrecruzada de hinduismo y de cristianismo a la que consagrará el medio siglo que le queda de vida. Internado por un breve tiempo en Francia, hasta el Armisticio, redacta un relato sobre su primera estancia en Lambaréné, *En el linde de la selva virgen*, que publica en 1923, y después regresa a África, a su hospital de campo y a su piano con pedales de órgano.

El soldado del turbante, por su parte, abandona África. Es un culo de mal asiento y ningún lugar en la tierra logrará nunca calmarlo. Lo encontramos como médico en Génova. Pasará una temporada en Liverpool, después en Canadá, en Estados Unidos, en Cuba. Padece insomnio y pasa las noches escribiendo. Cuenta su guerra, sus viajes, garrapatea sus cosas, y en 1932 dinamita el arte del relato. Y helo ahí, de pronto mucho más célebre que el olvidado Albert en su río de cocodrilos. El libro es adulado por antimilitarista y anticolonialista. Más aún, constituye un homenaje al Zola defensor del capitán Dreyfus. Siempre se adula por las malas razones. *Viaje al fin de la noche* se traduce al ruso. A Céline no le gusta que le feliciten, le recuerda la medalla militar y el agujero en la cabeza. Va a Moscú para apostar sus rublos no convertibles. Cuando ya no le queda nada, larga velas, deja su saco sobre el puente y mira la costa que va perdiéndose más allá de la estela. Se enrola como médico en el paquebote que une Burdeos y Terranova, vuelve a vivir en casa de su madre, compone panfletos antisemitas delirantes. De nuevo la guerra, el éxodo. Se embarca en el paquebote que va de Marsella a Casablanca. Uno lo imagina vestido de blanco y con un pitillo en los labios, un cuervo alto y flaco sentado al piano de Rick's, el café americano de Bogart. *Play it again, Louis*. El paquebote se va a pique. Él se enfunda una bata blanca y consigue un dispensario en el arrabal parisino de Bezons.

También Albert pasará la Segunda Guerra Mundial en su hospital. Los dos conocen el estupor que se lee en la mirada de los hombres cuando éstos, de golpe, se dan cuenta de que deben sus pensamientos sublimes a un organismo de mamífero amenazado por todas partes y que no tardará en pudrirse. Albert ha regresado al Ogooué y no volverá a moverse de allí hasta su muerte, salvo para algunas giras de conferencias y recitales, la grabación de los discos de Bach y la ceremonia de recepción del Nobel, en Oslo, en 1952. El esmoquin y la pajarita son los mismos que usa en los conciertos de piano. Los viste con la más elegante desenvoltura. Y he aquí a Albert, de pronto mucho más célebre que Louis.

Porque, por su parte, al otro los asuntos no le van demasiado bien en 1952. Hace algunos meses que ha regresado a Francia, cubierto de oprobio y de infamia. Traidor a su patria. Conocemos las fotografías. Las maneras de la manada y los perros ladrones. Las jaulas de pájaros y el loro africano sobre su percha en Meudon. El

canguelo de un culo inquieto. Sigmaringen^[2]. La travesía de pueblos alemanes machacados por los intensos bombardeos aliados, los incendios, los escombros. La prisión danesa, el hospital. Él sabe perfectamente que tiene que encomendarse a la posteridad. El gran alucinado muere en 1961, un año después de las independencias simultáneas de Camerún, Chad, Congo y Gabón, algo de lo que cabe imaginar que se preocupaba bien poco.

EL PELÍCANO PARSIFAL

Tres años más tarde, la noche del 19 de febrero de 1964, el primer presidente de la República de Gabón, Léon M'Ba, es derrocado por un centenar de golpistas que llevan al presidente hasta la sede de la radio, donde le ordenan anunciar su dimisión voluntaria. Después, no sabiendo qué hacer con su achacoso prisionero, lo envían a Lambaréné y lo ingresan en el hospital de Schweitzer.

¿Qué conversaciones mantendrán, bajo la mirada de los militares facciosos, el anciano médico Nobel y el presidente derribado que teme por su vida? Están sentados en los sillones de bambú de la terraza y miran el río. Como cada día, llueve sobre la chapa y sobre las palmas. Hablan lentamente, de política o de historia, tal vez de Brazza, de quien evocan las nueve piraguas de morro puntiagudo, allí mismo, sobre el río, decenas de años atrás... Brazza que sale de Lambaréné hacia Lopé, acompañado del viejo rey ciego Rénoqué... Schweitzer está al final de su vida. Morirá al año siguiente. Da golpecitos en la cabeza del pelícano que le sigue a todos lados como un perro. No llegan noticias de la capital. Ignoran que los golpistas han abierto las prisiones y los presos se dedican al pillaje. Ignoran que los paracaidistas franceses de Brazzaville saltan sobre el aeropuerto de Libreville. Por la mañana tomarán el palacio, liberarán al director del gabinete presidencial, el joven Albert-Bernard Bongo, y enviarán a la jungla un comando en busca de Léon M'Ba para devolverlo a sus funciones.

El blanco alto de cabellos blancos muere en su hospital en septiembre de 1965, a los noventa años. La tumba está a orillas del río. A las grandes desapariciones como ésta les suele hacer falta una leyenda. Cuentan que su pelícano Parsifal, regalo de un paciente, levantó vuelo de Lambaréné algunos días después de su muerte para no regresar jamás. Se ha interpretado el majestuoso vuelo de aquel gran pájaro blanco como un signo del cielo. Resulta más verosímil imaginar que, en aquellos días de turbación, nadie se tomó la molestia de alimentar al pelícano, que es por naturaleza

un pájaro glotón y poco agradecido.

Al pie del pequeño cementerio, dos niños sonrientes se aproximan a una estaca sobre el limo y liberan la amarra de una piragua para adentrarse en el cauce del río.

BIG & FAT

Me emborrachaba con vino de palma desde los diez años. No tenía otra cosa que hacer en la vida sino beber vino de palma.

AMOS TUTUOLA

La vida nocturna de Lambaréné es de las más escasas. A estas horas, los cafetines del mercado como La Joie du Peuple au Port hace rato que están cerrados con cadenas y la plaza se ve abandonada a perros vagabundos y limpiadores, que se disputan restos de hipopótamo o de cocodrilo. Queda el barrio llamado Bajo-Zaire, denominación clandestina destinada sin duda a hacer estremecer a la buena gente, y a que los fanfarrones saquen pecho. Siciliano-Ko tiene allí sus costumbres.

El Bajo-Zaire es un camino de tierra empapado y empinado, rodeado de bodegones de madera, todos idénticos a primera vista, y depósitos de desechos que la arroyada arrastra serpenteante hasta la orilla del río. Cabe pensar que es mejor no equivocarse de garito, pues dentro de cada uno debe alimentarse un odio salvaje contra alguna banda rival. El 4×4 acaba de estacionar y ya se aproximan dos armarios roperos. El Siciliano baja el cristal de la ventanilla con aires de ministro y estrecha manos. De nuevo justifica su apodo, esta noche lleva una camisa negra satinada y bien abierta, y sobre su torso brilla una cadena de oro.

Los cumplidos continúan, de pie entre el barro. El patrón prepara para nosotros una mesa al aire libre, delante del mostrador iluminado. Hoy no tienen vino de palma, pedimos vino de caña. Con ayuda de un bidón nos sirven a cada uno un tarro de un litro, a quinientos francos CFA. Nuestros dos nuevos amigos son boxeadores y ya están bastante achispados.

El más elocuente, llamémosle Big, es campeón de peso medio. Lleva una gorra roja Nike con la visera hacia atrás y unas finas gafas negras galvanizadas que disimulan sus cejas hundidas. Temiendo que no valoremos en su justa medida su fama planetaria, exhibe un pasaporte rutilante de visados. Ambos han boxeado en Europa y en América. Participaron en los Juegos Olímpicos de Atlanta. El más taciturno, llamémosle Fat, lo confirma con un asentimiento de cabeza. Tiene el cráneo rasurado y se encuadra en la categoría de los pesos pesados, y en la de los silenciosos.

Damos un buen trago cada uno, sosteniendo el tarro con las dos manos. El resto del tiempo, continúa Big, lo pasan en el campo. Montan campamentos, viven de la caza y la pesca. Ellos mismos preparan su vino de palma. Una buena palmera puede

dar para un mes. Se coloca la damajuana justo debajo de la perforación. Hay que desechar el primer jugo, luego hay que mezclarlo con raíces amargas y dejar macerar tres días. Los dos comparten con el Siciliano el gusto por el río y la selva, y denigran como él la ciudad y sus trampas. Han venido a Lambaréné a comprar cartuchos.

A pesar del barullo de nuestra conversación, no se me ha escapado que mi presencia en la mesa parece incomodar mucho a un viejo militar vestido con un uniforme andrajoso que grita en el mostrador, aunque hubiera hecho mejor cerrando la boca porque el patrón le manda que se largue a terminarla a otra parte. El hombre obedece y nadie vuelve a prestarle atención. Le veo alejarse por el camino en busca de un local de mejor clientela, con una bolsa de plástico en la mano, no sin antes propinar de paso una patada a la rueda del 4×4 de cromo rutilante. Sin duda piensa que me pertenece.

EL INVENTARIO DE LA EXPEDICIÓN

El embarcadero es un pontón oscilante situado al final de la pista. No se ve ningún transbordador. Sin embargo, me han asegurado que existe uno, probablemente se trata de una barca chata, según la descripción que me dan unos hombres cargados de bártulos que están sentados en grupo sobre un tronco y a los cuales una mujer, cargada por su parte de hijos, vende cervezas Regab para que las beban a morro.

Ninguna isla divide el cauce del río. Aquí, sobrepasada la punta Fétiche, uno se imagina el paso de las nueve piraguas de Brazza, a quien acompaña el viejo rey ciego Rénoqué. Por fin han abandonado Lambaréné y siguen los meandros del Ogooué hasta Lopé, donde Brazza permanecerá bloqueado junto a su pequeña tropa durante largos meses, construirá un campamento y llevará a cabo expediciones terrestres por el país de los fangs para asegurarse su apoyo.

Aventurándose en la curva del río, se ve una cabaña de madera sobre unos pilotes, con las terrazas invadidas por los monos. En la penumbra, al fondo, hay una mesa y tarros repletos de polvos de colores, raíces de iboga, fetos de animales desconocidos y reptiles disecados. Pájaros, herbarios y mapas. El naturalista Alfred Marche. Del otro lado del claro, en el cobertizo que acaban de levantar, se apila un material cuyo inventario conozco. Nueve toneladas de las que seiscientos kilos son de sal. El resto son telas, sextantes, horizontes artificiales, compases de embarcación, barómetros aneroides, termómetros, cronómetros, ganchos, cabos, bicheros, martillos, hachas, sierras, mochilas, fusiles y cartuchos, bengalas de señalización, revólveres, bizcochos, arroz, café, azúcar, sardinas en aceite, aguardiente, chocolate, polvo de quinina, sulfato de morfina, alcanfor, paños para cataplasmas, apósitos y vendajes. Porque son de esperar contrariedades y desolladuras.

La tropa que conduce Brazza, un muchacho de veintitrés años, la integran cinco intérpretes, trece marineros senegaleses, un médico —el jovencísimo doctor Ballay—, el naturalista Alfred Marche y el contraestre Victor Hamon, que navegaba con él a bordo del *Vénus*. A su llegada a Lopé encuentran al explorador Oskar Lenz, que

lleva más de un año bloqueado allí.

Lopé es un lugar habitualmente desierto. Una vez al año, durante el mes de febrero, los inengas y los galoas se dan cita allí para llevar a cabo su mercado de esclavos con los okandas. Una vez acordadas las transacciones, abandonan el campamento.

Brazza llega en las fechas del mercado y compra dieciocho esclavos, a los que libera enseguida:

En esta circunstancia, me pareció útil reafirmar con cierta pompa las prerrogativas de nuestro pabellón. Este acto, realizado en presencia de tantas tribus reunidas, debía producir a la larga un considerable efecto en todas aquellas regiones.

«Mirad», les dije, mostrándoles el mástil en el que izábamos nuestros colores, «todos aquellos que toquen nuestro pabellón serán libres, porque no reconocemos a nadie el derecho a retener a un hombre como esclavo».

A medida que lo iban tocando, las horcas caían de los cuellos y se rompían las trabas de los pies, mientras mis marineros senegaleses presentaban armas a la bandera que, elevándose majestuosamente en el aire, parecía envolver y proteger con sus pliegues a todos los desheredados de la humanidad.

El muchacho de veintitrés años también infunde respeto con sus números de ilusionismo y los fuegos de artificio que lanza durante la noche sobre la selva. Y además es el primer hombre en esa región que posee un Winchester de repetición, abate búfalos y gacelas y reparte sus carnes acompañadas de puñados de sal. También se le ve a veces inmóvil, de pie, con las piernas separadas y la cabeza levantada al cielo, ajustando su sextante y conversando en silencio con el sol y las estrellas. ¿Cómo iban a dejar partir a semejante capitán y sus inagotables tesoros? Cada mes le prometen piraguas que nunca llegan.

EN EL MOTEL ÉQUATEUR

Un surco más profundo, del tamaño de un cráter de obús y relleno de agua rojiza, obliga a una inmovilidad momentánea a vehículos de todo tipo. En torno a él han colocado barriles de petróleo, a modo de mostrador. Siciliano-Ko compra dos botellas de plástico llenas de vino de palma. Hay varas de las que penden pescados. Pequeños monos muertos están colgados de las colas en las ramas más bajas. A veces salen mujeres de la selva, como si atravesaran una muralla de agua verde.

Unos kilómetros antes de cruzar la línea ecuatorial de sur a norte, más abajo de la carretera y detrás de una verja, está el motel Équateur. Se ven diez sillas de plástico blanco bajo un tejadillo, repartidas alrededor de dos mesas del mismo material, delante de un patio en el que las cabras olisquean la arena junto a un contenedor azul marino de la compañía CMA-CGM.

Los camiones madereros de semirremolque suman largas pitadas de claxon al escándalo de sus embragues, mientras sus conductores saludan a la patrona con el brazo. Vestida con una blusa blanca, ésta nos va mostrando las habitaciones encaladas a lo largo del edificio ante el que un hércules de torso desnudo desuella a cuchillo varios animales cuyos cadáveres va sacando de una carretilla, puercoespines y gacelas que ensarta en un gancho suspendido de una viga. Cae el día y, sobre el cemento de la terraza, unos gruesos lagartos engullen a lengüetadas su cena de hormigas. Con su cabeza amarillo limón y su cuerpo negro, los satisfechos animalejos comienzan a hacer pompas y a activar su circulación antes de que sea de noche. Opinan, cara a cara, del chef y se sacan la lengua, en una pequeña reunión de rufianes donde todos parecen estar absolutamente de acuerdo.

La tormenta llega puntual. Lo sacude y lo desgarrá todo alrededor de los bananos del jardín. Sin alcantarillas, el agua borbotea en las esquinas del edificio. El Siciliano, habituado a largas horas de soledad y silencio, se convierte en un parlanchín en cuanto pone pie en tierra y toma un par de tragos, actividades por lo general simultáneas. Nos hemos refugiado en mi habitación para bebernos el vino de palma.

Él hojea los cuadernos abiertos sobre mi cama y la pequeña pila de libros de Schweitzer. He leído varios de ellos antes de encontrarme a su sucesor, imaginando que él habría devorado la obra completa antes de asumir sus funciones. ¿Cuántos seremos los que le leemos todavía? Resulta asombrosa la desaparición, algunos decenios después de su muerte, de un nombre que fue conocido en todo el planeta. Adentrarse en la jungla, en su suntuoso espectáculo, en la algarabía de los monos y los pájaros, con la mirada alucinada, al azar de los meandros de ríos inmensos y lentos. Arrancarse del cuerpo flechas envenenadas. Pensar en la gloria, en el olvido, en los mausoleos. Vacíos, la inmensa mayoría.

LAS TRES CONTRARIEDADES DEL EXPLORADOR

Buscadores de oro o de gloria, todos habían tomado ese río, empuñando la espada y a menudo la antorcha, mensajeros del poderío de la nación, portadores de una chispa de la llama sagrada.

CONRAD

Brazza es hijo de los saintsimonianos, un contemporáneo de Jules Verne. Cree en las virtudes de la ciencia y del comercio, pretende aportar la medicina de Ballay y las herramientas de Hamon, liberar a los esclavos. Dilapida en su aventura la fortuna familiar de los Severos. No ve que el gusano está dentro de la fruta, que los más nobles empeños producen los peores estragos. Tira piedras contra su propio tejado. Sus enormes esfuerzos abrirán el camino a los explotadores que sojuzgarán y diezmarán a los lugareños.

Cuando al fin abandona Lopé, lo hace a la cabeza de una armada de tribus reconciliadas y de veintitrés piraguas. Ningún jefe quiere estar ausente. Todos quieren aprovechar su expedición para ir a ver si no será allí, río arriba, donde tiene la fortuna su trono. Cada día, la expedición hace alto sobre los bancos de arena en medio del río. Luego vienen la caza, la compra de carne a los habitantes de la ribera a cambio de un puñado de sal y algunas telas, los fuegos en la noche después de la lluvia, y los mosquitos, los cantos y las danzas. Finalmente, el diario de un explorador es siempre un poco monótono. Esto no es *La vuelta al mundo en ochenta días*. Va a necesitar tres años para recorrer menos de mil quinientos kilómetros.

En abril de 1877, llegan hasta los rápidos de Doumé y surge la primera contrariedad. Ningún vapor puede franquear ese obstáculo natural, así que, más allá, el río está perdido para el comercio. Hay que transportar las piraguas a hombros para rodear los rápidos, en ocasiones llevarlas a la sirga desde la orilla o desde los promontorios rocosos situados en medio de la corriente. El 18 de junio, Marche, que es el más viejo de la tropa, decide abandonar y embala sus colecciones. Los apuntes cartográficos, las colecciones zoológicas, botánicas y minerales, todo es depositado en cajones de hierro impermeables colocados sobre el fondo de las piraguas, que parten siguiendo la corriente. Después de dos años de esfuerzos y setecientos kilómetros de navegación, los demás alcanzan la boca del afluente Mpassa. Y ahí les aguarda la segunda contrariedad. Ni el Ogooué, cuyo curso desde ese punto se dirige directamente hacia el sur, ni el Mpassa, cuyas aguas siguen hasta que se convierten en paralelas a las de aquél, habrán de llevarlos al corazón de África.

Brazza decide continuar su marcha hacia el este por tierra, ahora son una pequeña caravana que avanza por la hierba alta y por las mesetas Bateke. Sus ropas están hechas jirones y sus pies desnudos. Cruzan la línea divisoria de las cuencas, del otro lado descubren el afluente Alima, cuyo descenso emprenden. Con el Alima, la situación se vuelve inversa, ahora avanzan en la dirección de la corriente, y sin embargo todo se complica. Su incursión resulta sospechosa y desleal a los ojos de los apfurus o bafurus, quienes por su parte traen río arriba mercancías y sal desde el cercano Congo —cosa que Brazza ignora— y las venden a precio de oro a las tribus del interior. Consideran con razón que les han tomado así por la espalda y que su monopolio está amenazado.

Los apfurus o bafurus están bien armados y les disparan desde las dos orillas. Es el primer combate, el refugio en el manglar, el abandono de las piraguas durante la noche. Tiran al agua las cajas demasiado pesadas antes de escapar entre el lodo del bosque pantanoso, avanzando al azar bajo la lluvia en dirección a las altas hierbas y las mesetas Bateke. Ballay y Hamon acuerdan regresar al Ogooué en compañía de los senegaleses que quieran seguirlos. Brazza se empecina y decide seguir avanzando hacia el este con la escolta de los seis hombres que aún le son fieles.

Brazza no ha llegado hasta aquí para abandonar. Cabe imaginarlo terriblemente exigente con estos últimos compañeros, puesto que son voluntarios. En ese momento, después de llevar más de dos años alejado del mundo, siendo el único hombre blanco en medio de territorios que no aparecen en los mapas, es cuando se da cuenta de la envergadura de su sueño: ha llegado más lejos que su padre y su tío abuelo juntos. La soledad y la extrema delgadez le dan ese aire feroz de príncipe árabe que luce en las fotografías de Nadar, con la cabeza ceñida por un turbante. Pero eso será después, ya retirado en Argel, cuando elija esa vestimenta de jeque que le da aires de un Abd el-Kader o un Lawrence de Arabia.

Se pone en marcha hacia el afluente Léfini. «Pero han hecho falta quince días para franquear una distancia de dieciocho kilómetros». En el mes de agosto de 1878, debilitado por un avance tan lento, corto de provisiones y de medios para procurárselas, a punto de ser abandonado por sus últimos hombres, al límite de sus fuerzas, con las piernas cubiertas de llagas y temblando de fiebre, se ve obligado a desandar el camino. Y a resignarse al fracaso.

En el mes de noviembre de 1878, el esqueleto visionario que se parece a Brazza está de vuelta en la costa de Gabón, en Libreville, tres años después de su partida. En su lecho de convaleciente se entera del viaje de Stanley, que acaba de atravesar África entera, de este a oeste, de Zanzíbar a Luanda, y de explorar el curso del río Congo. Ésa es la tercera de las contrariedades, y la peor: «Por mi parte, apenas me he enterado de la travesía de este explorador, todo se ha aclarado súbitamente. Aquella

sucesión de cursos de agua que yo acababa de atravesar desembocaba en el gran río de Livingstone y de Stanley».

Ahora comprende que, en la noche del combate contra los apfurus o bafurus, estaba tan sólo a tres días de piragua del Congo, del cual el Alima es afluente. Esa ruta es desconocida. Él arde en deseos de volver a partir.

En cuanto a Stanley, se encuentra en Marsella a finales del 78. En unas semanas embarcará de nuevo para África. Dispone de los considerables medios del rey de Bélgica, quien le ha pedido que tome posesión de la cuenca del Congo en su nombre.

El mundo descubre que el gigante limoso drena una región del tamaño del subcontinente de la India.

PIERRE & JOHN

Estos dos se cruzaron en numerosas ocasiones, la primera vez en el Congo y la segunda en París. John Rowlands ha cambiado ya dos veces de nombre. Él es once años mayor. Incluso físicamente son del todo opuestos. Éste es de talla mediana, grueso, de constitución sólida y fortaleza reconcentrada, con el rostro redondo atravesado por un espeso bigote. Va siempre elegantemente vestido desde que logró escapar de la miseria. Es un fumador de pipa vestido con un dormán de alamares que ya no usan más que los domadores. Brazza arrastra su cuerpo alto y flaco, un poco encorvado, su silueta de príncipe árabe, con la barba negra y los ojos azules. Sólo se le conocen esos dos defectos menores que son el café y el tabaco.

Los diarios, durante años, van a resaltar aún más esas diferencias, a hacer chocar entre sí esas dos puntas de sílex, la dulzura y la humanidad del rico aristócrata y la terrible dureza de un hijo de nadie. John Rowlands sabe perfectamente que no descende ni del muslo de Júpiter ni del muslo del emperador Severo, que debe su existencia a un polvo casual y enseguida lamentado, y a la ausencia de anticonceptivos. Como Augusto César Sandino, es fruto de una fornicación doméstica. En ambos casos, una historia entre un rico granjero y una sirvienta. Y se podría fantasear con el restablecimiento del derecho de pernada de los granjeros ricos sobre sus sirvientas, cuando se piensa en la potencia, en la fuerza extraordinaria que esos bastardos pusieron al servicio de sus empresas aventureras.

La sirvienta se llama Elizabeth Parry y lo trae al mundo el 28 de enero de 1841, en Denbigh, en el País de Gales. Después lo abandona, como lo abandonarán también su padre, su abuelo y sus tíos. Unos años más tarde, se escapa de las garras de los torturadores de un orfelinato cuya descripción se puede encontrar en la obra contemporánea de Dickens. Embarca como grumete en el *Windermere*, que parte rumbo a América, y desembarca en Nueva Orleans en el mismo momento en que el aventurero William Walker, efímero presidente de Nicaragua, parte de ese puerto en su última expedición catastrófica para ser fusilado en la playa hondureña de Trujillo.

Al joven inglés le faltan algunos años para formar parte de esa horda de cabezas locas. Todavía es un adolescente desocupado que rueda por los muelles. Allí conoce a Henry Stanley, un comerciante que le toma afecto, lo adopta y lo hace dependiente de una tienda de ultramarinos en Arkansas, antes de morir durante un viaje a La Habana. Él, que nunca ha dejado de buscar un padre, toma el nombre de éste.

Ahora se llama Henry Stanley y es el momento de la Guerra de Secesión. Puesto que está allí, se enrola en el ejército confederado y es hecho prisionero en abril de 1862, en la batalla de Shiloh. Sin el menor escrúpulo, acepta pasarse a los unionistas y se enrola en el ejército enemigo. Lo declaran inútil por razones de salud. En Maryland se convierte en obrero agrícola y después, como Sandino y tantos otros hijos de nadie, reemprende la carrera de marino. Corre mundo, del Caribe hasta España, llega a Italia en 1864, el mismo año en que un jovencísimo Brazza de doce años de edad sale de Roma rumbo a París en compañía de Montaignac. El año también en que Livingstone, de paso por Inglaterra por última vez, sale en busca de las fuentes del Nilo tras haber permanecido enclaustrado en Newstead Abbey, que había sido la residencia de Lord Byron, redactando *Narrative of an Expedition to the Zambezi and Its Tributaries*.

Al cabo de unos meses, Stanley abandona la Marina y trabaja como guía en las caravanas de emigrantes que se adentran en el Far West. Empieza a enviar reportajes, firmados como Henry Morton Stanley, a los periódicos de la Costa Este. Cubre las guerras con los indios. Por fin ha encontrado su nombre y la índole de su talento.

La ascensión del periodista es rápida, del *Missouri Democrat* al *New York Herald*. Le envían a Esmirna, es encarcelado brevemente en Turquía, a continuación cubre en el 67 la campaña militar inglesa en Abisinia contra el negus Teodoro. Está en España cuando recibe el telegrama que cambiará su vida. Revelará su contenido al inicio de *Cómo encontré a Livingstone*: «El 16 de octubre de 1869 yo estaba en Madrid, en la calle de la Cruz. Regresaba de las matanzas de Valencia^[3]. A las diez de la mañana, Jacobo me trajo un despacho. En él encontré las siguientes palabras: Cita en París. Asunto importante». Lo firmaba James Gordon Bennett Jr., director del *New York Herald*, quien le pide que parta a la búsqueda del explorador, del que nadie tiene noticias desde hace tres años.

Quien se jacta de vivir a la velocidad de un tren debe ocuparse en adelante de los asuntos de actualidad. Está presente en la inauguración del canal de Suez, remonta el Nilo hacia el Alto Egipto, viaja a Jerusalén y llega a Turquía para cubrir la Guerra de Crimea. Se aloja en Tiflis en casa del barón Nikolái, gobernador del Cáucaso, y en la del embajador de Rusia en Teherán. En julio está en Mascate, en el sultanato de Omán. Llega a la India en el mes de agosto de 1870. Stanley no cubrirá ni la derrota francesa en Sedán ni la Comuna. El 12 de octubre embarca en Bombay, en el *Polly*,

rumbo a la isla Mauricio. Recluta al contramaestre, Williams Lawrence Farquhar, y llega con él hasta las Seychelles; encuentra en Mahé un ballenero a punto de zarpar hacia Zanzíbar y allí desembarca el 6 de febrero de 1871, contrata a un segundo asistente, Shaw, y también a Sidi Mubarak Bombay, que había sido el guía de Speke y de Burton, los descubridores del lago Tanganika. La expedición del periodista reúne ciento treinta y dos hombres y carga ocho toneladas y media de material a lomos de veintisiete asnos y dos caballos, que serán los primeros en morir. Salen de Bagamoyo antes del monzón de abril, rumbo a Tabora, el caravasar de los negreros árabes en medio de las planicies calcinadas.

El 10 de noviembre de 1871, tras un mes de búsqueda y de marchas forzadas, de escaramuzas con las poblaciones que atraviesan en línea recta y a tiros de carabina, de la desafección de los porteadores, de la muerte de Farquhar, primero, y Shaw después, Stanley pronuncia al fin, en la aldea de Ujiji, al borde del lago Tanganika, la frase más célebre de su primer libro. Y sirve champán caliente en cubiletes de plata.

Muy pronto, el reportero podrá desandar el camino, publicar su texto y recoger los laureles. Durante cinco meses, la mutua admiración y la amistad van a imantar al galés y al escocés. Stanley nunca había encontrado hasta aquel momento a un hombre que se le equiparase. Durante cinco meses permanecerá junto a Livingstone, que se niega a abandonar África. Uno, viejo desdentado de cincuenta y ocho años, quiere averiguar antes de morir si el río que él llama Lualaba vierte o no sus aguas en las del Nilo. El otro, siempre huérfano, acaba de escoger un padre. Porque es todavía más terrible saber que no hay nadie a quien superar, que se está en una carrera sin fin. Él ha encontrado ese horizonte. Terminará la obra de Livingstone, de quien al fin se despide. Éste muere en la aldea de Chitambo el primero de mayo de 1873. Sus amigos africanos entierran su corazón al pie de un árbol, evisceran el cuerpo y lo dejan secar al sol antes de transportarlo hasta la costa del océano Índico para entregarlo a los ingleses.

Y cuando le llegue la hora final en 1904, en su mansión londinense, la hora de la silla de ruedas hecha de mimbre y de la manta sobre las rodillas, Stanley mirará por las tardes el objeto de cobre que está en una de las baldas de la biblioteca, un sextante aparecido entre los efectos de Livingstone tras su muerte. Ciertamente, después de matar a los padres se siente una infinita nostalgia. Uno llora solo, hemipléjico, con un *whisky* en la mano, sentado en su silla de ruedas hecha de mimbre.

Uno recuerda haber atravesado África dos veces, de lado a lado.

En noviembre de 1874, un año y medio después de la muerte de Livingstone, Stanley consigue fondos del *New York Herald* americano y del *Daily Telegraph* de Londres y organiza desde Zanzíbar su gran expedición. Son trescientos sesenta hombres los que se ponen en ruta: trescientos cincuenta y seis zanzibareños, de los

que doscientos cuarenta morirán en el camino, tres europeos que también morirán, y Stanley. Abandonan Zanzíbar por la región de los lagos, remontan el Lualaba de Livingstone en dirección norte, acompañados por hombres del negrero Tippu Tip, siguen la curva del río que en ese momento vuelve a descender hacia la selva ecuatorial. Su complicado avance está jalonado de violentas batallas y marchas agotadoras. Cada noche, en el campamento, él saca de una caja hermética la fotografía de Alice Pike.

Resulta que al viril solitario lo ha atrapado una marisabidilla de diecisiete años. Y esa fotografía, que cada noche contempla como si fuera el icono de una Gran Infanta inaccesible, le da fuerzas para continuar. Bautiza con el nombre de *Lady Alice* la embarcación que de continuo desmonta y vuelve a montar, según los caprichos de los rápidos del Congo.

El 9 de agosto de 1877, tras haber recorrido once mil kilómetros y librado treinta y dos batallas, Stanley llega al Atlántico, mientras Brazza, que no sabe nada de todo esto, lleva dos años remontando el Ogooué. El Lualaba de Livingstone es, en efecto, el río Congo que, después de haber subido bien al norte en paralelo a la cuenca del Nilo, va a encontrar su desembocadura en el otro hemisferio, bien al sur del Ecuador y del Ogooué. Stanley envía un mensaje de victoria «a cualquier gentleman que hable inglés». Se identifica como el hombre que seis años atrás encontró a Livingstone. Lo llevan hasta Luanda, en Angola. Hace tiempo que Alice Pike está casada.

Tras su llegada a Europa, Leopoldo II lo invita a Bruselas y le propone transformar sus expediciones en conquistas. Stanley hubiera preferido hacerlo para Inglaterra, pero ésta rechaza su oferta, después de haber puesto en duda seis años antes que hubiera realmente encontrado a Livingstone. Los lores de la Royal Geographical Society no se toman todavía en serio a este reportero americano con aires de detective a lo Rouletabille^[4]. Lo que le faltará a Brazza es el potente motor de la revancha social.

Él también conocerá las humillaciones de los tráfugas y de los desarraigados, empezando por su degradación al rango de simple marinero cuando al fin consigue la nacionalidad francesa y ve cómo desaparecen sus galones dorados de oficial extranjero. Tendrá que sacarse el título de capitán de marina mercante para poder reingresar en la Marina con el grado de alférez de navío, en 1879, después de su primera expedición por el Ogooué. No quiere volver a perderlos nunca, esos galones dorados que vio a los doce años en la manga azul marino de Montaignac. Y cuando el rey de los belgas le invita también a Bruselas, declina la oferta y, en cuanto regresa, consigue convencer a los dirigentes políticos Gambetta y Jules Ferry para que financien su nueva expedición.

Por una de esas paradojas que la Historia no escatima, la izquierda republicana, heredera de la Ilustración, y una curiosa mezcla de marinos aventureros, maestros

laicos y Padres Blancos misioneros imponen la expansión colonial a una opinión pública que, en gran parte, no ve por qué Francia debe ir a gastar su dinero donde el Zambeze en vez de hacerlo en Corrèze.

Uno nació aristócrata y el otro hijo de nadie. Éste se desprenderá de su nacionalidad estadounidense como si fuera una camisa vieja para recuperar la inglesa, terminará siendo lord, ennoblecido por la reina Victoria, una leyenda viva sentada en su silla de ruedas hecha de mimbre. El otro, a pesar de las humillaciones y de su baja forzada, se contentará en su retiro de Argel con mostrar el mutismo altanero de un caballero orgulloso como un duque, antes de ir a morir a Dakar, tal vez envenenado.

Pero antes de afrontar su final despiadado, todos lo son, tienen todavía que enfrentarse bajo el sol africano. La carrera ha comenzado. Estamos en 1879. Ambos se precipitan a la conquista del Congo.

EN LIBREVILLE

Pues toda época se nutre de ilusiones, si no los hombres renunciarían pronto a la vida y ése sería el final del género humano.

CONRAD

Ciertos detalles bastan para hacer una lectura geopolítica del comienzo de este tercer milenio. Las verjas de la embajada de Francia han sido desmontadas, sustituidas por un muro liso de casi cuatro metros de altura. En el mercado de Mont-Bouët acaban de abrirse algunos puestos de reparación de teléfonos regentados por chinos. Esta ciudad, en la que los chinos se instalan mientras los europeos se encierran, sigue resultando no obstante bastante familiar. Aquí hay un barrio Sorbonne y un barrio Océan, un cementerio Lazaret y un barrio London.

Cada mañana, después de leer *L'Union* en una mesa de Chez Claude, en el bulevar de L'Indépendance, me voy a la delegación de la AFP, situada en el edificio de Air Cameroun, para enterarme allí de la actualidad. Después continúo mi encuesta a pie de calle sobre los progresos de la ilusión. Recorriendo la ciudad al azar de los imprevisibles trayectos de los taxis colectivos, se puede constatar la invasión de las iglesias evangélicas de Cristo Salvador o del Séptimo Día. Allí los evangelistas enardecen a un público sobre todo femenino y pobre, con cierta predilección por los barrios llamados eufemísticamente subintegrados, como Kinguélé o Cocotiers. Si algunas de esas iglesias han sido abiertas en locales en desuso, como la antigua carpintería de Beau-Séjour, otras, de manera más inquietante, parecen haber metido el pie en el sector de las tabernas, como es el caso de ese antiguo café siempre lleno de sillas de plástico rojas y anuncios de bebidas alcohólicas situado frente al edificio Beyrouth.

Libreville: Equivalente del término inglés Freetown, significa ciudad de hombres libres, ciudad donde la esclavitud está prohibida. Este nombre, adoptado por la capital de Gabón, se usó primero para designar la «aldea de acogida» o «aldea de libertad» donde se establecieron los cuarenta y seis congoleños y congoleñas que, a bordo del barco negrero *Elizia*, fueron liberados por la fragata *Pénélope* en 1849. En julio de 1850, se entregó a cada cautivo liberado un terreno cuadrangular de veinte metros cuadrados y una cabaña de cuatro metros por cuatro, construida por cuenta del Estado. Aportando dinero de sus salarios, los obreros gaboneses y senegaleses ayudaron a la nueva población de Libreville a edificar sus chozas y a roturar sus campos y jardines.

ABATE ANDRÉ RAPONDA-WALKER,
Toponimia del estuario de Gabón y de sus alrededores, 1960

EN GLASS

Desde este apartamento, en el octavo piso del residencial Taliha, propiedad de un libanés que tiene su tienda de muebles en los bajos, se puede disfrutar de la cotidiana belleza de los amaneceres, del vuelo lento de los pájaros en el estuario, águilas marinas y garcetas, y a veces del vuelo de los loros de Gabón, grises y con las colas rojas, que en grupos de tres o cuatro se dan un corto garbeo y regresan a todo aletear a los bosques de Pointe Denis.

Sentado en este balcón de cara al suave viento, se puede seguir en el horizonte la evolución de las brumas rosas y violáceas que se deslizan sobre la colina del santuario de Baraka y viran al naranja y después al amarillo limón, en medio de la explosión sonora de los gallos y los perros. A medida que sube el sol, el santuario desaparece bajo la fronda de los grandes cedros. Se ven caminos como cintas rojas atravesados por los surcos que deja el aguacero, que remontan escolares de uniformes impecables. El barrio del rey Glass, al sur de Libreville, está delimitado al oeste por el estuario de Gabón, al este por el barrio de Plaine-Niger, y al sur por el río Ogombié y los barrios de Lalala y Olumi. A principios del siglo xx, el barrio de Glass, angloamericano y protestante, todavía estaba alejado de la capital, católica y francófona.

El santuario de Baraka está ahora separado del océano por un revoltijo de chabolas y tenderetes, además del bulevar de la République que, a partir del cruce de Hassan, se separa de la única calle que da acceso por tierra al mercado de carne de caza y al embarcadero de lanchas motoras. En la punta más aguda de este triángulo, hay un modesto parque rodeado de verjas y salpicado de detritos en medio del cual acampan dos o tres borrachos. Desde que sale el sol, se elevan, sobre el cruce de Hassan y bajo el pesado calor, los bocinazos del atasco, sus humaredas negras y el olor de los motores. Lo mejor es abandonar entonces el balcón hasta el anochecer, e irse a leer a la habitación.

CON ALÍ

El tipo es camerunés, lleva diez años en Gabón. Propone que tomemos juntos la ruta hacia el norte, por Yaoundé. Alí pesa cien kilos, es comerciante. Un musulmán tan estricto que ni fuma ni bebe alcohol ni come jamón, según explica. Tan sólo reivindica su nacionalidad camerunesa cuando se trata de fútbol. Para todo lo demás, él es bamileke. Y de ambos lados de la frontera está en territorio de los fangs.

Como yo puedo prescindir tranquilamente del jamón, normalmente desayunamos juntos en una especie de *paladar*^[5] del barrio Charbonnage, que regenta una amiga suya. Aícha la Congoleña es musulmana y nosotros bebemos agua mineral y comemos pollo en salsa nyemboué con la garantía de estar comiendo halal. Yo le cuento del proyecto en que ando embarcado, estas vidas que voy anotando y que después trato de poner en paralelo. Las de Brazza y Stanley. La de Jonas Savimbi, que tanto me gustaría escribir y a quien él se parece mucho, físicamente.

Una vida, eso no existe, según Alí. Detalles sí, anécdotas que se cruzan y a las cuales, para sentirnos seguros, intentamos darles una lógica. Siempre se miente. No va a decir mucho más sobre el asunto, me hablará un poco de sus hijos, de sus autos, de sus vidas a un lado y otro de la frontera, que uno adivina compartimentadas. Por fin tomamos algunos días después la ruta del sur, rumbo a Saint-Paul de Donguila, en el estuario de Gabón, a medio camino entre Libreville y Kango, donde Alí tiene que encontrarse con los pescadores de cangrejos.

Una capilla diseñada por Gustave Eiffel acaba de ser restaurada allí bajo el alto patrocinio del presidente gabonés El Hadj Omar Bongo Ondimba. El 29 de febrero de 2004 se festejó la finalización de los trabajos, tal y como atestigua una placa a la entrada. La estructura es de madera, recubierta arriba y abajo por planchas de aluminio que destellan bajo el sol. Hay cantos de gallos. Mujeres con pañuelos y vestidos de vivos colores, niños sujetos a la espalda con la ayuda de chales. Cánticos y el ruido rítmico de las palmadas. Los fieles se besan al final de la misa o se estrechan las manos, sonrientes, mientras salen a la escalinata colgada sobre el

estuario. Desde el santo lugar, un camino serpentea hasta la playa que está más abajo, en medio de la cascada verde de los bananos y las majaguas. Cerca de la iglesia hay una escuela, un dispensario y un bar en el que invito a una copa a dos viejos cristianos antes de descender juntos hacia el malecón de los pescadores, debajo del cual se ve la carrocería de un automóvil empotrado contra un cocotero inclinado, es lamentable costumbre de los cristianos conducir borrachos como cubas, según Alí.

Al día siguiente estamos en la estación de Owendo y nos introducimos en la terminal, donde Alí comienza a concluir sus negocios de pesca. En las aguas profundas del muelle del puerto, el *Caroline-Delmas*, matriculado en Port-aux-Français, en las Kerguelen, realiza trabajos de pintura después de haber entregado su cargamento de cereales. Rodamos lentamente sobre los muelles como dos policías, sentados en la parte delantera del Toyota negro, el Negro gordo con sus alhajas de oro y el Blanco con sus estilográficas en el bolsillo de la camisa, una clase de pareja vista tantas veces en el cine que ya en todos los muelles del mundo se sabe que a esos dos más vale no cabrearlos mucho.

Muy apartados, a bordo de una barca de bou china que parece fuera de uso sin estarlo, se ven unos chinos andrajosos, sucios y fatigados, lejísimos de su hogar, en medio de la herrumbre y del aceite en el que chapotea y patina un perro amarillento que ladra cuando nos aproximamos. Los hombres desembarcan cajas de pescado congelado que apilan en la trasera de una camioneta frigorífica bajo el control de Alí y de un mariscador chino encorbatado. Los malditos de la tierra pueden regresar al mar.

El comercio de cabotaje, desde Camerún al norte y PortGentil al sur, se hace en el Port-Môle de Libreville, una construcción palafítica en el centro de la bahía. El siguiente puerto de aguas profundas se abrirá muy al norte, en el cabo Santa-Clara. Con el fin de terminar esta inspección portuaria, nos ponemos en ruta ese fin de semana. A lo lejos, Guinea Ecuatorial, un país paranoico cuyo mismo nombre es una impostura. Los pescadores afirman que les disparan cuando, debido a los caprichos de las corrientes, se acercan a la isla de Corisco. Sobre la playa están alineadas las piraguas en construcción, troncos vaciados en diferentes estados de preparación, rodeados de caparazones de tortuga y de conchas. Nos damos un baño en medio de olas tuberas y compramos una botella de vino de palma que bebemos en Glass, con motivo de mi partida. Recojo mis libros, la correspondencia de Brazza, y Alí me acompaña al aeropuerto.

Somos cinco a bordo del pajarraco, un bimotor que sobrevuela la selva hacia el norte antes de inclinar al sur su ala izquierda y poner proa al océano. Le doy la espalda a la costa, vuelo rumbo oeste sobre el Atlántico, con destino al paraíso de São Tomé, donde pretendo esperar a Brazza.

LA PROLIFERACIÓN DE LOS CONGOS

Sus carreras no serán menos desenfrenadas que el viaje de Phileas Fogg, con la diferencia de que sus caminos tendrán que abrírselos ellos mismos, uno por el Ogooué y el otro a lo largo del Congo.

Algunos meses después de su regreso a Francia, Brazza se hace de nuevo a la mar rumbo a Libreville. Ya no es italiano. Stanley, que ha dejado de ser inglés, está ya manos a la obra, en Banana, un poco más abajo de la desembocadura del Congo, en su margen derecha. Dispone de doscientos peones, de catorce europeos para organizar los trabajos, de cinco vapores desmontables y de una gran cantidad de dinamita destinada a abrir una ruta a través de los montes de Cristal.

La partida de Brazza no ha escapado a la vigilancia de los belgas. El coronel Strauch, en nombre del rey Leopoldo, hace llegar a Stanley este aviso: «Llamamos seriamente su atención sobre los probables proyectos de M. Brazza, y le aconsejamos hacer todos los esfuerzos para no dejar que se le adelante. Esperamos que si él consigue descender el Alima, le encuentre a usted ya instalado en la confluencia de este afluente».

Pero Stanley es demasiado orgulloso. Nadie se le ha adelantado nunca. Continúa con la construcción de su ruta a lo largo del río, desde el océano hasta Stanley Pool, donde el río Congo se hace navegable. A Brazza sólo le retienen las ceremonias de los reencuentros en las aldeas que bordean el Ogooué, con sus ágapes y chácharas. En junio de 1880, funda en la encrucijada del Mpassa el puesto que se convertirá en Franceville y deja allí algunos hombres. Sabe que está a ciento veinte kilómetros por tierra del Alima.

Antes de que alcance el río, un enviado del Makoko, rey de los tekes, remonta la ribera del Congo para ofrecerle guías y protección. La reputación de Brazza le precede, al contrario de la de Stanley. En julio del 80, seis meses después de su partida, ve el río por primera vez:

A las once de la noche, después de una última marcha forzada, se extendió ante nuestra vista, de golpe, una vasta capa de agua cuyo resplandor plateado se perdía en las sombras de las montañas más altas. El Congo, el río misterioso, proveniente del nordeste, donde semejaba el horizonte del mar, corría

majestuosamente a nuestros pies sin que el sueño de la naturaleza fuera perturbado por el sonido de su tranquila corriente.

El 10 de septiembre, Brazza firma un tratado de unión con el Makoko en presencia de cuarenta jefes de aldea. El 3 de octubre, funda en la orilla del río el puesto de N'Tamo, que habrá de convertirse en Brazzaville. Lo deja a cargo del valiente sargento Malamine Kamara, con tres soldados, algunas provisiones y la misión de impedir cualquier desembarco. Un año antes de la llegada de Stanley, la bandera francesa ondea ya en la popa de las piraguas. Brazza sigue río abajo la ribera y se dirige al encuentro con el americano. En noviembre, los dos hombres pasarán juntos cuarenta y ocho horas en el campamento de Stanley.

De punta en blanco, aquel a quien aquí llaman Bula-Matari, el Rompedor de Rocas, recibe en su tienda a un Brazza al que describe como rudo y harapiento. Brazza anota en su diario: «Aquel día, el azar reunió durante un instante a dos hombres, a dos antítesis: la rapidez y la lentitud, la audacia y la prudencia, la potencia y la debilidad. Stanley es un explorador como yo: somos buenos camaradas. Pero si nuestro propósito era el mismo, los intereses que nos guiaban era diferentes». Ninguno de los dos sabe hablar ambas lenguas, el francés y el inglés. La conversación se vuelve aproximativa. Stanley disimula su irritación cuando Brazza menciona que acaba de crear un puesto río arriba, en la margen derecha del Stanley Pool. Brazza se guarda de invocar el tratado firmado con el Makoko, que lleva encima.

La larga marcha recomienza. En diciembre, Brazza está en Libreville y vuelve a partir hacia el Ogooué, se hiere un pie en los rápidos. La herida se infecta. «Privado de medicamentos y de mi maletín, que había dejado a los oficiales de la misión Stanley, cogí mi cuchillo y corté un trozo de un centímetro de profundidad, eliminando todo aquello que no tuviera un bonito color de carne fresca. Me libré con tan sólo dos meses de inactividad, y al llegar a Franceville, en febrero del 81, fui el primer viajero a quien nuestro centro hospitalario prestó servicio». En cuanto se repone, acomete el trazado de una pista a través de las mesetas Bateke hasta el río Alima, se lanza a la exploración del territorio, busca un nuevo acceso al océano y el 8 de febrero de 1882, un poco por casualidad, descubre el nacimiento del Ogooué, cerca de la actual Zanaga.

En junio, Brazza está en París, acogido por la Sociedad de Geografía. El segundo encuentro con Stanley tendrá lugar en octubre. Los dos hombres, responsables de la proliferación de los Congos, se enfrentan en los periódicos. Brazza dice de Stanley: «Yo nunca he tenido la costumbre de viajar por los países africanos en actitud guerrera, como M. Stanley, que siempre va acompañado de una legión de hombres armados, y no necesito cambiar porque, viajando como amigo y no como conquistador, encuentro en todas partes gente hospitalaria».

Ferdinand de Lesseps le invita a dar una conferencia en la Sorbona y otra en la Sociedad Histórica. El público está entusiasmado. Cunde la admiración. Le aplauden. Le felicitan por haber escrito un nuevo capítulo en la Historia. Brazza sube a la tribuna. Se hace el silencio. Su voz es grave:

«La verdad es que no he escrito más que una línea, la primera y la más modesta. Sin embargo, se ha dado un gran paso. La bandera de Francia se eleva desde ahora en el centro de África, como símbolo de las grandes y generosas ideas que Francia, más que ninguna otra nación, ha contribuido siempre a propagar. Fue el amor a la ciencia el que condujo a Bellot hasta los hielos del polo. Hoy, la entrada de nuestros compatriotas en África tendrá el efecto de detener en su origen el comercio de la carne humana: la trata de negros. Porque Francia, al defender sus intereses nacionales, no ha abandonado nunca los intereses de la civilización.

»Hace cerca de cincuenta años, nuestra bandera fue izada en Gabón. Allí ha encarnado desde el primer momento la idea de la libertad, pues fue para proveer de un puerto de descanso a nuestros navíos, encargados de impedir la trata de negros, por lo que nos establecimos sobre esa parte de la costa africana. Pronto se ha extendido hasta el centro de África la noticia de que había un lugar en la costa donde quienes llegaban quedaban libres. Cuando penetré en esas tierras, nuestros colores ya eran conocidos. Se sabía que eran los de la libertad. Los primeros habitantes de Libreville han sido esclavos liberados. El problema de la esclavitud es una cuestión compleja. A cada momento nos enfrentamos a dificultades casi insuperables. Mantener el honor de un pabellón que arrebatara sus presas a los negreros no es cosa fácil cuando no se puede ni se quiere emplear la violencia. En 1875, en el momento de mi primer viaje, no enarbolé la bandera más allá del alcance de tiro de las cañoneras francesas. Al principio tuve que comprar los hombres al precio de la plata y bien caros, trescientos o cuatrocientos francos, según la cotización.

»Una vez que me pertenecían, con ataduras en los pies y horcas en los cuellos, les decía: ¿Tú de qué país eres? Yo soy del interior. ¿Quieres quedarte conmigo o regresar a tu tierra? Les hacía tocar la bandera francesa que había izado y les decía: Vete, ahora eres libre. A algunos de esos hombres que se fueron los reencontré en el interior. Ellos me facilitaron el camino. Me permitieron adentrarme hasta el centro, allí donde me era posible liberar a un esclavo a cambio de algunos collares que no valen más que diez céntimos. Habían constatado que todo esclavo que tocaba la bandera de Francia quedaba libre. África devuelve guerra a quien siembra guerra. Pero, como en todas las otras tierras, devuelve paz a quien siembra paz.

»Mi reputación iba delante de mí, abriéndome los caminos y los corazones. A mis espaldas, me daban el hermoso nombre de Padre de los esclavos. ¿Qué representa todo esto, señores? Poca cosa. Mañana, aquellos a los que liberamos volverán a ser capturados si no afianzamos nuestros primeros esfuerzos».

El tratado Makoko es ratificado el 28 de noviembre de 1882. Brazza vuelve a partir el 22 de marzo del 83. En Dakar se reencuentra con el sargento Malamine Kamara, que había resistido frente a Stanley, y lo lleva de nuevo consigo.

Supuestamente se convierte en gobernador, vuelve sobre sus pasos a la selva, remonta los afluentes, abre caminos, se reúne con el Makoko Iloo I y le entrega el tratado firmado. Después llega el congreso de Berlín, organizado por Bismarck, al que asisten Ballay y Stanley como expertos, y en el que Alemania y Prusia, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, los Países Bajos, Portugal, Rusia, Suecia, Noruega y Turquía se reúnen alrededor del mapa, por fin completado, de África. En el acta general del 25 de febrero de 1885, las potencias coloniales se reparten con una regla un continente despedazado.

En París, el gobierno de Jules Ferry, único apoyo político de Brazza, cae el 30 de marzo. El idealismo del explorador ya no tiene cabida. Es la hora de la fiebre del marfil y del caucho. En adelante habrá dos Congos, el belga y el francés. Hoy son el Congo-K y el Congo-B.

Brazza es llamado a París.

Deja Libreville, vía las islas de São Tomé e Príncipe, durante el verano de 1885. Tomará un paquebote hacia Lisboa en noviembre. Tiene treinta y tres años de edad. Hace diez que recorre la selva. Él es quien se anticipó al mítico Stanley. Para él, como para Cristo o para Alejandro Magno, todo podría detenerse ahí, a los treinta y tres. Todo debería detenerse ahí.

En São Tomé

EN BUSCA DEL NEOSPIZA

El niño que está sentado delante de las páginas del atlas, en la biblioteca de Castelgandolfo, descubre que un país puede estar formado por las cumbres de dos montañas que emergen en medio del océano. Y tener junglas cuyo corazón, oculto a dos mil metros entre brumas y lluvias continuas, nadie ha visto y desde el cual se desploman verticales los ríos hacia las playas. Menos de doscientas cincuenta mil personas viven hoy día en esas dos islas.

En julio de 2003, doce amotinados, repartidos en dos taxis amarillos, abandonaron durante la noche sus cuarteles y se hicieron con el poder, aprovechando el golpe de Estado más pequeño del mundo. He decidido ir a investigar y comprarme, con ese fin, unas gafas negras y un mapa de la isla del tesoro.

Estoy sentado en la terraza del bar Passante, para pasar desapercibido, debajo de los almendros de la Marginal, que discurre a todo lo largo de un pretil blanco jalonado de pilones, sobre el océano verde manzana. Observo como si nada los barcos que están en la rada, pinazas y graneleros, las piraguas de pescadores tiradas al sol sobre la arena, las piruetas de las golondrinas en el cielo despejado y los cocoteros que entrechocan sus palmas rumorosas. Más allá están el palacio presidencial, de un color rosa caramelo que en efecto invita a apoderarse de él, un café amarillo, la catedral blanca y el olor a chocolate de un tostadero cercano: São Tomé es una minúscula capital digna de una novela de Ronald Firbank. También hay revoluciones palaciegas en las novelas de Ronald Firbank.

Si todos los pájaros desaparecieran de golpe, algunos de nosotros tardaríamos un buen tiempo en darnos cuenta, o nos enteraríamos por los periódicos, como uno se entera de los golpes de Estado, y levantaríamos al cielo los ojos engurruñidos en busca de algún gorrión.

Aquí todavía es fácil esconderse de la mirada de los hombres. En esta isla vive el neospiza (*Neospiza concolor*), una curiosa ave endémica de pico grueso que tan sólo ha sido observada dos o tres veces, la primera por el ornitólogo Francisco Newton en

1888, tres años después del paso de Brazza; a éste, como apasionado de la ornitología, le habría gustado sin duda descubrir el neospiza tanto como el río Congo. Los dos ejemplares capturados por Newton desaparecieron en el incendio de un museo portugués. Como si el neospiza fuera capaz de volar toda una noche desde São Tomé hasta Lisboa a ras de agua, con una ramita incandescente sujeta en su grueso pico de loro, para incinerar a sus muertos lisboetas.

«DANÇA KONGO»

El Miramar es el antiguo hotel de los consejeros cubanos de la época de la Guerra Fría, durante la cual el paraíso pertenecía al bloque marxista-leninista. Con el único propósito de no llevar a cabo una investigación demasiado apresurada sobre el golpe de Estado, la cual no hubiera dejado de atraer sobre mí la atención de las autoridades, recaló como refugio en el Barón, que es el bar del hotel. Este barón no es rojo. Tal vez fue repintado tras la caída del Muro. Es sobre todo en los aeropuertos, ya sea el de Ciudad de México, ya el de Stuttgart, donde hay Barones Rojos abiertos. Señalemos otro Barón, así sin más, en Alepo, al norte de Siria, donde el futuro Lawrence de Arabia, todavía vestido con el uniforme reglamentario, frecuentaba esta clase de whiskerías de suelo de mármol y maderas oscuras en las que ofician, con un escepticismo digno de un Hopper, barmans de pajarita y chaleco a rayas. En lugares como éste, a uno le apetece mantener conversaciones sobre las antípodas, sobre la eventual toma del poder en alguna isla lejana o sobre la navegación a vela o la ornitología.

Ya en la primera noche, un libanés, venido a la isla en busca de una más que hipotética fortuna, me invita a un trago. Se le ve sonriente y relajado, está al final de su viaje. No se hace muchas ilusiones sobre los negocios que podría encontrar aquí. Después de Mozambique y Angola esto es el paraíso, reconoce. Se nos une un negro alto de Johannesburgo, que se presenta como pastor pentecostal pero que también parece estar un poco borracho, dos tareas que, después de todo, pueden ser compatibles. Le acompaña un muchacho al que de vez en cuando acaricia la cabeza y que no tiene pinta de ser monaguillo.

El pastor deposita sobre la mesa un libro en inglés y nos pregunta por esos famosos angolares a los que tanto le gustaría conocer. Los navegantes portugueses que viajaron a la isla a partir del siglo xv eligieron hacer una aguada aquí, en esta bahía de Ana Chaves, sólo una escala, una playa donde recoger frutas, cerdos salvajes y agua fresca antes de seguir camino a las Indias. Pensaban que la isla estaba desierta hasta que alguien, seguramente un cazador, se topa con el primer angolar, una especie de Viernes que se refugia en la espesura. Pero los Viernes son numerosos, viven de la

pesca a lo largo de todo el sur de la isla y durante siglos acosan a los portugueses. El problema de la anterioridad de los pueblos sobre un territorio es siempre más ideológico que histórico, un ejemplo clásico del derecho del primer ocupante en la filosofía política de Locke y de Rousseau.

Para los historiadores portugueses, preocupados por zanjar el asunto, aquellos angolares eran los supervivientes del naufragio, en 1544, de un navío negrero proveniente de Angola que nunca llegó a Brasil. Pero se puede leer también en el diario de Brazza, justo al comenzar a remontar el Ogooué: «Por fin salimos de un dédalo de islas semiinundadas y, empujados por la marea, nos dirigimos hacia Angola, la primera aldea. Angola está habitada por hombres de la tribu de los orungus». Así que tal vez los Viernes sean en realidad orungus del Ogooué cuyas piraguas fueron arrastradas hacia el océano por las corrientes.

Más que un huracán o las corrientes, a uno le gusta imaginar un motín, un levantamiento, esclavos angoleños que rompen sus cadenas y se apoderan de aquel navío, en 1544, yendo a dar a esta isla desierta, como los del *Bounty* fueron a dar a la de Cairns, para vivir aquí de nada pero libres, de generación en generación, y por los siglos de los siglos.

En el verano de 1885, cuando Brazza sale de Libreville en dirección a São Tomé, le llega lo que todavía es una simple llamada al orden, más que una primera caída en desgracia: se le pide que organice el sistema colonial. Saint-Thomas no es Santa Elena^[6]. Él espera que un navío venga a echar el ancla en la bahía de Ana Chaves. La imagen que tiene de estas islas es la de un infierno esclavista. En el diario de su primera expedición, diez años antes, en Lopé, después de negociar el precio de sus nuevas piraguas, escribía: «Es probable, incluso seguro, que en dos o tres meses, comprados con estas mercancías, cinco o diez esclavos descendan desde aquí hasta la costa para ser vendidos a los mulatos portugueses de la isla de Príncipe en Saint-Thomas, pues ellos continúan con este tráfico».

Con motivo de los intercambios botánicos iniciados con la conquista, América central se cubre de cafetales africanos y sus cacaotales son llevados para ser plantados en África. Pero hace falta cosechar todo eso. Las *roças* son latifundios verticales, aldeas-granjas plantadas en hileras sobre la ladera de la montaña hasta el mar, con una playa allá abajo y tal vez un embarcadero de madera; justo encima está el villorrio de los trabajadores. Y más arriba, sobre una cresta desarbolada, la casa del amo, expuesta al frescor de los vientos alisios. Después, las plantaciones trepan verticales hacia la frescura del bosque y las brumas. La isla fue el primer productor mundial de cacao hasta el embargo decretado, en 1909, por los antiesclavistas ingleses.

Los autoproclamados «Hijos de la tierra», descendientes mestizos de los portugueses, jamás consiguieron someter a los angolares. Les ofrecieron la paz a

condición de que proveyeran de peces a las *roças*. Y también a condición de que pusieran fin a sus *Dança Kongo*, una ceremonia en la que intervienen el ángel y el hechicero, aquellos que hablan con los leopardos. Los angolares viven hoy día alrededor del pueblo de São João dos Angolares, al sur de la isla, no lejos del río Xufexufe donde fue sorprendido el neospiza, el cual es, sin discusión, el primer habitante del lugar.

PIERRE & PIERRE

¿Cuáles son las dudas de Brazza durante esas semanas de forzada inactividad en el verano de 1885? ¿Sueña con haber sido ornitólogo en vez de explorador? ¿El capitán de la marina mercante echa de menos su carrera de marinero? ¿Se plantea embarcarse de nuevo y olvidar toda esta política? ¿Piensa a veces en su antiguo condiscípulo de la Royale, en la escuela de Brest? Dos años antes, Loti ha sido sancionado por hacer publicar en *Le Figaro*, sin informárselo a sus superiores, tres artículos anticolonialistas sobre la situación en Tonkin.

En este verano del 85, Loti está en Japón. Sigue con su carrera de marino, que intenta conciliar con la de escritor. En abril estaba en Saigón, el 2 de mayo en Hong-Kong, el 5 embarcó en el *Triomphante* del almirante Courbet para unirse a la campaña de China. El navío se desvía hacia el astillero naval de Nagasaki a causa de una avería. Loti dispone de dos meses de imprevista inactividad y alquila de inmediato un apartamento en la ciudad, se casa, y a toda prisa se pone con la novela que debe a su editor. Mientras Brazza está en São Tomé, Loti escribe en su diario, con fecha de 23 de julio de 1885: «La semana pasada me casé ante las autoridades niponas, por un mes renovable, con una tal Okané-San, con quien comparto mi hogar provisional». La rebautiza como Kikou-San, *Madame Crisantemo*, y acomete una novela epónima. Si Loti deja traslucir alguna duda es más bien sobre el porvenir de su oficio de escritor. Lo testimonia este telegrama enviado desde Nagasaki aquel verano: «Trabajo muchísimo, escribo novela japonesa que debo entregar en agosto; importante asunto de dinero. Novela será estúpida. Yo empiezo a serlo también». (Ponte a ello, Julien, unos cuantos libros más, y a la Academia).

HACIA LOS DOMINIOS DE LOS ANGOLARES

Las playas son pedregosas y negras. Roban la arena para la construcción. La arena es cara porque es de importación, como el cemento y como casi todo, aparte de los cocos. Esos robos se hacen con la complicidad de la policía y en virtud del proverbio STP, las iniciales del país y también de la siguiente frase: *Somos Todos Primos*.

Es a la altura de Santana y de Agua Izé, más al sur, donde aparece, a falta de suficientes proyectos inmobiliarios, la arena blanca. A lo largo de la carretera hay algunas *roças* en ruinas, vías férreas abandonadas, altos edificios a través de los cuales se ve el cielo. En los pedazos de muro se leen todavía algunos preceptos socialistas que denotan un innegable amor por los hombres, escenas ingenuas y coloridas llenas de consejos higiénicos, como lavarse las manos después de haber orinado o defecado, no beber el agua podrida de los charcos y no consumir alcohol si no es con moderación.

Las *roças*, autosuficientes, abandonadas en 1975 por los colonos portugueses, habrían podido convertirse en comunidades anarquistas, en maravillosas Cecilia^[7]. Fueron transformadas en *koljoses* por los barones rojos. Y más tarde, devueltas a la naturaleza por los angolares, quienes, todavía más al sur, hacia Porto Alegre y Punta Ballena, ocuparon también las mansiones de los antiguos señores coloniales, después comunistas, sin renovarlas jamás; unos caserones que, por razones que se me escapan (y que quizá se les escapen también a los arquitectos portugueses que los construyeron), se deterioran mucho más deprisa que los edificios agrícolas.

Como los tejados dejan enseguida pasar la lluvia y los pisos de madera podrida se hunden, tienen que mudarse a vivir en los establos, a la espera de que a éstos les llegue el turno de venirse abajo. Después de lo cual, con el último muro de piedra en medio de la jungla como enigmático símbolo de una civilización desaparecida, se construyen vallados con traviesas de bambú abierto, que usan como ahumaderos de pescado, y piraguas que empujan por el codaste a través de la laguna enlodada. Y

para los angolares todo vuelve casi a lo que era antes de los portugueses, de los cubanos, de los rusos y los angoleños, salvo ínfimas excepciones: la gran plaza herbosa se ha convertido en campo de fútbol para los niños, en cuyo borde dos cabras espectadoras se encaraman en lo alto de un blindado abandonado.

A la salida de una curva de la carretera que lleva a Cão Grande, pilón de azúcar que se recorta contra el horizonte, tres águilas se disputan el cadáver de una cobra negra. Se supone que esa imagen estuvo en el origen de la fundación de México por los nómadas aztecas, que ese espectáculo les detuvo en su migración. Y puede ser que los dioses me estén pidiendo que funde un nuevo Tenochtitlán. O bien me han enviado un enigma con el propósito de hacerme progresar hacia la sabiduría. A todos nos encantaría reencarnarnos un día en águila y cernirnos, verticales, sobre bosques y océanos, cuando finalmente tal vez lo hagamos en cobra negra y, aún más idiota, para ser aplastados sobre una carretera poco frecuentada.

Esa tarde, en Jalé, un sol rojo emerge sobre un colchón de vapores púrpura y torna cobrizos los cuerpos de los pescadores que se afanan en torno a sus redes. Después de haber descendido grado a grado la escala de las latitudes hasta el cero del Ecuador, uno puede instalarse aquí a leer los archivos de Brazza, en una cabaña de cocotal como ésta, dotada de un pequeño y muy ruidoso grupo electrógeno que alimenta un frigorífico y dos lámparas. Alrededor de esta playa se alinean plantaciones de árboles de olor, espicanardos, ilang-ilangs de pétalos amarillos, pimentales oscuros cubiertos de cientos de cotorras de un verde eléctrico. Hay que recorrer estos bosques aromáticos para llegar a pie a Punta Ballena, de cuyas rocas negras basálticas, con hoyos sopladores, salen a cada golpe de mar géiseres que exhalan espuma hacia el cielo, como si la isla entera fuese una gran ballena de asfalto que resoplara por las narices. Un señuelo destinado a atraer a las auténticas ballenas que pasan a la altura de Luanda.

LAS CARTAS DE UN HIJO

Y cuando yo les decía que los blancos tienen un país donde nada les falta, ellos no podían comprender por qué nosotros lo habíamos abandonado.

SAVORGNAN DE BRAZZA

Mi intimidad con Brazza es grande. Es casi como si él viniera a sentarse en mi cabaña, cada día al anochecer, y me pidiera que cortara el estruendo del grupo electrógeno. Que se oiga algo.

En estos textos –la correspondencia privada, familiar– no se es un héroe de mausoleo. Uno ha marchado penosamente durante meses y años a través de selvas desconocidas, uno se excusa ante su madre por hacer manchas. «... Antes de continuar abro un paréntesis. Sin duda, te asombrará encontrar tantas manchas de aceite en mi carta. Pero como no tengo muchas comodidades para escribirte, espero que me disculpes. Uso como lámpara una vieja lata de sardinas llena de aceite de palma, y los millares de mariposas y otros insectos que abundan en esta tierra llegan, atraídos por la luz, y terminan por caer en el aceite, en el que juegan. Y a continuación vienen a posarse sobre mi papel». Uno la tranquiliza respecto de la comida, presume de la huerta en el campamento de Doumé, aventura alguna receta. «Y aquí me tienes con la despensa llena, mientras que nuestros cultivos empiezan a dar resultados: rábanos negros, frijoles autóctonos, azúcar, tabaco, espinacas, etc. Permíteme una digresión. Si por casualidad tienes el capricho de probar estas espinacas que con frecuencia aparecen aquí sobre nuestra mesa, puedes darte el gusto poniendo a cocer esas hojas largas que crecen cerca de la fuente de nuestro jardín de Roma con manteca de cordero, pimienta y sal; es un manjar verdaderamente delicioso». Uno nunca le habla de mujeres. Uno le promete que no se ha arrojado en brazos de la bebida, como hacen tantos marinos según cuenta la leyenda. «Todos los días, sin embargo, bebemos un poco de aguardiente, pero yo no abuso y sólo lo tomo como cordial, pues no estoy habituado al alcohol. Cuando estoy cansado del camino, un trago me basta para recuperar fuerzas. Hemos dejado aparte un poco de harina y algunos bizcochos que sólo debemos tocar en último extremo». De vez en cuando, uno pliega esas hojas de papel y las embute en un sobre. Uno no puede saber con certeza si esa correspondencia llegará algún día a manos de su destinatario, incluso aunque se haya pagado por el sello de correos un precio alto. «Confío esta carta a uno de los jefes, propietario de un hermoso colmillo de elefante: la letra de cambio que la acompaña (páguese con dos fusiles y dos barriles de pólvora al portador) es para mí un seguro de garantía de que estas cartas no van a perderse, pero quién sabe cuándo

llegarán. Seguirán el mismo camino que el colmillo que mi amigo negro pretende vender a los blancos».

EN LA PRENSA CONGOLEÑA

[...] En fin, tomemos un último ejemplo, la construcción del mausoleo de Pierre Savorgnan de Brazza. El coste de este proyecto extraordinario ¿se ha hecho público, según los criterios de transparencia y buen gobierno que deben presidir la gestión de la cosa pública? Este proyecto ¿ha sido discutido y aprobado en consejo de ministros, y sometido al parlamento?

En esta historia del buen gobierno y de la lucha contra la pobreza son los pobres quienes pagan el pato. Nos atiborran de discursos en un país calificado de MPME (Muy Pobre y Muy Endeudado), pero que se permite el lujo de inversiones faraónicas que no contribuyen a la mejora de las condiciones de vida de la población. En este momento, incluso en la misma capital, el agua potable sigue faltando regularmente en barrios enteros, los alumnos tienen que sentarse incluso en el suelo para estudiar, y en los hospitales no hay medicamentos para salvar la vida de los ciudadanos en situación de urgencia. Hay de todos modos problemas en la elección de prioridades en el gasto público. ¿Dónde está pues el progreso en todo esto?

JOACHIM MBANZA,
La Semaine africaine

PIETRO & ASCANIO

Pero, en suma, nosotros no arriesgábamos más que nuestro pellejo.

SAVORGNAN DE BRAZZA

Esto sucede en Italia, pero Italia, entonces, apenas existía. Ascanio, conde de Brazzà Cergneu Savorgnan, dueño de un castillo en Udine, abandona el Friul, que está bajo dominación austriaca, para vivir su juventud en otra parte y a todo tren. Francófono y francófilo, derrocha en París sus inquietudes y apetitos adolescentes. Anglófono y anglófilo, se instala en Londres. Se dice de él que es un apasionado de la caza del zorro y de la equitación, de las mujeres y de la literatura. Frecuenta a Walter Scott, mantiene correspondencia con el escultor Canova, al que visita en Roma. El estudio, los cinceles, el polvo del mármol blanco. La estatuaria necesita una paciencia de la que quizá él carece. Así que se va a Grecia, Turquía, Egipto, hasta Sudán. Viajará durante veinte años. Pasados los cuarenta, regresa a Roma y se casa. Tendrá doce hijos, diez niñas y dos varones. El séptimo se llama Pietro. Nace el 25 de enero de 1852.

Las cartas a su padre son siempre de otro tenor. Los muchachos sueñan con ajustar cuentas con su progenitor, cuando lo tienen. Cuando no lo tienen, como Stanley, es todavía peor. Pero Brazza sabe de demasiados padres gloriosos. Sobre su infancia pesa, al igual que sobre la de Ascanio, la letanía de los Severos. El primero, Lucius Septimius Severus, proveniente de África y vencedor de los partos, fue proclamado emperador no por el Senado sino por sus tropas y murió en el año 211 en Gran Bretaña, donde desde hacía tres años combatía a los pictos en el *limes*^[8]. Sin duda, impresionar a Ascanio no es una empresa fácil. Cuando uno sabe de esos ancestros que dieron a las lenguas latinas la idea misma de la severidad, uno da muestras de virilidad y describe los peligros que voluntariamente afronta. El 22 de abril de 1876, desde Lopé, le escribe: «Mis hombres temen ahora un ataque de los ossyeba, pero yo estoy más preocupado por los okanda, en cuyas manos estoy». Brazza anuncia a su padre, desde Doumé, el 3 de julio de 1877, el traslado de su campamento base una vez más hacia el este: «El lugar que he elegido es el salto de Poubara, que sólo conozco por las informaciones que he conseguido no sin esfuerzo de los aduma okota y los okanda. Me parece un buen lugar para preparar un nuevo viaje, aprovechando las poblaciones que están en la vecindad. Unas poblaciones de las que ni siquiera conozco el nombre».

En estas cartas desde Doumé se detecta cierta bravuconería, como si haber remontado el Nilo hasta Sudán tuviera algo de fruslería al lado de este reto en el que está embarcado desde hace dos años: «Ya no me queda aquí ninguna mercancía. Conmigo están un senegalés y cuatro hombres de Gabón. Sólo cuando regresen los aduma podré partir con mis hombres en una pequeña piragua que no mide más de cincuenta centímetros de ancho y que tendrá que ser maniobrada por personas que no saben remar, cosa nada fácil sobre todo en los rápidos (...). Nuestras piraguas comienzan a estar viejas. *Landa*, la piragua capitana conocida en todo el río, y ciertamente conocida también de nombre en los territorios del interior, ha llegado al final de su carrera. No ha podido hacer este viaje. Era una bella y larga piragua de veinte metros de longitud por ochenta centímetros de anchura, la piragua más hermosa que ha existido nunca en el Ogooué».

El tono cambia al final de esta larga carta desde Doumé. A uno le gustaría acercarse a su padre, en el momento en el que al fin se está midiendo de igual a igual, darle una palmada en la espalda y estrecharlo entre los brazos. «Ya no son posibles las comunicaciones con la costa e incluso dudo que esta carta te llegue. Se la he confiado a un aduma que se la entregará a un okanda, cuando éstos remonten de nuevo hasta aquí. El okanda, a su vez, se la remitirá a un inenga, el cual la entregará finalmente a un puesto europeo. Son ya trece años vagabundeando por el mundo y, si no me equivoco, yo tenía trece cuando abandoné por primera vez Italia y mi familia. He regresado a casa en muy pocas ocasiones y, sin embargo, en vez de hacerse cosmopolita, mi corazón ha permanecido al lado de mi familia y siempre os he tenido en mis pensamientos. Adiós, portaos bien».

A su regreso, después de tres años de ausencia, se enterará de la muerte de su padre.

Cuando Pietro haya viajado durante veinte años como Ascanio, decidirá instalarse en Argel, casarse, educar a sus hijos, alimentar el linaje novelesco de los Severos. Y después todo irá de mal en peor.

«LEVE-LEVE»

Estamos en febrero de 2006 y la ceremonia, prevista para el 14 de septiembre de 2005, ha sido retrasada una vez más. El mausoleo de Brazzaville sigue en obras. La cripta de Argel no ha sido profanada. El gobierno congoleño está en negociaciones con Abdelaziz Buteflika. Cabe imaginar que Francia, todavía enmarañada en los sobresaltos de la iniciativa legal idiota, insiste poco ante el gobierno argelino para recuperar a su explorador desterrado.

«*Leve-leve*», murmuraba para mí, echado sobre mi banqueta.

Leve-leve es un modismo santotomense que se oye un poco por todas partes en la isla, a cuento de cualquier cosa, y que se puede traducir por suavemente-suavemente o por despacito-despacito. Que no hay fuego. Se me contesta también con este *leve-leve*, como negación definitiva, cuando mis preguntas sobre el último golpe de Estado se vuelven demasiado insistentes.

Durante toda la guerra de Angola, la isla paradisíaca, gobernada por los marxistas, servía de retaguardia a los combatientes cubanos y angoleños del MPLA. El golpe antimarxista se convirtió pronto en una artesanía local. Los autores del frustrado golpe de Estado de 1988 (no podían prever que les bastaba con cruzarse de brazos a la espera de que un año más tarde el bloque socialista se hundiera solo) huyeron al extranjero.

Yo he encontrado a dos o tres de ellos.

Estos santotomenses se habían integrado en el batallón sudafricano 32, llamado Batallón Búfalo. La Sudáfrica del *apartheid* carecía de combatientes negros motivados. Estos antiguos opositores liberales, convertidos en mercenarios, combatieron al lado de los *karkamanos*, pero no presumen mucho de ello. El término es utilizado en Angola para designar a los sudafricanos blancos y racistas.

Encargados de las tareas bajas, fueron contratados en diferentes frentes al compás de los conflictos, durante los últimos combates contra los cubanos y el MPLA en Angola. Al final de la Guerra Fría, una veintena de ellos había regresado a la isla, tras

las primeras elecciones democráticas, integrándose en el ejército nacional. Algunos, con obstinación, se apuntaron al golpe de Estado de 1995 contra el presidente demócrata Trovoada. Sin mayor éxito. Se puede suponer que estos viejos veteranos, guerreros profesionales, soldados aguerridos, desentonaban un poco en el seno de un ejército de opereta que nunca había conocido el fuego real. Se les pagaba desde entonces para que se estuviesen tranquilos. Ellos se comportarían. Se les ignoraba. Ellos reaccionarían. Esto es más o menos lo que me cuenta Albertino, un veterano del comando Búfalo, sentado a mi lado en la delantera del *jeep*. Es uno de los comparsas del golpe de Estado de 2003, no uno de los doce amotinados de los dos taxis amarillos. Después de la sabana del norte, erizada de palmeras rafias y de baobabs, atravesamos Guadalupe y descendemos por la costa oeste hasta Neves, donde Albertino me ha pedido que le deje.

Al pie del acantilado, un pequeño carguero arrastrado por la tempestad termina de desbaratarse contra las rocas. Hay algunas barcas volteadas, tabernas en las que temblequean las velas y se emborrachan reyes sin trono, a los que nos unimos. Aquí residen los antiguos dioses, con un neospiza de pico de loro sobre el hombro, en medio de los árboles y de los peñascos quemados por el calor. El paisaje vibra, tal es la cantidad de pájaros y de mariposas. En el horizonte, las aguas del Atlántico son ya negras como el asfalto, sin ningún obstáculo delante hasta Brasil. Desde aquí se ve bien que esta isla no está en la longitud adecuada y que la tectónica no es infalible. Que la placa americana, al separarse de la africana, debería haber arrastrado con ella a estas dos islas. Tendrían que poderse ver justo detrás del Pão de Açúcar, cada tarde mientras uno toma una copa en la terraza del fabuloso Hotel Gloria, en Río de Janeiro.

EN CASA DE RICHARD

Este otro fue bailarín y músico. Recorrió el mundo con revistas de *music-hall*, Estados Unidos y Japón, la URSS y el Irán de la época del Shah, giras interrumpidas durante dos años cuando en Argelia hizo falta ir al paso, más que danzar. De aquella vida quedan en el salón las fotografías en blanco y negro del dúo Katerina & Richard. Catherine hoy se ocupa del jardín. En las paredes se les ve elevarse hacia el cielo en comedias musicales como *Oklahoma*. Después de un primer accidente en escena, una caída, Richard dejó de estar en la cima, actuó en locales de menor renombre, donde se saltaba menos alto. *Cabarets* en Duala, en Camerún, y después en Pointe-Noire, en el Congo.

Allí fue donde se le ocurrió la idea de abrir un primer laboratorio fotográfico para la Elf Aquitaine. Durante los años de esta otra vida, tomó las fotos necesarias para la confección de expedientes de seguros o de litigios, imágenes de esas que se grapan en un parte de siniestro. Años de auparse, sin leotardos ni zapatillas, a los helicópteros de los petroleros, de tomar fotos en las plataformas, en posiciones acrobáticas, a tuberías agujereadas u oxidadas, a escapes y piezas retorcidas en medio de charcos de aceite. Después de hacer fortuna, vendió el estudio y contrató en 1987 un aerotaxi para venir a entrevistarse con los dirigentes comunistas de São Tomé e Príncipe. Supo convencerlos de la necesidad de tener un laboratorio fotográfico en la isla y de no volver a enviar las películas donde los imperialistas de Lisboa.

Estamos sentados en el jardín, miramos a las oropéndolas amarillas picotear al pie de los árboles, hablamos de aquellos años de la Guerra Fría en los que él saltaba al aire en los *cabarets* de África, de los años que les siguieron, de los reiterados golpes de Estado. Richard se enteró del golpe del 16 de julio de 2003 por la mañana temprano, gracias a una llamada telefónica de la redacción de RFI para pedirle una entrevista. Les respondió que estaba saliendo a comprar pan, que llamaran más tarde. La carretera estaba cortada justo después de su casa. Lo mismo ocurrió en el 95, dice, después del golpe de Estado contra Trovoada. No hace falta haber estado en la

escuela militar de SaintCyr para saber que basta una barrera sobre esa carretera del aeropuerto para aislar la capital del resto del mundo. El soldado de guardia le prohíbe el paso.

Del otro lado del *jeep* militar, el conductor de un taxi también parlamenta. El soldado, sobrepasado, les repite que le han ordenado que no deje pasar a nadie. Que sólo tienen que tomar el camino del Filomar, el restaurante caboverdiano que está más abajo, que rodea la carretera y que nadie le ha pedido que bloquee. A su regreso, Richard deja el pan en la cocina y da a la RFI una entrevista poco apocalíptica.

EL GRAN RETORNO DE LOS BÚFALOS

No, estoy bromeando.

ARLESIO COSTA

Se puede reconstruir así el hilo de los acontecimientos de aquella semana de julio de 2003. El miércoles 16, a las tres de la madrugada, doce hombres se apretujan en dos taxis amarillos. Otros cuatro irán a pie. Perdieron en el sorteo a la pajita más corta. Estos militares salen de su cuartel, un edificio con las ventanas rotas y las tuberías en desuso, no para irse de juerga sino para tomar el poder en un Estado soberano y miembro de la ONU.

El presidente de la república, Fradique de Menezes, está de viaje en Nigeria para negociar allí el reparto de los futuros ingresos del petróleo. Un primer grupo de golpistas se presenta en el domicilio de la primera ministra, María das Neves, que está sola en su casa. Sus guardias temen un intento de robo. Disparan tiros al aire. Hay gritos en la noche. Se reconocen los uniformes. Confraternizan. Piden a María das Neves que vaya a vestirse de manera más púdica. Ella sufre una indisposición en su dormitorio. La acompañan hasta la clínica, donde la olvidarán.

El otro grupo se apodera con la misma facilidad del presidente de la Asamblea Nacional. El estado mayor del ejército es secuestrado por los amotinados de infantería. A las cuatro, la operación está cerrada. No hay que lamentar ningún herido. En la prensa internacional se leerá el testimonio de Corianne Gysbersten, una joven holandesa: «Oí tiros y gritos. Pensé que era una fiesta. Más tarde me enteré de que era un golpe de Estado y que debíamos permanecer en el hotel».

La población de São Tomé, a la que le falta de todo, está bien provista de armas de guerra. Después de haber vaciado contra algunos cerdos salvajes los cargadores revendidos por los angoleños, entregan hoy esos kaláshnikovs a los americanos por un puñado de dobras. Los fondos para el desarme sólo recuperan viejas escopetas que se sabe que no se podrán cargar más y que no interesan ni siquiera a los anticuarios. Pero los dos promotores del golpe de Estado no necesitan del mercado privado. El mayor Fernando Pereira, apodado Cobo, es el responsable de la instrucción de las fuerzas armadas. El segundo, Arlesio Costa, es un veterano del Batallón Búfalo cuya insignia con el búfalo luce sobre su traje de combate. Terminó su carrera de mercenario en Sierra Leona. El gobierno, que no sabía qué hacer con ese fanfarrón, le nombró responsable del desbroce y reparación de las carreteras. Fue un error. Se

aburre. Funda un partido, el Partido Democrático Cristiano. Sus posibilidades de ganar las elecciones son muy escasas.

Desde el alba, los amotinados convocan a través de las ondas de la radio nacional a todos los ministros. Arrestan a los de Defensa, Finanzas y Recursos Naturales y Petróleo, y los encierran en su cuartel, cerca del aeropuerto. Los ediles visitan el cuchitril y constatan la dimensión del estropicio. Los cautivos mantienen buenas relaciones con sus carceleros —*somos todos primos*—, quienes les autorizan a usar el teléfono para poder tranquilizar a sus familias. Los nuevos señores del país hacen público un comunicado. Afirman querer luchar contra la corrupción (*¡Hurra!*), instalar un gobierno de transición al servicio de todos (*¡Hurra!*), mejorar las condiciones de vida de los militares (*¿por qué no?*) y negociar con Sudáfrica la repatriación de los últimos Búfalos descarriados.

Muy pronto llueven las reacciones internacionales, cuya amplitud al parecer no habían anticipado los amotinados. Durante la mañana, primero Nigeria, Estados Unidos, Francia y los Países Exportadores de Petróleo, después la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa y, al fin, la ONU, exigen el retorno a la normalidad republicana. Sobre todo Joaquim Chissano, presidente de turno de la Unión Africana, que amenaza a los golpistas con una intervención militar internacional, marítima y aérea, y hace un llamamiento a las armadas nigeriana, sudafricana y congoleña. Resulta un poco desproporcionado. No se sabe qué hacer. Se dirigen al antiguo presidente Miguel Trovoada. Le ofrecen el poder como una patata caliente. Lo rechaza sabiamente, pero acepta hacerse cargo de las negociaciones. Es un oficio bien distinto del de mercenario.

Durante dos días, quien parece haber tenido la buena idea de abandonar el palacio presidencial algunos años antes llevándose la agenda telefónica en el maletín, se entrevista con el presidente gabonés Omar Bongo, el angoleño José Eduardo dos Santos, el togolés Gnassingbé Eyadéma, el congoleño Denis Sassou Nguesso, el costamarfileño Laurent Gbagbo y el nigeriano Olusegun Obasanjo, que va acompañado por el presidente depuesto, Fradique de Menezes: tome, se lo paso, le prevengo que está furioso. Sucede que la isla microscópica se ha convertido en una potencia petrolera. Y eso echa a perder la condición de artesanía local del golpe.

El viernes 18, se inician las negociaciones bajo la autoridad de Jean Ping, el ministro gabonés de Asuntos Exteriores. Se desarrollan en tres lugares: la sede de la ONU, para ofrecer una buena imagen, el cuartel desvencijado del aeropuerto, para tranquilizar a los militares, y el Hotel Miramar, donde se instalan las delegaciones de Angola, Nigeria, Portugal, Brasil, Cabo Verde, Congo, Mozambique y Estados Unidos. Todo este cortejo debe brindar alegremente en el Barón. Y lamentarse de las muy raras ocasiones en que se puede reencontrar a los viejos amigos en una isla

paradisíaca y a cuerpo de rey. La población de São Tomé, por su parte, apoya más bien a los amotinados, sus promesas de una vida mejor son manidas, pero nunca se sabe. La vida en torno al mercado retoma su curso.

El domingo 20 de julio, los ministros son liberados. La tarde del martes 22 se firma un acuerdo de paz. Los amotinados deponen las armas y regresan a su cuartel, donde sin duda les habrán prometido el cambio de las ventanas y la reparación de las fugas de las tuberías atascadas. Por qué no agua caliente y desayuno en la cama. Sudáfrica se compromete a facilitar el retorno de los antiguos miembros del *Batalhao Buffalo*, si es que los encuentran, y en cualquier caso a repatriar a São Tomé los restos de los mercenarios muertos en el continente.

Los golpistas derrotados son indultados y se reconoce su «plena integración en la vida nacional». El texto aún menciona un muy vago plan anticorrupción en el que habrá que pensar en un futuro. Se manda buscar en el hospital a María das Neves, quien había considerado más prudente permanecer allí. Y el miércoles 23 por la tarde el presidente Fradique de Menezes aterriza en el aeropuerto en compañía de Olusegun Obasanjo, a bordo del avión presidencial nigeriano. Después de haber ostentado las riendas del país durante una semana, Arlesio Costa declara a la prensa: «Ahora quiero dedicarme a la cría de bueyes». Antes de añadir: «No, estoy bromeando. Voy a procurar tener una vida sencilla. Tal vez haga negocios con Sudáfrica».

En la primavera de 2005, el primer conjunto de explotación petrolera *offshore* es adjudicado a las compañías norteamericanas Chevron Texaco y Exxon Mobil, con una pequeña parte, para variar, entregada a los noruegos de Equity Energy Ressources. Lo producido se reparte así: 40% para São Tomé e Príncipe y 60% para Nigeria, que es quien ha restablecido el orden. Francia y Total, ausentes de la mesa de negociaciones durante el golpe, se quedan sin un barril.

Hay que ser un buen jugador. No se puede ni ganar ni perder todas las veces. Durante la guerra que asoló Congo-Brazzaville en 1997, el gobierno francés abandonó a Pascal Lissouba, demasiado próximo a las petroleras americanas, y apoyó, al lado de los angoleños y los cubanos, al antiguo marxista Denis Sassou Nguesso.

A él se debe la curiosa idea de erigir un mausoleo a Brazza.

UN TANQUE EN EL PARAÍSO

Es cerca del mercado, algunos días más tarde, donde encuentro de nuevo a mi Búfalo, cargado de bolsas de plástico. Quiere mostrarme alguna cosa, quizá también aprovecharse del *jeep*, en cuya parte trasera deposita directamente sus compras. Me indica la dirección de la *roça* Monte-Café, en la cual, dice, trabajó su padre y nació él.

Trepamos por la pista en medio de la floresta. Su padre era peón en la cosecha. Antes de la independencia trabajaban allí mil personas, hoy apenas trescientas. La campana que me muestra a la entrada, bajo un porche, en la que va borrándose la inscripción *Monte – 1914 – Café*, sonaba a las seis de la mañana y las cuadrillas se reunían en la plaza. Trabajaban en el campo hasta las once y media. Tomaban el rancho en el borde de las plantaciones. Y trabajaban todavía hasta las tres y media. Después de lo cual regresaban a ocuparse de la propia parcela para alimentar a la familia. La escuela que me muestra fue abierta en los años sesenta. Aquí aprendió a leer. Era el primero en su familia. En la época de su padre no había escuela sino un hospital destinado a regenerar la fuerza de trabajo, a reparar a los obreros, igual que había un taller para reparar las herramientas.

Él habría podido convertirse en capataz, pero prefirió apuntarse al recién estrenado ejército de 1975. Algunos meses más tarde, desembarcaban mil soldados angoleños invitados por el gobierno marxista.

Entonces, a los diecisiete años, se fugó al continente con un grupo de desertores, estuvo en Namibia, en Walvis Bay, después en la franja de Caprivi, donde combatió contra los angoleños y los cubanos junto a la UNITA de Jonas Savimbi. Tras el 92, cuando el Batallón Búfalo fue desmovilizado, algunos encontraron trabajo en el ejército privado Executive Outcomes, con base en Sudáfrica. Afirma haber combatido como mercenario en Sierra Leona y luego en Liberia, con las tropas de Charles Taylor. En el 98 estaba en Papúa-Nueva Guinea. Regresó en 2001. Su padre había muerto.

Otros no han sabido desengancharse, dice. Algunos de sus antiguos compañeros formaron parte del grupo encargado de dar el golpe de Estado en la isla de Malabo,

en Guinea Ecuatorial, en 2005, para destituir a Obiang Nguema. Fueron interceptados de camino en el aeropuerto de Harare, en Zimbabue, con el avión lleno de armas. Allí fueron a caer. Albertino se queja de su perra vida pero sobre todo de la juventud perdida, la vitalidad de la *roça* ha menguado como la de su propio organismo. Tenemos la misma edad, cuarenta y ocho años. Con la injusticia de que él ha sobrepasado ya alegremente la esperanza media de vida de sus conciudadanos, incluso la de los más pacíficos y hogareños.

Él es negro y descendiente de esclavos, afirma con vehemencia apoyando sus palabras con grandes gestos, no como esos mestizos, esos *filhos da terra*, esos explotadores, esos que se han enriquecido con el sudor de los otros y cuyos hijos, enviados a estudiar en las universidades portuguesas, contrajeron allí el comunismo. Y entonces se les metió en la cabeza que este país debía ser independiente para repartirse los puestos y los dineros de los portugueses. Así que él había preferido unirse a los Búfalos. Y ahora está orgulloso de ser miembro del PDC, el partido de Arlesio Costa.

Uno adivina en sus palabras que no está del todo seguro de haber hecho siempre la elección más juiciosa, que él mismo no sabe bien si es un héroe o un traidor. A veces le preocupa, pero poco. Muestra una voluntad todavía más tenaz de justificarse por tener que hacerlo ante los ojos de un tipo al que toma por uno de esos europeos carcomidos por la mala conciencia. Caminamos a lo largo de los cafetales, a la sombra de las eritrinas naranjas. Delante de los alojamientos de los obreros se oxida un blindado soviético. Uno se imagina el recorrido del ingenio, desde su fábrica de ensamblaje en una de las repúblicas de la URSS hasta la bahía de Ana Chaves. Su transbordo sobre una barcaza, la playa, la travesía con gran pompa por la capital, la empinada pista en medio de la floresta, que sin duda hubo que ensanchar. He ahí lo que Albertino quería mostrarme.

Desde la independencia y hasta el día de hoy, la *roça* es propiedad del primer presidente marxista, Manuel Pinto da Costa. Lo que puede explicar tanta precaución de los rusos con Monte-Café. Como si los ejércitos americano y sudafricano hubieran concebido, en medio de la Guerra Fría, el proyecto de enviar hasta aquí comandos en helicópteros.

El tanque permanece en el lugar en que se estacionó la última vez, a fines de los años ochenta. Todo lo que podía ser desmontado y reciclado ha desaparecido, incluidos el cañón y la torreta. Las cadenas se han convertido en tendederos de ropa. Una perra vieja, cuyas mamas se arrastran por el polvo, duerme a la sombra. Una gallina empolla allí sus huevos. Al final, ha encontrado un uso como quitasol, este material traído de la URSS hasta aquí para no tener nada que proteger, si acaso para disparar algunos obuses contra la jungla, a fin de formar a los artilleros

santotomenses y de espantar a los monos, un ídolo tan enigmático en su recorrido como las estatuas de la isla de Pascua, que va terminando de descomponerse en medio de las amarilis y las lantanas, de las rosas de porcelana y las heliconias multicolores.

EN CASA DE ALDA

Es una pequeña casa azul al borde de la Marginal, no lejos del Miramar. Sentados uno al lado del otro en la biblioteca, delante de un buró de madera oscura, miramos por la ventana abierta el parapeto blanco puntuado de pilones, el océano verde y en calma. Alda Neves da Graça do Espírito Santo se levanta, escoge en las estanterías libros que deposita entre nosotros, arregla sus cabellos blancos en torno a su rostro negro y arrugado. He aquí el rostro del enemigo según Albertino.

Pero él mismo lo negaría, se persignaría enseguida invocando a la Virgen, hasta tal punto la vieja dama de casi ochenta y cuatro años es considerada hoy aquí una heroína popular, la santa marxista, con ese hermoso nombre en el que se siente a la vez la frescura de las nieves y la gracia del Espíritu Santo, materiales todavía más escasos que la arena para la construcción.

Siempre son los hijos de la burguesía, desde la francesa y la rusa, quienes teorizan las revoluciones. Alda cursó sus estudios de secundaria en Lisboa durante la Segunda Guerra Mundial, después ingresó en la Escuela Normal Superior de París. Habla un francés impecable aprendido en la Sorbona. Regresó a São Tomé a principios del 53, un mes antes de las masacres de Batepá, el 3 de febrero. El gobernador portugués de la época, Carlos de Souza Gorgulho, había querido abolir los privilegios de los pretendidos hijos de la tierra y forzarlos al trabajo, lo mismo que a los descendientes de los esclavos que ellos explotaban. Los tumultos que se sucedieron y la posterior represión emprendida por la PIDE, la policía política salazarista, constituyen el punto de partida del movimiento independentista. La Historia no es rácana en este tipo de paradojas.

Institutriz, Alda comenzó publicando algunos libros de poemas y se aproximó al MLSTP, el movimiento de liberación nacional, que firmaría la independencia en Argel el 26 de noviembre de 1974, después de la Revolución de los Claveles en Lisboa. Diputada, presidenta de la Asamblea Popular en numerosas ocasiones, ministra de Cultura, ella es también la autora del himno nacional de São Tomé e

Príncipe.

Abre sobre el buró viejos álbumes de fotografías. Se la ve mucho más joven, sentada en las tribunas, acompañada del novelista Pepetela, quien se convertirá en ministro en Luanda, y del poeta Agostinho Neto, quien se convertirá en primer ministro de Angola. En las fotos en blanco y negro hay banquetes oficiales, ramos de flores, micrófonos antiguos, un aire de Unión de Escritores del Este en los años cincuenta, donde no debería de reírse demasiado.

Después de la represión de Batepá, Agostinho Neto, entonces estudiante de medicina en Portugal, dedica a Alda Graça su poema «Le massacre de São Tomé». Más tarde es encarcelado en Cabo Verde y Alda escribe para él el poema «Una respuesta al amigo distante de Cabo Verde». Todo eso adquiere un aire cubano o nicaragüense. Todos esos jóvenes escritores se perderán en la trampa del poder. Serán como el poeta Ernesto Cardenal, ministro sandinista en Managua. Agostinho Neto, jefe de Estado. Alda, ministra. Todo ello en el marco de la Guerra Fría, del lado marxista y de la Tricontinental^[9], pero en el que se puede también reencontrar aquella vieja idea de que la escritura y la lectura de libros, desde Victor Hugo a Hemingway o Malraux, tienen algo que ver con la vida de los hombres y la marcha del mundo. Lo evocamos al hablar de La Habana, donde Alda estuvo en numerosas ocasiones y donde trabó amistad con Nicolás Guillén. Le pregunto por las próximas elecciones legislativas y por el PDC, el partido de los antiguos Búfalos, que presentará candidatos.

Alda se limita a alzar los hombros y a levantar los ojos hacia el techo. Está claro que los considera unos bribones incorregibles a los que les faltó en el 75 un buen par de bofetadas, léase un periodo de reeducación. Y se ve también que, pese a sus hazañas bélicas aquí y allá por medio mundo, a esos niños grandes como Albertino no les llegaría la camisa al cuerpo si estuvieran en este momento en el despacho de Alda, cruzarían los brazos y fijarían la vista en la punta de sus zapatos, a la espera de que la maestra terminara de regañarlos.

EN CASA DE BERTON

En la vida de los hombres suele llegarse a un punto de equilibrio, un año después del cual nunca más se vuelve a ser feliz. El verano de 1885 en São Tomé es ese punto de equilibrio, y no sólo en la vida de Brazza, quien sube la escala real de su navío rumbo a Europa. La trata de negros ha desaparecido casi del todo, tanto en la costa como en el interior. Y la colonización brutal, la de las Compañías, todavía no se ha instalado en el Congo.

Mientras viaja por mar y después en tren hacia París, el sistema, tanto si a él le gusta como si no, se pone en marcha a sus espaldas. El gobierno de la Tercera República envía a un oscuro delegado a Fernan-Vaz y al Congo con la misión de estudiar la región y evaluar los recursos. Y ahí vemos a ese hombre, ese tal Berton, sudando bajo su casco colonial, quizá enfermo ya de fiebres, sentado muy tieso detrás del mosquitero, portaplumas en mano, ansioso por complacer al ministerio y por conseguir lo antes posible un destino menos solitario. Busca una explicación a su desgracia, piensa en Ovidio en el Ponto Euxino. ¿Qué falta cometió para encontrarse allí, en los confines del imperio? ¿Qué tenía que escribir para recuperar la confianza de Augusto? ¿Para volver a ver un día el Capitolio o bien su Normandía? ¿Por qué esta injusticia de que haya un Port-Gentil y nunca un Port-Berton? Echa mano a la garrafita de vino de palma que está sobre la mesa de bambú antes de mojar la pluma en el tintero: «Por fin, la jungla de los países ecuatoriales, con sus bosques colosales y lista para ser explotada, levanta su frondosidad por todas partes...». Se sofoca y se desabrocha el cuello de la chaqueta blanca, desliza una mano sudorosa sobre la piel enrojecida. «Fernan-Vaz es recorrido en todas direcciones por brisas refrescantes, y las tormentas se sienten aquí con menos intensidad que en Stanley Pool o en Gabón». Ahí está Berton, perdido, nunca volverá a ver París ni Normandía... Cae el día y los cúmulos de mosquitos danzan delante de las nubes. El sol en el Ecuador tiene prisa por partir. Se hunde en el Atlántico, más allá de la marisma, inflama el cielo con una sinfonía de rosa envejecido y oro sangriento, orla las nubes de amatista y rojo, de naranja y de violeta, y éstas dibujan en el cielo fugaces figuras de ángeles o de demonios... «¡Nada, en definitiva, sería capaz de recrear la impresión inolvidable que

dejan ciertas puestas de sol! La magia de este espectáculo a menudo forma parte para muchos del cariño que puede inspirar un país que no es la tierra natal...».

La noche, como todo el mundo sabe, cae aquí en cinco minutos. Son las seis de la tarde y el cielo descarga trombas de agua que barren la laguna de Fernan-Vaz. Dejemos al pobre Berton encender su lámpara de aceite y terminar su garrafita de vino de palma, arreglar su portaplumas con mano temblorosa y sollozar en su cabaña sobre el hombro de su amante orungu.

En Angola

STANLEY EN LUANDA

En cuanto a la ciudad, él ni siquiera pensaba en ella, siendo como era de esa clase de ingleses que hacen que sean sus empleados domésticos quienes visiten el país que atraviesan.

JULES VERNE

En efecto, sin duda él no ve nada. Demasiadas imágenes de junglas atravesadas, de peligros, las lágrimas que todavía derrama por el ahogamiento de su protegido Kalulu, justo en los últimos rápidos. El desbaratado *Lady Alice*, que tuvieron que subir sobre los peñascos y finalmente abandonar. En la desembocadura del Congo manda en todas direcciones porteadores con su mensaje «a cualquier gentleman que hable inglés»... Hay pocos ingleses en la región. Es a los portugueses a quienes llega el mensaje. Llevan a Stanley a Luanda, 999 días han pasado desde que dejó Zanzíbar. Los 115 supervivientes, de los 366 hombres de la expedición, han recorrido casi 12 000 kilómetros. Su visión se enfoca. En un espejo portugués, descubre un espectro encanecido.

Aquí, en Luanda, se toma una fotografía cuya compleja puesta en escena la hace difícil de interpretar. En primer plano hay dos perros tirados sobre una terraza, al fondo una decena de porteadores sentados sobre un murete. Delante de ellos, cuatro blancos tocados con cascos coloniales. Son cuatro exploradores. Para que nos demos cuenta, han esparcido a su alrededor todos los bártulos que evocan la partida de una expedición, los baúles de mimbre, los fusiles reunidos en pabellón, las azagayas, las lanzas, un catalejo, un sextante. El ejemplar del que dispongo lleva la siguiente leyenda: «Henri M. Stanley fotografiado en compañía de los exploradores portugueses Serpa Pinto, Ivens y Capello, poco después de su llegada a la costa occidental de África, al regreso de su memorable descenso del río Congo, de Nyangwe al Atlántico, agosto de 1877».

Es la primera vez que pisa esta Angola de los portugueses. Puede que se asombre de encontrar aquí estas iglesias del siglo XVI, no muy lejos a fin de cuentas, a vuelo de pájaro, de los parajes desconocidos que acaba de atravesar. La fotografía parece haber sido tomada en una terraza de la fortaleza de São Miguel. Stanley ve las paredes blancas adornadas con azulejos, las estatuas de navegantes portugueses, el océano tan azul allá abajo, el ancho cordón de arena blanca de *Ilha* enfrente, la península que cierra la bahía como pinza de cangrejo en una bella curva, las cabañas de los pescadores. No ve todavía la Marginal del 4 de febrero interrumpida por una estación de gasolina Sonangol. Ni, más abajo, los almacenes en ruinas. Ni el bloque

monstruoso del Hotel Panorama sobre la Isla. Ni la ciudadela en torno a él convertida en cementerio de material militar del pasado siglo xx, las carcasas de avión, las ametralladoras convertidas en chatarra que hoy se amontonan allí.

Lo atosigan con preguntas, sin duda, querrían ver los mapas dibujados, los trazados dibujados, leer por encima de su hombro. Él no quiere decir nada, se muestra evasivo. Pasa de esa foto. Arde en deseos de volver a ver Inglaterra, América y quizá a Alice Pike. Siempre se ve a Stanley incómodo en las fotos, envarado dentro de su traje dormán de domador de fieras. Brazza, por el contrario, sabrá hacer del fotógrafo Nadar su mejor propagandista.

En su estudio parisino, se enfundará los viejos trapos hechos jirones que se trajo del Ogooué y lucirá su turbante. Van a sacarle bustos. Retratos de héroe romántico con los pies desnudos, delante de decorados de cartón piedra. Una tela pintada que representa, en segundo plano, el curso impetuoso de un río. En otra ocasión, aparece vestido de oscuro y con el pelo peinado, un cigarrillo en la mano, acompañado por dos jóvenes marinos congoleños en uniforme de guripa. Los tres llevan atuendos impecables y zapatos encerados.

Ésta es la fotografía que Barthes elige para comentar en *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Suele comparársela con esa fotografía de Stanley de pie, tomada igualmente en estudio, con plantas verdes a modo de metonimia de la jungla del Congo. Stanley lleva una carabina en la mano y un revólver en la cintura. Calza botas. Su aspecto es feroz. Detrás de él, un muchacho con el torso y los pies desnudos, temeroso, vestido con una tela de rayas que se anuda en la cintura, lleva al hombro una segunda carabina. Stanley no es fotogénico, pero no le importa. Él es el más grande explorador. Quiere volver a ver a Alice Pike.

Pero antes mantendrá su palabra, volverá a acompañar a sus supervivientes hasta Zanzíbar. Está esperando para embarcarse hacia El Cabo. Llega a la isla el 24 de noviembre de 1877. En ese momento, Brazza atraviesa con dificultad las mesetas Bateke para alcanzar el Alima. Todavía no sabe que, a su regreso, posará como los más grandes en el estudio de Nadar. Tampoco que la última fotografía de su rostro será tomada sin que él lo sepa en Dakar, en 1905, sobre su lecho de muerte. Los cabellos revueltos, la barba hosca, el mostacho demasiado largo y de aspecto nietzscheano, el rostro demacrado por la disentería o el envenenamiento. Al apuesto Brazza no le habría gustado esta última fotografía. Pero a los héroes su imagen, como sus restos mortales, no les pertenece. Stanley es más sabio al despreciar todo eso. Él es Bula-Matari, el Rompedor de Rocas. Y no se pasea por las calles de Luanda.

Por primera vez en tres años, Stanley duerme cada noche entre sábanas. Ya le aburre. Está impaciente por encontrar un barco para sus 115 supervivientes. Piensa en Livingstone, cuyos periplos conoce. Sabe que el escocés, cuya obra él acaba de

completar, había llegado a Luanda el 31 de mayo de 1854. Fue el primero en atravesar África desde El Cabo hasta São Paulo de Luanda. Había dejado la factoría portuguesa rumbo a Quilimané en Mozambique, adonde llegó el 2 de junio del 55.

São Paulo de Luanda, fundada por los portugueses en 1576, debía de contar con unos miles de habitantes en 1854, a la llegada de Livingstone. Algunos miles más en 1877, cuando llegó Stanley. Puede que incluso unas decenas de miles, vale.

EN CARNAVAL

Unos cientos de miles de privilegiados ocupan el casco viejo portugués de Luanda, afeado por una sucesión de edificios propios de la Alemania del Este, erizados de marañas de antenas parabólicas. En torno al centro, encerrándolo por todas partes y empujándolo contra la bahía, se extiende la *musseque*, donde viven los millones de desheredados, los *deslocados* que huyeron de los combates, o cuyos padres o abuelos huyeron de los combates. Desde el comienzo de la mañana me he acercado en compañía de Alphonse a la zona norte de la *musseque*, en la cual se expande, desde hace dos semanas, una epidemia de cólera que acaba de ocasionar sus primeras víctimas. En el puerto, los trabajos de ampliación de la terminal de contenedores han levantado un parapeto que impide cualquier evacuación en el océano de las aguas pútridas del barrio de chabolas. Es difícil reprocharles a quienes tienen agua y electricidad que quieran importar *jacuzzis* y frigoríficos. Si no, para qué sirven la paz y el capitalismo.

Todavía más al norte, Alphonse se empeña en mostrarme, como una curiosidad particularmente sabrosa, el carguero *KarlMarx*, matriculado en Luanda pero que nunca llegó a su puerto de amarre, encallado en la playa y cubierto de arena, como un símbolo demasiado pesado y demasiado evidente, un enorme pleonasma a cuya sombra levantan castillos de arena los niños. Esta noche es Carnaval. Ya por la mañana, en el inmenso mercado de Roque Santeiro, en el corazón de la *musseque*, se ven correr fantasmas con cabezas de calavera y es evidente que todos esos disfraces comienzan a irritar seriamente a la policía, que deambula sin dar abasto.

A quien unos días antes caminaba por la Marginal de São Tomé bajo los almendros, la Marginal de Luanda le parece esta tarde una pesadilla, invadida por los cientos de miles de kaluandas^[10] que han venido a embriagarse con la música y los fumígenos. No es de extrañar que dos chavales avispados aprovechen tanta algarabía y barullo para rodearme y limpiar mis bolsillos. En una reacción exagerada, y estúpida desde el mero punto de vista de nuestra mutua seguridad, empujo al primer

agresor y me pongo a gritar como un imbécil al que estuvieran degollando. Ya han desaparecido. Soy empujado por mis vecinos contra el murete que da a la playa. La policía a caballo carga ahora contra el gentío y reparte bastonazos para hacer respetar las aceras y el decoro. Los policías están hartos de hacer de diana para disfrazados que les tiran latas de bebida y les insultan. Arrastran a un tipo hasta un furgón. Yo consigo zafarme de este conflicto carnavalesco y llego hasta el Hotel Vice-Rei por calles cada vez más tranquilas. Algunos bailarines y bailarinas, reunidos alrededor del maletero abierto e iluminado de un automóvil, se enfundan sus vestimentas de gala, amarillas y azules, para ir a ocupar su lugar en el desfile. Distingo una teta, último regalito de la jornada. Las calles huelen a alquitrán caliente y a fruta podrida. No lejos del hotel hay una pizzería desierta y resplandeciente de tubos de neón. Se oye en ella la voz de Jim Morrison. «Car hiss by my window». Compro una cuatro estaciones con el pequeño fajo de billetes de kwanzas que, a decir verdad, me da un poco de vergüenza haber salvado con un instinto de posesión tan prehistórico, e indigno sin duda de un *gentleman*.

CON ALPHONSE

La primera decisión de mi reinado en Luanda fue convertir la pizzería del barrio de la Sagrada Familia en provisional centro del mundo. A partir de allí lancé un buen número de incursiones de observación en círculos concéntricos, con el inicial objetivo de localizar los recursos de Marlboro *light* y de vino blanco. Sucede que por estos lares están bastante bien provistos de ambos productos. Los Marlboro crecen aquí con filtro blanco, por supuesto. Como todo el mundo sabe, salvo quizá quienes no fuman Marlboro *light*, éstos tienen infinitamente menos sabor que los que llevan filtro dorado, los cuales se fabrican en Neuchâtel, en Suiza. En revancha, aquí se beben albariños muy correctos y refrescantes vinhos verdes.

El patrón de la pizzería es indio. Durante mucho tiempo trabajó en Portimão. En cada comida, compartimos nuestros gratos recuerdos del Algarve. Los dos somos admiradores de *The Doors* y escuchamos continuamente *L. A. Woman*. Mi vida material y social está así asegurada. Pese a todo, estoy confinado en un reino de cuatro calles. Para subir a los minibuses públicos, llamados *kandongueiros*, se necesita al menos conocer los nombres que gritan los pregoneros desde la portezuela. Después de haberme quejado de la aparente imposibilidad de conseguir un plano de la ciudad, o del hecho aún más inquietante de que se nieguen a venderme uno, el patrón de la pizzería me presenta a Alphonse, un amigo que tiene respuesta para todo.

Sentado al lado de Alphonse en la delantera del todoterreno japonés, me parece por fin que el vasto mundo está al final de la carretera. Por todos lados nos saludan banderas con dos bandas horizontales, roja y negra, en las que está sobreimpresa una estrella que contiene la media corona de un engranaje partido por un machete. El conjunto, desde lejos, evoca el símbolo de la hoz y el martillo y la indefectible unión revolucionaria de obreros y campesinos.

Alphonse tiene cincuenta y ocho años, vive en Luanda desde hace veintisiete. Maneja el volante con los prudentes gestos de un viejo. Habla francés con acento belga, digamos valón. Es de la etnia kikongo, a caballo entre Angola y el Congo, al

norte, junto al río. Ésos fueron los territorios del FNLA de Holden Roberto. No presume mucho de eso. Nos conocemos poco. Prefiere destacar los tres años durante los que combatió en el seno del ejército del MPLA. Al azar de nuestros desplazamientos, me muestra los impactos en los inmuebles ametrallados o agujereados por los disparos de mortero durante los enfrentamientos que siguieron a las elecciones de 1992. Cuando nos conocemos mejor, me comentará que el MPLA, enloquecido por el avance de la UNITA, había hecho fusilar aquí a centenares de *regressados* zaireños como él, sospechosos de apoyar a Jonas Savimbi.

En los frecuentes embotellamientos se cuelan vendedores de todo, de cinturones de plástico o de botes de viagra, de pilas eléctricas o de botellas vacías. Vagabundos borrachos y con los cabellos hirsutos que duermen durante el día sobre los montones de inmundicias, porque la noche es demasiado peligrosa y hace falta permanecer alerta. Jóvenes que se aman y se besan. Vehículos blancos del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados y otros de los alemanes encargados del desminado. Camiones en cuyas cajas desentoldadas están sentados Ninjas antidisturbios, en dos filas cara a cara, con los fusiles verticales entre las rodillas. Niños de las cloacas de miradas alucinadas. Enfermos mentales en cantidades considerables, a no ser que sean siempre los mismos deambulando o que se trate de unos poetas malditos. Tenemos una cita, en la acera central, con un hombre que puede venderme un plano.

Es un plano publicitario sucinto, de los destinados a ofrecerse gratuitamente, cuya impresión ha sido ya pagada veinte veces por todas las empresas cuyos logos ensucian la mitad del documento, entre los cuales reconozco de lejos los de DHL y la compañía marítima Delmas. Tomo el objeto en mis manos para estimar su valor con aire de conoedor y, disimulando mi euforia al constatar que menciona los nombres de casi todas las calles de Luanda, hago una mueca dubitativa. El hombre me pide cincuenta dólares, el salario de casi un mes. Alphonse sube la voz. El hombre intenta recuperar el plano, amagando con alejarse. Yo intento calmar el juego, le señalo que los americanos pagaron menos caro el plano de las rampas de misiles del Pacto de Varsovia. El hombre dice que no le importa, afirma que el suyo es una pieza rara y me lo arranca de las manos.

Alphonse levanta los ojos al cielo, me repite que no debería haberme traído, que ese tipo es un bandolero. Temo que mi plano se rompa en la contienda, saco los billetes. Alphonse me repite que el plano es inútil porque nadie aquí lo utiliza ni conoce siquiera el nombre de las calles. Que estoy tirando mi dinero por la ventana. Yo despliego mi plano sobre la guantera, busco los puntos cardinales y anuncio, triunfal, que nuestra pizzería está situada en lo alto de la avenida del Comandante Che Guevara. Alphonse se encoge de hombros y enciende el contacto.

Una tarde despliego el plano, arrancado tras feroz lucha al enemigo, sobre una mesa de mi Cuartel General, que es la pizzería de mi amigo indio de Portimão. Aprendí la topografía de Luanda en las novelas de Pepetela, especialmente en las aventuras de su Jaime Bunda, parodia de James Bond, cuya exactitud en los recorridos de la ciudad he podido verificar en los últimos días.

Los nombres de las calles ofrecen aquí el perverso placer de poder leer en ellos los estigmas de la Guerra Fría. Con gestos de general en campaña, decido que para acudir a la casa de Pepetela hemos de descender la avenida Comandante Che Guevara en toda su longitud hasta la avenida Lenin, donde torceremos a la izquierda hasta el Largo de Kinaxixe. Después, dudo si es mejor la calle Mariscal Tito o la calle Gamal-Abdel-Nasser y a continuación la avenida Nehru. Mi ayudante de campo indio me aconseja consultarlo con Alphonse, que lleva aquí veintisiete años.

ARTUR & MANUEL

Mi padre poseía una biblioteca razonable, habida cuenta de la época y el lugar, los confines olvidados de una colonia africana extremadamente atrasada, a mediados del pasado siglo. Me acuerdo de una colección portuguesa de tapas amarillas, libros de pequeño formato pero gruesos, en la que predominaban los de Jules Verne.

PEPETELA

Los mármoles blancos del cementerio portugués están sombreados por súchiles de flores blancas. Todo está salpicado esta mañana de tonos azulones y de sol. Estamos en la ciudad alta, más allá de la nueva embajada estadounidense que, emplazada sobre el acantilado rojo que domina la bahía enfrente de Ilha, se asoma sobre los cargueros de la rada. Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos vive en una casa bonita y pequeña de una tranquila calle de Miramar. Un jardín conduce hasta la puerta. Nos instalamos en el frescor de la penumbra, ante una mesa baja. Sobre una cómoda, una estatua de madera negra con el dorso asaeteado de clavos, se supone que aleja el mal de ojo y protege el lugar.

El hombre lleva una barba recortada, una camisa de manga corta y cuello abierto, y unas gafas de montura metálica. Frunce con frecuencia las cejas y me ofrece un vaso de agua. Pasó su infancia en Benguela, donde nació en 1941, en un ambiente de mestizos cultivados. Partió a Lisboa para estudiar y huye de esa ciudad para instalarse en París en el 62. Al año siguiente, es invitado por el FLN a trasladarse a Argel, donde prosigue sus estudios de sociología. Después abandona Argelia para integrarse en las filas de MPLA y la guerrilla, comienza a escribir sus libros en la clandestinidad bajo el seudónimo de Pepetela. Tras la independencia se convirtió en viceministro.

Cuando pronuncio el nombre de la UNITA, Pepetela frunce el ceño. Me dice que entrevistó a Jonas Savimbi por última vez en 1975, algunos meses antes de la independencia. Subía a un coche y cerró la puerta. Ésa fue la última vez que lo vio, poco antes de su partida de Luanda. Iba a relanzar los combates en la selva. Yo le revelo que quiero escribir un relato de la vida de Brazza en el cual, aunque la relación no se vea a primera vista, me gustaría hablar también de la vida de Jonas Savimbi. Ambos tienen en común su larga marcha a través de la jungla africana. También tienen en común haberse extraviado en la Historia y haber sido vencidos.

A continuación me dirijo a casa de Manuel Rui. Nos habíamos encontrado una primera vez en terreno neutral. Algunos días más tarde me invita a comer. Su mujer pasa a recogerme. A nuestra llegada, Manuel Rui está en los fogones, con su barba

negra y su mirada perspicaz. Se parece un poco al coreógrafo Maurice Béjart. Ha preparado *funje*, un puré de yuca y frijoles, y *muamba*, un plato de pescado. Mientras sirve unos *whiskies*, me muestra el primer libro que publicó, cuando todavía era un estudiante en Portugal, un libro de poemas en estado penoso, con la siguiente cita preliminar de Prévert: «¿Qué es lo que encuentra el hijo? No encuentra absolutamente nada de nada el hijo. El hijo su madre hace punto su padre negocios él la guerra».

Manuel Rui nació en el 41, como Pepetela, pero en NovaLisboa, hoy Huambo. Se fue a Portugal a estudiar derecho. Me habla de sus viajes a Moscú. A diferencia de Pepetela, él parece mantener posiciones ideológicas inquebrantables, quizá sigue pensando que el comunismo es la juventud del mundo. Manuel Rui no es un intelectual despechado. En las paredes del salón están colgados sus discos de oro. Más allá de las tonadas, él es también el autor del himno nacional de Angola y de la versión angoleña de «La Internacional».

Descorcha los mejores vinos. Su loro me intriga. Es un loro de Gabón, gris con la cola roja y movimientos de cabeza bruscos e incomprensibles. Manuel Rui fue ministro en el gobierno de transición, antes de la independencia, y después director del departamento de orientación revolucionaria y del departamento de asuntos extranjeros del MPLA. A continuación representó a la Angola marxista ante la ONU. Uno adivina que es inútil pedirle su opinión sobre Jonas Savimbi.

Manuel Rui adquirió un efímero renombre mundial en junio de 1976. Me acuerdo de imágenes en las que él aparecía de vez en cuando. Él era entonces el implacable fiscal del proceso entablado contra trece mercenarios blancos del FNLA capturados por el MPLA, diez ingleses y tres norteamericanos un tanto perdidos, pero que por supuesto nosotros odiábamos y que eran exhibidos ante la prensa mundial y las televisiones. Cuatro de ellos fueron fusilados en julio. Manuel Rui había participado también en las reuniones del Proceso al Imperialismo, en La Habana. Hoy día es abogado, dirige un bufete.

Su casa parece vivir en una autarquía, protegida por guardias poco afables. Está equipada con un bar personal arriba. Constató que su loro, colgado en lo alto de la pajarera, es tuerto y de ahí le viene su tortícolis aguda. Ya es de noche. Manuel Rui me prepara en la batidora eléctrica una última copa para el camino, un cóctel de su invención hecho con diversos chiles, entre ellos el *jindungo*, aceite de oliva, *whisky* Johnnie Walker etiqueta negra y jengibre. Mezcla destinada tal vez, en la época de la orientación revolucionaria, a facilitar las sesiones autocríticas de canallas desviacionistas de mi estilo. Mojo los labios en el brebaje anaranjado. Me doy cuenta de que es preferible ser invitado a beber un cóctel de jugos por este hombre a fin de cuentas jovial. Mejor que ser exprimido por él en el sótano de un tribunal popular.

ARTUR & MANUEL

Pudo ser un segundo Nelson Mandela. Prefirió ser Atila.

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

Al igual que Albert y Louis, estos dos tuvieron en común África y la medicina. Tenían pues todo lo necesario para ponerse de acuerdo y, además, se escucharon. Un mismo ideal los animaba: la liberación de los pueblos y la fundación de una nación. Se encontraron en numerosas ocasiones en diferentes lugares del planeta, la última vez en 1975, aquí en Luanda. Pero desde hacía ya mucho tiempo se habían convertido en enemigos irreconciliables. Comencemos por el final.

El viernes 22 de febrero de 2002, Jonas Savimbi era abatido por casualidad en la selva, en la provincia de Moxico, mil kilómetros al sudeste de Luanda. Un tal brigadier Walla, que dirigía las operaciones, menciona quince impactos de bala, uno en la garganta, dos en la cabeza, el resto en el pecho, los brazos y las piernas. El muerto es un hombre de gran corpulencia, con bigote negro, vestido de traje de campaña y calzado con botas de comando. El pantalón bajado deja ver unos calzoncillos a rayas azules y blancas que no se corresponden con ningún estandarte revolucionario. Afirman haberlo enterrado al día siguiente al pie de un árbol, no lejos del pueblo de Lucusse. Vamos a llamarle el vencido.

En la Plaza del 1.º de Mayo, en Luanda, se alza la estatua en bronce del vencedor, con el puño levantado y un libro en la otra mano. Vigila la circulación de la calle Hô-Chi-Minh. ¿Ese libro es *El Capital*? ¿*La esperanza sagrada*, uno de sus propios libros de poemas? Agostinho Neto murió oficialmente de cáncer en 1979, en Moscú. Su féretro estaba vacío en el momento de los funerales de Estado. Los rusos, los mejores especialistas en esta materia desde el antiguo Egipto, habían conservado sus restos mortales congelados.

Porque ésa es la debilidad del materialismo histórico, en comparación con las iglesias evangélicas, cuando se intenta imponerlo en el Tercer Mundo. No hay otra vida que ésta, que es insoportable, ni se espera resucitar joven y hermoso en los verdes campos del paraíso, rodeado de difuntos queridos. Entonces, hay por lo menos que vencer la degradación y detener el tiempo, salvar la apariencia del héroe antiimperialista. Se acomete la construcción de un mausoleo al sur de la capital. Los trabajos permanecerán inacabados durante años. Quizá todavía hoy siga vacío. Es una especie de cohete hecho de acero puro, presto a llevar el socialismo científico hasta

los confines del universo. En 1979, a la muerte de Agostinho, Jonas estaba ya escondido en la jungla, en el profundo sur de Angola. Vayamos al inicio.

El vencedor nació en 1922 en Katete, cerca de Luanda. Es hijo de un pastor, uno de los primeros negros que terminaron el instituto en la capital. Obtiene una beca de los misioneros y desembarca en Lisboa en el 47, se inscribe en la Facultad de Medicina. A partir de 1952 pasa varias temporadas en prisión y compone sus primeros poemas, entre los cuales está el escrito para Alda en el 53, después de las masacres de Batepá. Su militancia anticolonial le acerca al Partido Comunista clandestino. La caída de la dictadura salazarista es la única esperanza para la independencia de Angola. En el 56, él es uno de los tres fundadores del MPLA, el Movimiento Popular de Liberación de Angola, de tendencia marxista.

El futuro vencedor conoce al futuro vencido en Lisboa, en julio de 1959.

Jonas nació en 1934 en Munhango, al sur de Angola, junto al ferrocarril de Benguela. También él es hijo de un pastor, pero su padre, Lote, es además jefe de estación y *assimilado*^[11]. Ha traicionado a su propio padre, Sakaita, jefe ovimbundu, combatiente de la insurrección de Bailundo en 1902. El pequeño Jonas quería convertirse en maquinista de locomotora. ¿Por qué no bombero? Su padre no ha hecho todo eso, hasta traicionar a su propio padre, para fundar una dinastía de ferroviarios. Él será médico. Le inscriben en el instituto Curie de Dondi. Desembarca en Lisboa en 1958 e ingresa en la Facultad de Medicina.

Cuando esos dos se encuentran por primera vez cara a cara, en el 59, muchos estados africanos están ya en el camino de la independencia. En las colonias portuguesas, la situación está congelada. Portugal es una dictadura. Al contrario que en Francia o Inglaterra, es imposible contar con una opinión pública que está amordazada. Además, su presencia es muy antigua. Si el fronterizo Congo-Brazzaville es una colonia francesa desde hace unas decenas de años, entregado a las Compañías pero sin una verdadera población europea, los portugueses están instalados en Angola desde el siglo XVI. Muchos *civilizados*, al igual que sus padres y abuelos, nunca han puesto los pies en Lisboa.

En julio del 59, el futuro vencido queda impresionado por el futuro vencedor, doce años mayor que él, pero no le gusta recibir consejos. Neto le reprocha haber atraído sobre él la atención de la PIDE, la policía política. Le ordena continuar con sus estudios y actuar discretamente. Ése no es su estilo. Al llegar septiembre, Savimbi huye de Portugal en coche, con la documentación falsa que le han proporcionado los militantes comunistas. Atraviesa España hasta Hendaya. Es albergado en Toulouse por allegados del PCF. Le proponen largarse a Moscú. No acepta y para el fin de año está en Suiza, contacta con las misiones, consigue una beca y se matricula de nuevo en medicina.

Está en Kinshasa después del asesinato de Patrice Lumumba, durante cuatro años se convierte en el número dos del FNLA. Desde la capital congoleña, los dos movimientos angoleños en el exilio rivalizan en conseguir fondos y reconocimiento internacional. Al comienzo de la lucha hace falta alguna acción simbólica. Los estados mayores, desde el extranjero, envían a la guerra a algunos héroes sacrificados. El 4 de febrero de 1961, el MPLA organiza revueltas en Luanda y el suicida ataque a la prisión. El 15 de marzo, el FNLA lanza un ataque ciego en el norte, que se salda con el asesinato de decenas de colonos portugueses y de trabajadores agrícolas ovimbundus. Savimbi todavía es un revolucionario a tiempo parcial. Abandona la medicina y continúa con sus estudios de ciencias políticas en Lausana.

En el 62, Neto se fuga a su vez de Portugal y llega a Kinshasa. Sus años de cárcel y sus libros le han convertido en una leyenda. Savimbi no es todavía más que un oscuro ministro de un gobierno en el exilio. Las leyendas son incómodas. Desde la llegada de Neto, las guerras fratricidas desgarran al MPLA. El FNLA controla el oeste de la frontera angoleña y abate a los hombres de Neto, que intentan ir a combatir en el territorio nacional bajo otra bandera. Neto atraviesa el río y se instala en Brazzaville.

El presidente marxista Alphonse Massemba-Débat le acoge con los brazos abiertos y le ofrece un campamento de entrenamiento cerca de Dolisie. Por su parte, Savimbi busca apoyos, prosigue sus estudios en Suiza, obtiene sus títulos. Se reúne con Ahmed Ben Bella en Argel y con Gamal Abdel Nasser en El Cairo, se acerca a los chinos y viaja allí para recibir formación militar. A su regreso, se encuentra con el Che Guevara en Dar Es-Salaam. Éste también se siente atraído por los chinos.

El Che está al final de su larga gira mundial de propaganda revolucionaria y acaba de reunirse con Neto en Brazzaville. En su último discurso público, a principios del 65, en Argel, lanza una diatriba antisoviética. Es la ruptura. A su regreso a Cuba desaparece de la escena política, abandona el Ministerio de Industria. Se dice que está muerto o internado en un psiquiátrico. Combate secretamente en el Congo, del lado de Laurent-Désiré Kabila, que nunca está allí.

Savimbi envía once de sus hombres a China, a la Academia Militar de Nankín. Abandona el FNLA, se reúne aún una vez con Neto en Brazzaville, éste le propone en vano que se una al MPLA. Savimbi crea en 1966 su propio movimiento, la UNITA, Unión por la Independencia Total de Angola, se reúne con sus once hombres en Tanzania, pasa por Zambia y crea la primera guerrilla en el interior del territorio angoleño, en las selvas del sudeste.

Durante cerca de diez años, esos tres movimientos lucharán entre sí y, de paso, contra el ejército portugués. El MPLA, desde Brazzaville, se apoya en la etnia

kimbundu y en la élite mestiza. El FNLA, desde Kinshasa, lo hace en la etnia bakongo y en los neo o pseudocongoleses. La UNITA, desde las selvas del sur, en la etnia ovimbundu, claramente mayoritaria en el corazón del territorio, son los miserables aliados contra la pequeña burguesía marxista e intelectual de Luanda. Es la Guerra Fría. Cada campo va a su negocio. La URSS, un poco al azar, ha elegido al primero, el campo de los mestizos, porque éstos son los más numerosos en las universidades portuguesas infiltradas por los comunistas. Desde ese momento, los Estados Unidos y Sudáfrica no tienen más remedio que apoyar a los campesinos negros. Savimbi crea aldeas indetectables bajo la floresta, escuelas, campos de entrenamiento, y accede al rango de héroe popular.

Llega la Revolución de los Claveles a Lisboa, en el 74. En Luanda se instala un gobierno de transición. Se invita a participar en él a los tres partidos enemigos. La guerra se hace más violenta al acercarse el 11 de noviembre de 1975. Esos ejércitos cometerán, proporcionalmente a su potencia de fuego, sus respectivas tandas de horrores y crímenes de guerra, de ejecuciones sumarias de civiles y actos de barbarie, en función del desplazamiento de los frentes. Los angoleños son arrastrados por la borrasca y ya no habrá posibilidad alguna de paz ni siquiera después de que la borrasca haya pasado. El MPLA está en el poder en Luanda.

Jonas Savimbi cierra de golpe la portezuela de un automóvil delante de Pepetela, abandona la capital. A primeros de febrero del 76, comienza su larga marcha y se convierte en Jonas Savimbi, un mito invisible, el héroe absoluto al que se cree ver en diferentes lugares al mismo tiempo. La UNITA pierde las ciudades. Savimbi atraviesa la vía férrea de Benguela, desciende al profundo sur, la aldea de Lucusse, donde será abatido treinta años después, y toma la diagonal hacia el sudeste. Podría dirigirse a Zambia, tan cercana. Pero gira en sentido contrario, directo al oeste, y remonta hacia el norte, donde nadie le espera. Avanza penosamente en la selva, al frente de sus hombres hostigados.

Al inicio es una tropa de más de mil combatientes, acompañada por centenares de mujeres y niños, toda una población agobiada que marcha silenciosa, caza antílopes con arco y ahúma la carne. Franquean los ríos bajo la amenaza de los helicópteros de los cubanos, la tropa se esparce, se escinde en múltiples grupos, se pierde. Tardarán meses en reencontrarse. Siete meses de marcha ininterrumpida, de febrero a agosto de 1976, durante la cual estos hombres en fuga recorrerán más de tres mil kilómetros en la espesura. Esta guerra, que los cubanos creen que han ganado, no ha terminado. El fuego late bajo las cenizas en la selva. Procede a reorganizar la tropa, a crear nuevas aldeas indetectables. Se reparten las tareas, agrícolas, de formación ideológica, de rearme. Un día vendrá el momento de soplar sobre las brasas. Tardará diez años.

Cuando la Guerra Fría llega a su fin, ésta lanza su traca final en Angola. Los

enfrentamientos crecen en intensidad hasta llegar al paroxismo de la batalla de Cuíto Cuanavale, a finales de marzo de 1988, última intervención con fuego de la Guerra Fría. Un aeropuerto perdido, un río, los campos de minas, los obuses de las defensas antiaéreas, los tanques hundidos en el fango de ciénagas llenas de cocodrilos, las hélices de los helicópteros levantando el polvo, ráfagas de armas automáticas, el olor a fuel y a pólvora flotando en el calor bajo el cielo gris. De un lado, los angoleños del MPLA y las tropas cubanas apoyados por los Migs, del otro los angoleños de la UNITA y las tropas sudafricanas apoyados por los Mirages. La victoria es de los cubanos, el último combate de la Operación Carlotta, de la que Gabriel García Márquez quiso ser, para su amigo Fidel, el Homero o el Tucídides.

Tras la caída del Muro de Berlín, ahí está la UNITA de regreso en Luanda a tiempo de participar en una campaña electoral. Una vez más es derrotada. El MPLA gana las elecciones. Ahora la guerra es en las ciudades. La UNITA tiene que huir de nuevo, abandonando sus cadáveres en las calles de Luanda, primero, y después en las de Huambo, perdida también. De nuevo la maleza, la selva, el olvido. El mundo abandona Angola a su suerte. Savimbi reemprende la larga marcha. Tiene cincuenta y siete años.

¿Se hace preguntas? ¿Piensa en largarse, en hacer otra cosa? ¿Pero qué más sabe hacer? Estudió un poco de medicina, está licenciado en ciencias políticas por la Universidad de Lausana, habla cuatro lenguas internacionales y tres africanas. Ha mandado a miles de hombres y a veces, según el capricho de los reveses, a tan sólo unas decenas. Él pertenece, en la imaginación popular, a esa clase de reyes invencibles y sanguinarios propios de la tradición oral y de las leyendas itinerantes. Su atención, después de cuarenta años, quizá se ha relajado. Su cuerpo voluminoso avanza menos deprisa en la selva. ¿O es que se cree realmente invencible el viernes 22 de febrero de 2002, a primera hora de la tarde, cuando por azar cae en una última emboscada bajo la cubierta de los árboles?

Hace años que no aparece en público. No hay de él ninguna fotografía reciente. Muchas veces se le ha creído muerto o viviendo del contrabando de diamantes en cualquier ribera. Como tiene por costumbre desde hace casi cuarenta años, utilizando los viejos métodos de las guerrillas maoístas y guevaristas, atraviesa una y otra vez los mismos ríos, el Luena, el Lungue-Bungo. Conoce el terreno como la palma de su mano. Está entre el pueblo como pez en el agua. Suenan los disparos. Los pájaros levantan vuelo. Ésta es, por fin, la última derrota.

Las balas que le alcanzan al azar son los últimos tiros de una guerra civil que había comenzado mucho antes de la independencia, en 1961, cuarenta años atrás. Puede que con un millón de muertos. Legiones de enfermos y mutilados. Locos que recorren aún el país hundido en el horror alucinado de la autodestrucción. Y esta

veintena de hombres acorralados que responden con ráfagas de metralleta. Los soldados se aproximan al voluminoso cuerpo sin acabar de creérselo. Un mito como el del Che Guevara cuando intentaba romper el cerco en la Quebrada del Yuro acaba de ser llenado de plomo.

El brigadier Walla organiza una conferencia de prensa delante del cuerpo tendido. Señala con el dedo los impactos, que son fotografiados. En su diario de Bolivia, el Che anotaba, el día de su treinta y nueve cumpleaños, que tal vez no tenía ya edad para llevar aquella vida, para huir por el bosque intentando librarse del ejército que Barrientos había lanzado en su persecución. El viejo Savimbi, de sesenta y ocho años, es abatido al mismo tiempo que veintiuno de sus hombres. Es una pobre hazaña. En sus buenos tiempos, en la época de su esplendor, una guardia de cien hombres marchaba delante de él. En caso de dificultad, trescientos hombres de reserva debían rodearle y proteger su fuga.

Estos caminantes que han contribuido de tal manera al desorden del mundo no conocerán jamás el reposo definitivo de una tumba. Sus despojos seguirán marchando después de muertos. Sus sepulturas serán siempre provisionales. En julio de 1997, con ocasión de las obras de ampliación del aeropuerto en Vallegrande, Bolivia, se exhuman por casualidad, al lado de la pista de aterrizaje, siete cadáveres, uno de los cuales tiene las manos cortadas. El esqueleto incompleto del Che se reúne, en octubre de 1997, treinta años después de su muerte, con las manos que le amputaron para identificarle y que, hace ya mucho tiempo, fueron enviadas a Cuba.

El cuerpo de Savimbi no permanecerá tanto tiempo bajo su árbol en Lucusse. Como pronto a Brazza, se le desentierra a la chita callando. El jueves 17 de noviembre de 2005, el semanario *Folha 8*, publicado en Luanda, anuncia la desaparición del cuerpo de Jonas Savimbi. ¿Ha sido recuperado por el ejército para disolverlo en un baño de ácido, como sucedió con el de Lumumba, y prevenir así cualquier peregrinación? ¿O por antiguos seguidores que le han levantado un mausoleo secreto en la selva? Tampoco se sabe mucho más sobre dónde se encuentra el de Agostinho Neto. Quizá esté aún en su congelador moscovita.

PIETRO & ERNESTO

Triste suerte la de los héroes que no mueren de muerte heroica.

HANNAH ARENDT

Para preservarse sin duda de la ligera absurdidad de la existencia humana, que se siente todavía más en las ciudades —o a partir del momento en que uno se vuelve sedentario—, sean cuales sean sus ideas o sus ideales, su siglo o su región del mundo, estos dos han sido hombres de larga marcha, de una búsqueda en la floresta que está en el origen de la humanidad, de la horda. Uno avanza hasta el infinito, siempre adelante, porque quizá esta vez, más allá de esa colina sobre el horizonte, se podrá por fin descubrir si todo esto tiene un sentido.

Y este testimonio de Guiral, un compañero de Brazza —sobrio y resistente a la fatiga, que comparte como uno más con sus hombres, en los momentos de escasez, la poca agua y la yuca que le queda, dando, en los días de sufrimiento, ejemplo de coraje y de resignación—, podría aplicarse por igual a uno y a otro. He ahí las cualidades requeridas para dirigir una columna de guerrilleros en el *llano*^[12] o una de portadores en la jungla del Congo.

Se adivina al leer tales frases una exaltación de conductor de hombres que han de avanzar penosamente en la floresta, arriesgando la vida. Brazza, como Guevara, no está hecho para gestionar los asuntos corrientes, la puesta en marcha de un gobierno colonial o la organización de un Ministerio de Industria comunista. Así que es el momento de la fuga hacia delante, de los incesantes desplazamientos en el espacio. Después de haber abandonado São Tomé en noviembre de 1885, regresa a París y en marzo del 87 está en Libreville.

Se abre un periodo extenuante y poco heroico: idas y vueltas de un extremo a otro del Congo, problemas de ingeniería civil, problemas financieros, luchas políticas. El Congo-Brazzaville se convierte en una colonia. Brazza, cansado, vuelve a París en enero del 88. Se enreda con esos problemas irresolubles, contrae disentería. La aventura se ha terminado para él. En cuanto a Stanley, ya no se ocupa del Congo.

Bula-Matari, el Rompedor de Rocas, escribe sus libros, da conferencias aquí y allá por todo el planeta, y después, de golpe, se lanza todavía a lo más alto. Tiene cuarenta y seis años. Todos creen que se ha retirado. Se aburre. Habría que leerlo con más atención. «A esa edad yo era todavía fogoso hasta ese punto en que uno se basta a sí mismo, siente una confianza plena en sus propias fuerzas, tiene a honra desafiar

peligros y obstáculos, y se es el más orgulloso y autoritario, sin mostrar la menor disposición a tener una paciencia beatífica». Espera una ocasión. Quiere volver a partir, retomar su larga marcha, pero ¿qué puede hacer que sea todavía más inmenso? ¿Qué frase pronunciar después de aquel «*Doctor Livingstone, I presume?*»

En 1871, al encontrarse con Livingstone, había hallado por primera vez a alguien a su altura. Fue el último. «Nunca he tenido amigos en ninguna de mis expediciones, nadie que pudiera ser mi compañero en pie de igualdad, salvo cuando me encontraba con Livingstone». En 1883, Stanley se pone en contacto con un hombre que él imagina de su temple, un hombre que admira de lejos desde hace años y al cual le propone que se ocupe del Congo en su lugar. Es seis años mayor que él. Sus orígenes son opuestos. Aquel a quien se llamará sucesivamente el Chino Gordon, Gordon Pachá y Gordon de Jartum, el general Charles George Gordon, es a su vez hijo de un general.

Su carrera hasta aquel momento había sido de lo más clásica. A los veintidós años es un joven oficial destinado en el frente de Crimea, participa en el sitio de Sebastopol, es enviado a Extremo Oriente al comienzo de la segunda guerra del opio, asiste al saqueo del Palacio de Verano en Pekín. Su éxito militar al rechazar a los rebeldes es tan fulminante que el emperador de China le promueve a *titu*, un grado equivalente al de general en jefe. En octubre de 1871, mientras Stanley se entrevista con Livingstone en Ujiji, Gordon está en el mar Negro, encargado de asegurar el tránsito pacífico de la navegación en la desembocadura del Danubio. Se reúne con las autoridades otomanas en Estambul. Le proponen apoyar en El Cairo al caíd Ismail.

Egipto sueña todavía con organizar su inmenso dominio desde Alejandría hasta las fuentes del Nilo, del Mediterráneo a los Grandes Lagos. Pero el imperio otomano ya se está desmoronando y son los ingleses quienes dictan en El Cairo la política del caíd, al igual que dictan la del sultán en Zanzíbar. Gordon es nombrado coronel del ejército de Egipto, se adueña de Bahr el-Ghazal y después de Sudán, desciende el Nilo blanco desde Jartum hasta Gondokoro. Se crea la provincia de Ecuatoria, en el rumbo de los Grandes Lagos. Gordon confía el gobierno allí a Emin Pachá.

Más al norte, Gordon se emplea durante cuatro años en la tarea de organizar Sudán. De Abisinia a Darfour. El caíd es depuesto. Gordon regresa a Inglaterra. En los años siguientes se lo ve en El Cabo, donde se le propone el mando del ejército sudafricano, que él rechaza; en la India, donde secunda al gobernador general inglés; en Pekín, donde se le pide que calme el riesgo de una guerra chino-rusa. En 1882, lo deja todo. Tiene cuarenta y nueve años. Se retira a Palestina. Es allí donde recibe el correo de Stanley. Pero esos dos no se encontrarán nunca.

Mientras que Gordon se consagra a la meditación y la arqueología, y busca en Jerusalén el emplazamiento del Gólgota y la tumba de Cristo, en Sudán Mohamed Ahmed pretende ser el nuevo *mahdi*, el Enviado de Dios, levanta un ejército y barre

con su guerra santa a las tropas egipcias. El caíd y Nubar Pachá confían a Gordon la misión de ayudar y evacuar a la población que les es fiel en Jartum. En enero del 84, Gordon está en El Cairo; en febrero, en Jartum. En marzo, la ciudad es sitiada. La ruta del Nilo está cortada. La expedición de socorro, lanzada desde las dunas a fusta de camello, llegará con dos días de retraso. La ciudad cae en enero de 1885. Las tropas del *mahdi* degüellan a cuatro mil hombres y se llevan a las mujeres y los niños. Stanley está en el congreso de Berlín cuando se entera de que Gordon ha sido decapitado y que la cabeza del inglés es paseada por la ciudad clavada en una pica.

HACIA LOS DOMINIOS DE EMIN

Quien no tiene nada de misántropo a los cuarenta años nunca ha amado a los hombres.

CHAMFORT

Hace mucho que Alice Pike está casada. Gordon ha muerto. El Rompedor de Rocas se basta a sí mismo. Está en la cumbre de sus fuerzas. «Es curioso que ningún novelista, que yo sepa, haya señalado esta gran virilidad de la voluntad que, a determinada altura de sus carreras, ocupa un lugar preponderante en el carácter de los hombres. Pese a mi completo aislamiento, nunca he experimentado el sentimiento de la soledad».

Bahr el-Ghazal ha caído en manos del *mahdi*, después Sudán entero. Lejos, al sur, está la provincia egipcia de Ecuatoria, de la que no llegan noticias. Su gobernador, Emin Pachá, consigue enviar algunos correos a los puestos de los misioneros. Pide auxilio. Le falta de todo, productos manufacturados y especialmente armas con las que oponerse a la progresión de los mahdistas que le cierran el camino del Nilo y que acaban de apoderarse de su efímera capital, Lado. Él se ha replegado todavía más al sur, en Wadelai, más allá del lago Alberto, aún más lejos de Egipto. Nadie conoce la extensión de esta provincia carente de verdaderas fronteras, situada hoy en alguna parte de Uganda.

Al este, los masáis le impiden el acceso al océano Índico. Está rodeado al sur y al oeste por tribus hostiles, y amenazado al norte por la invasión de los yihadistas. Emin Pachá está al mando de tropas egipcias y sudanesas, de una numerosa población civil venida de El Cairo, de secretarios turcos y coptos, de su segundo —el aventurero italiano Gaetano Casati—, de un mercader griego y de un farmacéutico tunecino. El aislamiento de Emin Pachá conmueve a las gentes de Inglaterra, que reprochan a su gobierno haber tardado tanto en socorrer a Gordon. Los periódicos enardecen a la opinión pública. Hay que salvar al último lugarteniente de Gordon. Se organiza una suscripción para la Emin Pasha Relief Expedition. Stanley está en Nueva York, a finales de 1886, en el momento en que le proponen comandar la expedición. Regresa a Londres de inmediato, se juega de nuevo su gloria igual que uno empuja el resto de sus fichas sobre el tapete verde. Irá a salvar a Emin Pachá.

Los voluntarios afluyen, así como el dinero. Stanley escoge a los militares que le acompañarán, a algunos *gentlemen* que invierten parte de su fortuna en la expedición,

y al naturalista James Jameson, que morirá en algún lugar del Congo. Los baúles son despachados a El Cairo, los hombres viajan a bordo de varios paquebotes. El caíd entrega a Stanley un mensaje del sultán para Emin con el consejo de que regrese a El Cairo, pero lo deja a su libre decisión. En Zanzíbar, Stanley negocia de nuevo con Tippu Tip y recluta a ciento veinte hombres como escolta.

A bordo del *Madura*, dobla una vez más el cabo de Buena Esperanza y recorre la costa atlántica más allá de Luanda hasta la desembocadura del Congo. Llega a Matadi y después a Stanley Pool. Los vapores remontan a continuación el río hacia el norte, hacia las cataratas, las Stanley Falls, donde Tippu Tip se instala con sus hombres y toma el mando del puesto. La misión inglesa navega en piraguas por el Aruwimi hasta Banalya. Stanley decide instalar allí un campamento base en el que deja una guarnición encargada de proteger los bártulos que podrían retardar su avance. Hasta aquí la expedición había ido como una flecha. Salió de Londres el 21 de enero. El 28 de junio abandona el campamento base, cuyo mando confía al mayor Barttelot, un veterano de Afganistán, para adentrarse en la selva del Ituri en dirección al lago Alberto, del que, según estiman, se encuentran a una distancia de cerca de ochocientos kilómetros a vuelo de pájaro.

Nadie ha atravesado nunca esa selva. Nadie sabe a qué altura cede su plaza a las colinas y las praderas. Los supervivientes no volverán a ver la hierba y la luz del sol hasta el 5 de diciembre. Es la hecatombe. Muchos mueren de hambre o bajo lluvias de flechas envenenadas. «En cuanto a las setas, hemos encontrado muchas variedades, entre ellas un bello y perfecto mujardón; otras son menos inofensivas, pero seguramente los dioses protegen a quienes son condenados a vivir de semejante alimento. Larvas, babosas, orugas y hormigas blancas sustituyen a la carne ausente (...). En la mañana he comido mi último grano de maíz, la última miga de comida sólida que me quedaba (...). Mi pobre borriquillo zanzibareño se debilitó rápidamente. El yaro y el cardamomo, sus únicos alimentos a partir del 28 de junio, son un triste pienso para un animal delicado y mimado como lo había sido él hasta entonces. Para abreviar su agonía le metí una bala en la cabeza. En cuanto a su carne, fue repartida más escrupulosamente que si se hubiera tratado de la caza más exquisita. Nuestros desdichados, empujados por el hambre, se pelearon por la piel y por los huesos, que trituraron, y por las pezuñas, que pusieron a hervir durante horas». Ésta será la marcha más larga, la peor. Van marcando el camino con señales talladas en las cortezas de los árboles. Después de más de cinco meses en la selva, salen al fin al aire libre, corren hacia la ribera del lago, que alcanzan el 14 de diciembre, y llega la decepción. Los habitantes son hostiles y atacan la caravana. Nadie tiene noticias del Pachá ni lo ha visto nunca, ni a él ni a sus hombres.

Lo que Stanley conoce de Emin Pachá lo sabe sobre todo por el doctor Junker,

quien había recorrido Ecuatoria algunos años antes. Los recuerdos frecuentemente son engañosos. Junker describe a un hombre alto, delgado, muy miope. Dice que es un lingüista distinguido, que habla árabe, turco, alemán, italiano, francés e inglés, así como numerosas lenguas africanas. Durante algún tiempo esperan a orillas del lago a este ser enigmático. Pero es imposible permanecer en la ribera y la expedición ha dejado atrás su barco desmontado en piezas. Stanley está agotado y enfermo. La expedición vuelve sobre sus pasos y se instala en el límite de la selva. Levantan un campamento parapetado, el fuerte Bodo, que significa «paz» en la lengua de la región. Preparan el suelo para sembrar. Intentan recuperar fuerzas. Siguen sin tener noticias de su retaguardia, a la que mandan mensajeros. Se envía un destacamento de avanzada, con los hombres más sanos, para informarse acerca del Pachá en los alrededores del lago. Stanley se recupera lentamente. Su cabello ha encanecido. El doctor Parke le prescribe inyecciones de morfina. Tres meses después de la instalación del fuerte Bodo, se puede leer en el diario de Stanley:

«Del 15 de marzo al 1.º de abril – El 25 pude dar algunos cientos de pasos de una tirada, pero el brazo estaba todavía rígido y me sentía débil. Nelson se ha recuperado un poco de sus perpetuos accesos de fiebre. Todas las tardes, mis pasos vacilantes me sostienen hasta una soberbia columnata de árboles, en la ruta que hicimos abrir del lado de Nyanza; me siento en un sillón, donde paso las horas leyendo o dormitando».

Desde su sillón, un Stanley alucinado por la morfina organiza los trabajos agrícolas, vigila el crecimiento de las plantas. Sabe bien que en el fondo es un campesino, y que nunca habría abandonado su granja galesa si su padre le hubiese reconocido. «Mientras que me ayudan a levantar mi catedral de follaje, es para mí una delicia, renovada diariamente, observar el rápido crecimiento del maíz en el campo, ver cuánto terreno hemos ganado a la selva. Nuestras parcelas, después de ser limpiadas, labradas y sembradas, no permanecieron mucho tiempo en su primera desnudez. Un día la tierra marrón empezó a verdear, miles de plantas germinaron de golpe como si respondieran a una orden. Todavía ayer, sonreía al mirar cómo los brotes tiernos y blancos se doblaban sobre los cepellones como para tomar aliento; al día siguiente, los cepellones estaban rebosantes, los tallitos enderezados; las plantas virginales se tiñen ya de verde hasta la punta. Día tras día, es una maravilla ver los tallos crecer, subir y engordar, ver alargarse las hojitas y volverse más intenso el color. Uno al lado del otro, cada pie, en su fila y en su lugar, envía sus hojas al encuentro de sus compañeros, se enredan en sus abrazos y ahora el maizal es un cuadrado sólido que suena bajo el viento como el murmullo lejano de una ola perezosa contra los guijarros de la orilla».

Manifiestamente, y aunque lo niegue, Stanley es feliz. Está en el corazón de África, en una región desconocida. Desde hace más de un año, nadie en Europa puede saber si está vivo o muerto o dónde se encuentra, ni tener noticias suyas. No hay modo alguno de darlas. Él está, por última vez, inmóvil en el corazón de África. Podría detenerse aquí, no volver a partir, olvidar al Pachá, vivir hasta el fin en su

comunidad de robinsones. Uno piensa en los angolares o en los amotinados del *Bounty*, en los sueños de los náufragos de Verne. La selva del Ituri es un mar infranqueable. Se podría fundar aquí un imperio. Acrecentar las cosechas de año en año... «Una manada de elefantes podría esconderse en el follaje. Las plantas ya han florecido, las gruesas mazorcas siguen engordando perfectamente protegidas por sus múltiples vainas, prometen una cosecha abundante, y me da placer pensar que durante mi ausencia nuestros hombres no tendrán que pasar más hambre. He decidido partir mañana para el lago y llevarme el barco». Uno de sus oficiales, Jephson, ha entrado en contacto con Emin Pachá.

Desde la orilla, en la tarde del 29 de abril de 1888, Stanley observa con su catalejo el vapor que crece sobre el lago. Busca sobre el puente el rostro anguloso de un gigante de uniforme raído. Se ponen en marcha las poleas. Echan al agua un bote. Un grupo de hombres se dirige hacia su tienda. «Les estreché la mano a todos y pregunté quién era Emin Pachá. Entonces un hombre flaco y muy bajito, con gafas, llamó mi atención con unas palabras pronunciadas en excelente inglés:

- Os doy mil gracias, mister Stanley, no sé cómo expresaros mi reconocimiento.
- ¡Ah! ¿Usted es Emin Pachá?».

Puede que durante un año y medio Stanley hubiera buscado una frase digna de un reencuentro como el de Livingstone diecisiete años atrás, y que se haya olvidado de pronunciarla, sorprendido de ver ante sí «a un hombre delgado, tocado con un fez, muy aseado, con la ropa deslumbrante de blancura, perfectamente planchada y de un corte irreprochable». Encienden velas en la tienda. Se abren las cinco botellas que han atravesado el Ituri. Una vez más, se sirve champán caliente en cubiletes de plata.

Emin Pachá siente curiosidad por la actualidad de un mundo del que lleva aislado desde hace años. «Aquel rostro no mostraba huella alguna de enfermedad o de ansiedad; al contrario, revelaba un cuerpo próspero y un espíritu tranquilo». En cuanto a las noticias que puede darle, datan de hace casi dos años. Emin Pachá habla un poco de su vida. ¿Cómo, en efecto, se convirtió él en gobernador de una provincia como Ecuatoria? Su verdadero nombre es Schnitzler, es un judío de Silesia nacido en 1840, al borde del Neisse, que es la frontera entre Alemania y Polonia.

Después de estudiar medicina y entomología, comenzó su carrera en Albania, entró al servicio del gobernador Ismail Hakki Pachá, al que siguió en sus diferentes destinos por el imperio otomano, primero en Siria y después en Arabia. Se instala un tiempo en Trieste y luego en los Balcanes, va a El Cairo, después a Jartum, donde se convierte en Emin efendi Hakim^[13] al lado de Gordon, el cual, después de haberle confiado varias misiones diplomáticas, le nombra gobernador de Ecuatoria, provincia fantasma que al poco tiempo es asediada. «No encuentro palabras para explicar cuán duramente han transcurrido estos cinco años de silencio. No sería capaz de volver a empezar».

Emin Pachá decide instalar su campamento durante algunos días cerca del de Stanley, hace desembarcar del vapor sus maletas y trajes nuevos para aquellos ingleses andrajosos. Emin Pachá quiere creer después, sonriente, que fue él quien vino a socorrer a sus salvadores. Vuelve a sus trabajos ornitológicos, se asombra de la completa ausencia de loros en los bordes del lago Alberto. Stanley disfruta con su conversación. Es en el momento en que Emin Pachá le hace saber que no tiene muchos deseos de regresar a El Cairo, que todavía duda y que posiblemente se quedará en Ecuatoria, cuando su relación empieza a deteriorarse.

Stanley se puso en ruta un año y medio atrás para socorrer a este hombre y a los habitantes de la provincia. Continúa sin noticias de su retaguardia. Después de darle al Pachá un ultimátum, reemprende el camino hacia el fuerte Bodo. Los mensajeros que había enviado al mayor Barttelot no han vuelto a aparecer. Stanley decide atravesar de nuevo esa selva de hambrunas a la cabeza de un restringido grupo. Deja el campamento el 16 de junio de 1888, un año después de haberse adentrado por primera vez en la floresta, remonta los senderos que su vanguardia había ido abriendo a machetazos. En los últimos días, sus provisiones se agotan. «No llevábamos de nada, contando para nuestro sustento con los frutos silvestres que pudiéramos recoger en el camino. Por la tarde pasamos junto a cadáveres en distintos estados de descomposición. La visión de los muertos y de los moribundos me había quitado las fuerzas. Me sentía aniquilado».

El 17 de agosto alcanza el campamento de Banalya y encuentra allí a un puñado de hombres enfermos y perdidos que le explican que Tippu Tip faltó a su palabra y nunca les envió porteadores. El mayor Barttelot ha sido asesinado. Troup ha regresado a Inglaterra y Ward está en Luanda. James Jameson, que retrocedió para buscar auxilio y suplicar a Tippu Tip, ha muerto de fiebres a orillas del Congo. Sólo queda un inglés, Bonny, y algunas decenas de zanzibareños que Stanley se lleva consigo al fuerte Bodo. A su regreso, vuelve a preguntar al Pachá, que sigue dudando. En una carta fechada el 13 de febrero de 1889, cuando han pasado más de dos años desde que Stanley salió de Londres, Emin Pachá le anuncia por fin que ha resuelto dejarse guiar hasta el océano.

Todavía necesitarán un año para reunir a todos los habitantes, crear un campamento provisional en Kawili, en la actual Uganda, y atravesar después la actual Tanzania para navegar hasta la isla de Zanzíbar.

PIERRE & HENRY

Yo no había sido enviado a este mundo para ser dichoso en él o para buscar la felicidad: tenía una misión que cumplir.

HENRY MORTON STANLEY

En lo que concierne a estos dos, resulta prudente ponderar los clichés, ese antagonismo que los periódicos habían exacerbado para convertirlos en personajes de Plutarco, el gran corazón del pacífico aristócrata frente a la dureza del hijo de nadie. Se puede comprender el comentario mordaz de Stanley a propósito de Brazza: «Demasiadas banderas y municiones insuficientes».

En este inicio de 1890 resulta difícil proseguir con los paralelismos. Sus destinos son desproporcionados. Stanley es uno de los hombres más célebres del mundo. Después de haber acompañado a los habitantes de Ecuatoria hasta Egipto, se aísla para escribir. A finales de enero alquila la villa Victoria en El Cairo. Quiere aprovechar todavía su soledad para terminar su libro antes de regresar a Londres. Abre sus cuadernos, relee su diario. Redacta de un tirón un relato de mil páginas que titula *En las tinieblas de África*. Incluye en él los inventarios de la expedición, las cuentas, los telegramas de felicitación recibidos en Zanzíbar, las fotografías, los dibujos de las sucesivas vegetaciones, desde las Ruwenzori hasta las nieves perpetuas. Consulta los archivos cartográficos árabes y da fe de la validez de esos antiguos planos, que publica como anexos.

Mientras que Stanley está en El Cairo, volcado en sus papeles, Brazza emprende la exploración del río Sangha. Esas modestas exploraciones de los afluentes del Congo no inflaman a los periódicos, ahora que Stanley acaba de atravesar dos veces África de parte a parte, en uno y otro sentido. Sólo sus colegas aplauden su oscuro trabajo de cartógrafo y su abnegación. El capitán Lamy escribe que «monsieur de Brazza no conoce las reglas de la administración francesa y el papeleo le es también tan desconocido como los habitantes de la Luna, si es que existen. Él nunca ha tenido más que un objetivo: seguir adelante, sin derramar sangre ni quemar pólvora. Es ahí, en la cuenca del alto Sangha, donde monsieur de Brazza derrocha sin medida todo el vigor que la naturaleza le ha dado, y todos los recursos personales o de otros de que dispone. El éxito más rotundo no puede dejar de coronar tales esfuerzos, a menos que la muerte venga a domeñar este espíritu verdaderamente superior».

A mediados del 90, Brazza está en Brazzaville por primera vez después de dos años. De pie, sobre un pontón de lo que hoy debe de ser el Beach, observa el vapor

Courbet que acaban de entregarle para que pueda explorar el curso alto del Sangha.

En ese mes de junio de 1890, cuando Stanley, conquistada la gloria, regresa a Inglaterra para casarse en la abadía de Westminster, un marino de origen polaco desembarca del *Ville de Maceio* en Matadi. Teodor Korzeniowski, capitán de marina mercante como Brazza, ya ha navegado por todos los océanos. Es la primera vez que Conrad ejerce de marino de agua dulce. Llega a Stanley Pool por el camino que discurre junto a las treinta y dos cataratas. A su llegada a Leopoldville, hoy Kinshasa, la compañía le niega el mando con el que le habían tentado en Bruselas. Poco más de dos años después del paso de Stanley en su viaje de auxilio a Emin Pachá, estos dos vapores, el *Courbet* y el *Roi des Belges*, se alejan en el mismo momento cada uno de una orilla del río, llevando uno a Brazza y el otro a Conrad. Los dos marinos van río arriba. Al unísono, hasta la confluencia del Oubangui.

En el camino de vuelta, desde las Stanley Falls hacia Stanley Pool, el capitán del *Roi des Belges*, atacado por las fiebres, tiene que ceder el mando del vapor a su segundo, el polaco. Un blanco enfermo, evacuado del puesto, fallece después de aullar en el delirio de su agonía. Más tarde se leerá esta nota necrológica en el *Mouvement géographique* de Bruselas: «Klein, George, Antoine: Francés, contratado como agente comercial. Salió hacia el Congo el 23 de diciembre de 1888. Muerto el 21 de septiembre de 1890 a bordo del vapor *Roi des Belges* durante el viaje. Fallecido por disentería. Inhumado en Chumbiri (Bolobo)». Conrad escribe un relato en el que aparece el recuerdo de esta travesía por el Congo, «Una avanzada del progreso», que publica en una revista, situando el corazón de las tinieblas cerca de Stanleyville, la Kisangani de hoy, aunque nunca mencione esos lugares. Brazza no lee el relato de Conrad. Lo leerá más tarde, en Argel.

DOS NÁUFRAGOS

Es lunes 6 de marzo de 2006 y el panel luminoso del *hall* de salidas del aeropuerto de Luanda probablemente está averiado. Un agente me garantiza que, pese a su ausencia en la pantalla, el avión de Air Gabon para Kinshasa debe aterrizar pronto. Según él, no es raro que se olviden de poner en la pantalla este tipo de información, o puede que el avión vaya con retraso o que también esté averiado. La completa ausencia de personal en el mostrador de Air Gabon hace suponer que en efecto hay algo que no funciona.

Aquel a quien por ser difícil identificar su verdadera función llamo agente (¿de aduanas o de la policía?) viene cada cuarto de hora para tranquilizarme, y para gorrearne un Marlboro *light* de paso. Nace el día. El agente regresa todo sonriente, el avión ha despegado de Kinshasa y muy pronto deberá aterrizar en Luanda. Me comunica esa información con aire confidencial, como si acabara de hacerme el regalo de llamar al piloto a su móvil. Sugiere que festejemos esta buena noticia en la cantina. Sospecho engaño de múltiples consecuencias. Ese uniforme debe ser el de aduanero. La exportación de kwanzas está prohibida, como la de dólares o cualquier otra moneda. Estas curiosas leyes no tienen más función, sin duda, que la de no poder ser respetadas, y colocar así a cada viajero en una situación de forzada ilegalidad. El agente se aleja encogiéndose de hombros. Por mi parte intento distinguir, a través de los diferentes grados de impaciencia o de inquietud, a los congoleños que piensan regresar de los angoleños que piensan partir, estimación que se hace más espinosa por la proporción seguramente importante de angolo-congoleños como Alphonse. Es ya evidente que el vuelo a Kinshasa no existe. Los pasajeros, que han dejado de serlo, se acaloran y alzan cada vez más la voz. El agente no vuelve a aparecer. Yo llamo a Alphonse.

Tomamos el ancho bulevar de la Revolución de Octubre, seguimos la avenida Amilcar-Cabral, atravesamos la ciudad hasta la Marginal y aparcamos delante del Hotel Presidente. La agencia de Air Gabon está ya abarrotada. La empleada a la que

han encomendado la ingrata tarea repite a todo el que llega arrastrando sus maletas que la compañía se ha declarado en quiebra. Todos sus vuelos han sido anulados. Definitivamente. No se reembolsan los billetes. Si bien no es difícil comprender la reacción poco amable de los pasajeros estafados, su griterío, uno no puede evitar apiadarse de esta pobre mujer e incluso asombrarse de que esta mañana no se haya quedado en su casa. Parece que poco a poco va dándose cuenta de que también ella se ha quedado en paro y de que sin duda su último salario no se lo van a pagar nunca.

Obtener una habitación de improviso en un hotel de Luanda es casi imposible. Después de haber verificado esta información en el pequeño Vice-Rei, ya completo desde mi salida, llamo a un amigo de la embajada para ver si al menos puedo dejar allí mi maleta mientras me aclaro, vuelvo a ponerme en ruta con Alphonse. Me envían a una pequeña edificación al final del patio, encima de cuya puerta está escrito *Sala de motoristas*^[14].

A la derecha hay un cuarto equipado con un sofá y una mesa baja, donde esperan los conductores entre carrera y carrera. Algún ocupante anterior del lugar ha vaciado aquí sus bolsillos y dejado numerosas monedas chilenas de cincuenta pesos. Sobre los muros aguardan pacientemente algunos geos. En un rincón, entre escobas y cubos, se almacenan los productos que usan las señoras de la limpieza. La ventana da a un bosquecillo de bananos. Visto que aquí estoy tan bien como en el Vice-Rei, comienzo a montar mi campamento.

Somos dos los náufragos en estos lares. El otro tiene algo que ver con el Banco Mundial. Su estudio, mucho más confortable que el mío, situado en el edificio principal de la embajada, está equipado con una lavadora y una secadora de ropa recién estrenada. Después de haber sacado de las entrañas de ésta los folletos explicativos, la he conectado a la corriente y a la toma de agua. Con frecuencia, al final de la tarde, el Banco Mundial y yo tomaremos algunos tragos a la espera de que las máquinas ronroneantes nos restituyan nuestra ropa.

El Banco Mundial se revela como un gran viajero y un lector entusiasta, sobre todo de João Guimarães Rosa. Ha atravesado Brasil solo al volante tras las huellas de su Diadorim. La vegetación perdida de Minas Gerais, que ya había sido atravesada por otro, por el manco del pitillo en los labios, el destrozado en la guerra del 14. ¿Cómo se las apañaba Cendrars con su única manota para meter las marchas de su Ford convertible, desde Guarujá hasta el Morro Azul por la costa? Algunas tardes, con la mirada vacía perdida en la contemplación de la máquina secadora, lamentamos tontamente no estar en Brasil. El planeta está que arde. Habría que estar en todas partes al mismo tiempo. En cuanto les das la espalda, las llamas se avivan de lo lindo. Uno tiene siempre la impresión de que debería estar en un lugar distinto a aquel en que se halla. ¿Voy a tener que esperar diez años en Angola a que desentierren de nuevo a Brazza?

EN LA PRENSA CONGOLEÑA

[...] Los brazzavillenses ven las máquinas excavando el fondo del río Mfoa, la agitación de los albañiles, los europeos de la sociedad Socofran, en pantalones cortos, especialistas en obras públicas, y las grandes placas de hormigón que crecen cerca de la antigua embajada de los Estados Unidos (...).

Por otra parte, se comenta que los miles de millones que se ha tragado la construcción de este pozo sin fondo todavía no bastan a fecha de hoy, ésa es la razón por la cual la Asamblea Nacional ha votado por primera vez, a finales del mes de febrero de 2006, conceder un crédito a la Fundación Savorgnan de Brazza. Esta iniciativa no tiene nada que ver con la Nueva Esperanza ni con el Documento Estratégico de Reducción de la Pobreza, presentados por el gobierno como catecismos en materia de desarrollo económico y social del Congo-Brazzaville para los próximos años (...).

Cabría preguntarse seriamente sobre los objetivos previstos para el Congo. Si existen prioridades en la reconstrucción de Brazzaville, este monumento parece tener más importancia que la evacuación de las aguas pluviales, mal canalizadas y susceptibles al final de provocar epidemias y dramas inconmensurables; ciertamente, desde ese punto de vista, este edificio se ve como un colosal capricho (...).

LÉCAS ATONDI MONMONDJO,
La Semaine africaine

En el reino teke

EN LOS SALTOS DE POUBARA

Del otro lado del río Congo, aproximadamente a un millar de kilómetros al norte de Luanda, en dirección al Ecuador, el lugar del emplazamiento del vivaque de Brazza está ocupado hoy por los dos edificios de una pequeña central hidráulica que suministra electricidad a las minas de magnesio de la Comilog y, de paso, a las ciudades de Moanda y Franceville.

Los guardias armados nos prohíben desganadamente el acceso a las instalaciones, después aceptan dejarme visitarlas si no tomo fotografías. Yo nunca las tomo. Un simple vistazo bastaría por otra parte para calcular la carga de explosivos necesaria para detener al segundo productor mundial de magnesio si, por ejemplo, yo fuera un agente del tercer productor mundial y quisiera escalar en la clasificación.

Franklin, que me acompaña, se interesa por el funcionamiento de las turbinas. Durante quince años, trabajó como electricista en Libreville, antes de abrir un snackbar que fue arrasado en las Fiestas Itinerantes^[15] de 2004. Con la indemnización se compró un viejo Land Rover, lo repintó a lo cebra con rayas amarillas y blancas, y se convirtió en chófer.

En la orilla derecha, al borde de los rápidos, el jefe de la aldea cobra una tasa por franquear el puente de lianas. De pie, en medio de esa enorme cuna calada, uno se siente suspendido en el aire sobre el borboteo blanco y brumoso de los saltos del Ogooué. Aquí es donde Brazza toma la decisión de abandonar el río, cuyo cauce alto se hunde hacia el sur, y por primera vez se adentra en un afluente, el Mpassa, que él escribe Passa, para remontar su corriente hasta ese punto en el que ésta, a su vez, se tuerce hacia el sur. Entonces se detiene. Sale de la selva después de dos años. Frunce los ojos ante el horizonte despejado. Aquellas colinas a lo lejos son la línea divisoria de las cuencas. Hay pues que caminar, construir un campamento donde apilar el material y confiarlo a la vigilancia de algunos hombres. Eso será Franceville. El emplazamiento lo ha escogido él:

El emplazamiento de Franceville es realmente bello, situado sobre la punta más alta de una elevación

del terreno que, después de subir empinadamente desde la confluencia del Ogooué y el Passa, cae, en una pendiente pronunciada desde una altura de más de cien metros, sobre el río que corre a sus pies. El lejano horizonte de las mesetas, en un panorama casi circular, los alineamientos regulares de las aldeas que cubren los pies de las laderas, la nota fresca de las plantaciones de bananos que cortan la tonalidad roja de las tierras arcillosas, hacen de este lugar una de las vistas más hermosas y seductoras del oeste africano. Inspira una especie de necesidad de detenerse para admirarlo y, al mismo tiempo, el vago deseo de marchar hacia los horizontes que desde aquí se descubren.

A media hora de camino de los saltos de Poubara, la capital de Haut-Ogooué se ha extendido hoy sobre las laderas de numerosas colinas, de un lado y otro del lecho del Mpassa, que es franqueado por un puente metálico. El palacio de Omar Bongo cuenta con una mezquita de cúpulas verdosas. Más lejos, una estatua suya, realizada en bronce, señala con la mano el horizonte en dirección al Congo. Nosotros nos instalamos en la terraza de madera podrida de La Savane, al borde del río, cuyas aguas cobrizas fluyen en medio de una vegetación oscura. Su cauce tiene aquí una anchura de treinta metros. Al final de la tarde, los pescadores sacan de sus piraguas peces de diversos tamaños y variedades, todos ellos ensartados de las agallas a la boca por el mismo cordel, y el dueño de La Savane discute su precio mientras los sopesa con la mano.

A la mañana siguiente nos ponemos de nuevo en camino. A la salida de Franceville, numerosas aldeas de pigmeos se cuecen al sol bajo sus barracas de chapa.

—Ésos se van de marcha y beben *whisky* —bromea Franklin, que no parece tenerles mucha estima—. Son pigmeos de alta gama —concluye.

EN LÉCONI

Desde Franceville, la frontera congoleña más cercana está al sudeste. Cada fin de semana, a poco que se sea congoleño o gabonés, teke en cualquier caso y súbdito del rey Auguste Nguempio^[16], se puede acceder a un puente sobre el río Léconi. En su extremo hay un gran mercado donde, además de venderse legumbres y aves, offician los revendedores, que aquí se conocen como gadafis, de esos bidones de veinte litros de gasolina llamados jerrycans.

Elegimos la ruta norte, a través de las mesetas Bateke, porque desde hace meses los chinos construyen en ellas la carretera de Brazza. Hace dos años que Franklin negocia la compra de un *jeep* y vamos en busca del vendedor. La circulación por esta carretera es libre hasta la aldea de Léconi. Más allá, las planicies están prohibidas para los vehículos particulares, con el pretexto de que una franja de varias decenas de kilómetros, en dirección al Congo, ha sido declarada reserva natural. Una vez llegados a Léconi, deberemos contactar con las autoridades. Hasta allí, la carretera sólo está marcada por las barreras de policía. Tenemos que atravesar Bongoville, la villa del presidente. Franqueamos el Léconi, después la carretera trepa derecha hacia las mesetas, bordeada por algunas aldeas rodeadas de campos de yuca y piña. Franklin conduce con el pie hundido en el pedal y el *jeep* vibra como un viejo aeroplano al que al despegar se le hubieran desprendido algunos pernos. Dos horas más tarde, llegamos a las obras de los chinos.

El proyecto del presidente congoleño Denis Sassou Nguesso y de su yerno, el presidente gabonés Omar Bongo, es abrir de esta manera una vía de comercio hacia el norte. Y con ello terminar con la oposición política y la guerrilla del sur, que amenaza la línea de ferrocarril Congo-Océano. La vía será sometida a dos rupturas de carga: en el tren transgabonés desde Libreville hasta Franceville, en camiones a través de las mesetas Bateke y, después, en barcas chatas a través del Congo hasta Brazzaville. Este proyecto de comercio transfronterizo no es ajeno a su común decisión de erigir el mausoleo a Brazza.

Y de hacer del fundador tanto de Franceville como de Brazzaville un héroe binacional y casi familiar.

La carretera de los chinos será rectilínea. Todavía no es más que una cinta de fango rosado bajo la lluvia. No ha llegado aún el momento del alquitrán sino el del habitual *ballet* de las excavadoras y los *bulldozers*, máquinas anaranjadas consteladas de luces intermitentes bajo el aguacero. Durante muchos kilómetros avanzamos sobre este lodazal en el que patina el Land Rover, levantando salpicaduras rosadas que los limpiaparabrisas barren. Torcemos el rumbo en la sabana, pasamos una colina, continuamos a pie entre las altas hierbas. Estamos al final de la mañana y avanzamos en medio del frío y bajo la llovizna. El cielo tiene el gris de Brest, la temperatura es de unos quince grados. Brazza y sus seis compañeros atravesaron descalzos estos ciento veinte kilómetros, cargando cajas que ocultaban cada noche en las dunas. Uno entrevé la arena bajo las hierbas lacerantes. Marchamos cerca del Cañón Rosa, más allá del cual se extiende el lago de los Cocodrilos, que es la fuente del Léconi.

La lluvia es ahora fría y violenta.

UNA AVANZADA DEL PROGRESO

Es un *jeep* del ejército americano sobreviviente del desembarco de Normandía o de alguna otra acción peligrosa. El cacharro no ha rodado desde hace muchos años. Las vértebras de su propietario le desaconsejaron usarlo. Éste se ha hecho con una máquina más grande y mullida para ir a cazar en las colinas, así que ha resuelto vender el rompeculos a Franklin, quien levanta el capó. Tiene la caja de tres velocidades original, sujeta desde hace una treintena de años a un motor de Peugeot 404 Diesel.

El viejo blanco está sordo como una tapia y grita las informaciones mientras afloja las terminales de la batería. Le seguimos hasta su taller de mecánico, donde se respira un aire de orden y autarquía: reservas de diferentes carburantes en sus correspondientes jerrycans, piezas destinadas a cada una de las máquinas, tableros de llaves de boca abierta y tableros de llaves de pipa, el compresor para los neumáticos... El viejo puntúa no obstante cada una de sus frases con un atronador «¡Qué desorden!».

Al otro lado del patio tiene su bar personal, del cual se enorgullecerían muchos pueblos bretones o alsacianos. Botellas de prácticamente todos los alcoholes se alinean detrás de la barra. Se ven cinco fusiles de calibre grueso ordenados en el armero. Algunos trofeos en las paredes. El viejo nos berrea su particular amor por los calibres doce y veintidós. Todavía caza en la planicie dos veces por semana. Avutardas y perdices.

Llegó a Gabón en 1977, hace casi treinta años. Suboficial del ejército francés, fue reclutado por la GP, que no es aquí la *gauche* proletaria sino la guardia presidencial. Terminó su carrera con el grado de coronel del ejército gabonés. Omar Bongo le confió la intendencia de su palacio en Léconi, el último territorio justo al borde de la planicie, una especie de desierto de los tártaros del que un día habrían podido surgir los blindados marxistas congoleños. Vive en este pueblo desde hace veintiún años, dejó el palacio del presidente y construyó el suyo con sus propias manos, nos grita. Él

lo ha diseñado todo, incluso la jaula del loro gris de cola roja con el que comparte vida desde hace veintiún años. Camina un poco encorvado, con el dorso de las manos hacia atrás, como lo hacen aquellos que han transportado cosas demasiado pesadas durante demasiado tiempo.

La lluvia bate el techo de chapa ondulada con una fuerza inaudita y gritamos como locos a veinte centímetros de sus viejas orejas. Palabras a las que él responde con el invariable grito de «¡Qué desorden!». Vamos a dormir en su casa. Nos prepara perdices rellenas de perdigones, acompañadas de una papilla de hojas de yuca, que recuerda exactamente una boñiga fresca, de la cual emergen gruesas orugas repelentes probablemente destinadas a dar más sabor, y a verificar al mismo tiempo que no somos unos pijos.

A la mañana siguiente, lanza el zafarrancho y nos despierta a gritos. Tenemos cita con el Capitán, sólo él tiene el poder de hacernos penetrar en la zona fronteriza y llevarnos hasta el Congo. Es un gigante de vientre prominente. Se sienta a la mesa común y pide un café militar, una especie de digestivo en el que la proporción de los ingredientes es sensiblemente diferente a la del insípido brebaje destinado a los civiles y a los enchufados de la retaguardia. Franklin, que ha instalado la batería, sale a probar el *jeep*. El viejo le grita que habría que pensar en cambiar los frenos, después se encoge de hombros.

Aparte de él y de sus hombres, dice el Capitán, del blanco viejo y de algunos cazadores furtivos que se cuida de detener de inmediato, cada año no penetra en la zona fronteriza más de una cuarentena de personas. Y puede que tampoco nosotros podamos entrar ahí. Lluve demasiado. En unos días, tal vez. Si cambia el tiempo. Pero hará falta esperar a que la hierba se seque para poder conducir por las colinas. El viejo grita que mientras esperamos, visto que somos cuatro, podríamos jugar una partida de cartas. Mi incompetencia nos limita a jugar al dominó, en eso pasaremos la jornada, sentados junto al mostrador.

Como la conducción de automóviles o la jardinería, este deporte es propicio a la reflexión. Los marineros jugaban al dominó a bordo del barco anclado en el Támesis, una noche, antes de que Marlow cuente la historia de Kurtz, aquel cuya cabeza se había llenado del gran desorden de África. En medio del silencio se levanta, a veces, una voz. El Capitán enumera todo aquello que veríamos si no lloviera. Las cebras y los órices, los impalas. El viejo grita «¡Qué desorden!» cada vez que le falta la ficha necesaria.

Estos dos, el blanco viejo y el coloso gabonés, se hacen algunas confidencias durante la tarde. Acerca del tráfico de armas a Angola hasta la llegada de la paz. También sobre un millar de ruandeses en fuga, pequeños grupos de hutus que, antes de la llegada al poder de Laurent-Désiré Kabila en 1997, habían descendido el Congo

y atravesado las mesetas Bateke. Kabila había autorizado a su aliado Paul Kagame a lanzar contra Kisangani sus unidades especiales. La mitad de los 80 000 refugiados hutus fue masacrada a orillas del río Congo. Los otros se dispersaron. Algunos consiguieron atravesar el río y remontar las mesetas Bateke. Hablan de esos recuerdos con medias palabras. Sus frases son confusas. Los detalles, atroces. Los machetazos de los aldeanos contra los ladrones hambrientos, los brazos cortados, los niños muertos en el camino y enterrados en las colinas.

El Capitán era quien llevaba cada mañana, con los efectivos del cuartel, la cuenta de los refugiados. Se muestran evasivos en lo referido al desenlace de aquella invasión ruandesa. Se supone que los metieron en camiones en Léconi y después en aviones, en Franceville. De regreso allá abajo. Al otro extremo del antiguo Zaire convertido en República Democrática del Congo. Estos de ahí estuvieron en el lado malo de la Historia. Son culpables del genocidio de 1994 o lo parecen. Sus nombres nunca serán grabados en un monumento.

HACIA EL CONGO

Ahora vamos en un Toyota blanco muy alto con ruedas enormes. Si el Capitán ha querido esperar a que las colinas estén secas es, también y en vista de que por una vez le pagan la gasolina, con el fin de quemar rastrojos en la sabana cada media hora, en función de nuestros desplazamientos. Se arrodilla entre la hierba con su caja de cerillas. Enseguida el viento levanta las llamas, que se ponen a crepitar. El paisaje es una sucesión de colinas redondeadas, en tonos verdes y marrones. Las rapaces, suspendidas en su vuelo, echan el ojo a los bichos que huyen de las ascuas. Desde cada cima, la vista se pierde a decenas de kilómetros. Detrás de nosotros se elevan las columnas blancas de nuestros sucesivos incendios. El Capitán se divierte persiguiendo manadas de cebras por las hierbas altas, haciendo eslalon entre los termiteros a cincuenta kilómetros por hora. Pretexta que es sano enseñarles a correr, por si algún león viniera a instalarse en las mesetas.

Al mediodía nos tomamos un descanso y devoramos nuestras provisiones al borde del río Louri, que es afluente del Léconi, incomodados un poco después del baño por miles de magníficas mariposas, amarillas y blancas, azules y negras, anaranjadas con pintas oscuras, grises y de un blanco marmóreo, que se posan sobre nuestra piel mojada. Vuelvo a preguntar por los hutus. Él era el encargado de localizar en las colinas a los pequeños grupos de refugiados, con ayuda de unos gemelos, de pie sobre su camioneta, durante meses. No va a decir nada más. A última hora de la tarde, sobrepasamos el mojón de cemento que marca la frontera. Es un límite colonial que atraviesa por la mitad el reino teke, y aquí todo el mundo lo ignora o lo desprecia. A continuación, seguimos con nuestra progresión a través de las hierbas altas de la sabana, que abofetean las portezuelas. Y le pregunto si también piensa pegarle fuego al Congo.

Según el Capitán, que se burla de mi mapa, las aldeas cambian de nombre cada vez que se desplazan, y, según él, se desplazan con frecuencia. De ese modo, Yia

sería la antigua Edjouaengoulou que figura en este lugar, y Odjouma, donde el jefe nos ofrece vino de piña tibio, sería la antigua Djoko. Pero puede que esté bromeando, o que el nombre de las aldeas sea un secreto de defensa clasificado. El Capitán mete el freno de mano en la cuesta ascendiente de una colina. Caminamos por la hierba. Nos aconseja avanzar con precaución y permanecer a su lado. Abre los brazos. De golpe, estamos al borde de un precipicio.

A nuestros pies se abre la gran depresión circular de la planicie, brutal, con una forma más de cráter que de cañón, con desprendimientos dentados de rocas blancas y allá al fondo, en vertical, la cubierta verde y negra de un bosque tal y como uno la ve desde un avión a cientos de metros de altura. De esa jungla verde surge un río que hace meandros en medio de un prado verde pálido. Va a alimentar, en el horizonte, un lago en el que las aldeanas gabonesas pescan los peces congoleños. Aquí, todas las aguas que chorrean desde las mesetas van a dar al río Congo.

Brazza está a pocos días del gran río. Un enviado de Iloo I, rey de los tekes, le abrirá el camino.

LA MISIÓN CONGO-NILO

Y él, el honorable *gentleman*, se abstraía durante toda la velada con la lectura del *Times* y del *Illustrated London News*.

JULES VERNE

Ésta será su caída definitiva. Él no ha pedido esta misión, sabe que es inútil, que le llega demasiado tarde, que los ingleses no aflojarán. En 1882, en un informe al Ministerio de la Marina y en medio del trazado de un vasto panorama geopolítico de África, él había escrito que ya era demasiado tarde para pensar en desplazar la influencia inglesa, que terminaría por atraer los productos de Sudán hacia el bajo Níger, siguiendo la corriente del río.

África era entonces un juego de go. Una piedra aquí y otra allá, y luego se intenta acercarlas. Se disputan los ríos. Los alemanes no conseguirán jamás conectar sus territorios de Camerún, en el Atlántico, con los de Tanganika, en el océano Índico: Francia, que controla el Oubangui, se lo impide. Los portugueses nunca conseguirán enlazar sus territorios de Mozambique, en el océano Índico, con los de Angola, en el Atlántico: Inglaterra, que controla el Zambeze, se lo impide.

La final se jugará entre *rugbymen*.

Francia quiere alinear sus posiciones sobre un eje horizontal, de Dakar a Yibuti. Inglaterra se atiene a su eje vertical, de El Cairo a El Cabo. La intersección de esta cruz será el puesto de Fachoda, en el alto Nilo.

Para escapar a la vigilancia de los ingleses, se decide enviar la misión Marchand lo más lejos posible del objetivo que persigue. El joven capitán se ha ganado algunos años antes, rumbo al Níger, su sobrenombre de Paki-Bô, el Abridor de Caminos. La misión Congo-Nilo es oficialmente pacífica y geográfica. Ciento cincuenta soldados indígenas bajo el mando de doce oficiales y suboficiales desembarcan en Loango, en la desembocadura del Congo, en julio de 1896. Se encarga a Brazza conducirlos hacia Stanley Pool. No llegarán allí hasta enero del 97.

A Brazza se le reprocha semejante lentitud y el coste desmesurado de la operación. Pero él y sus compañeros habían llegado al cabo Lopez con una carga de nueve toneladas, de las cuales seiscientos kilos eran de sal, y avanzaban en piraguas. La misión Marchand la forman seiscientas toneladas de material a transportar por tierra, el equivalente a veinte mil cargas de porteadores. Sin vías de ferrocarril ni carretera. Para ir deprisa habría que recurrir a métodos que Brazza desaprueba. Los hombres serán pagados y alimentados. ¿No será que este gobernador es un saboteador

de las ambiciones coloniales? ¿No se habrá vendido este *spaghetti* a los *rosbifs*? En Brazzaville ponen a disposición de la misión el vapor *Faidherbe* y una flotilla de piraguas. Brazza les desea buena suerte.

Diez años después de la última vez que pasó Stanley en su viaje para socorrer a Emin Pachá, y siete años después de que lo hiciera Conrad, helo ahí remontando a su vez el río Congo hasta el Oubangui y después hasta el Mbomou. Ésta es una ruta desconocida. Ellos giran hacia el este mucho más al norte, buscando el paso hacia el Nilo. Desmontan el *Faidherbe* pieza a pieza. Paki-Bô hace abrir una ruta hacia Bahr el-Ghazal. Gritan «¡A Fachoda!», como Lawrence gritará más tarde «¡A Ákaba!». Vuelven a montar el vapor sobre el Nilo el 9 de julio de 1898, un año y medio después de su partida desde la costa atlántica. El 13 de julio, Marchand ocupa Fachoda, un antiguo fortín abandonado en medio de las dunas. Instala un campamento y, sobre todo, un asta. El 14 de julio, la bandera tricolor ondea sobre las riberas del Nilo.

Es a través de la prensa como Brazza, que ha abandonado el Congo rumbo a Argel en el otoño del 97, se entera en enero del 98 de su licencia definitiva, de su regreso. En su lugar nombran a Émile Gentil. Es de nuevo por la prensa como se entera de la llegada de la misión a Fachoda. El 25 de agosto, el campamento es atacado por las tropas del *mahdi*, que son rechazadas. La existencia de una base francesa en el Nilo llega a oídos de los ingleses. El 19 de septiembre, una cañonera se posiciona en las aguas verdes del río, con las portas de los cañones abiertas y la artillería preparada. Lord Kitchener está a bordo e invita a subir a Marchand. Le informa de la toma de Jartum, los mahdistas están derrotados. La muerte de Gordon ha sido vengada doce años después. Todo Sudán es devuelto a Su Alteza el caíd de El Cairo y a las tropas inglesas. Estamos entre *gentlemen*, por supuesto, ya se vio en Azincourt^[17], pero a causa de esa bandera tricolor que flamea en medio de las arenas doradas Francia e Inglaterra se encuentran al borde de la guerra.

A bordo del *Sultan*, sentado en la cámara del *Sirdar*^[18] Kitchener, esperemos que con un *whisky* en la mano, el capitán Marchand se pone al día gracias a la prensa, que no lee desde hace dos años. Francia y su ejército, desgarrados por el asunto Dreyfus, no se ocupan ya de África. Vuestro gran Émile Zola acaba de ser condenado a un año de prisión por haber publicado en *L'Aurore* una carta abierta. Se ha exiliado en Gran Bretaña, como hiciera en otro tiempo vuestro Victor Hugo. El *Sirdar* le echa uno poco más de *whisky*. Usted, capitán, sirve a una nación en la que la ingratitud es una constante histórica.

Abandonado, olvidado al borde del desierto, Marchand intentará aguantar hasta el final, a la espera de refuerzos que nunca llegarán. El 11 de diciembre hace arriar la tricolor y destruir el campamento. Su escasa tropa vuelve a embarcar a bordo del

Faidherbe. Al menos se ahorrarán la humillación de volver sobre sus huellas. Los ingleses les permiten pasar. Alcanzan Adís Abeba y llegan a Yubuti el 16 de mayo de 1899, poco menos de tres años después de su partida desde el Atlántico. Nadie había seguido hasta entonces ese camino para atravesar África de un lado a otro. La misión Marchand no fue, en efecto, más que una misión geográfica.

En Argel, Brazza sigue la historia por los periódicos. Ese fracaso, que él ya había anunciado, no le sorprende.

Después de enterarse de la marginación de Brazza, Pierre Loti, su antiguo discípulo de la Royale, había escrito al respecto unas palabras: «Uno más al que la agradecida Francia habrá tirado por la borda, como se dice en la Marina». La frase de Loti podría perfectamente haberse referido también al capitán Marchand, el Abridor de Caminos. O a Ferdinand de Lesseps, el Perforador de Istmos, condenado a prisión cinco años antes, a la edad de ochenta y cuatro, por el escándalo de Panamá. O a Dreyfus, todavía deportado en la isla del Diablo, con los galones arrancados y el sable roto.

Para todos ellos, todo está perdido excepto el honor. Brazza, decaído, no vuelve a abandonar su pequeña propiedad de Dar el-Sangha, la villa Sangha que domina la bahía de Argel, donde el aroma de los pinos marítimos y de los eucaliptos es igual que el de Castelgandolfo. Su padre, Ascanio, había abandonado la pintura y la escultura para viajar, había remontado el Nilo hasta Sudán y Jartum, había pasado seguramente por delante del ruinoso fortín de Fachoda. Abandonó los viajes a los cuarenta años de edad para casarse y engendrar doce hijos. Brazza piensa a su vez en alimentar el linaje novelesco de los Severos. Un primer hijo, Jacques, nace en 1898, otro, Antoine-Conrad, en 1900, uno más, Charles, en 1901, y una hija, Marthe, en 1903. En los periódicos del bando colonial le arrastran por el barro, él apenas se defiende, pierde a su hijo Jacques cuando éste tiene cinco años de edad.

En Argelia

EN LAS CALLES

Estamos a 23 de junio de 2006. Esta mañana he llamado a Bachir Mefti, quien dirige la pequeña editorial Ikhtilef, escribe en los suplementos literarios de los periódicos anglófonos de Argel y en los de Londres, y edita indudables *bestsellers* como *El origen de la obra de arte*, de Martin Heidegger, en versión árabe. Nos encontramos al final de la tarde en la Brasserie des Facultés, donde recuerdo que explotó una bomba. La brasserie pasaba entonces, en los años del terror, por ser madriguera de intelectuales descreídos y, consecuentemente, proclives al desenfreno. Hoy, la sala atestada y ruidosa está ocupada por hombres jóvenes, muchos de los cuales llevan chándales deportivos. Una pantalla ofrece en directo imágenes de un partido de la Copa del Mundo de Fútbol en Alemania.

Hace dos años que no vengo a Argel. Me pregunta cómo he encontrado la ciudad. Estos últimos días he paseado mucho, más allá del puerto y por este barrio central, de la Grande Poste, al pie de la casba, hasta el bulevar Che Guevara. He ido a rendir homenaje a la estatua ecuestre del emir Abd elKader. Después de la grisura ecuatorial, la luz del sol y la claridad del cielo de junio resultan estimulantes. Argel es una de las cuatro o cinco ciudades del mundo donde cualquiera podría venir a curar su neurastenia. Ése fue el caso de Karl Marx y de Brazza.

Al cabo de algunos días, la mirada se acostumbra. El inmenso retrato de Buteflika sobre el edificio de Air Algérie no ha sido retirado después de las elecciones. Uno piensa en Bongo. O en Castro. Y sin duda Buteflika es un gran lector de García Márquez. Un admirador de interminables fines de reinado. Bongo paladín de África y Castro paladín del mundo. Me parece haber visto un número desconcertante de chinos por las calles de Argel. Pero tal vez sea una alucinación. Después de meses en África, tengo la tendencia a ver chinos por todas partes. Bachir me tranquiliza o me inquieta, según se vea: los chinos acaban de llegar. Es un maremoto.

Es en el extremo de la calle Didouche-Mourad donde convendría instalar este

material cinematográfico complejo que yo había experimentado en 1997 en la avenida Simon Bolívar de Managua, en Nicaragua, un sistema capaz de restituir aceleradamente el conjunto caótico de las imágenes del pasado: un romano poda su viña sobre lo que todavía es una colina muy alejada del puerto de Tipaza. Caballeros conquistadores árabes se abalanzan provenientes de El Cairo entre una nube de polvo. Los turcos descargan en la bahía su cargamento de esclavos capturados en el Mediterráneo. El viejo combatiente manco de la batalla de Lepanto se pudre en una celda. Los franceses erigen la estatua de Bugeaud. Las bombas explotan. Las OAS asesinan a Mouloud Feraoun la víspera de la paz. El General abre los brazos en lo alto del balcón blanco. Los *pieds-noirs* se impacientan en el puerto en medio de sus maletas y suben por las escalas reales de los *ferrys*, cruzándose con los palestinos y los revolucionarios del mundo entero que invaden la nueva capital, los fedayines de los campamentos libaneses, los angoleños del MPLA. Ben Bella y el Che Guevara se dan un abrazo en la tribuna. Los rusos y los búlgaros preparan sus bártulos. Los ríos de sangre de la guerra civil desaguan en las cunetas. Los conductores ya no se detienen de noche ante los semáforos en rojo. Bachir y yo remontamos una noche de junio de 2006 la calle Didouche-Mourad, donde las cuatro cariátides de pechos provocadores y puntiagudos permanecen en su puesto, tan altas e inaccesibles que nadie ha subido todavía para vestirlas de nuevo.

Terminamos la velada en un lugar oscuro que es una especie de Farolito^[19], hablamos de nuestras vidas, de nuestras errancias, de nuestros miedos, de los amigos comunes. En el camino de vuelta, bajando a pie la calle Pasteur, no muy lejos de la calle Savorgnan de Brazza, me digo que es asimismo curioso que nuestras vidas hayan tomado derroteros tan laberínticos. Que estén vacías hasta ese punto, ciertamente. Que hayamos heredado un mundo donde todos los cursos de agua y todos los pájaros tienen nombre. Y que es reconfortante tener amigos aquí.

EN EL ARZOBISPADO.
CALLE KHALIFA-BOUKHALFA, 13

Esta calle está cortada desde hace tiempo por los trabajos de excavación del metro de Argel. Escalo un montículo de arena, paso sobre la grava amontonada y llego a la antigua iglesia Saint-Charles donde, en 1952, fue pronunciado el panegírico de Brazza con motivo del centenario de su nacimiento. El edificio, que hoy día es una mezquita, sigue coronado por la cruz católica. La principal modificación ha sido la colocación de altavoces de gran potencia. El arzobispado está un poco más lejos en la misma calle, al fondo de un patio.

Monseñor Teissier tiene setenta y siete años y buen porte, de él emana un entusiasmo juvenil. Durante nuestra entrevista no parará de responder a las llamadas telefónicas que recibe en su móvil. Cuesta trabajo creer que la vida cristiana requiera aquí semejante derroche de energía. ¿Es que no ve mi alma que sangra? Me encanta empezar cada una de mis preguntas por ese raro título de Monseñor. Me responde que vive aquí desde hace sesenta años, que no se irá nunca, pero que ahora debe dejarme para acudir a una mesa redonda sobre la renovación de la casba, que se está viniendo abajo. Uno espera verlo partir con un pico y un saco de cemento al hombro. En cuanto a Brazza, él no sabe nada de los proyectos congoleños. Primera noticia.

El arzobispo desplaza su sillón, tipo jefe de correos, aunque puede que tenga rango de silla gótica. Lleva un traje de verano gris claro. Ningún signo ostensible de su jerarquía. Mi historia, dice, le recuerda la de un Padre Blanco, Livinac o Livignac, que fue exhumado en la parte cristiana de El-Harrach por petición de Idi Amin Dada, y cuyos restos mortales fueron enviados a Uganda. No conviene que eso se convierta en costumbre. Me tiende la mano y me confía al padre Henri, el archivero. Ha preparado algunos documentos para mí. No es gran cosa, ya verá.

El padre Henri es un hombre pequeño, simpático y locuaz que lleva camiseta a cuadros y unas gafas pasadas de moda. El conjunto recuerda el de un entrenador de

ping-pong en un centro recreativo juvenil de los años sesenta. Me hace bajar a lo que él llama su agujero, una habitación oscura en el sótano atestada de armarios metálicos. Cada cajón contiene fichas de cartón amarillento, escritas con bolígrafo o tecleadas a máquina hace mucho tiempo. Él es *pied-noir*, nacido en Orán en el año 1935, desde los dieciséis reside en Argel. Ahora vive en Tipaza. Bajo el cono luminoso de su lámpara de despacho, verificamos que la villa Sangha era todavía un pequeño museo Brazza en 1962.

Me entrega algunas fotocopias de viejos discursos, menciona la existencia de un pueblo que decidió llamarse Brazza, situado al sur de Berrouaghia, del otro lado del Atlas. No muy lejos del pueblo de Ben Chicao, donde recuerdo que hubo protestas estudiantiles pronto reprimidas a mediados de los años ochenta. Cuando el fuego aún tenía rescoldos. No muy lejos tampoco del hogar de los monjes de Tibhirine, a los que visité en muchas ocasiones antes de que fueran degollados. Una noche en la que les llamaron con el falso pretexto de socorrer a gente herida. En el año 1996, el peor, conviene el padre Henri. Con todos aquellos asesinatos. El obispo de Orán. El miedo permanente. Todo eso se acabó. Sonríe. El padre Henri parece tener una naturaleza particularmente optimista. Vivir en Argelia desde hace cincuenta y un años debe de llevarle a uno a cierto relativismo histórico.

Con frecuencia se prefiere pensar que la guerra civil en Argelia es cosa del pasado. Es algo que le viene bien a todo el mundo, empezando por las potenciales víctimas. Según la propia ley, en virtud de la Reconciliación Nacional, está más o menos prohibido a los historiadores estudiar, en sus pormenores e intrínquilis, las respectivas responsabilidades del ejército y de los grupúsculos islamistas. Esa misma noche, sentado solo en un restaurante de sardinas asadas cerca del puerto, con el periódico abierto sobre el mantel de plástico de cuadritos rojos y blancos, me entero de que el 22 de junio de 2006 en Blida, en la carretera que va a Médéa y Berrouaghia, seis personas murieron en una emboscada, degolladas con sierras, entre ellas un viejo y un niño.

Eran campesinos de regreso de sus terrenos, a bordo de dos camionetas con loneta que se detuvieron ante las luces de un auténtico falso control de policía. El testimonio es de un superviviente que huyó. Nadie, aparte de sus familias, se acordará de esos muertos. No existen, nunca han existido. Sus nombres jamás serán grabados en un monumento. Nunca se les erigirá un mausoleo.

EN EL CEMENTERIO. BULEVAR DES MARTYRS

Salah es el primer argelino que no sólo está al corriente de la partida de Brazza sino que se dice impaciente por ella. Convenimos encontrarnos a la entrada del cementerio Mustapha, en el bulevar Bru, hoy bulevar des Martyrs. Un cementerio cuyas terrazas descienden en cascada como una fiesta por la colina, a plomo sobre el mar. Con su camisa blanca y su rostro oscuro y tallado toscamente, Salah trabaja desde hace treinta años en la EGPF, la Empresa General de Pompas Fúnebres y Cementerios. Está especializado en cristianos, judíos y descreídos. Conoce las costumbres de los infieles. En otra época, estuvo destinado en otro cementerio, el de Saint-Eugène, en Notre-Dame de África.

A mi llegada, parece un poco decepcionado al verme bajar de un taxi con las manos en los bolsillos, quizá pensaba que venía por fin a buscar a Brazza con una camioneta. Enfilamos por paseos floridos entre tumbas, bajamos escaleras. Me explica que la exhumación está prevista para el 14 de junio. O sea que llego a tiempo. Una vez más ha sido retrasada. Algo de lo que Salah parece considerarme en parte responsable. Como si los congoleños, buenos jugadores, me estuvieran esperando. Hace meses que el Ministerio del Interior dio su visto bueno. Él mismo hizo llevar los seis féretros nuevos a la embajada del Congo. ¿Qué coño esperan? Desde hace meses, debe de imaginar durante la noche la apertura de las cajas de madera. La recogida minuciosa de los restos. Con una máscara y guantes de cirujano. Que se acabe de una vez.

Estamos de pie delante de la modesta cripta familiar, tres muros de piedra vista con un tejado blanco. Al fondo no reposan cenizas sino seis restos mortales. Los de Brazza, su esposa y sus cuatro hijos. Todos harán el viaje. El pequeño Jacques, muerto antes que él *en Mustapha supérieur el 1.º de diciembre de 1903*. Su esposa Thérèse y su hija Marthe, la que acompañó a De Gaulle a Brazzaville, muertas ambas el mismo año de 1948. Su hijo Antoine-Conrad, inhumado en el 47 y del que no se sabe nada. El otro, Charles, pintor como su abuelo Ascanio, asesinado en una calle de

Argel en noviembre de 1962. No hay ninguna otra descendencia directa. Es el final del linaje novelesco de los Severos.

En el frontón hay un nicho vacío. El busto en bronce se retiró hace tiempo para una hipotética restauración. Sobre las jambas están las placas de mármol en las que se grabó el epitafio compuesto por Charles de Chavannes a petición de la viuda.

SU MEMORIA ESTÁ LIMPIA DE SANGRE.
SUCUMBIÓ EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1905
EN EL TRANSCURSO DE UNA ÚLTIMA MISIÓN PARA
SALVAGUARDAR LOS DERECHOS DE LOS INDÍGENAS
Y EL HONOR DE LA NACIÓN. AFRICANOS, CUANDO PASÉIS SALUD ESTA TUMBA.

Sepultura a perpetuidad n.º 731. Será violentada.

A la izquierda hay cuatro palmeras, aunque antes quizá fueron seis. Un tronco muerto. A la derecha, un banano. En frente, muy abajo, la bahía, muy azul. El puerto de Argel. Los contenedores apilados bajo los pórticos. Un revoltijo de grúas con sus plumas, raíles. Más allá, los cargueros amarrados. A uno le gustaría descansar aquí. Más aún, venir a recogerse aquí con el recuerdo de un amigo. Las terrazas están bordeadas de balaustradas blancas en crucero, abrazadas por clemátides púrpuras. Las parcelas abandonadas están invadidas de zumaques de hojas muy verdes y puntiagudas. Sepulcros blancos en la ladera de un collado, a la manera de un cementerio italiano. Bancos para contemplar el mar y pensar en los difuntos. Una Génova menos pomposa. El vecino de Brazza es el biólogo Émile Maupas. Puesto que se va a deportar a la familia, ¿por qué no a los vecinos?

¿Y por qué no aprovechar la apertura de la caja de madera, por primera vez desde 1905, para practicar un análisis biológico? Para terminar con los rumores. Envenenamiento o disentería. ¿Eliminado por las Compañías? Arrojar luz en Francia sobre la guerra colonial. Echar aceite en las brasas. En 1905, Brazza temía por su vida, todavía más a causa de su informe de misión. Un informe que desapareció, a pesar del escritorio de doble fondo especialmente ideado por Louis Vuitton. Pero seguramente yo soy el único que quiere ahondar en ese enigma. Viejas historias de un mundo viejo.

DAR EL-SANGHA.

AVENIDA SOUIDANI-BOUDJEMAA, 56

La casa de Brazza es hoy día la sede del FFS, el Frente de Fuerzas Socialistas de Aït Ahmed, cuyo emblema es el puño y la rosa. La villa, que fue museo hasta 1962, les fue atribuida tras la llegada del multipartidismo. Desde hace veinte años, he pasado en numerosas ocasiones por esta calle empinada sin reparar nunca en la casa. Se accede por un portal oscuro, en la parte de atrás. Hay un patio y algunas palmeras. Rachid Chaïbi y otros dos miembros del secretariado nacional me reciben, consideran que antes de visitar la casa podemos hablar un rato de política. No queda nada del mobiliario de Brazza en lo que debió de ser un cuarto infantil. La decoración rinde tributo a la indefectible solidaridad de las democracias populares, con sillones de escay, tipo salón de Aeroflot en su buena época, y pequeños salvamanteles libaneses sobre los que dejamos los jugos de fruta.

Me hablan de los lazos del FFS con el Partido Socialista francés y la Internacional Socialista, cuya tibieza ante el régimen de Buteflika mis interlocutores lamentan amargamente. Como no sé muy bien cuál sería la respuesta de un secretario nacional del PS, me contento con decir algunas generalidades sobre los partidos en el gobierno y los contratos del gas y el petróleo argelinos, que habrá que seguir negociando con el FLN, me imagino. Estamos de acuerdo en lamentar que la ley de Reconciliación Nacional prohíba investigar las responsabilidades en la guerra civil. A uno le gustaría efectivamente saber algo más sobre el asunto. Con el propósito de poder visitar la casa antes de que sea de noche, me abstengo de mencionar mi entrevista con Khaled Nezzar dos años atrás.

El general Nezzar es el único general de alto rango contra el que se ha instruido en París, en 2002, una querrela por secuestro y desaparición. Ejercía su defensa desde Argel y yo vine a entrevistarme con él. Me habría gustado saber si esos viejos muyahidines se habían acordado de Robespierre, cuando éste acudió ante la Convención, en 1793, para reclamar el Terror. La entrevista me decepcionó. En el salón del Hotel Aurassi, el general se contentó con un alegato *pro domo* muy convencional. Nunca he hecho nada con aquellas anotaciones. Ahora habría podido

interrogar de la misma manera a estos responsables del FFS. Partir de sus sucesivas tomas de posición, desde los movimientos unitarios de enero del 92 hasta el día de hoy. Y todavía estaríamos ahí.

Finalmente, me dejo guiar por las dos plantas. Abrimos puertas, tras las cuales están los empleados sentados ante sus burós. Las escaleras son de madera encerada, con baldosas de cerámica amarillas y verdes, estilo morisco, celosías y entarimado de madera clara. Uno se imagina a Brazza aquí, con su vestimenta blanca de príncipe árabe. Tal vez habría estado de acuerdo en que la villa se convirtiera en sede de un partido democrático argelino. Desde la terraza, la vista se abre al Mediterráneo, más allá del antiguo Hotel Saint-George, hoy Hotel Al-Djazaïr, con su piscina y sus bañistas en bikini tiradas sobre las tumbonas, cuya contemplación debe de atentar gravemente contra la eficacia administrativa del FFS.

Así pues, aquí es donde va a vivir Brazza, el desterrado. Va a amar este lugar, él, que en sus cartas recupera a veces su italiano para describirlo, *sulle colline affacciate sul più bell'anfiteatro del mondo, la baia di Algeri*. Desde la colina que está en la parte de atrás —un bosque que se extiende hasta la barranca de la Mujer Salvaje e Hidra—, fluye con el viento suave un perfume resinoso de pinos marítimos, también de limoneros y eucaliptos. Uno piensa en el viejo Marx, no lejos de aquí, también en otra villa morisca rodeada por un parque, la villa Victoria, donde vino para aplacar su pleuresía y su tristeza, antes de regresar a morir en las grisáceas calles proletarias de Londres.

Cada mañana, ese vecino se sienta con su bastón en un sillón de la terraza y contempla la bahía, y escribe cartas a su amigo, el coautor del *Manifiesto comunista*. Para que le dejen tranquilo, aquel que firma ahora sus cartas como El Moro, se afeita la barba y corta sus cabellos. Jamás ningún escultor tallará en mármol, ni fundirá en bronce, el rostro glabro de cabellos cortos de un viejo Marx de veraneo en los hermosos barrios de la Argelia francesa. ¿Leyó Brazza el *Manifiesto*? ¿Imaginó él por un instante que, un siglo antes de la llegada al poder de Denis Sassou Nguesso, habría podido instalar un régimen comunista en el Congo?

Hemos bajado de nuevo al despacho. Hasta 1962, aquí estuvo colgado un cuadro de su hijo Charles, que mostraba el reflejo del sol sobre los muebles, la alfombra y los estantes de la biblioteca. Un cuadro vendido por algunos dinares después de la independencia y que su actual propietario aceptó que yo fotografiara en su salón. He traído la foto. Es en esta habitación donde Brazza, que no lee inglés, descubre la traducción de *El corazón de las tinieblas*. En 1900, decide llamar a su segundo hijo Antoine-Conrad.

Esos dos, el italiano y el polaco, habían remontado el río Congo en el mismo momento, diez años antes. Brazza constata que Conrad, como él, ha leído a Stanley,

quien fue el primero en describir los cráneos de los enemigos alineados a la entrada de las aldeas. En cuanto a las exacciones cobradas por las Compañías, él sabe bien que ahora son las mismas en ambas orillas del río. En 1903, una circular de Émile Gentil, el nuevo gobernador, condiciona el ascenso de los agentes coloniales al impuesto que recogen. Mujeres y niños son secuestrados y encerrados en campamentos hasta que el marfil y el caucho son entregados. Allí mueren a centenares. El Congo francés es troceado en cuarenta concesiones que cotizan en Bolsa. Alí Baba & Co. De doscientas mil a catorce millones de hectáreas.

El plano de la región es un damero, los nombres de las sociedades un poema que es un listado de la infamia. En cada uno de estos nombres, Brazza oye el de los ríos que ha navegado, ve los paisajes de la jungla y de las aldeas en paz. Compañía del Sangha. Sociedad del Caucho y Productos del Laboye. Sociedad del Ogooué-N’Gounié. Sociedad del África Francesa. Compañía Francesa del Alto Congo. Compañía de Productos del Sangha. Sociedad del África Ecuatorial. Sociedad del Ékéla-Sangha. Sociedad Comercial y Agrícola del Kadéi-Sangha. Compañía Francesa del Congo. Sociedad del Alto Sangha. Sociedad del Kadéi-Sangha. Sociedad Agrícola y Comercial del Alima. Sociedad del Beniembé. Sociedad del Ibenga. Compañía Franco-congoleña del Sangha. Sociedad de los Establecimientos Gratry M’Poko. Sociedad del Sangha Ecuatorial. Alimaïenne. Compañía General de Fernan-Vaz. Sociedad del N’Kémé y N’Kéni. Sociedad del Sétté-Cama. Compañía Francesa del Congo Occidental. Compañía del Alto N’Gounié. Sociedad de las Factorías de N’Djolé. Compañía Comercial de Colonización del Congo Francés. Sociedad del Ongomo. Compañía del Mobaye. La Kotto. Compañía del Kouango Francés. Sociedad del Manbéré-Sangha. Compañía Agrícola Industrial y Comercial del Léfini. Sociedad Agrícola y Comercial del Bajo Ogooué. Compañía del Litoral Bavili. Compañía del N’GokoOuessou. Sultanatos del Alto Oubangui. Sociedad Bretona del Congo. Compañía Francesa del Oubangui-Ombella. Compañía Francesa del Ouahmé y el Nana. Y la Compañía del Oubangui-Sangha, que en diez años reclutará al futuro Céline.

En septiembre de 1904, dos padres misioneros del Espíritu Santo tocan a la puerta de villa Sangha. Piden ser recibidos. Sus sandalias polvorientas pisan las alfombras árabes. Llegan del Congo, suben las escaleras de madera clara. Sentados en este despacho, ahí, delante de la ventana en la que se agita el Mediterráneo, trazan ante Brazza un panorama apocalíptico.

LA ÚLTIMA MISIÓN

Por cada hombre que ha hecho sufrir, hace falta uno que salga a llevar socorro. Y cuando hayamos hecho todo lo que hayamos podido, no habremos reparado más que una pequeña parte de los males cometidos.

ALBERT SCHWEITZER

Él, que se ha callado, *gentleman* silencioso como un duque, él, que se atiene desde hace ya seis años al deber de reserva que se espera de un militar y de un marino, incluso cuando ha sido injustamente apartado, él va a remover cielo y tierra para sacar al Congo de las garras de las cuarenta Compañías.

Escribe al presidente Émile Loubet, a Clemenceau y al ministro de las Colonias, amenaza con acudir a la opinión pública, que siempre le ha apoyado. Aceptan confiarle una misión de inspección. Se las apañarán para ponerle palos en las ruedas. Lo sabe. En cuanto se conoce la noticia, recibe en Argel amenazas de muerte. También consejos. Le ponen en guardia sobre los cuatro hermanos Tréchet, fundadores de la Compañía Francesa del Alto y Bajo Congo, que bien podrían asesinarle.

Brazza prepara su último viaje como un personaje de Jules Verne, con la meticulosidad de un Phileas Fogg. Contacta con Louis Vuitton en París, por entonces un ingenioso artesano de equipajes. Le hace el pedido de un baúl de viaje con cama incorporada y un escritorio plegable sobre el que colocar cada noche, en el campamento, una de las primeras máquinas de escribir mecánicas. El mueble está provisto de un compartimiento secreto en el que disimular, cada mañana, las páginas de su informe. Se rodea de algunos amigos de confianza, entre los que está Félicien Challaye, un joven profesor adjunto de filosofía cuyos artículos anticolonialistas le gustan. Su esposa Thérèse insiste en acompañarle. Mandan a los tres niños a Italia. El 5 de abril de 1905 embarcan en Marsella, pocos días después del entierro de Jules Verne.

Brazza le sobrevivirá unos meses.

El 29 de abril está en Libreville, el 16 de mayo en Brazzaville. Dos semanas, cuando antes se necesitaban dos años. El paraíso que creía haber descubierto es un infierno. Remonta el alto Chari hasta el límite del Chad, se detiene en Bangui. Durante esos cuatro meses, consignará las exacciones cometidas a orillas del Ogooué, del Gabón, del Congo y del Oubangui. Los trabajos forzados, que están por todos lados, los campamentos, el transporte como nueva forma de esclavitud, los pueblos

enteros desaparecidos, cuyos habitantes se han refugiado en la oscuridad de la selva. Y el caso de George Toqué y Fernand Gaud, llevados ante el juez por haberle metido un cartucho de dinamita en el ano a un rey insumiso y haberlo hecho explotar la noche de un 14 de julio.

Para los concesionarios, una misión como la de Brazza resultaba insoportable. Sólo faltaba por ver que hubiera que tratar a los negros con guante blanco.

A sus cincuenta años, Brazza está abatido por la tristeza, molido por la fatiga. Se mezclan además la disentería, la malaria y las amebas, que se despiertan de su hibernación argelina: así es como se lleva a África dentro. A ello se añade tal vez algún veneno discretamente administrado. Helo ahí por última vez en Brazzaville. Tiene que guardar cama. Su presencia está rodeada de hostilidad. Cada tarde, hace que le envíen desde el tribunal penal las actas del proceso Toqué-Gaud. Su condena a cinco años de prisión provoca la indignación de algunos colonos. A finales de agosto, Brazza abandona el lecho al precio de un último esfuerzo y rechaza la silla de portadores. Helo aquí por última vez de pie. Sólo unos pocos metros, hasta el embarcadero rumbo a Leopoldville, del otro lado del río. En Matadi, le llevan a bordo del *Ville de Maceio*. El Caldero del Infierno. Los Dientes del Diablo. El Atlántico. Helo aquí a este capitán de marina mercante por última vez en el mar. Extraviado en el sudor y el delirio. En la agonía. Libreville. Douala. Y, en su litera, ¿piensa ahora en Pascal, comprende al fin que todas las desgracias de los hombres vienen de no saber quedarse tranquilamente en una habitación?

¿Piensa que habría podido quizá vivir más intensamente si no hubiera abandonado la biblioteca del palacio familiar de Casteljandolfo, encerrado como en un lazareto en medio de las cartas marinas de su tío abuelo y de los globos terrestres y los atlas, abriendo sobre la mesa encerada los libros de Walter Scott y de Jules Verne que leía a los diez años? Pero de toda esta exploración, que inexorablemente se ha convertido en conquista —así son las naciones—, él no fue más que causa inadecuada o insuficiente: quien lo habría sido era otro, Stanley sin duda. Desde su litera dicta algunas cartas. Su estado empeora. Abiyán. Conakry. Durante la escala en Dakar, lo bajan en camilla al muelle. Lo llevan al hospital. Muere al día siguiente, 14 de septiembre de 1905.

Recuperan su equipaje y lo envían al Ministerio de las Colonias. Llaman a Louis Vuitton para que desbloquee el escondrijo. El informe desaparece. Qué alivio. Todo está preparado para los funerales de Estado, el 3 de octubre, con la travesía de la plaza de la Concorde y el discurso de Deschanel, que no se contiene. Ahora pueden echarse flores a Brazza y sostener lo contrario de lo que él ha visto durante esos cuatro meses:

Despertar a su paso las fuerzas adormecidas de la naturaleza y de la humanidad; sanear las aguas, los bosques, las almas; vencer el peligro silencioso y mortal de los bosques impenetrables y de los corazones indómitos; golpear la tierra virgen para hacer crecer, a fuerza de voluntad y de entusiasmo, las cosechas, las factorías y las ciudades, teatros de civilizaciones futuras; extraer de la maleza, los pantanos febriles y el salvajismo, la salud, la vida y el derecho. De las tinieblas, la luz. De la violencia, la equidad. De la barbarie, la conciencia. Crear un mundo, en definitiva, y hacer de su sueño de juventud una realidad inmortal. Ésa es la vida de los héroes, ésa era en la Antigüedad la vida de los dioses.

Quisieran llevarlo al Panteón. Su viuda, quien toda la vida mantendrá la hipótesis del envenenamiento, se niega. Ella sabe que el informe ha desaparecido. Hace enterrar a Brazza en el cementerio de Père-Lachaise. Ese informe escamoteado, un centenar de páginas quizá todavía hoy ocultas en París o en Aix-en-Provence, o destruidas, se puede reconstituir a partir de tres libros: para la orilla izquierda del Congo, el de Conrad; para la orilla derecha, el de Gide, en 1926; para el Ogooué y el Oubangui, el del joven filósofo Challaye, cuyas notas serán publicadas por Gide en 1935.

En 1940, el general De Gaulle hace de Brazzaville la capital de la Francia libre, bajo la autoridad del general Félix Éboué, guyanés descendiente de esclavos, quien se dice discípulo de Brazza. En enero y febrero del 44, cuatro meses antes del desembarco de Normandía, seis antes de la liberación de París, la conferencia de Brazzaville lanza el proceso de descolonización. De Gaulle va acompañado de Marthe, la hija de Brazza, e inaugura una estela conmemorativa. El Congo alcanza la independencia el 15 de agosto de 1960. El primer jefe de Estado es el abate Fulbert Youlou.

La Guerra Fría arrastrará después al régimen, paso a paso, hacia la escalada marxista-leninista y los repetidos golpes de Estado. Alphonse Massamba-Débat, el amigo de Agostinho Neto, será derrocado por Marien Ngouabi, que establecerá el partido único. Después de su asesinato, le sucede Joachim Yhombi Opango, también derrocado, en el 79, por el joven y fogoso coronel Denis Sassou Nguesso. Éste es quien firma en el 81 el tratado de unión con la Unión Soviética. Mala apuesta.

Tras la caída del Muro, se enfrenta a la quiebra o al multipartidismo, y pierde las elecciones del 92 ante Pascal Lissouba. A partir de 1993, una guerra civil de baja intensidad llevará al país hasta el estallido de junio de 1997. La parte del ejército que se dice legalista ataca la residencia de Sassou Nguesso. Después de seis meses de combates, éste se halla de regreso en el poder y el país en llamas. Las revueltas y las ejecuciones se prolongarán durante años. En 2005, Jacques Chirac coloca la primera piedra del mausoleo de Brazza, que debería ser inaugurado el 14 de septiembre de 2005, en el centenario de su muerte. Estamos en septiembre de 2006. Resulta un poco tonto festejar el aniversario ciento uno.

Así que se ha decidido que la inauguración del mausoleo tendrá lugar el 3 de octubre, para el ciento veintiséis aniversario de la fundación de Brazzaville. Tampoco

es que sea una cifra muy redonda.

Será también el aniversario ciento uno de los funerales de Estado en París. Pero ya hemos dicho que no se festejan los aniversarios ciento uno.

SOBRE EL ATLAS

Uno soñaría con tener la elocuencia de Deschanel para elogiar los magníficos avances de la industria aeronáutica. Éstos son los primeros Airbus de Air France equipados con una cámara bajo la carlinga, dirigida hacia el suelo. Dispongo de dos asientos y, en consecuencia, de dos pantallas fijadas en los respaldos, una ofrece el mapa que indica, en tiempo real, la posición del avión en el trayecto ya recorrido, la otra da imágenes en directo de los lugares que sobrevolamos.

Esta tecnología, inimaginable para Brazza e incluso para Verne, que recuerda sin embargo las viejas leyendas de las alfombras voladoras, resume todas las fantasías de los niños sentados delante de las páginas de los atlas, y une la geografía con la biblioteca, pues la una sin la otra no basta. Tengo todavía que recorrer tres mil kilómetros antes de la cena. No en ochenta días sino en pocas horas. Brazza necesitó dos años para atravesar mil quinientos kilómetros. Yo sobrevuelo esta tarde el itinerario que deberán tomar sus restos mortales dentro de unos días, de Argel a Brazzaville. Más abajo del Sahara, el avión se desliza sobre el Hoggar, en medio de arenas amarillentas que el ocaso ruboriza. A uno le gustaría que este aparato sobrevolase también el pasado. Vería entonces en Nigeria, donde hace más de veinte años viví en la frontera islamo-cristiana del sultanato de Kano, un Peugeot 504 azul cielo circulando por la carretera de Ilorine a Ibadan, hasta Maïduguri y el lago Chad... Pero está demasiado nublado en las riberas del río Níger. No se ve ya el suelo. Y después es de noche.

¿Durante cuánto tiempo vamos a enterrar y a desenterrar a Brazza?

La confusión sobre las cenizas y los restos mortales no es de ayer. La portada del *Petit Parisien*, con fecha de domingo 15 de octubre de 1905, es un grabado que muestra la llegada de un barco procedente de Dakar y una carroza fúnebre tirada por dos caballos negros, en el puerto viejo, con el titular: *En Marsella, traslado de las cenizas de Savorgnan de Brazza*.

Es posible que los consejeros de Sassou Nguesso se hayan dejado así engañar por

la lectura de los archivos del *Petit Parisien*. Una simple urna sería coser y cantar. DHL o Chronopost. Valija diplomática. Y entonces, de golpe, los consejeros descubren que en Argel hay seis restos mortales. Eso es harina de otro costal.

En otra fotografía en blanco y negro de ese mismo coche fúnebre, en esta ocasión uncido a cuatro caballos enjaezados de negro, publicada en *L'Illustration*, el féretro atraviesa la plaza de la Concorde, el 3 de octubre de 1905, rumbo a la iglesia de SainteClotilde. Imposible saber que en su interior no hay cenizas sino un cuerpo en su primera fase de descomposición.

Tres años más tarde, en 1908, después de haber sido exhumado en el Père-Lachaise, otra fotografía en blanco y negro muestra un coche de cuatro ruedas tirado por un solo caballo negro, en el puerto de Argel. El féretro está cubierto de palmas, tal vez para disimular su deteriorado estado después de tres años bajo la tierra parisina. El convoy, que va camino de la Mustapha supérieur, al llegar a la altura de un cartel frente a la estación que dice DEPÓSITO REAL DE ADUANAS (¿es que las había ficticias?), toma por una calle pavimentada que va a lo largo de las dársenas. De uno y otro lado, desfilan marinos en uniforme: cuello en uve sobre blusa marinera de rayas horizontales y pompones que sabemos que eran de color rojo.

Por primera vez, Brazza tendrá en 2006 un entierro en colores. Con reportajes de televisión en Brazzaville. Es el primero de sus tres entierros para el que consigo una tarjeta de prensa y una acreditación. Se lo agradezco a Apollinaire Singou-Basseha.

En el Congo

¿BRAZZA ES BIENVENIDO EN EL CONGO?

NO:

Y he aquí que en el Congo lo impensable ha tenido lugar: las cenizas de Savorgnan de Brazza y su familia van a reposar en un mausoleo construido a golpe de millones, en pleno centro de la capital que lleva todavía su nombre, como para decirle a título póstumo: *Gracias por habernos colonizado, sometido y dominado*. Y, escándalo sobre escándalo, ¡el coste del mausoleo habría sobrepasado los once mil millones de francos CFA! Recientemente, una encuesta a pie de la calle de una cadena de televisión privada ha revelado la profunda indignación del pueblo congoleño, que se pregunta cómo el poder puede dilapidar tantos miles de millones en la construcción de un pequeño edificio que no le sirve a nadie, ¡cuando esos mismos miles de millones habrían bastado de sobra para llevar agua a todos los congoleños, de norte a sur! ¿Cómo Sassou, que reside aún en una modesta villa indigna de un jefe de Estado, ha podido tirar tanto dinero en este mausoleo cuando, con esos once mil millones, habría podido dotar al Congo de un palacio presidencial digno de una nación?

M^e MICHEL CALMEL,
«El Mausoleo de la vergüenza», en *La Semaine africaine*

SÍ:

Para realizar el memorial, esta hermosa joya que viene a transformar de un solo golpe las ciénagas nauseabundas del río Mfoa en un verdadero jardín de ensueño, de exotismo y de amor, ha sido necesario un capital de cerca de dos mil millones de francos CFA, financiado por Francia, Italia y el Congo. Un total de cuatro empresas con un efectivo de más de cien obreros han aportado cada día su genio creativo. Juntos, y con un trabajo de hormigas, en medio de lo que antes era un depósito de inmundicias han hecho crecer un espléndido edificio de dos plantas. En él habrá una biblioteca, un museo y, por supuesto, oficinas. Todo en mármol, sobre el que los rayos del sol poniente vendrán a dibujar las últimas imágenes de los jacintos que el gran río drena.

MPEMBA BASSEY-BASSEY,
La Nouvelle République

DECIDIDAMENTE, NO:

He aquí quien suscita la controversia en el patio congoleño. ¿No habría otras prioridades, justo después de las discordias nacionales, que celebrar a un colono? ¿Y por qué no tener la misma consideración con el

rey teke, el hijo del país que permitió a Brazza seguir su camino con total seguridad? ¿Por qué un homenaje indirecto a Francia cuando ésta se apresta a seleccionar a sus inmigrantes? ¡El humanista Brazza se revolvería en su tumba si viera el culto que los africanos rinden a una Francia que se cierra a ellos! El memorial está a dos pasos de los locales de la Dirección de Emigración.

MARIANNE MEUNIER,
La Nouvelle République

EN BRAZZA

Al final de *Casablanca*, Bogart está de pie sobre el macadán marroquí. El bimotor de hélices se ha puesto en marcha y desaparece al fondo entre la niebla. Ese hombre ha ayudado a la Resistencia y ha dejado ir a su gran amor, al que nunca volverá a ver. Su vida corre peligro. Se oye «La Marsellesa». Él levanta el cuello de su impermeable. Se marcha a Brazzaville, que era entonces la capital de la Francia libre. El guión de esa continuación estaba escrito, pero *Brazzaville* nunca se filmó.

A la salida del aeropuerto de Maya-Maya, en este mes de septiembre de 2006, una pancarta encima de la carretera anuncia que BRAZZA VUELVE CON LOS SUYOS. Es de noche. Pido al taxi que se acerque hasta el río, que fluye tranquilo bajo una lluvia fina. Las luces de Kinshasa, enfrente, se reflejan en las aguas lisas. En el extremo de la avenida Savorgnan de Brazza, la Case de Gaulle está ahora protegida de las amenazas de los terroristas por chapas, además de verjas.

El mausoleo, que oficialmente se llama memorial, está construido en pleno corazón de la ciudad, no lejos del río, entre el ayuntamiento y la antigua embajada estadounidense, que está en proceso de convertirse en Banco de la Vivienda. También ella ha sido repintada de blanco a toda prisa en estos días, de igual modo que toda la ciudad ha engalanado sus fachadas a lo largo del recorrido previsto para las delegaciones oficiales. En el atrio del mausoleo, los trabajadores dan el último acabado bajo los proyectores. El conjunto tiene la altura de un edificio de tres o cuatro pisos. En lo alto de un tramo de escaleras hay columnas de mármol que sostienen un frontón griego pegado a una cúpula de cristal. Están procediendo al ajuste de los haces de rayos láser, que cortan la noche como tijeras ante la mirada de los transeúntes.

Hay grupos de jóvenes sentados contra la verja que escuchan música, y uno se da cuenta de que no es lugar ni momento para preguntarles qué piensan de toda esta historia. A algunos cientos de metros se alzan las ruinas del antiguo Hotel PLM, el M'Bamou Palace, que quedó en la línea de fuego entre Leales y Cobras y fue

reducido por estos últimos al estado de esqueleto.

Unos días después, tengo una cita en la Fundación Savorgnan de Brazza para una breve conferencia de prensa en la que se me explica que todo esto, aunque faraónico, no es más que el principio. Sobre los terrenos del mausoleo se levantarán muy pronto hacia el cielo torres de oficinas, una mediateca y otras muchas maravillas cuya muy vaga evocación está quizá relacionada con la necesidad de encontrarle al proyecto una apariencia de utilidad social, dada la amplitud de la polémica. Me ofrecen un polo con la efigie de Brazza.

Invito a almorzar a una periodista de la televisión que bien podría ser una princesa nubia o una reina de la noche. Con nuestros polos con la efigie de Brazza en las manos, llegamos al Poto-Poto, el barrio cosmopolita en el que viven los malienses, los costamarfileños y los senegaleses, dice ella. Nos instalamos en el Pyramides, que regenta un libanés. Ella me cuenta su guerra del 97 y su pasajero exilio en Kin, de junio a octubre, durante los combates. Allí encontró pronto un empleo como periodista novata, no se decidía a volver y sigue lamentándolo un poco. A su regreso, todas las casas, todos los apartamentos de los barrios del sur habían sufrido el pillaje de las milicias. Fuma mentolados muy finos, levanta el mentón para enviar el humo hacia el ventilador.

Por la tarde, partimos hacia los rápidos de Kintambou, el lugar donde el Djoué se vierte en el Congo. Al borde del agua hay mujeres con la falda recogida que baten la ropa contra los guijarros del río, tipos que pescan con traíña y niños risueños que se zambullen haciendo cabriolas. Todas esas actividades son legales. Un curioso cartel precisa, sin embargo, que aquí está prohibido arrojar basuras, romper las piedras y bañarse desnudo, bajo pena de prisión. Le pregunto cuál de esas tres transgresiones, así a bote pronto, le tienta más.

—Romper piedras —me responde, riendo.

Bajo un quitasol, en el Bar de los Rápidos, por encima del hervidero de los remolinos, uno puede imaginarse la decepción de Stanley en 1877. Sin embargo, él cree todavía que no es más que otro mal paso. Hace desmontar de nuevo el *Lady Alice* y lo transporta en piezas siguiendo el curso, pero no, se acabó, el río Congo ya no vuelve a ser navegable. Después de los rápidos llegan las cataratas. Un día, un puente unirá, quizá aquí mismo, Brazzaville y Kinshasa, y entonces Brazza la Verde dejará de ser una isla rodeada de agua y de selva. La bella nubia levanta el mentón para enviar hacia la neblina su humo mentolado. Me dice que eso no le gusta. Incluso prefiere la agitación de las noches de Kinshasa. Según ella, Brazza tendría escaso interés en importar las locuras y los conflictos de la RDC. Y, además, aquí casi todo el mundo saca provecho del contrabando, que está relacionado con la navegación.

La tarde llega a su fin y la luz del sol torna cobriza su piel, eso no hace tan fácil despedirse. Regresamos a Brazza en taxi y cenamos en Mami Wata, cerca del

embarcadero de lanchas rápidas, después tomamos una última copa en mi casa, un apartamento que me han prestado en el barrio Bacongo. Y durante el tiempo que pase en Brazzaville, ése será nuestro agradable ritual cotidiano. A veces volveré a salir solo en medio de la noche para dar una vuelta con los amigos por lugares que ella considera vedados por su estatus de estrella de la televisión, como el Bataclan u otros tugurios anónimos de la ciudad, situados tras la calle de los Trois-Francis, allí donde los niños te siguen por los callejones cantando *mundele, mundele* (blanco, blanco)... Y yo buscaré cuál de esos establecimientos hubiera podido comprar Bogart para instalar de nuevo su Rick's Café americano, contratar a un pianista y enseñarle esas pocas notas desgarradoras, capaces de resucitar a su gran amor desaparecido a bordo de un bimotor de hélice. *Play it again.*

BRAZZA EN BRAZZA

Entre el mausoleo y el río se encuentra el Buffet de l'Hôtel de Ville, no lejos de los locales de la Dirección de Emigración, en el borde de una pequeña explanada que uno creería provenzal. El Buffet es un snackbar regentado por libaneses, puede que cristianos, en cualquier caso poco atentos a la prohibición de las bebidas alcohólicas y al inicio del Ramadán. Una balaustrada protege su terraza colgada sobre la carretera de cornisa, cuyo verdadero nombre es avenida de la Francia Libre, hacia la cual se despeñan unas escaleras. Más abajo, del otro lado de esa carretera estrecha, se alinean jardines hortícolas al borde del agua, algunos protegidos del sol por armazones de caña. Uno de ellos está siendo removido a golpe de laya. Allí se están clavando los soportes de metal amarillento de un fuego de artificio.

Yo espero ahí, sentado a la mesa, desde las diez y media, este lunes 2 de octubre de 2006, víspera de la ceremonia oficial. La princesa nubia se ha negado a acompañarme con el pretexto de que todo esto son cosas de blancos. Los helicópteros comienzan a sobrevolar la ciudad. Uno de ellos transporta a un muerto, Brazza, y dos jefes de Estado vivos, Omar Bongo y Sassou Nguesso. Me pongo a pensar en el cadáver de Guevara atado al patín de un helicóptero boliviano, en octubre de 1967, trasladado de La Higuera hasta Vallegrande. No sé dónde se alojó el Che en Brazzaville, en enero del 65, cuando vino aquí para reunirse con Agostinho Neto. Probablemente en algún edificio oficial puesto a su disposición por Massemba-Débat. O en el M'Bamou Palace, muy cerca del mausoleo.

A mediodía —abracadabrazza— llega el camión, florido y recién bruñido, en cuya plataforma se alinean los seis féretros. A su alrededor, con las piernas colgando en el vacío o de pie, una guardia de marinos lleva el uniforme del sargento Malamine Kamara. Un uniforme azul marino con cuello en uve y anchas solapas, y un gorro con pompón rojo en el que están escritas las palabras *Marine National*. Lo mismo que en Argel en 1908. Uno de esos marinos me informará, sin embargo, de que se trata del uniforme que se usa en nuestros días en la marina congoleña.

Se bajan del camión y cierran filas para entonar el «Himno de la Marina». Después, cada féretro es llevado a hombros por seis marinos. Tal y como Stanley llevó el féretro de Livingstone en la abadía de Westminster. Los cinco primeros féretros son iguales, madera oscura y dorados, y las dimensiones idénticas, incluso el del pequeño Jacques, muerto a los cinco años. El de Brazza, el último, está cubierto por una bandera francesa. Viene de Libreville y ha pasado la noche anterior en Franceville, donde se celebró en su honor un coloquio universitario en el que participó la historiadora congoleña Scholastique Dianzinga.

Brazza acaba de atravesar una vez más las mesetas Bateke, tal vez asustando con las hélices a las cebras, lanzadas a toda mecha entre las hierbas altas.

Han atornillado sobre los paneles verticales pequeñas placas de bronce que podrían indicar el nombre de cada uno de los difuntos, pero no tardaré en comprobar, al acercarme, que los apellidos, nombres y fechas figuran en la parte de arriba, encima de las cruces católicas en bronce. En las pequeñas placas está escrito: *Fabricado por EGPF – Wilaya de Argel*. Es el enterrador Salah, que se hace publicidad. Ha hecho falta, después de mi partida, que Salah proceda a abrir las cajas de madera, provisto de útiles de carpintero o de ladrón de cajas fuertes, palanquetas y sacaclavos, para cumplir con el encargo de la profanación, el último ultraje a la intimidad *post-mortem*.

Se han tomado fotografías con un cuidado médico-legal. Se ven cabellos pegados a los restos del cuero sobre el cráneo y un uniforme de la Marina de buen paño manchado por los líquidos negros de la descomposición. Porque, a diferencia de Lenin o de Neto, estos de aquí no fueron embalsamados. Loti, el amigo de Brazza, se había especializado en ese tipo de relatos morbosos, su salvajismo, con horrible precisión había descrito, a la manera de las escenas clásicas sobre la vanidad, la exhumación de sus dos abuelas y la de un marino cuya polla encontraron en el fondo de la caja, un *memento mori*. Esa atracción se debía al recuerdo de su hermano marino comido por los cangrejos y los peces, arrojado sin sepultura en medio del océano, en algún lugar de Asia, tal y como era tradición en la Marina. Sin duda, él pensaba en ese hermano cuando escribió que la agradecida Francia había arrojado a Brazza por la borda.

Sobre el Congo se deslizan ramos de jacintos de agua que giran lentamente, como coronas para los ahogados. Quizá vienen a la deriva desde Kinshasa, o desde Bangui a orilla del Oubangui, o han sido arrancados de las riberas del Sangha, del Alima o del Likouala-aux-Herbes. Una piragua corta, igual que las de Brazza, un tronco vaciado de proa afilada, con dos remeros de pie, transporta bidones. En frente, las torres de Kinshasa y las grúas del puerto, la antigua Leopoldville devorada por Kin, cuya fundación Brazza, para incordiar a Stanley, nunca dejaba de recordar que databa de «diciembre de 1881, es decir, un año y tres meses después de que nosotros

ocupáramos la orilla derecha».

A primera hora de la tarde, con el propósito de comprobar la eficacia o la validez de mi carné de prensa, me presento a la entrada del mausoleo. Me reciben en medio de los últimos arreglos, con aspiradoras y bayetas. Observo los frescos narrativos de los pintores de Poto-Poto sobre los muros curvos, desciendo a la cripta climatizada donde están abiertos los seis nichos blancos. En el atrio, la estatua de pie, ayer todavía recubierta por una lona de ACNUR, está hoy envuelta en una bandera congoleña. El escultor kinés remata un busto con la esmeriladora eléctrica y le grita a su ayudante encargado de humedecer la piedra. Del otro lado, la calle está vacía.

Vuelvo a ver las seis cajas abandonadas en la escalinata del ayuntamiento, bajo la vigilancia de dos militares. Algunas moscas vuelan alrededor de los féretros alineados sobre caballetes. Pongo la mano abierta sobre la tela de la bandera que recubre la madera. A pocos centímetros bajo mi palma está la cosa a la que ha quedado reducido Brazza, una cosa en una caja de madera cerrada con tornillos y tuercas de latón, de los cuales uno ha sido precintado por Salah. En la mesa de al lado, dos oficiales de la BAC, la Brigada Anti-Crimen, beben cervezas Primus y me saludan. Están tranquilos. Los partidos de la oposición han llamado a los brazzavillanos a boicotear las ceremonias, mañana, quedándose en casa.

QUE EL PUEBLO SE DEDIQUE A SUS OCUPACIONES

DECLARACIÓN DE LA UPADS Unión Panafricana por la Democracia Social

Después de haber

– evocado minuciosamente la historia del mundo, de nuestro continente y particularmente la de nuestro país, desde la trata de negros hasta la conquista colonial, de la cual Savorgnan de Brazza no fue más que un enviado en comisión de servicio;

– repasado las luchas de los Pueblos de África y del Congo en particular, de las cuales dan testimonio en nuestro territorio numerosos frescos y estatuas de hombres con las manos y los pies encadenados;

– escuchado los numerosos relatos históricos y cantos populares de África y del Congo;

– vuelto a examinar los manuales de Historia de los niños de África y del Congo;

cuando está todavía presente y lo estará para siempre en todos los espíritus del mundo el debate que ha estado a punto de dividir a Francia, patria de adopción y comandataria de Pierre Savorgnan de Brazza, a causa de la ley francesa de febrero de 2005 por la cual se reconocía como positiva la acción colonial (la disposición ha sido rápidamente retirada);

examinando la situación nacional de nuestro país, en el que las autoridades corren desesperadamente detrás del estatuto de PPME (País Pobre Muy Endeudado), y sabiendo que las urgencias nacionales se llaman precariedad, pobreza, desempleo escandaloso, etc.

La Unión Panafricana por la Democracia Social (UPADS) no encuentra nada, absolutamente nada, que en el plano moral, político, económico o histórico venga hoy día, por parte de los antiguos colonizadores, a sostener la idea de justificar el acontecimiento nacional de erigir un monumento faraónico a la memoria de Pierre Savorgnan de Brazza y de su familia, de la cual además la Historia no ha dicho ni una palabra.

La noción misma, tal como la enuncia el poder de Brazzaville, de que Brazza regresa con los suyos, referida a los antiguos colonizados y a sus descendientes, es una grave negación de la Historia, una puesta en cuestión de las referencias fundamentales del conjunto del pensamiento del hombre africano en general y congoleño en particular, y por tanto un insulto a su dignidad.

La UPADS, haciéndose eco de Mabiala ma Nganga, Boueta Mbongo, Wongo, Endré Grenard Matswa, Patrice Emeri Lumumba, Frantz Fanon..., en memoria de las luchas de los Pueblos de África y del Congo por la dignidad y la liberación del hombre negro, dice que este día 3 de octubre de 2006 quedará como un día sombrío y poco glorioso para el Pueblo Congoleño.

La UPADS no puede prestarse a esta mascarada y muestra su viva indignación.

La UPADS llama al Pueblo a desligarse de esta vía de revisionismo colonial, dedicándose a sus ocupaciones.

En Brazzaville, a 29 de septiembre de 2006
La Comisión Nacional Preparatoria del Congreso
(p. o.) Joseph Ouabari
Vicepresidente segundo

RUMORES MASÓNICOS

Los mausoleos, al igual que las estatuas ecuestres, son objeto de polémica. El arquitecto Eugène-Emmanuel Okoko es el único que no opina sobre el regreso de Brazza y se contenta con una presentación muy sobria de su obra: «El conjunto», escribe él, «está formado por cuatro niveles. Un sótano de 567,77 m², una planta baja de 1197,83 m², dominada por un gran *hall* al que dan dos plantas más, en forma semicircular, de 553,23 m² cada una. Este edificio ha sido construido sobre un radiado general de 50 cm de espesor, anclado a una profundidad de 3 m con un revestimiento periférico en cemento armado. Al conjunto se une una estela inserta en un pilón de agua sobre la que se alza la estatua del explorador a una altura de 8 m»

Esas consideraciones técnicas tan precisas no bastarán para calmar el rumor que corre por Brazzaville desde hace mucho. En la cúpula se ve el compás, en el frontón la escuadra. En los decimales, todos esos 7 y esos 3, la cifra de algún grimorio. A Sassou Nguesso se le suponen secretos masónicos. Los brujos, raramente consultados, cubren la tumba de oprobio.

Brazza por su parte parece practicar un agnosticismo de buena ley. Fue aceptado en la logia Alsacia-Lorena del Gran Oriente en 1888, gracias a su amistad con Jules Ferry, su indefectible apoyo hasta su muerte en 1893. Brazza dimitió (quizá se dice rompió o abjuró) en 1904.

En lo que respecta a Salah, no ha dudado en atornillar una cruz católica sobre cada féretro, visto que es costumbre entre los *roumis*^[20].

En un reciente opúsculo titulado *El poder congoleño y el revisionismo poscolonial: El caso Savorgnan de Brazza*, Lécas Atondi-Monmondjo, del Departamento de Literaturas y Civilizaciones Africanas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Brazzaville, no se muestra amable con el arquitecto Eugène-Emmanuel Okoko:

Resulta curiosa esta impresionante masa de cemento, plantada sobre altas columnas revestidas de mármol, que para colmo tiene ese minúsculo frontón con pretensiones de estilo griego, recuerda los

símbolos de la francmasonería y parece en realidad una zancuda de cabeza diminuta. Por lo demás, el plano de este colosal trasto permanece en secreto, y ya hay una lona con la inscripción ACNUR que cubre una estatua gigante que es fácil de adivinar.

¿Sospecha Lécas Atondi-Monmondjo que también el Alto Comisariado para los Refugiados está infiltrado por los masones?

EN LOS FUNERALES

Y he aquí cómo, después de meses de viajes erráticos, después de haber navegado por el río Ogooué, deambulado por Angola y São Tomé, y atravesado las mesetas Bateke, me encontré en Brazza, el 3 de octubre de 2006, ante el féretro de Brazza, un féretro nuevecito *Fabricado por EGPF – Wilaya de Argel*, en compañía del presidente de la República gabonesa, Omar Bongo Ondimba, del presidente de la República congoleña, Denis Sassou Nguesso, del presidente de la República centroafricana, François Bozizé, de mis muy notables conciudadanos Douste-Blazy y Kouchner del nuncio apostólico Monseñor Andrés Carrascosa Coso, y del rey de los tekes Auguste Nguempio.

Es el esperado momento de las tribunas, de los micrófonos y de las fanfarrias. Las alfombras son rojas y los militares andan de cabeza. Pienso en Anwar el-Sadat, en El Cairo. Bastaría un blindado ligero lanzado a buen paso, cuatro o cinco hombres encapuchados que saltaran a tierra y ametrallaran la tribuna a la buena de Dios, para modificar considerablemente la vida política del África central. Desde hace horas, transpiro en medio de un grupo de tipos con trajes de chaqueta negros y auriculares, llegados la víspera por la noche desde París, con pequeñas insignias de la República Francesa en las solapas y *walkie-talkies* en las manos. Van por turnos a acucillarse a la sombra con una botella de agua, y se acercan discretamente al atril de los discursos cuando llega a él la Francia misma, en este caso el diminuto ministro^[21], que parece más sobrio que Deschanel en 1905 y garantiza el servicio mínimo:

Francia está orgullosa de haber contribuido a la construcción de este monumento, cuya primera piedra fue puesta el 5 de febrero del año pasado por los presidentes Denis Sassou Nguesso, Omar Bongo Ondimba y Jacques Chirac. El homenaje que este 3 de octubre han querido hacer las autoridades congoleñas demuestra la fuerza con que permanece el recuerdo de este hombre excepcional, cien años después de su muerte.

El único momento verdaderamente refrescante de esta jornada agotadora se debe a la interpretación, por la coral mixta de la Marina Nacional del Congo, de «La

canción de Brazza», que, en tres minutos, consigue alegremente resumir lo que yo he intentado hacer durante meses: escribir la vida de Brazza. De pie sobre un estrado, los cantantes llevan uniforme blanco de gala con galones dorados y levantan la pierna al ritmo, imitando un desfile. Las lindas marineras están sonrientes y parecen felices de cantar. Si la marina de guerra del Congo-Brazzaville no puede enorgullecerse de ninguna victoria naval de importancia, bien puede estar satisfecha de contar entre sus filas con un contralmirante capaz de componer tales tonadas.

DOS FUEGOS ARTIFICIALES

Regreso temprano. La ciudad está en calma, el ejército y la policía en guardia, las calles desiertas. Me instalo en el sofá de mi apartamento, bajo el ventilador, y conecto la televisión sin sonido. La princesa nubia llega después de su grabación en plató sobre un tema cualquiera que ella ha escogido con tal de que no fuese el entierro de Brazza. Sale del cuarto de baño envuelta en una toalla. Se limita a alzar los hombros ante las imágenes, repite riéndose que ésas, verdaderamente, son historias de blancos. En el momento en que todo se encamina hacia una feliz escenita hogareña, suenan los primeros tiros.

Ella abre la puerta de cristal y salimos a la terraza del primer piso. La residencia está cerrada por un portal monumental, rodeada de muros altos. Abajo, en el patio, el guardián, Marcellin, se pasea como un oso en una jaula escrutando el cielo. Después aparecen los primeros cohetes de los fuegos de artificio. Lanzados desde el huerto destruido situado bajo la avenida de Francia Libre, al borde del agua, pintan el vientre de las nubes de amatista y de carmín. Cae una lluvia de pavesas de magnesio, como las que tiraba Brazza en Lopé. Le digo a Marcellin que suba a la terraza y le ofrezco un *whisky*.

Los tres seguimos el vuelo sinuoso de los cohetes, sus explosiones en el cielo. Parece la guerra, dice él sonriente, mientras termina la segunda copa. Ya un poco alegre, me confiesa su pasión por la petanca, un deporte que afirma practicar al más alto nivel diariamente, incluso aunque no sea todavía propietario de sus bolas, que alquila a veinticinco céntimos de franco CFA la partida. Me pregunta sobre el salario de los jugadores profesionales en Francia, cuya existencia yo ignoraba, la verdad. Tal vez en Marsella. Marcellin está mejor informado.

Al día siguiente nos enteramos de que, mientras nosotros apurábamos nuestros *whiskies* en la terraza, un viento de inquietud sopló sobre la zona norte de Brazza, donde aquellos que se habían quedado en sus casas, respondiendo a los llamamientos de la oposición, han creído que se trataba de disparos de mortero y del regreso de los

Ninjas. Hasta aquellos barrios desheredados sólo habían llegado el ruido sordo de las explosiones y el olor a pólvora. Por qué no también a *brioche*^[22]. A medianoche, el embajador alemán en Kinshasa había tirado sus propios fuegos artificiales con motivo de la fiesta nacional de su país, contribuyendo aún más a la confusión. Como si esos lejanos tiros de represalia expresaran la degradación brutal de las relaciones entre los dos Congos. Un viento gemelo de miedo había soplado entonces sobre los barrios de Kinshasa, ya al rojo por los incidentes de la tarde.

Mientras que en la orilla derecha del río se enterraba a Brazza, la Eufor, en la orilla izquierda, perdía el control de un dron de reconocimiento que ha ido a estrellarse sobre la capital, causando un muerto y dos heridos en pleno centro. Ese avión, fuera de control, bien que hubiera podido atravesar el río zigzagueando y haber caído sobre la cúpula del mausoleo o sobre la tribuna oficial de Brazzaville. La Eufor no es una escuela de aeromodelismo. Es una fuerza de intervención europea destinada a asegurar el proceso electoral en la RDC. Dispone de mil hombres, apoyados por otros mil doscientos posicionados preventivamente en Libreville.

Esa tropa está comandada por los alemanes desde su cuartel general de Potsdam. La verdad es que durante meses no se ha sabido en qué ocupar a esos hombres, a los cuales se habría podido, por ejemplo, enseñar a manejar los drones. Parece que estuvieran de más en un país donde hay ya más de diecisiete mil cascos azules de la misión de las Naciones Unidas. «Hemos reconstruido escuelas, reparado carreteras, distribuido ropa», señala con un deje de despecho el comandante Éric Mariel, para quien se ve que esas actividades de damas benefactoras no constituyen su principal vocación.

El pasado 20 de agosto, unas horas antes del anuncio de los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales y de la petición de un segundo escrutinio por parte de Kabila hijo, los hombres de su guardia personal atacaron la residencia del opositor Bemba para tranquilizarse. La Eufor tardó tres horas en reaccionar, un retraso bastante breve si se considera que la orden de abrir fuego, así como quizá las pilas de los telecomandos de los drones, debía venir desde Potsdam.

¿RESPETAN LOS LADRONES LAS CONSIGNAS DE LA OPOSICIÓN?

Reconozcamos que a éstas les faltaba claridad.

A veces, la oposición, en su llamamiento de boicot a las ceremonias, aconsejaba a los brazzavillanos quedarse en sus casas, so pretexto de que la jornada festiva era pagada. Otras veces, les pedían que se dedicaran a sus ocupaciones, como si no ocurriera nada. ¿Y si uno es ladrón? ¿El Estado o la oposición van a pagarte la jornada perdida? ¿No será preferible dedicarte a tu ocupación?

LA CATEDRAL DEL SAGRADO CORAZÓN DE BRAZZAVILLE VISITADA POR LOS LADRONES

La noche del domingo 1.º al lunes 2 de octubre de 2006, los ladrones entraron en la catedral del Sagrado Corazón de Brazzaville, situada en pleno centro de la capital congoleña. Los malhechores se llevaron numerosos objetos, en especial un amplificador, micrófonos y el estabilizador que alimenta de corriente eléctrica la cruz luminosa instalada en el patio mariano de la iglesia. Según el párroco, el abate Dieudonné Nathanaël Samba, este robo no es el primero que se perpetra en la catedral del Sagrado Corazón. Pero resulta curioso constatar que el robo del pasado domingo tuvo lugar cuando se iba a celebrar allí, el lunes 2 de octubre, la misa de réquiem después del traslado de los restos mortales de la familia Savorgnan de Brazza. Una misa a la que asistieron delegaciones venidas de Gabón, Francia e Italia. La coincidencia es perturbadora.

Artículo sin firma
La Semaine africaine, 3 de octubre de 2006,
en la sección «Un vistazo sesgado»

ROBO A MANO ARMADA EN EL CHU: ¡SE LLEVAN 9 MILLONES DE F-CFA!

Un robo espectacular fue perpetrado en el CHU (Centro Hospitalario Universitario), en Brazzaville, donde unos bandidos cometieron un atraco a mano armada en el que se llevaron 9 millones de francos CFA. Los autores de este robo, tres hombres armados que llevaban pasamontañas, operaron la noche del 2 al 3 de octubre de 2006. Saltaron el muro antes de irrumpir en la oficina de recaudaciones del CHU, accediendo desde el sótano. El *modus operandi* que les permitió dar el golpe es clásico: desarmaron al personal de guardia, que se puso a temblar como hoja de banano. Después, los tres malhechores cogieron

todo el dinero. Y a continuación, terminada la operación, desaparecieron a toda velocidad en el campo, sin dejar huella. ¿Estaban bien informados sobre el montante de dinero que había en la oficina de recaudaciones del CHU? En todo caso, actuaron con precisión.

Artículo sin firma

La Semaine africaine, 6 de octubre de 2006,
en la sección «Un vistazo sesgado»

EN EL ALMIRANTAZGO

En Brazzaville resulta tan difícil como en Luanda conseguir un mapa de la ciudad, mapa por otra parte también inútil para quien no esté motivado por una auténtica pasión por la toponimia. Para quien no quiera en absoluto ver la Historia escrita con todas sus letras en la Geografía. El tiempo impuesto en el espacio.

Si uno quiere abandonar el Congo en avión, puede tomar, desde el mausoleo, la avenida Sergent-Malamine hasta la gran avenida Lumumba, y después el paseo Du Chaillu en dirección a la carretera del aeropuerto. Si se prefiere abandonar el Congo en barco, es aconsejable tomar, en el otro sentido, la avenida Amilcar-Cabral y después la avenida Félix-Éboué en dirección del Beach, al norte de la ciudad. En realidad, nadie utiliza aquí los nombres de las calles, que por otra parte se prestan a la confusión, porque habría que añadir cada vez el del barrio. Resulta que hay una calle Savorgnan de Brazza en el barrio de Mougali y otra en Bacongo.

Los taxis bicolor, verde y blanco, dan muestra de un gran mimetismo en sus recorridos, orillando los edificios blancos y los jardines, los parques, los matorrales en plena ciudad, los *ngandas* donde se establecen los campamentos de los sin techo, sin papeles y sin dinero. Ayer llamé al almirantazgo. Allí seré recibido esta mañana por el contralmirante Fulgort Ongobo. Una vez llegado al barrio de Mpila, pago el taxi y presento el carné de prensa y el pasaporte en la garita. Espero debajo de un cobertizo.

Me llevan hasta el despacho del oficial superior, que viste uniforme blanco. Es más bien joven, un poco gordito y muy sonriente. Estamos sentados frente a frente. Deposita su gorra de galones dorados boca arriba sobre la carpeta. Es una habitación pequeña situada en la misma planta, llena de mobiliario administrativo fabricado en metal gris. Hay un mapa del Congo colgado en la pared. Le confieso la envidia de quien desde hace meses escribe sobre la vida de Brazza. Somos colegas. Sensible al cumplido, hace que me fotocopien la letra de la canción que la coral de la Marina entonó, con alegría, durante las ceremonias. Me precisa, por pura modestia o por un

respeto a los subalternos que le honra, que la escribió en colaboración con el capitán de fragata Jean-Pierre Itoua:

HOMENAJE A PIERRE SAVORGNAN DE BRAZZA
CANCIÓN POPULAR

1

Pierre Savorgnan de Brazza
Nacido el 25 de enero de 1852
En Castelvetro en Italia
Se interesa por la Marina
Es admitido en Francia
Como alumno de la Naval
En 1872
Sale como aspirante de la Royale

2

En 1875
Acompañado por Ballay, Marche y Hamon
Remonta el Ogooué, luego el Mpassa
Perseguido por los bafurus
Se detiene en el Alima
Se detiene en el Alima
Regresa a Francia
En busca de otras estrategias

3

En 1879
Remonta de nuevo el Ogooué
Toma después el Léfini y llega al Mbé
Asiento del reino teke
Navegamos siempre adelante
Navegamos siempre adelante
E izamos nuestros colores
En lo más alto del cielo
Navegamos siempre adelante
Navegamos siempre adelante
E izamos nuestros colores
Como De Brazza

4

El 10 de septiembre de 1880
De Brazza se encuentra con el rey Makoko
En Mbé y firma un tratado, después desciende
El Congo hasta el Mfoa
Navegamos siempre adelante
Navegamos siempre adelante
E izamos nuestros colores
En lo más alto del cielo
Navegamos siempre adelante
Navegamos siempre adelante
E izamos nuestros colores
Como De Brazza

5

El 3 de octubre de 1880
De Brazza y los representantes de Makoko
Firman en Mfoa la cesión del territorio
A Francia, y así se funda Brazzaville
Brazzaville es la capital
La capital de la Francia libre
Brazzaville es la capital
La capital de la Francia libre

Armonización y orquestación:
Romain Mapanga Samba Bouesso

El contralmirante y el capitán de fragata se han pasado un poco, seguro. Y no sólo porque sus palabras no facilitan mucho el trabajo de composición melódica de Romain Mapanga Samba Bouesso. Esa letra pondría a la hermosa nubia hecha una furia. Que después de cuarenta y cinco años de independencia, treinta de ellos bajo la férula del régimen marxista-leninista del actual presidente ultraliberal Sassou Nguesso, semejante «Canción popular», escrita por militares, se regocije por la cesión del territorio nacional y haga de la Brazzaville de hoy la capital de la Francia libre, sobrepasa sin duda las consignas de la ley de febrero de 2005, supuestamente relativa a los beneficios de la colonización.

El contralmirante subraya el franco éxito cosechado por la canción durante las ceremonias, cosa que yo confirmo. Él querría hacer un DVD o por los menos un CD. Quizá al verse convertido en sus sueños en estrella de la canción me confunde con el productor Eddy Barclay. Y se ve a bordo de un yate de lujo en Mónaco en vez de en este despacho de mobiliario metálico. Le traigo de vuelta a su primera función: el mando de una marina dividida en dos.

Me informo sobre el desarrollo de la carrera. ¿Algunos marinos tienen vocación

de servir en el océano mientras que otros son marinos de agua dulce? Sólo hay una Marina, me responde. Un marino puede servir en Pointe-Noire, en los barcos de guerra del Atlántico, que según me dice son terribles, y después navegar sobre el Congo. Aquí es más tranquilo, añade con una sonrisa. Por otro lado, la frontera más cercana a este despacho es una pequeña isla, justo detrás del almirantazgo. Los pescadores de ambas orillas desembarcan en ella y las mujeres hacen allí un poco de comercio. Las autoridades cierran los ojos. Una frontera amable, en cierta manera.

La cantinela es conocida.

Me pongo a pensar en los desaparecidos del Beach. Y en la imagen poco afable, a diferencia de la amplia sonrisa del contralmirante, que esas desapariciones dan de la historia reciente del Congo y del paso por sus puestos fronterizos.

EN EL BEACH

Justo después del destruido Hotel Cosmos, un control de policía o de guardias privados regula el acceso al puerto fluvial. Los hombres de uniforme van provistos de bastones y gritan en todas direcciones con el indiscernible propósito de alertar o de alentar algunas actividades cercanas al chantaje. Paso al lado de almacenes ante los cuales hay bidones con brasas que nutren de pescado y de yuca a los pequeños restaurantes. Hay que atravesar esos edificios bajo un porche, en el que se efectúan las ventas al por mayor, para llegar a los muelles. Cuando vuelves a salir a la luz, eres golpeado por una escena que casi parece sacada de un cuadro de Brueghel.

En 1990, convocados por el sindicato de minusválidos físicos, mil tullidos invadieron el cuartel donde todavía residía el mariscal-presidente Mobutu, en Kinshasa. Consiguieron que les autorizaran a pagar mitad de precio en los billetes de la travesía entre Kin y Brazza, así como una rebaja en las tasas de aduana. Tal vez traumatizado por esa invasión, el mariscal-presidente decidió irse de inmediato a vivir en el río.

Los muelles de Brazza, por consiguiente, están invadidos por triciclos y carritos de pedales coronados por globitos de colores. Lisiados sin piernas y mancos, ciegos y paralíticos, mutilados de guerra y cojos varios se afanan, con las pocas fuerzas de que disponen, sobre velocípedos preparados de la mejor manera pero que frecuentemente resultan ineficaces e insuficientes para desplazar el enorme peso de las mercancías acumuladas para comerciar. Se forman bultos que van creciendo sobre la orilla pavimentada, los carros bamboleantes son sujetados en las cuevas por hombres sanos que transpiran y discuten. Esos ayudantes, pagados por los tullidos, no tienen derecho a descargar las mercancías, so riesgo de ver aumentar las tasas.

Las embarcaciones son pequeños graneleros mixtos, para carga y pasaje. Están sacando del *Matadi*, de casco azul celeste, una carga de planchas de madera y de sacos de arroz y de harina, que los descargadores, a quienes aquí se les llama romanos, transportan a hombros en vacilante fila india hasta los camiones, que

aguardan alineados y con los adrales bajados. Los hombres tienen las espaldas cubiertas de polvo blanco, como si nevara. Cabe asombrarse ante semejante frenesí de intercambios entre dos capitales que están igualmente alejadas del océano y, como consecuencia, del comercio mundial.

El *Sangha* y el *Oubangui* están acostados uno al lado del otro y embarcan a sus pasajeros. En el agua sucia en torno a sus cascos, nadadores sin papeles ni billete para hacer la travesía empujan delante de sí sus ropas, metidas dentro de bolsas de plástico negras, ante las mismas narices de los aduaneros, y después suben a bordo por las guindalezas. Esas bolsas de plástico disimularán los pequeños hurtos que hagan durante la travesía y los protegerán durante la nueva zambullida en el puerto de Kin. Los «gadafis» apilan en las traseras de los camiones sus bidones de veinticinco litros de gasolina que, durante las semanas de penuria, pueden venderse hasta a mil francos CFA el litro. Me ofrecen ropa a muy buen precio.

En 1999, menos de dos años después del regreso al poder de Sassou Nguesso, y tras haber hecho creer que se concedía una amnistía, muchos brazzavillanos desembarcaron aquí, provenientes de Kin, donde, al igual que la linda nubia, se habían exiliado. El trillado se hizo sobre este muelle. Se buscaban nombres de resonancia sudista, particularidades lingüísticas. Al menos 353 personas desaparecieron. En este otoño de 2006, todavía se instruye la denuncia en París. El poder congoleño preferiría un proceso en Brazza. Los quince inculpados, todos ellos cercanos al poder, fueron declarados aquí inocentes en agosto de 2005.

Unos kilómetros más al norte, al final del barrio de Mpila, hay otro embarcadero, más desolado, no muy alejado de la refinería y de las vías férreas del Congo-Océano. Es el puerto de las barcas motoras que van a Bangui. Se tarda de una a dos semanas, me dicen, según el número de paradas impuestas por los imponderables del comercio de cabotaje. Al costado de las barcas, que son ciudades flotantes cubiertas de toldos, se amarran las piraguas que las avituallan de productos frescos y de carne ahumada, pescado y monos, cubiertos todos por igual por una costra negra, de la que hay que retirar unas dos pulgadas para llegar a la carne blanca. Uno se asombra de no ver al presidente François Bozizé viajar en medio de la extasiada población centroafricana, para regresar a su capital con su polo con la efigie de Brazza.

Estaría bien dar un salto a Bangui. Eso nos acercaría un poco al océano Índico y a Zanzíbar.

CON FULGENCE

Cuando amas hay que partir
No lagrimees sonriendo
No anides entre dos senos
Respira anda parte vete yendo

CENDRARS

Después de hartarme de acudir al Hotel Méridien, para arramblar con los pocos paquetes de Marlboro *light* que venden con gran parsimonia en el quiosco del *hall*, le he preguntado al estanquero por la dirección de su proveedor. En cuanto al vino blanco, lo mejor es aprovisionarse en el supermercado del centro, no muy lejos del mausoleo. Desde allí, basta subir por la calle de la Musique-Tambour, atravesar una plaza cubierta de hierbas, una zona abandonada donde offician pequeños vendedores de cualquier cosa, de maquinillas de afeitar, de cacahuetes, de golosinas, pasar de largo la terraza del café Seven, torcer en la esquina de la calle y entrar en la tienda de ultramarinos de un mayorista libanés al que nunca le faltan existencias de Marlboro *light*.

Fue al regresar de allí una tarde, cuando en esta misma pequeña terraza del Seven conocí al cocinero Fulgence. En ese momento yo discutía con uno de sus amigos, que acababa de abrir un hotel allá lejos, hacia el norte, en ese bosque en el que al menos dos expediciones han buscado sin éxito desde hace algunos años al último dinosaurio vivo. Fulgence y yo cogeremos la costumbre de callejear juntos un rato cada noche. Él estudiaba economía antes de la guerra. Eso es lo que estuvo en el origen de su reconversión en cocinero. Unos días después, me da cita para el día siguiente por la tarde. Está de vacaciones y quiere mostrarme el lugar donde se escondió durante varias semanas en 1997, al borde del agua, más allá de las cataratas. Me conduce hasta allí en un Peugeot desvencijado cuyo vientre va a ras del suelo.

Franqueamos el puente sobre el Djoué y tomamos un camino de tierra en dirección al río. Allí se levantaba antaño una especie de lugar de vacaciones para los colonos de Brazza, restaurantes dominicales a los que acudían los blancos vestidos de blanco. Gide describe este lugar en su diario de 1926. Se lo comento a Fulgence. Si ya lo sabes todo no merece la pena venir, me responde. Estacionamos en medio de las ruinas, a la sombra de un gran mango.

Un tipo muy colgado de cannabis —y originario de Pool, puesto que habla en lari, apunta Fulgence— ha montado una pequeña empresa que se limita a barrer la tierra

debajo del mango y a alquilar su sombra, a 500 francos CFA, a los raros vehículos que se aventuran hasta aquí, la mayoría de las veces ocupados por parejas de amantes clandestinos. Ese esqueleto de pupilas dilatadas critica agriamente el otro negocio local, que consiste en robar las piedras de los antiguos edificios coloniales para revenderlas a las constructoras. Se ve que el hombre se ha levantado con el pie izquierdo. Se queja también de la cantidad de ahogados. Al último ha tenido que sacarlo él esta mañana y llamar luego a la funeraria. Sin que yo comprenda bien por qué, en su delirio él la toma conmigo e insiste a Fulgence para que me traduzca sus recriminaciones con detalle, como si yo tuviera el poder de ir a ahogarlos más abajo en el río.

Nos alejamos sobre la arena embarrada por la tormenta, en medio de una vegetación de dunas. Los remolinos del Congo son aquí más violentos que en los rápidos. Las olas chocan contra las rocas y se deslizan espumosas. Por aquí fue por donde Conrad perdió su manuscrito. Yo busco entre los guijarros. En medio del río, la isla del Diablo, habitada tan sólo por una numerosa colonia de murciélagos, alza la sombra negra de su floresta. Los grandes murciélagos no abandonan sus guaridas hasta que cae la noche, y hay redes tendidas entre las ramas de los mangos para capturarlos. Fulgence me dice que, durante las semanas que permaneció oculto en estos parajes, también él saboreó esos vampiros asados, bebió agua del río, recogió mangos y durmió al abrigo de los matorrales, en medio de un grupo de gente despavorida y perdida, que esperaba alrededor de las hogueras el fin de los combates para poder regresar a sus apartamentos.

Entonces se combatía en las dos capitales, a ambos lados del río. Cada noche un doble fuego de artificio. En mayo de 1997, en Kinshasa, después de treinta y dos años de dictadura, el mariscal-presidente Mobutu había sido derrocado por Laurent-Désiré Kabila. El Zaire volvía a ser un Congo. Congo-K y Congo-B. Brazzaville estaba invadida de mobutistas, que habían atravesado el río caóticamente a bordo de sus motoras. El 4 de junio, Fulgence oyó los primeros disparos en Brazza, hacia las once de la mañana. Tres ejércitos se enfrentan a partir del día siguiente. Los Ninjas de Bernard Kolelas, los Cocoyes de Lissouba y los Cobras de Sassou Nguesso. Como él, muchos habían huido ante el miedo de ser enrolados en uno u otro bando, y se habían encontrado bloqueados al norte, donde había que hablar lingala, o al sur, donde, según él, había que dominar el kituba.

Al cabo de algunas semanas, encontró la manera de escapar a Pointe-Noire, en el Atlántico, y allí aprendió a cocinar. Los vencedores Cobras estuvieron limpiando los barrios del sur hasta finales del 98. Una vez terminada esta tarea, promulgaron una amnistía para recuperar a los sudistas exiliados. Fulgence no regresó hasta el 99, en el tren Congo-Océano.

Esa misma noche, retomamos nuestra gira de grandes duques y terminamos como de costumbre en el Bataclan. Hay que aprovechar la vida, pregona Fulgence mientras pide unas cervezas. Me reprocha que me interese por el tiempo de esas viejas momias de Gide y Brazza. A él le parece más útil escribir sobre las guerras del Congo. El mausoleo será destruido un día porque en la próxima guerra, aquí o del otro lado, lo convertirán en un blanco fácil. Y porque es un monumento en honor de Sassou, no de Brazza. Yo intento explicarle que no se puede comprender nada de las guerras del Congo si se ignora lo que ocurrió en el pasado. Y ahora, me pregunta él, ¿he comprendido más? Ahora yo me voy a Tanzania para escribir sobre la vida de Tippu Tip.

Le recito una sura del Corán que cita Tippu Tip y que he intentado memorizar leyéndola en mi edición bilingüe en caracteres latinos, algo así como *La abrahu hatta abluhga majma' al-bahrayni aw amdiya huquban*, curiosamente traducida como «*I shall not cease until I reach the junction of the two seas, even if I have to journey for 80 years*»^[23]. Yo he emprendido la escritura de *La vuelta al mundo hasta los 80 años* solo y sin oxígeno. Después de haber dejado el Pacífico para ir al Atlántico, quiero llegar al océano Índico. A fin de cuentas, uno podría consagrar su vida a eso, a seguir la línea del Ecuador, sus cuarenta mil kilómetros de los que, de todos modos, una buena parte está sumergida. Digamos, pues, a pie enjuto y *grosso modo*, de São Tomé a Zanzíbar y después de Sumatra a Borneo y de Quito a Belem, a lo largo del Amazonas. En el Ecuador uno se siente más ligero. O ése debería ser el caso. La Tierra no es esférica, sino aplastada en los polos e hinchada en el Ecuador. Por tanto, la gravedad ahí es menor. Fulgence ya no me escucha, se va a la pista a bailar rumba.

Regresa con una bailarina sudorosa de la mano. Me pide que le haga un regalo de despedida. Según él, es costumbre entre los cocineros, son cinco mil del ala. Eso son por lo menos ocho euros. Salimos los tres. El Peugeot no quiere arrancar. Pega un puñetazo en medio del volante, sobre el león que ruga. Tiene que cambiarlo. Me pregunta si conozco algún importador de autos de ocasión. Tengo un amigo que hace eso, un antiguo descargador de muelles, le voy a hablar. Él mismo hace las entregas. En Kin. Pero no es muy buen mecánico. Me bajo y paro un taxi.

COMPENDIO DE HISTORIA GENERAL DE LA NAVEGACIÓN FLUVIAL CONGOLEÑA

El río resplandecía, sus aguas fangosas se habían vuelto blancas y doradas. Estaba lleno de piraguas con motores fuera borda, como cada vez que el vapor se hallaba en el muelle.

V. S. NAIPAUL

1. «THE AFRICAN QUEEN»

Diez años después del rodaje de *Casablanca*, y tras el abandono del proyecto *Brazzaville*, Bogart llega por fin al Congo. El equipo de rodaje se instala muy al norte, en la curva del río, en Stanleyville, convertida hoy en Kisangani.

Sobre una colina al borde del agua, un gran caserón levanta los frontones de sus arcadas por encima de las verandas. Es un islote de blancura inmaculada entre la jungla verde y negra, un palacio colonial olvidado, el sueño de una Ostende al borde del Congo. El antiguo hotel de Katharine Hepburn, de Bogart y de Lauren Bacall está en ruinas y termina por desaparecer en medio de lianas y de muros de ladrillo rojo derrumbados. En las primeras imágenes de la película, la música de un armonio y los cánticos cristianos se expanden por la colina, en medio de un pueblo africano levantado para la ocasión. Bogart, el duro de pelar, desciende de su barcucho de vapor, tira al suelo un cigarrillo y sube la colina. Alrededor de la colilla se monta una trifulca.

Es curioso que el primer equipo de cine que se instala en Kisangani, la antigua factoría de las Stanley Falls, aquella avanzada del progreso, no venga a rodar una adaptación de la novela de Conrad. Ésta tendrá que esperar al apocalipsis de Vietnam. John Huston consigue sin embargo colar un homenaje a *El corazón de las tinieblas* al poner en boca del pastor anglicano que agoniza las palabras de Kurtz: «Exterminad a estos bárbaros». La acción de *The African Queen* se supone, por otra parte, que transcurre en el África central, más al este, a orillas del lago Tanganika, en una colonia alemana del Ost-Afrika durante la Primera Guerra Mundial, en lo que hoy son Burundi o Tanzania. El guión se inspira en la historia del *Graf Goetzen*, el barco de guerra que fue enviado, desmontado en piezas, hasta el corazón de África por el emperador Guillermo II para impedir el acceso de los ingleses al lago.

Después de que todas las botellas de ginebra del capitán Bogart hayan sido arrojadas al agua por la desabrida organista, el pequeño *African Queen* irá a hacer saltar por los aires al gigante alemán.

2. «ROI DES BELGES»

Kisangani, donde los belgas instalaron su puesto avanzado tras el paso de Stanley, significa «sobre la isla» en swahili. A pesar de la protección elemental de la insularidad, y dado que sus primeros ocupantes fueron masacrados, se confió su seguridad a Tippu Tip, el sultán negrero de Utetera. Éste había entrado al servicio del rey Leopoldo a petición de Stanley tres años antes de la llegada de Conrad a bordo del vapor *Roi des Belges*. La avanzada estaba rodeada por estas aguas a veces lisas y espesas como si fueran cobre líquido, en las que se dice que los hombres perdidos escrutan la negrura de sus almas. Monótonas murallas de jungla, gritos de monos invisibles, cerca de dos mil kilómetros de navegación entre Stanley Pool y las Stanley Falls, hoy Kinshasa y Kisangani. Aquí las embarcaciones son siempre prisioneras. En ninguno de los dos extremos hay acceso alguno al mar. Es un ir y venir infernal, un delirio carcelario. Uno ve detrás de Kurtz la sombra terrible de Tippu Tip, cuyos métodos guerreros incendian el alma vacía de este blanco de cabeza como bola de billar: las estacas en las que se exponen los cráneos, las razias contra las tribus que le veneran como a un dios, la sangre, el marfil, las lluvias de flechas, «¡el horror!, ¡el horror!», las pesadillas de las que se sale chorreando sudor en medio de la noche. Incluso cuando se es Mobutu y ha pasado un siglo, y se es un mariscal-presidente vitalicio rodeado de su guardia armada. «¡Kisangani!». Uno grita en la noche.

Mobutu quiere abandonar el cuartel de Kinshasa que le sirve de palacio. De noche vuelve a ver los rostros vociferantes y deformados de ese millar de tullidos del Beach, que lo invadieron mientras blandían muletas y muñones. Muy pronto serán los hombres de Laurent-Désiré Kabila. Blandirán machetes y kaláshnikovs. Él lo sabe. Se acercan. Este fin de reinado es interminable. LDK se acerca. «¡Kisangani!» ¡El corazón de las tinieblas de donde un día surgirá su enemigo LDK! Lo sabe. Después de treinta años, él lo sabe. Y lo espera. El refugio es el río. Las aguas lisas del río. Las brumas que en la noche rozan su superficie bajo la luna. Y al alba el cobre líquido sobre el que se deslizan los ramos de jacintos de agua a la deriva. Convoca a su estado mayor. En 1990, un siglo después del paso de Kurtz, Mobutu huye de Kinshasa y se va a vivir sobre el río.

3. «KAMANYOLA»

El barco es reconvertido en palacio presidencial. El mariscal se convierte en almirante. No quiere regresar a tierra. Estamos en 1990 y él reina sobre el Congo desde el 65, el año en que Schweitzer muere en Lambaréné, el año en que el Che Guevara apoya desde la jungla los esfuerzos de su enemigo LDK por apoderarse de Kivu, de Kisangani y, por fin, de Kinshasa. Los cubanos fueron barridos, empujados al otro lado del lago Tanganika. Él, Mobutu Sese Seko, fue un aliado fiel de

Occidente durante toda la Guerra Fría, una muralla contra el comunismo. El Zaire es su isla. Todo alrededor, un océano de comunismo: el Congo, Angola, Tanzania. El Zaire es la gran isla del Mundo Libre en el corazón de África. Hacia Europa y América es adonde exporta el uranio para las bombas atómicas, un uranio que sin él iría a parar a Rusia. Después, llega la caída del Muro. Se da cuenta de que sus aliados le abandonan, medita sobre la ingratitud de los hombres, de todos aquellos a los que ha adulado y cubierto de regalos y que ahora se tapan la nariz porque de pronto no lo encuentran suficientemente *demócrata*, tendría que organizar *elecciones libres*, vamos, apáñeselas. Ya nadie le defenderá de su enemigo LDK.

El antiguo correo colonial *Général-Olsen* es un barco de color blanco, de noventa metros de eslora y doce de manga, con cuatro puentes y una sala de banquetes para cien invitados. Tiene dos helicópteros. Y comunicaciones vía satélite. Y todo eso se desliza lentamente por los meandros, en medio de las murallas de la jungla. El hombre de las gruesas gafas de concha va tocado con su bonete de piel de leopardo. De noche, se pasea por las crujías de su último palacio. Que le suban de la bodega champán o vinos del Loira. Música. Alguna virgen para despertar ese cuerpo de viejo canceroso. Trescientas personas, entre militares, tripulación y ministros, son convidadas a vivir sobre el río Congo ese fin de reinado, las intrigas del palacio flotante y la rotación helitransportada de las esposas del mariscal-presidente.

A veces, por la noche, ordena aproximarse a la orilla y echar el ancla en algún remanso. Potentes reflectores barren la selva. Los lugareños, alborotados por la sirena del *Kamanyola*, acuden a la ribera y bailan. Él quiere que se baile en honor del gran paquebote blanco surgido de la noche. Se ponen a funcionar las poleas y se bajan regalos a las piraguas. De pie, tras la borda, el hombre del bonete de piel de leopardo agita su bastón de jefe, hecho de madera tallada, y lanza a la noche fajos de billetes de banco que llevan su efigie. Le aclaman. Este pueblo me ama. Río arriba y río abajo. Se aburre. Se organizan reuniones del estado mayor, se extienden planos sobre la gran mesa de oficina en los cuales las tropas de LDK y de los ruandeses avanzan lentamente. Le mienten, él lo sabe bien. Los hombres de LDK no están ya muy lejos. Es una carrera entre LDK y su cáncer. En mayo de 1997, el primero se apodera de Kinshasa.

El helicóptero del mariscal-presidente hace mucho que ha desaparecido en la noche, cargado con cajas de lingotes y maletas rebosantes de dólares, y algunos de esos billetes mariposean en los haces de los proyectores por encima del río. La tripulación está de fiesta, sube de la bodega el champán y los vinos del Loira, se pone los bonetes de piel de leopardo, hay baúles llenos de ellos. Imitan al dictador. Decenas de Mobutus bailan sobre el puente aplaudiendo los dobles fuegos de artificio que hay en ambas orillas del río.

En un trayecto inverso al de Bogart, Mobutu llega a Marruecos. A Casablanca.

Muere unos meses más tarde. Su tumba es anónima.

Si un día los neomobutistas deciden levantarle un mausoleo, tendrán que ir a desenterrarlo al cementerio cristiano de Rabat, no lejos de un monumento francés dedicado a los combatientes indígenas.

LDK no es un hombre de río. El *Kamanyola* es saqueado. Lo envían al astillero naval del puerto de Kinshasa donde lo dejan después herrumbrarse tranquilo. LDK pasa de barcos. Ya le aburren con esa historia de la democracia. Tuvo que prometer vagamente algo. Cambia el nombre del país. El Zaire se convierte en la República Democrática del Congo. Con eso basta. El nombre lo dice. Que le dejen disfrutar en paz. Treinta y tres años después del inicio de la guerra, él está ahí, en Kinshasa. Tiene las riendas del poder. Demasiada paciencia para tan poco. Los vecinos del este que le han apoyado en su conquista se abalanzan sobre el ex-Zaire como una plaga de langostas. Su reinado no será como el de Mobutu. En menos de cuatro años, LDK morirá asesinado.

LDK EN KIGOMA

Si antes de la guerra se podía ir por carretera y en la misma jornada de Kisangani a Bukavu, en la frontera ruandesa, ya no es así a finales del año 2006. Un avión sobrevuela la catástrofe, como una alfombra voladora a cuya sombra la Historia desfila acelerada, la Primera Guerra Mundial y el *Graf Goetzen* enviado al fondo, los belgas, los años sesenta, Lumumba asesinado, Mobutu, LKD refugiado en Kigoma, a orillas del lago Tanganika. La guerra continúa hoy en Kivu, a pesar de la presencia de las FARDC, el ejército nacional congoleño, apoyado por la MONUC, cuya misión reúne aquí el contingente más numeroso de todas las misiones de las Naciones Unidas.

Es el reino de los señores de la guerra, de Thomas Lubanga en Ituri, del general tutsi congoleño Laurent Nkunda en Kivu del Norte. La Historia da cuenta de curiosos sobresaltos. En este fin de año 2006, mientras se vota por primera vez en cuarenta años en la República Democrática del Congo, mientras se entierra a Brazza en Brazza, mientras en Nicaragua el sandinista Daniel Ortega regresa al poder, quince años después de la derrota de la revolución, mientras en Camboya se detiene a los últimos jemeres rojos achacosos y se prepara su proceso, el general Paul Kagame acaba de anunciar en Kigali la ruptura de relaciones diplomáticas entre Ruanda y Francia.

Desde su toma del poder en 1994, el general ruandés ha puesto al servicio de LDK un ejército eficaz para marchar hacia el oeste y apoderarse primero de Kisangani y, después, de Kinshasa. Entre el inicio de esta guerra, que LDK decidió llamar guerra de liberación, en el 96, y su asesinato en enero de 2001, muchos millones de congoleños han desaparecido. Las estimaciones varían. Tres o cuatro, puede que cinco.

Es posible encontrar supervivientes del infierno congoleño, llegar a Kigoma, que es el corazón de esas tinieblas, donde está la mayor concentración de refugiados de toda África, cientos de miles de hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales

llevan diez años en los campos. Una mezcla de auténticos civiles expulsados por los combates y de desertores escapados, de criminales de guerra y de soldados que han colgado el uniforme. Sin papeles de identidad, con nacionalidades falsas. Una confusión de víctimas y verdugos. Uno se puede convertir en Kurtz o en Schweitzer, a veces es muy poco lo que separa el horror de la santidad. Conrad lo sabe bien, lo ha visto, le pide a su narrador Marlow que no olvide que Kurtz, cuando llega a África, redacta el informe filantrópico que le ha encomendado la Sociedad Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes.

Uno puede llevar eso en la memoria, y también otras lecturas, en un infame establecimiento cualquiera donde los hombres entrechocan sus soledades y se emborrachan, la cabeza llena de historias atroces o de una obsesión heroica pasada de moda, esperando aquí el fin del mundo o la llegada de un mal golpe, la caída de una lágrima, arriesgando la piel por última vez como en una ordalía, por el puro orgullo de desafiar a los dioses, contando historias de marinos, tan lejos de cualquier costa, historias sobre la inmensidad del mar y la furia de los elementos. *Pulvis es et in pulverem reverteris*. Y uno sabe que haría falta también, para escribir esas vidas, tomar como modelo las vidas de los santos mártires y las de los condenados.

En el lago Tanganika

EN UJIJI

Se ven hierbas altas, amarillas y secas, casi un cañaveral, rastros, después algunos metros de arena y las aguas azules y calmas del lago Tanganika, transparentes. No lejos están los vestigios de un antiguo barracón de esclavos. Un poco más arriba, el lugar donde se dice que se bebió a sorbitos champán caliente en cubiletes de plata, bajo el mango donde el joven Stanley Marlow encontró al fin al viejo Kurtz-Livingstone.

También se dice que estos dos grandes mangos son retoños o esquejes del mango original, al pie del cual se bebía champán caliente. No hay ninguna razón objetiva para ponerlo en duda. Un monumento a la gloria de Livingstone fue erigido allí por los ingleses, terminada la Primera Guerra Mundial, después de haber expulsado a los alemanes. El conjunto está rodeado por un enrejado alto que recuerda el de una pista de tenis. En una esquina se añadió una estela en memoria de Speke y de Burton, los descubridores europeos del lago. El lugar, a unos cuantos kilómetros de Kigoma, está un poco descuidado. Parece claro que los cuatro países de la región, el Congo, Tanzania, Ruanda y Burundi, tienen otras habas que cocer.

Después de diez meses de marcha, Stanley ya no es periodista pero tampoco es todavía un explorador. Aquí es donde empieza a serlo, después del cubilete de champán caliente. Echan al agua una piragua y navegan hacia el norte del lago, en dirección a Kivu, en busca de un aliviadero que lleve a lo que hoy es el puerto de Uvira. Esa noche, en el campamento, Stanley queda deslumbrado por aquel viejo desdentado. «Me recitaba de memoria poemas enteros de Byron, de Burns, de Tennyson, de Longfellow y de muchos otros, y todo eso después de haber pasado tantos años sin libros». Su expedición es un fracaso.

El inmenso reservorio del Tanganika, de quinientos kilómetros de largo por cincuenta de ancho, no vierte sus aguas en las del Nilo. Ellos regresan aquí, a Ujiji, que más de un siglo después es un pueblo grande o una ciudad pequeña. A cada lado de la calle principal, las casas bajas, cubiertas de toldos o de caña, tienen paredes de tierra roja en las que brillan briznas de paja. Aquí se ven muchos atuendos árabes, haces de caña de azúcar sobre los portaequipajes de las bicicletas, algunas mezquitas,

la iglesia Livingstone, un centro cultural islámico y un cine Atlas en desuso. Y chavalitas que te saludan, las mismas que de vez en cuando ven pasar a algunos *mzungus*^[24] e incluso a periodistas suizos.

Alrededor del recinto vallado, de las estelas y de los dos mangos, hay un palmeral en el que pacen cabras y un lienzo de pared sobre el que se ha colocado un anuncio publicitario de cigarrillos Sportsmen. Una casa oficia de pequeño museo oscuro e incongruente. Hay algunas fotografías en blanco y negro de Stanley y de Livingstone, de Tippu Tip y del sultán Bargash. Y una fotocopia plastificada de una carta de Livingstone en la que relata su encuentro con Stanley.

En una habitación al fondo, están las estatuas en cartón piedra policromo de los dos exploradores: Stanley se quita el sombrero para saludar, en el momento en que se supone que pronuncia la célebre frase. Un guardián tocado con un gorro bob amarillo, y que sólo habla swahili, me enseña con delectación un artículo, fotografía incluida, que ha sido recortado de un diario suizo y pegado en la pared: «La segunda muerte de Livingstone». Nadie aquí ha leído el texto en francés de ese artículo iracundo, escrito por un hombre decepcionado tras haber viajado hasta el corazón de África en minibús *dala-dala*^[25], con este calor abrumador, para ver tres fotocopias amarillentas y dos figurines de cartón piedra policromo.

Pero si se piensa bien, el complicado acceso al lugar y el que no sea explotado económicamente (una urna, depositada en la esquina de una mesa, invita vagamente a dejar un donativo) lo hacen más conmovedor, así que no compartimos la indignación de nuestro cofrade helvético.

¿Llegará el día, ahora que Brazza reposa en Brazza, en que alguien tenga la idea de ir a buscar a Livingstone a la abadía de Westminster para enterrarlo bajo los mangos de Ujiji?

EN KIGOMA

La pista rojiza se cubre de asfalto en la cima de la última colina y se convierte en Lumumba Street. Desde esta altura, se dominan las estaciones de autobús y de ferrocarril, que se recortan contra las aguas azules del lago y la entrada del puerto. Alegra el espíritu ver aquí, cual si se tratara de una exposición de medios de transporte germánicos, cómo el final de la carretera va a dar en ángulo recto con el extremo de la vía férrea, delante del extremo de la línea de navegación.

Al día siguiente de mi llegada, ocupo mi lugar en la fila de espera delante de una caseta de madera donde compro un billete para Mpulungu. Por regla general, todo se usa mucho más deprisa en África pero dura mucho más tiempo. Lo mismo sucede con los camiones y los barcos. La línea se mantiene con el medio de transporte de pasajeros en actividad más antiguo del mundo.

En 1913, los astilleros navales de Papenburg presentan al káiser los planos de un buque de guerra de cerca de setenta metros, completamente desmontable. Las ochocientas toneladas de sus diversas partes se reparten en cinco mil cajas y salen del puerto de Hamburgo rumbo al de Dar Es-Salaam. La construcción de la vía férrea está atrasada. Faltan trescientos kilómetros de los mil quinientos que separan el lago Tanganika del océano Índico. La guerra se acerca. Cinco mil portadores, probablemente poco conscientes del peligro que corre el imperio, cargarán las cajas sobre sus cabezas. El montaje del mastodonte, perno a perno, comienza en la primavera de 1914. El *Graf Goetzen* se echa a flote aquí, en Kigoma, en enero de 1915, en lo que entonces era una frontera entre Bélgica y Alemania, en la época en que toda la región al este de los lagos Tanganika y Kivu, hasta Ruanda-Urundi, estaba bajo el gobierno de la Ost-Afrika.

Al año siguiente, los alemanes, vencidos, echan a pique antes de partir el barco recién estrenado, sin darle tiempo al pequeño *African Queen* de venir a agujerearle el casco. Permanecerá tres años en el fondo del lago antes de ser reflatado por los belgas, después se hundirá de nuevo en 1920, durante una tempestad, y será puesto a

flote, esta vez por los ingleses, en 1924, siendo rebautizado como *Liemba* y reconvertido en carguero mixto. Hoy día iza pabellón tanzano y los motores diésel han reemplazado a las máquinas de vapor. El barco de silueta posexótica, chimenea amarilla y negra inclinada hacia la popa, casco blanco y rojo, chorreante de herrumbre a lo largo de las esclusas de paso de cadenas, está atracado en el muelle de su puerto de amarre desde ayer. Las compuertas de sus escotillas de carga están abiertas en medio del puente delantero. Los porteadores sacan de allí en fila india sacos de pescado seco, la morralla y sacos de arroz sin descascarillar provenientes de Kasanga.

El capitán Seif Mlambalazi da la bienvenida a bordo y adjudica los camarotes. Zarparemos en dos días. En el restaurante, los cascos puntiagudos de los soldados alemanes y los cubiertos de plata han desaparecido. El puente de popa está lleno de fardos y de piñas. Todo cambia en la habitación del contraamaestre, quien comprueba mi pasaporte y mi billete. Han colgado un retrato de Joseph Kabila quizá esa misma mañana. El *Liemba* acaba de ser requisado por la HCR para facilitar el regreso de los refugiados en Kalemie, en el Congo. Todavía no se lo habían advertido a los taquilleros de la caseta. Me devolverán el dinero del billete, a menos que prefiera esperar en Kigoma. En el muelle vocifera un grupo de pasajeros, puede que sean zambianos.

Desde hace diez años, el *Liemba* limita su cabotaje a la costa tanzana en dirección al sur, y su única escala extranjera es en el puerto de Mpulungu, en Zambia. Desde el inicio de la guerra ya no asegura la relación comercial con el Congo, ni con Bujumbura más al norte, son destinos abandonados por temor a verse un día tomado como adversario y perjudicado por alguna de las facciones rivales, que siguen disputándose allí el ejercicio del poder y sin duda también el de la navegación lacustre.

No toca esos puertos si no es por petición expresa y bajo la protección de la ONU, preocupada por enviar a algunos refugiados a las zonas pacificadas antes de la llegada de nuevos escapados de las zonas de guerra. Puede embarcar un máximo de seiscientos pasajeros, me explica el capitán. Una gota de agua en medio de los cientos de miles que se apretujan en los campamentos a finales de este 2006. Y van a seguir llegando, predice el contraamaestre. En el Kivu del Norte, las milicias de Laurent Nkunda tienen la costumbre de renovar sus efectivos atacando las escuelas y quemando el material escolar y los papeles de identidad de los niños, antes de mandarlos a primera línea y de hacerles empujar delante de sí a los civiles, camino del exilio.

Los campamentos tanzanos están dispuestos a lo largo de una pista que bordea la frontera este de Burundi, de Kigoma hacia Kibando y Nyakanasi, y sube al norte hacia Ruanda y el lago Victoria. Del otro lado, los dos destinos de regreso de la ONU

son los puertos de Uvira y de Kalemie. Parece, no obstante, que los pasos clandestinos, particularmente hacia Uvira, son bastante fáciles, a poco que se pueda salir de los campamentos y a poco también que se quiera. Es lo que me propone Jim, el propietario de una modesta embarcación con doble motor fuera borda cuando voy a lo largo de los raíles de regreso a mi casa de huéspedes pakistaní.

Hay vagones de mercancías provenientes de Dar Es-Salaam que están inmovilizados en el muelle. Han desembarcado colchones, lámparas de pantalla, sofás y sillones granate deshilachados, todo en estilo medio-oriente y envuelto en plástico transparente. Es reconfortante constatar que, en medio de las vicisitudes históricas, algunos cuidan el interior de sus hogares. Las dos embarcaciones más considerables, el *Azifiwe*, matriculado en Burundi, y el *Pacific*, matriculado en la RDC, cargan sobre cubierta ese mobiliario heteróclito. Algo más lejos, la barcaza de Jim está llena de bidones de gasolina de plástico amarillo que va a vender en Uvira. El mismo día todas las semanas, dice él. Cosa que me deja tiempo para reflexionar y cambiar de opinión. Acordamos una cita a su regreso.

CON JIM

La terraza de la casa de huéspedes en obras, de renovación o de destrucción definitiva, está sembrada de escombros, tablones y sacos de cemento, en medio de los cuales se hallan soberbiamente entronados dos sillones granate, del mismo modelo líbano-saudí que los que estaban embarcando en el muelle, y todavía envueltos en sus bolsas transparentes. Hacen juego con un asiento de avión descoyuntado, también con una mesa baja sobre la que me sirvo a discreción café en polvo, arroz hervido y plátano, después de haber pasado la noche intentando olvidar el escándalo de los perros vagabundos y el griterío de Lumumba Street, los ruidos de animales de lo más sospechosos, que uno imagina motivados por las intenciones más demoníacas.

Basta entonces repetirse la frase de la gentil Teresa de Ávila, «la vida es una mala noche en una mala posada», quien, en un arrebato de ecumenismo, quizá podría haber sido elegida emblema del chamizo. En la pared han colgado un calendario impreso en Pakistán. En él se ve la fotografía de un lugar que podría ser Gstaad o Loèche-les-Bains, un paisaje alpino adornado con este amenazante aforismo: «*The weak have problems; the strong have solutions.*»^[26] Por mi parte, lo que yo me planteo es largarme.

Un taxi carga mis trastos y me deposita en el Kigoma Hilltop Hotel, un conjunto de *bungalows* diseminados en la vertical del lago. *Best in town*, según el chófer. El propietario dispone de su propio generador, garantizando así la electricidad a cualquier hora, y por supuesto reniega del alcohol de los descreídos, precisa él, sonriendo. Uno se siente ligeramente turbado, en los días siguientes, al constatar que no se le cubre el rostro de sudor frío, que las manos no le tiemblan hasta el punto de romper el vaso de agua en el lavabo, que ninguna chifladura viene en la noche a cubrir las paredes de gorgonas aulladoras ni de lagartos multicolores de ojos fosforescentes. Todo parece tranquilo y normal, salvo que alrededor de mi *bungalow* hay una caterva de monos de no sé qué marca, grises con una larga cola prensil, cuyo jefe tiene un aire particularmente estúpido y agresivo, pero esos animales parecen

existir de verdad.

Y convengamos que en ciertos atardeceres la visión de los farallones anaranjados que se hunden en la bruma del calor, las cisternas de gasolina que brillan al otro lado del puerto, las colinas azules de Burundi allá al norte, el sol cereza al oeste, sobre las montañas del Congo, las barcas de pesca de largo morro puntiagudo sobre las aguas lisas y aceitosas, el vuelo de las cercetas, los ibis y las grullas bajo las pequeñas nubes deshilachadas de un rosa envejecido, todo ello regado con un vaso de vino blanco fresco, sería como para emocionar al pobre Berton tanto como los esplendores de Fernan-Vaz. Al cabo de una semana, el barcucho repartidor de carburante penetra en la bahía en medio de tanta majestad. Desde que hay agua y barcos, fronteras y consecuentemente contrabando, estos lugares son propicios a la aparición de personajes como Jim. Él nació en 1954, en Bukavu, en el Kivu del Sur.

Se me acerca en el muelle, con sus gafas negras, al ritmo de sus andares de *cowboy*, y me estrecha la mano. No tiene muchos recuerdos de su padre, aunque sí se acuerda de una especie de gigante bonachón en la escuela primaria de Kinshasa, cuando él era niño. Estamos sentados en un figón cerca del puerto, donde comemos pescado y arroz para matar el tiempo, y hablamos de nuestros respectivos padres. Él siguió estudios en los jesuitas de Bukavu con el dinero del suyo, a quien su madre, una congoleña originaria de Ruanda, había dejado para volverse a casar. Sabe que su padre intentó varias veces volver a verle, pero su nueva familia, avisada de su llegada, enviaba entonces al niño a Ruanda para impedir el encuentro. Y ahora sé que ha muerto, dice, jugueteando con el tenedor en el arroz desparramado, y uno se da cuenta de que ya pocas cosas más graves, ni peores en todo caso, podrían sucederle a este hombre que se ha convertido, a su vez, en un gigante bonachón.

De adolescente, comenzó a trabajar como dependiente y después como escolta para una mujer de negocios de Bukavu. Transportaba pepitas de oro a la capital — una especie de Cendrars proveedor de joyas para los rusos—, montó su propio negocio de maíz y frijoles, que iba a comprar al campo junto a un socio griego. En 1986, se instaló en Kalemie y durante diez u once años se contentó con hacer fortuna y coleccionar minerales. Se convirtió en propietario de varios camiones, de un barco de pesca y de otro de transporte. Hacía comercio de azúcar, de oro y de coltán. Diez toneladas de mineral en bruto de coltán eran un camión nuevo, precisa él. Los campesinos venían a venderle las piedras más curiosas que encontraban en sus terrenos. Pasaba las vacaciones en Kenia con su mujer, pensaba en ir a hacer una gira por Europa, por curiosidad y para comprar allí textos de mineralogía. La guerra le sorprendió en Kalemie, en el 96.

Su mujer y sus hijos estaban en Uvira. Llegaron a Kigoma a bordo del *Liemba*. Él se replegó por el Moba hacia el sur, después fue a Mpulungu, con treinta mil dólares en metálico, abandonando tras de sí, según enumera, un Toyota Hilux, siete camiones

y un *jeep* Mercedes. Vivió en una barcaza de refugiados a los que Zambia no dejaba desembarcar y que eran socorridos por la Cruz Roja, sobornó a policías para obtener un salvoconducto y vino a reunirse con su familia en Kigoma. Hizo falta entonces probar que tenían mil dólares para poder salir de los campamentos. Él afirma haber liberado también a algunos amigos de Uvira. Después de que la guerra fuera sofocada en el sur, atravesó clandestinamente el lago y encontró uno de sus dos barcos encallado y erizado de metralletas, con el árbol de la hélice roto por falta de engrasado. Todos sus vehículos habían sido robados y los almacenes saqueados. Ahora posee un camión en el Congo y la barcaza que está en el puerto, hace comercio de carburante y de cereales, a pequeña escala y con destino a Uvira, donde su familia se ha reinstalado. Este hombre encantador y cordial tiene una vida de contrabandista que uno imaginaría palpitante y rocambolesca, por el contrario él la encuentra aburrida, se ha convertido en una rutina. Echa de menos su fortuna y sus pedruscos maravillosos.

—No volveré a huir jamás, eso se acabó —dice.

Durante la guerra, su socio griego murió de sida.

EL HOMBRE QUE HABÍA VISTO LA URSS

Lo que resulta bastante fantástico en esta vida es que, se haga lo que se haga, se sea Jim o se sea otro, más pronto que tarde uno termina siempre por joderla. Yo he abandonado la idea de seguir esperando el regreso del *Liemba*. Mi inquietud aumenta cuanto más tiempo permanezco lejos de un océano. No me gustaría morir en medio de un continente.

Cada mañana, desciendo por la pista desde la colina y me adentro en una de las dos calles principales. Ésta, muy empinada, pasa junto al depósito de fuel y después junto a la cárcel pintada de blanco, y baja hacia el palacio del gobernador y los dos consulados, el de la RDC y el de Burundi. Y uno puede imaginarse a sí mismo durante unos segundos como cónsul en Kigoma, con un ajado traje blanco y corbata roja, desafiando diplomáticamente la prohibición y muy consciente de que a fuerza de buscar la soledad uno acaba a veces harto de ella.

La parte asfaltada de la calzada está hundida a tal punto que se ha convertido en un terraplén central por el que los coches ya no se atreven a circular y los peatones pueden caminar. Abajo del todo se pasa ante el centro Ahadi de ayuda a los refugiados, enfrente hay una granja con cabras y pollos, incluso dos vacas, un jardín con rosales blancos y granados rojos que hacen juego con la indumentaria de cónsul. En el cruce, se puede descender a la izquierda en dirección a la estación y el puerto o remontar a la derecha Lumumba Street, bordeada de tiendas, y adentrarse en el barullo comercial. El bazar musulmán y el mercado cristiano está unidos, o separados, eso depende, por el mercado del pescado, que apesta de veras. No muy lejos, en un patio polvoriento, una pequeña compañía aérea keniana vende billetes para Tabora. Lo que supone ya una buena manera de acercarse al océano Índico.

Después de haber circulado un poco por el África central, lo más asombroso de Kigoma, donde muchas personas viven con los papeles falsos de una nacionalidad falsa, aparentando que hablan desde siempre el swahili, el inglés de Tanzania o el

francés del Congo, según las circunstancias, y donde muchos se dedican a actividades de las cuales la más benigna, sin réplica, es el contrabando de gasolina, es constatar la ausencia del habitual despliegue militar.

El poco aguerrido ejército tanzano, que no ha combatido verdaderamente más que una vez desde la creación del país (pero en ella desbarató rápidamente los esfuerzos de Amin Dada por agrandar un poco el territorio de Uganda), se duerme en los laureles de su supuesta invencibilidad. Reconozcámosle la cualidad de la discreción, pues frecuentemente la exhibición de poderío es inversamente proporcional a la eficacia estratégica. Sin embargo, se necesita un tiempo para constatar esta ausencia de soldados apoltronados en los *jeeps* o recostados en las garitas, vigilando todo aquello que puede ser vigilado o defendido sin mucho esfuerzo, un puente, una glorieta, y que son tan frecuentes en el paisaje de los países vecinos como las gallinas que escarban el suelo, los perros abandonados o los anuncios de cigarrillos.

En el camino de vuelta, antes de llegar a mi *bungalow*, suelo hacer, como el cónsul, un alto en la marcha, sofocado, y entrar en la sede de ACNUR, que está provista de pequeños cenadores, situados al borde del lago, en los que se puede comer pollo y beber cerveza Serengeti. Allí, un mediodía, coincido con tres profesores que llegan de Lubumbashi, dos hombres y una mujer. Vienen para organizar exámenes en los campos de refugiados congoleños, invitados por el centro Ahadi situado un poco más abajo en la misma calle.

Uno de ellos estudió en la Unión Soviética, más exactamente en Ucrania, en Odesa y después en Zaporíyia. Recuerda que pasaba frecuentemente del este al oeste de Berlín durante sus vacaciones universitarias. Si es verdad que lamenta no haber conocido París, no olvida que ha vivido acontecimientos históricos tan palpitantes como la Glasnost, la Perestroika, la caída del Muro, la desaparición de la URSS y la independencia de Ucrania.

Describe con nostalgia las veladas infinitamente largas de la primavera en Leningrado. Lo que habría hecho que me resultara inmediatamente simpático si no hubiera sido porque se pone a utilizar esa belleza natural de la noche rusa para largar un análisis delirante sobre la duración constante de la noche africana, teoría según la cual esas doce horas de día y doce horas de noche, a lo largo de todo el año, llevarían inevitablemente, en el Ecuador, al pensamiento mágico y religioso, terrible defecto que el materialismo histórico no puede sino reprobar y combatir (¿con la instalación de farolas?). Evoca sus cursos de socialismo científico y se enardece con pedantería delante de sus colegas y muy particularmente ante la parte femenina de nuestro auditorio, convencido sin duda de que yo voy a abundar en sus ideas o a darme por vencido.

Con el fin de escapar de una discusión en la que, efectivamente, no puedo sino ser vencido, me intereso por los temas que van a plantear a los estudiantes. La joven y

bonita profesora —cuya presencia en mi *bungalow* islámico provocaría sin duda un escándalo tal que mi rango de cónsul no bastaría para protegernos— saca tímidamente de su carpeta el *Curso de narratología y crítica literaria*, del profesor Jean Kashombo Ntomba, del Instituto Superior Pedagógico de Lubumbashi, y me lo entrega con una sonrisa tan radiante, tan capaz de conmover los sentidos y despertar el amor, tan propensa a hacer que el bolchevique me odie todavía más, que no veo otra solución que fijar los ojos en la tapa y comenzar a hojear con el mayor interés *Un seminario de lectura – I, marzo de 2006*.

El conjunto tiene buen aspecto, amenizado con citas de Barthes, Rousset, Todorov, Propp, Bourdieu y Lukács, aunque enriquecido con ejercicios del siguiente género:

1. Definan, distinguiéndolos con pequeños ejemplos, los siguientes temas:
 - a) lector individual, público lector, destinatario de la narración
 - b) autor, escritor, escribidor, narrador
 - c) narración, historia, relato, ficción
2. La narratología, por sí sola, no puede desvelar suficientemente el mensaje de un texto narrativo, porque no examinaría más que lo relativo al desarrollo del discurso. Den su punto de vista o, si no, discutan esta opinión.

Me siento feliz de no tener que pasar ese examen y contentarme con copiar las preguntas antes de devolver una hoja en blanco.

Y eso pese a que me parece que la primera parte de la noche, en mi *bungalow* —y con un brío como no he sentido más que en Vincennes, mucho humo y grandes gestos con las manos, la mirada alucinada, caminando ida y vuelta de la puerta al lavabo—, podría consagrarla a comparar las teorías de Rousset y de Lukács, por ejemplo, e introducir después subrepticamente las de Wilhelm Reich, pongamos, delante de la joven examinadora sentada justo en el borde de la cama. Y los dos gozaríamos en ese caso de la deliciosa duración de la noche africana.

UN TSUNAMI

O morir en mi casa o refugiarme. He tenido que abandonarlo todo. No había tiempo que perder. Había riesgo de que vinieran los rebeldes. Mis padres habían muerto algunos años atrás. Ya no tenía hermanos ni tíos. Así que estaba completamente solo. Tenía miedo. Con la ayuda de Dios, pude tomar un barco rumbo a la otra orilla del lago Tanganika, hacia Tanzania. El barco tenía capacidad para veinte personas. Éramos sesenta, hombres, mujeres, niños, bebés. Todo el mundo tenía miedo. Muy pocos sabían nadar.

Ernest Kipanga no disponía de treinta mil dólares en metálico. Él huyó del Kivu del Sur en octubre del 96, ante la llegada de las milicias tutsis banyamulengues. Debe de andar por la treintena y vive desde hace diez años en el campamento de Nyarugusu, junto con otros cincuenta y cinco mil congoleños. Su dirección en el interior del campamento es Aldea M2, clase 4, plataforma 22. La aldea M2, como las otras aldeas, es un conjunto de ochenta parcelas. En cada una de ellas vive una familia o un grupo de solteros. Él sigue los cursos por correspondencia que da el centro Ahadi, prepara concienzudamente sus exámenes, seguramente sabe distinguir de un vistazo a un escribidor de un narrador y no parece tener mucha prisa por volver a ver el Congo.

Los funcionarios de ACNUR trabajan estos días en los documentos preparatorios de la reunión de *Cross Border Meeting. Voluntary Repatriation from Tanzania to the Democratic Republic of Congo*, que tendrá lugar del 17 al 19 de diciembre próximo. En 2006, esa repatriación voluntaria habría afectado a 23 241 personas, como para llenar unos cuarenta *Liemba*. A ese ritmo, y si el gobierno tanzano se niega a acoger a nuevos refugiados, harán falta veinte años para vaciar los campamentos. En el caso de que Ernest formara parte de ese último convoy, se encontraría a los cincuenta años de edad con los lugares que abandonó cuando tenía veinte.

La resistencia a partir está motivada a la vez por la relativa seguridad y por la escolarización de los niños, muchos de ellos nacidos en el exilio. También está la cuestión de los bienes raíces. Se han construido en estos años seiscientas casas cerca de Bukavu, pero los refugiados piensan que van a encontrar sus tiendas y sus terrenos ocupados desde hace tiempo. La HCR de Kivu del Sur advierte sobre la criminalidad

y la prostitución asociadas al funcionamiento de las minas de oro de la región, y sobre los consecuentes riesgos de propagación del sida.

A cada refugiado sometido a tratamiento se le confían, antes de su partida, fármacos para tres meses así como un bidón para conservar agua limpia. Las mujeres embarazadas aquejadas de sida y los viejos, así como los niños soldado desmovilizados, ya sean chicas o chicos, están excluidos del viaje y deben permanecer aquí. Por razones de seguridad, ACNUR en la RDC pide que no haya nunca más de un diez por ciento de banyamulengues a bordo de la misma embarcación.

Aunque Ernest se queja a la vez de la inactividad —como la salida de los campamentos está prohibida, todo trabajo resulta imposible— y del régimen frugal y sempiterno, día tras día desde hace diez años, a base de maíz y guisantes, sabe que la situación era todavía peor el año pasado, después del tsunami que devastó las costas de Indonesia. El Programa Mundial de Alimentación estima en 2100 calorías por día la ración necesaria para que viva un adulto. En razón de la brutal afluencia de donativos hacia esas otras regiones siniestradas, la ración cayó a 1400 calorías en los campamentos de refugiados de Tanzania. Las mismas ONG tuvieron que pedir a sus donantes que no enviaran más dinero para las víctimas del tsunami. Entretanto, por una compleja combinación de Historia y Geografía, la gigantesca ola asiática había matado a gente incluso en el corazón de África.

STAN & EDISON

El centro Ahadi, cuyo nombre en swahili significa algo así como «Promesa» o «Esperanza», está dirigido por los Hermanos de la Caridad. A partir del porche que da a la calle, un laberinto de aulas, despachos y cocinas lleva hasta un patio soleado donde el hermano Stan recibe y pasa sentado parte del día, bajo un tejadillo, empotrado en un sillón de plástico blanco.

Quienes vienen a entrevistarse con él son en su mayor parte enfermos mentales y toxicómanos recogidos en la calle o a los que sus familias, cansadas de tanta excentricidad, vienen a depositar aquí. Chantal, médica y refugiada ella misma, informa de los progresos y las recaídas, y de la situación del *stock* de medicinas. El ambiente de este lugar cerrado, de muros de ladrillo rojo que rodean un mango, y en el que hay plantados papayos y adelfas, es como el de un lazareto ecuatorial. Un loro gris de cola roja, cuya salud mental también deja probablemente que desear, deambula por ahí lentamente, con la mirada sombría y un andar enfático y napoleónico.

El hermano Stan Goetschalckx, cuyo apellido comprensiblemente se pronuncia muy pocas veces por aquí, es un coloso de cabellos grises y largos a la manera de un camionero. Ya ha pasado la cincuentena y va vestido con unos vaqueros y una camisa a cuadros. Prepara en este mes de noviembre su informe anual de actividades. El ordenador está colocado sobre una mesa, debajo del tejadillo. Su optimismo es moderado. Kigoma cuenta con un gran número de refugiados de toda África y todavía es posible que lleguen más. Aparte de esta pequeña actividad psiquiátrica, el centro promueve la educación de las mujeres e imparte en los campamentos desde cursos de primaria hasta ciclos universitarios. El marido de Chantal, Edison, es el responsable administrativo de éstos. En otra vida fue ingeniero electrónico y también dirige un programa de formación informática y telemática. El hermano Stan apaga el ordenador, baja la tapa y me ofrece un sillón de plástico al lado del suyo. No, me responde, nunca tuvo especialmente una vocación africana. No, tampoco ha leído los

libros de Schweitzer, pero sabe que era un buen hombre y tiene muy buena opinión de él. No, tampoco es médico, ni siquiera sacerdote.

Después del noviciado, recibió una formación de ayuda a discapacitados e hizo sus votos de castidad, pobreza y vida comunitaria. A los veinticuatro años, solicita ir a un instituto para sordos en la India. En lugar de eso, es enviado a un instituto de ciegos en Kinshasa. Con el solo propósito de enseñar humildad, las autoridades eclesiásticas toman raramente en cuenta los deseos personales. Livingstone, antes de ser enviado a África por la London Missionary Society, quería ir a evangelizar en China. En el 79, el hermano Stan es desplazado a Ruanda. Allí permanecerá hasta el 94, en el hospital psiquiátrico de Kigali al inicio y después en la administración de una escuela en Butare.

Desde 1990, el FPR del general Kagame ha invadido Ruanda a partir de Uganda. El hermano Stan trabaja en los campos de refugiados que huyen de la guerra. En el 94, los tutsis son masacrados. El FPR llega a Butare en julio y pone fin a las matanzas genocidas. Los hutus huyen. El personal del campamento es puesto bajo arresto. Él consigue llegar a Kigali y después a Goma, donde una epidemia de cólera hace estragos. Necesitará tres semanas para ir a Bukavu, de allí a Uvira, Bujumbura y por fin Bruselas.

Tan sólo se quedará el tiempo de volver a hacer sus papeles desaparecidos, al cabo de un mes está de nuevo en Uvira. Ahora son los hutus quienes están acorralados. Pasará dos años en los campamentos. En otoño del 96, puesto que la carretera está cortada por los enfrentamientos, intenta ir de Bukavu a Uvira en barco, haciendo escala en Kigoma. Está aquí el 26 de octubre, cuando ve llegar a los primeros refugiados. No ha vuelto a moverse en diez años, ha creado el centro Ahadi en el que trabajan hoy treinta y ocho hermanos de diversas nacionalidades. Se siente feliz, dice. Todo eso, de una manera incomprensible para un descreído, ha reforzado su fe. Los hermanos que abandonaron la región en el 94, y que no regresaron, han caído todos en la depresión.

Antes de partir, invito a la pequeña familia de Chantal y Edison a cenar en el restaurante que ellos escojan. Sus hijas se han puesto sus mejores galas y llevan faldas amarillo limón de lentejuelas. El mismo Edison conserva de su vida congoleña un pronunciado gusto por la ropa y la elegancia. Cierra los ojos, junta las manos y pronuncia la bendición antes de que ataquemos los pescados. Mañana es domingo y me imagino acompañándolos a los oficios y tal vez penetrando por fin en los misterios de la fe. Cuando me explican que comienzan por regla general a las nueve y duran sus buenas tres horas, y que las preces y las homilías son normalmente en swahili, decido aplazar el proyecto. Una de las pequeñas, la más adorable, se echa a reír mientras baja los ojos hacia su plato.

A pesar del petardeo del grupo electrógeno, que dificulta bastante nuestra conversación, Chantal y Edison me contarán su historia tan desdichadamente corriente de habitantes de la ciudad en fuga, las marchas de noche en la selva, la huida ante las ráfagas de las armas automáticas, los niños muertos, la lluvia y el fango, la yuca que hay que mendigar a los campesinos o comprársela a precio de oro, la travesía del lago. No prevén regresar a corto plazo, prefieren educar a sus niñas en Kigoma.

Ellos me preguntan a su vez, quisieran saber cuáles son las razones de mi presencia aquí. Me habría gustado recuperar las huellas del paso de los cubanos, de esos cuatro hombres que el Che Guevara dejó tras él en Kigoma, con la misión de encontrar a los combatientes extraviados durante la debacle y la fuga del Congo en 1965. Pero, en esta regiones convulsas, los acontecimientos de hace cuarenta años parecen tan lejanos como los del siglo XIX. Les cuento que el mes pasado asistí al entierro de Brazza, curiosa empresa cuya pertinencia no comprende nadie, un meteorito histórico. Les cuento algo de la vida de Tippu Tip, de quien hay una fotografía en el pequeño museo de Ujiji, a pocos kilómetros de aquí, al lado de la del sultán Bargash. Es a la escritura de la vida de Tippu Tip a lo que consagro las tardes en mi *bungalow*. Prevengo a las pequeñas de que es una historia bastante terrible, una historia de esclavos y de los canallas que los capturan, pero que así podrán impresionar a sus profesores la próxima vez que las lleven a visitar el museo.

TIPPU TIP & BRAZZA

Todavía se sigue haciendo trata a gran escala en toda el África equinoccial. A pesar de los cruceros ingleses y franceses, los barcos, cargados de esclavos, parten cada año de las costas de Angola o de Mozambique para transportar negros a los más diversos lugares del mundo y, hay que decirlo, incluso del mundo civilizado.

JULES VERNE

Estos dos no se encontraron nunca. Sin duda debieron de oír con frecuencia pronunciar sus nombres. Uno parte de la costa oeste y viaja a lo largo del Ecuador, desde São Tomé e Príncipe hasta el Congo; el otro, de la costa este, desde Zanzíbar hasta el Congo. Los dos navegaron al mismo tiempo por el rey de los ríos. Uno se ganó allí el apelativo de Padre de los esclavos y el otro fue el último gran tratante de esclavos. Murieron el mismo año, en 1905, como Jules Verne, con pocos meses de diferencia. Y los dos, antes de morir, tuvieron que ver cómo se destruían sus sueños.

En la fotografía en blanco y negro parece un apuesto viejo de unos setenta años, pero él no conoce el año cristiano de su nacimiento, tampoco el musulmán. Por encima de su *disdacha*, un tradicional traje árabe de un blanco inmaculado, una ligerísima casulla negra deja ver el *kandjar*, un largo puñal de mango de marfil, introducido en una funda recubierta de plata. Lleva el turbante típico de Omán. Su rostro es negro y su barba blanca. Conversa con un alemán, el doctor Heinrich Brode. Le cuenta su vida, escribe sus recuerdos. Tippu Tip escribe el swahili con alfabeto árabe. Brode transcribe el texto en alfabeto latino y después lo traduce al alemán. Lo entrega, en versión bilingüe, al Instituto de Lenguas Orientales de Berlín.

Hamed Mohammed Juma Al-Murjebi nace en Zanzíbar bajo el reinado de Said bin Al-Said, sultán de Omán, quien trasladó en 1832 su capital de Mascate a Zanzíbar. Ahí están el oro y las especias, el marfil y los esclavos, los harenes de mujeres negras, la opulencia de la vida oriental a la sombra de los bananos y al borde del océano verde jade. Su abuelo salió de Arabia llevando sus baúles tallados y sus alfombras de Ispahan a bordo de un dhow^[27]. Dos generaciones después, su nieto Hamed es tan negro como los esclavos que le sirven pero, como sólo cuenta la ascendencia paterna, él es un árabe de Zanzíbar. De niño ya padecía ese irreprimible tic en los ojos que le valdrá el sobrenombre de Tippu Tip.

A la muerte del sultán, en 1856, las disputas dinásticas provocan la escisión de la península arábiga. El sultanato de Zanzíbar se emancipa del sultanato de Omán. Los

navegantes omanís residen en la isla desde hace siglos. Aquí están rodeados de comerciantes indios y persas. Desde el puerto de Bagamoyo, enfrente en el continente, las caravanas se adentran más y más lejos hacia el oeste, a medida que escasean en la costa los potenciales esclavos y los elefantes. Tabora, en el corazón de la actual Tanzania, es un almacén y un caravasar a medio camino del lago Tanganika. A orillas de éste se establece el puerto de Ujiji.

A diferencia de los europeos, tan dispuestos a izar sus banderas y clavar sus cruces, los árabes que desde hace mil años atraviesan estos parajes desdeñan a la vez la conquista territorial y el proselitismo religioso. La colonización es ajena, por mera etimología, al pensamiento nómada. Tanto como la idea de salvar las almas de los africanos, a riesgo de tener que compartir con ellos los jardines de Alá.

Tippu Tip emprende su primer viaje comercial a los dieciocho años de edad, en una caravana de veinte mercaderes. Atraviesa el lago en Ujiji, rumbo al pueblo de Mwagu Tambu, en el actual Congo, y comienza a especular con colmillos pequeños. Los colmillos de elefante están divididos en ese momento en tres categorías y se pesan en frasilas^[28]. Los grandes y los medianos se venden en Europa para los billares y los pianos. En Arabia, los colmillos de elefante se usan en la armería y la joyería, en los muebles damasquinados y en las estatuillas criselefantinas.

A lo largo de todos esos años, participa en numerosas guerras entre pequeños sultanes. Designa sultanes a los jefes africanos que los europeos tratarán de reyes negros. Siempre se aminora la inquietud de lo desconocido refiriéndolo a la propia lengua. Lanza razias, las aldeas son incendiadas y las poblaciones sojuzgadas. Se gana el sobrenombre africano de Kingugwa, el Leopardo, por la rapidez de sus desplazamientos y por su ferocidad. En el relato que hace de su vida, justifica esas prácticas invocando las costumbres todavía menos amistosas de sus adversarios, y afirma haber tenido el cuerpo agujereado de flechazos. Envían a luchar contra él tropas cuyos combatientes tienen las orejas y las narices cortadas, con la desleal pretensión de aterrorizar a los hombres de su vanguardia. Llevan sus rostros horribles pintados de violentos colores; sus escudos y sus azagayas están adornados con plumas y cráneos. También se queja de esa manía de jamarse a los prisioneros, cuando él se contenta con venderlos en la costa, donde serán alimentados por su nuevo dueño. Los guerreros desorejados son invendibles.

En el camino de regreso, encuentra en julio de 1867 a David Livingstone, al sur del lago Tanganika.

Siente una extraña admiración por ese hombre solo e indefenso, que parece viajar sin ninguna meta y que no busca enriquecerse, que descuida su atuendo, vive en medio de sus amigos africanos como un pobre loco o un místico sufí, y profesa curiosas ideas antiesclavistas. ¿Y por qué no salvar además a los elefantes?

Tippu Tip estará siempre del lado de los europeos, frecuentemente contra sus correligionarios. Afirma haber quedado fascinado, de niño, ante los grandes barcos ingleses que veía hacer escala en Zanzíbar y ante la calidad de su armamento. Y helo ahí delante de un hombre que, rechazando el poder y la comodidad que podría procurarle toda esa maquinaria de los infieles, soporta la indigencia de las aldeas que atraviesa, cura a los enfermos, se informa sobre los cursos de agua y la altura de las montañas, dice buscar las fuentes del Nilo y bosqueja planos orográficos. Los ingleses creen que están descubriendo todo eso y que son los primeros en explorar el corazón de África. Pero hace siglos que fueron trazados los mapas árabes, sólo les haría falta consultarlos.

Después de doce años de ausencia, Tippu Tip lleva a su isla toneladas de marfil y centenares de esclavos, y algunas cartas de Livingstone que entrega al consulado británico. Serán las últimas antes de que Stanley parta en su busca, tres años más tarde.

Tippu Tip tiene treinta años, es un hombre rico y poderoso, amigo del sultán Majid y de los usureros indios, los únicos capaces de financiar una nueva expedición. Hace un buen casamiento. «Yo no tenía en esa época ni plantación ni casa en Zanzíbar, ni en ninguna otra parte del mundo, pero tenía una mujer, Bint Satum bin Abdallah el Barwani, que tenía muchas propiedades en Zanzíbar y en Mascate». Consigue fondos, compra pólvora y fusiles, abalorios, alambre de latón y conchas del molusco que llaman cauri, recluta hombres y vuelve a partir, atraviesa de nuevo el lago Tanganika y asegura haber arrancado hasta veinte colmillos de elefante al día.

Se adentra siempre más al oeste y llega a una región desconocida para los árabes cuyos habitantes nunca han visto un arma de fuego. «Ellos pensaban que nuestros fusiles eran bastones de truenos». Los lugareños creen que pueden defenderse de ellos tomando una droga mágica a la que llaman *dawa*. A algunos los mata. La fe se burla de las comprobaciones empíricas. Ésta es la misma *dawa* que encontrará el Che Guevara un siglo después. Como Livingstone, él es en 1965 el único blanco, en medio de su tropa de cubanos negros y de los combatientes congoleños. El Che se esfuerza en explicar a estos últimos que la *dawa* no sirve para nada contra las armas de los mercenarios belgas. Le responden que quien muere en combate a pesar de la protección de la *dawa* es porque, en el fondo de su corazón, no creía en el poder de la *dawa*. Es la prueba.

Tippu Tip quiere economizar la pólvora y utiliza la ficción, que es una energía renovable. En Utetera, donde reina el rey de Kassongo, se inventa un pasado nuevo, y cuenta a los aldeanos que el rey es su tío abuelo y que él ha regresado para sucederlo. Él teje su historia a partir de relatos legendarios que saca de un tal Kabare Kumande, quien en otra época hacía la guerra en esa región. «Yo les dije que en Utetera él

capturó a dos mujeres y se las llevó a Urua. Allí, mi abuelo, Habib bin Bushir el Wardi, compró a una de ellas y la convirtió en su mujer, la madre de mi madre, la cual me solía decir, cuando yo era pequeño: en mi país yo era una gran princesa y mi abuelo era Kassongo Rushie Mwana Mapunga. He decidido regresar a mi hogar».

El rey de Kassongo es en ese tiempo un viejo amable y excéntrico que considera al Sol y al Elefante sus únicos *alter ego*. En consecuencia, no mira ni la salida ni la puesta de aquél, por respeto a la intimidad a la que todo colega tiene derecho, ni come la carne de éste. De igual modo, le parece de lo más natural abdicar en favor de su sobrino nieto pródigo. Y así Tippu Tip se convierte en sultán de Utetera, en pleno corazón de África.

La vida aventurera del gran potentado negro podría detenerse ahí. Sus numerosos hijos son africanos y las huellas de su pasado árabe se borran poco a poco. Gobierna el territorio y hace razias en los alrededores, amasa oro y marfil. Lleva muchos años aislado del mundo cuando se entera de que los árabes han fundado una ciudad más arriba, a orillas de un gran río. Se desplaza hasta Nyangwe rodeado de su guardia. Come con delectación el arroz que se cultiva al borde del agua. Allí se entera de las noticias del mundo. También de Zanzíbar. El sultán Majid murió en 1870 y le ha sucedido su hermano Bargash. En el 72, un gran ciclón destruyó los árboles y arrasó las plantaciones de clavo. Otro blanco ha llegado a Tabora y se dirige hacia aquí.

Dos años después de que Stanley haya encontrado a Livingstone, de nuevo no hay noticias del escocés. La London Geographical Society envía a Cameron en su auxilio. Éste desembarca en Bagamoyo en marzo del 73, escoge como guía a Sidi Mubarak Bombay, quien había sido el guía de Speke y de Burton y, después, de Stanley. En el camino al Tanganika se cruza con el cadáver eviscerado y disecado de Livingstone, muerto el primero de mayo, a quien sus amigos Chuma y Susi transportan hacia la orilla. Su misión está cumplida.

Cameron continúa su ruta hacia el oeste, rodea el lago y llega a Nyangwe en el mes de agosto. Quisiera descender por el gran río. Tippu Tip le disuade de hacerlo, le dice que es imposible. Cameron y Sidi Mubarak Bombay dan media vuelta y llegan, en el sur, a la actual Zambia. Allí se encuentran con unos portugueses a los que siguen hacia el oeste y Angola, llegando al puerto de Benguela, en el Atlántico, en noviembre de 1875, dos años y medio después de haber dejado el océano Índico. Es en ese mismo mes de noviembre del 75 cuando Brazza, más al norte, abandona el cabo Lopez en su primera expedición por el Ogooué.

Ni el curso del Ogooué ni el del Congo han sido cartografiados. África no está invadida. Los árabes se sonríen todavía ante ese puñado de cristianos temerarios. Tippu Tip habría podido matar a los dos primeros infieles con los que acaba de cruzarse, Livingstone y Cameron. Dos hombres extraviados a los que tenía a su merced. Habría podido retrasar así la llegada de los blancos al corazón de África.

Encuentra a un tercero al año siguiente. A éste le precede su reputación. Stanley está de vuelta en Ujiji en agosto del 76, cinco años después de haber bebido champán caliente a la sombra de un mango y de haber pronunciado, o no, la frase más célebre de su primer relato.

Había desembarcado, un año antes, en Bagamoyo. Él también busca un paso al oeste por vía fluvial. Está rodeado de una tropa considerable de zanzibareños armados, en octubre llega a los alrededores de Nyangwe e instala su campamento. Tippu Tip le recibe. Ellos saben ya que son leyendas. Tippu Tip admira los fusiles de repetición y el *Lady Alice*, construido en hierro y transportado en trozos. Stanley está intrigado por ese hombre que no ha regresado a la costa desde hace seis o siete años. *After regarding him for a few minutes I came to the conclusion that this Arab was a remarkable man, the most remarkable that I had met among Arabs, Wa-Swahili, and half-castes in Africa. He was neat in his person: his clothes were a spotless white, his fez-cap brandnew, his waist was encircled by a rich dagger-belt, his dagger was splendid with silver filigree, and his tout ensemble was that of an Arab gentleman in very comfortable circumstances.*^[29] Al anochecer, comparten sus recuerdos de Livingstone.

Stanley, como Livingstone y Cameron, quiere descender ese gran río que todavía no se sabe que es el Congo. Tippu Tip le responde que si le parece divertido poner su vida en peligro para descubrir montañas, lagos y ríos, a él no. Stanley dispone, sin embargo, de un argumento del que tanto Livingstone como Cameron estaban desprovistos. Él habla de dinero, de miles de dólares. Calculan la equivalencia en frasilas de marfil. Firman un contrato. Helos ahí a esos dos, metidos en negocios y en discusiones de dinero para el resto de sus días. El 24 de octubre de 1876, una tropa de más de setecientos hombres se pone en marcha rumbo al norte. Avanzarán juntos hasta el 27 de diciembre, a partir de ahí los hombres de Stanley franquearán las Stanley Falls y pondrán a flote el *Lady Alice*. Los supervivientes verán la desembocadura del Congo y, después, Luanda, en agosto de 1877.

Tippu Tip nunca se había aventurado tan al norte. En el camino de vuelta, le saca hasta la última gota a la región. Allí el marfil rebosa. Si los campesinos tallan con los colmillos pequeños algunos utensilios, con los grandes, clavados en tierra, construyen cercas para proteger sus jardines. Los cambian por perlas o por alambre de latón. Él sonríe y calcula un beneficio de diez mil táleros por cada tres táleros invertidos. Regresa a su sultanato de Utetera.

A mediados de 1879, recibe allí a los mensajeros venidos de Zanzíbar. Sus acreedores indios se impacientan. Saben de su éxito, pero a fin de cuentas el capital se había invertido por dos años y hace diez que no lo ha devuelto. En la pila de cartas que le entregan hay una de Stanley, con su fotografía dedicada. Está fechada hace dos

años, en noviembre de 1877, después de que Bula-Matari, que ha salido de Luanda y pasado El Cabo, haya acompañado a sus hombres supervivientes hasta Zanzíbar. Tippu Tip está furioso y guiña los ojos. No es una fotografía sino miles de dólares lo que éste le debe. Pasa el tiempo rumiando fríamente su cólera. Todavía necesitará un año para poner al día sus asuntos y prepararse para viajar. Desde Utetera, la caravana, sobrecargada de tesoros, tardará seis meses en llegar a la orilla del Tanganika. Y un día de vela hasta Ujiji.

En Tabora encuentra a un cuarto blanco, Wissmann. Éste viene de la costa atlántica. Los tres primeros eran ingleses. Cuando ambos llegan a la vez a Bagamoyo, uno cargado de marfil y el otro de prestigio, Wissmann será el primer alemán en haber atravesado África. Tippu Tip embarca en un dhow y llega a Zanzíbar el 9 de mohurram del año 1300, o sea, el 22 de noviembre de 1882. Una vez más, ha estado ausente durante doce años. El sultán Bargash le cubre de honores y de regalos. Sin embargo, las noticias son malas. Los alemanes están por todas partes e instalan un protectorado en la costa. El sultán está confinado en su isla.

Tippu Tip efectúa un nuevo viaje hasta las Stanley Falls en 1885, mientras que Brazza está en São Tomé. Constata que la presencia de los belgas se extenderá muy pronto hasta la orilla occidental del Tanganika. En la orilla izquierda se instalan los alemanes. El comercio de las caravanas se llena de trabas. Desde el congreso de Berlín, el continente está siendo troceado. Se lucha contra la esclavitud y la trata de negros, se instalan colonias. En el gran monopoly africano, los ingleses cambian la isla de Zanzíbar por la isla de Heligoland en el mar Báltico. Tippu Tip deja constancia de las palabras que le dirige el sultán Bargash a su regreso:

—Hamed, no te enfades conmigo, pero no quiero volver a oír hablar del continente. Los ingleses quieren quitarme Zanzíbar. ¿Cómo podría defender yo el continente? Felices aquellos que han muerto antes de ver a lo que nos han reducido. Tú acabas de llegar, eres todavía un extranjero aquí, pero muy pronto verás cómo están las cosas.

Tippu Tip añade: Cuando oí esas palabras, supe que todo había acabado para nosotros.

A principios de 1887, Stanley está de vuelta en Zanzíbar y pide ver a Tippu Tip. Hace justo diez años que se separaron a orillas del Congo, en las Stanley Falls, y Bula-Matari partió rumbo a lo desconocido para llegar a Angola. Esta vez viene a organizar la *Emin Pasha Relief Expedition*. De nuevo hablan de dinero. De acuerdo con el rey Leopoldo, Stanley viene a proponerle a Tippu Tip el puesto oficial de gobernador de las Stanley Falls, un título honorífico y un salario mensual. En contrapartida, Tippu Tip se comprometerá a restablecer la paz entre los belgas y los árabes, quienes dos años antes han masacrado a los funcionarios del puesto. Debe comprometerse también a reclutar de su bolsillo una tropa de portadores que irá a

secundar la expedición. Esta tropa y la de las Stanley Falls deberán embarcar juntas en Zanzíbar, a bordo de un navío inglés, para dar la vuelta a África por el cabo de Buena Esperanza y remontar el gran río que Stanley ha ofrecido al rey.

No es el afán de lucro el que le hace aceptar. La tabla de remuneraciones de los funcionarios belgas difícilmente puede estar a la altura de los ingresos que un sultán saca del marfil y de los esclavos. Más bien es el gusto por viajar en alta mar a bordo de un gran navío inglés, también quizá el gusto por la aventura, que le ha nacido a fuerza de frecuentar a este invencible Bula-Matari. Por el gusto de moda, en definitiva. Él sabe que muy pronto se acabarán las caravanas, que los buenos negocios habrá que hacerlos con los blancos, que son ya numerosos y cuyo armamento es tan poderoso que los fusiles de pólvora y las flechas envenenadas ya no están a su altura. El 25 de agosto, el *Madura* se hace a la mar. Tippu Tip aprovecha la escala en El Cabo para visitar una ciudad europea. Stanley le regala un perro y promete invitarle un día a Londres, que es el mayor puerto del mundo. Ya son hombres de cabellos encanecidos.

El navío remonta el Atlántico, pasa a la altura de Angola y llega a la desembocadura del Congo. Matadi, la ruta a lo largo del río, el Caldero del Infierno, los Dientes del Diablo, todo eso resulta ya conocido. Stanley Pool. La lenta subida del gran río en medio de los jacintos de agua. Tippu Tip instala a su tropa en las Stanley Falls. La de Stanley se adentra en la selva de Ituri, hacia el norte. Y después llega el gran problema de la desaparición de la retaguardia.

Tippu Tip alega que le era imposible suministrar tantos porteadores y que aquellos que envió no fueron utilizados y regresaron moribundos. Esos blancos del campamento de Banalya son unos incapaces. No están a la altura de Bula-Matari, de quien no se tiene noticia. Una vez más, Jameson desciende hasta las Stanley Falls para suplicar que le acompañen. Tippu Tip afirma que fueron los belgas quienes se negaron a dejar que su gobernador partiera en auxilio de los ingleses. Él había conseguido pacificar la región y ésta se inflamaría si parte. No abandonará la estación más que por orden de los belgas. Jameson morirá en el río, yendo a pedir esa orden a Leopoldville.

Ahí está el sultán de Utetera, gobernador de una avanzada del progreso, la misma en la que tres años más tarde se verá a Conrad cargar a bordo de su vapor el marfil y el caucho recogidos. Ahí está el gran tratante de esclavos encargado de reprimir la trata en nombre del rey Leopoldo. Ese tal Klein, de quien Conrad sacará a su Kurtz, llega a las Stanley Falls a finales de 1888. Es el descubrimiento de los hombres de Tippu Tip, las razias asesinas, las lluvias de flechas, la sangre, las fiebres que inflamarán el alma vacía de esa cabeza blanca y lisa como bola de billar, «¡El horror! ¡El horror! Exterminad a estos bárbaros». Y los cráneos alineados sobre picas. Ese gigante negro que se hace pasar ante las tribus por un dios viviente y amasa marfil no

es otro que Tippu Tip.

Más tarde se entera de que a su regreso, en 1889, Stanley ha intentado, en su propio nombre y en el de Emin Pachá y el rey de los belgas, abrir un proceso contra él ante la corte inglesa de justicia de Zanzíbar. Se le acusa de desertión. Le reclaman la devolución del coste del pasaje de su tropa a bordo del *Madura* y luego en los vapores a lo largo del río. Su fortuna es embargada. Tiene seis meses para venir a defenderse. Tippu Tip está furioso y los ojos le hacen guiños. Es una cuestión de honor y una cuestión de dinero. Son esos *gentlemen* incapaces de la retaguardia los que han cavado su tumba y de paso han hecho morir a todos los zanzibareños que estaban a sus órdenes. Toma el camino de vuelta en 1890, después de haber nombrado a un suplente en Utetera y dejado a su hijo Sef al mando de Stanley Falls.

A lo largo de todo el camino, le ponen sobre aviso. Podría acabar su vida en su sultanato, en medio de sus riquezas. Tippu Tip sigue considerándose al servicio del rey de los belgas y atraviesa el Tanganika haciendo izar la bandera con la estrella del estado libre del Congo, él, rey sin corona del África central, el potentado negro que desde hace veinte años habría podido obstaculizar el tránsito de los blancos y echarlos de nuevo al mar. En Tabora, lee un mensaje de Emin Pachá en el que éste se desliga de la querrela de Stanley, alega que han usurpado su firma y que no hay nada que reprochar a Tippu Tip en particular ni a los árabes en general.

A éste, a Emin Pachá, lo habíamos dejado hace mucho en el campamento de Kawili, en la actual Uganda. Después de meses de preparativos, los supervivientes de Stanley se colocan a la cabeza de la columna que se estira a lo largo de kilómetros. Los habitantes egipcios y sudaneses de Ecuatoria se llevan sus muebles y sus alfombras, sus animales, sus esclavos, sus niños y sus loros. Llegan a la región de los Grandes Lagos con el propósito de atravesar el norte de la actual Tanzania y descender hacia el puerto de Bagamoyo. Allí, Stanley descubre que la costa, durante sus dos años de ausencia, ha pasado a manos de los alemanes.

También para Emin Pachá es una novedad, que le regocija. Las autoridades militares organizan una fiesta en honor de ellos. El banquete tiene lugar en una terraza con arcadas, situada en el primer piso de una casa árabe. A los discursos les suceden los canapés, los champanes y los *gewürztraminer*. Los jóvenes alemanes escuchan los relatos del legendario Bula-Matari de cabellos blancos, quien acaba una vez más de atravesar África por una ruta hasta entonces desconocida. En medio de la comida, uno de los hombres de Stanley le habla al oído. Emin Pachá ha tenido un accidente. Borracho, ha caído por encima de la balaustrada y se ha estrellado contra el patio.

Lo llevan al hospital. Su convalecencia será larga. Stanley ya ha esperado de sobra a ese hombre. Emin Pachá le sonrío. Que no le espere más. Aquí está en su

casa. Él se llama Schnitzler y recupera su nacionalidad alemana. No regresará a El Cairo. Tampoco quiere quedarse en Zanzíbar, entre los ingleses, gracias por todo.

Tippu Tip y Schnitzler, demasiado para los frágiles nervios de Stanley.

Tres años de esfuerzos, todos esos muertos y ese dinero de la reina y del caído para acabar entregando a los alemanes su compatriota, que de inmediato se vuelve contra la Corona. Emin Pachá abandona a su pueblo, dejando a los habitantes de Ecuatoria a los buenos cuidados de Stanley, quien los embarca rumbo a Zanzíbar antes de devolverlos a Egipto.

El 20 de abril de 1890, un Schnitzler restablecido deja Bagamoyo a la cabeza de varios centenares de hombres. Ha aceptado la misión de someter al gobierno imperial el conjunto del territorio hasta el lago Tanganika. En Tabora, en el corazón del territorio que los alemanes bautizan como Ost-Afrika, hace izar la bandera del imperio.

El recién nombrado gobernador de la ciudad, el comandante Freiherr von Bülow, recibe a Tippu Tip y propone acompañarlo hasta la costa. Como si éste necesitara de los alemanes para atravesar unas tierras que recorre desde hace tanto tiempo, cuyas rutas vienen trazando los árabes desde hace siglos y en las que levantaron las ciudades de Tabora y Ujiji. Se ha convertido en un viejo. A la humillación histórica viene a unirse su deterioro físico. Una violenta crisis de disentería le obliga a detenerse durante largas semanas en Tabora. Es a lomos de un asno como llega a la costa y ésta es otra humillación. Anota que nunca, durante sus treinta años de viajes y en los miles de kilómetros recorridos, había usado otra cosa que no fueran las dos robustas piernas que Dios le dio. Por delante de todos los otros grandes caminantes del África central, ya sean Stanley o Brazza o Savimbi o Sidi Mubarak Bombay o todos reunidos, Tippu Tip hubiera sido el campeón incontestable de la larga distancia.

A su llegada a Zanzíbar, firma un *gentlemen's agreement* con Stanley, el cual no se digna a desplazarse aunque se hace representar por su agencia: Smith, Mackenzie and Co. Cada uno retira su denuncia. Stanley por la expedición del 87 y Tippu Tip por la del 77. Estamos en 1890. Tippu Tip recupera su fortuna y sus propiedades. Se cura de la disentería. Para él, se acabaron las expediciones.

A cada lado del lago hay ahora una guerra abierta entre los árabes y los europeos. Él sabe que es inútil, que está perdida de antemano. En Ujiji, el valí Mohammed bin Khalfan Rumalisa ha quemado la bandera alemana. Es el fracaso de Emin Pachá y de la diplomacia otomana. Al oeste, hay guerra contra los belgas. Muere el hijo de Tippu Tip, Sef, que le representaba en Stanley Falls. Desaparece su sultanato de Utetera. Muere Emin Pachá, Schnitzler, asesinado por los árabes. Muere el sultán Bargash. El nuevo sultán de Zanzíbar es un niño educado por los ingleses y Tippu Tip es miembro de un difuso consejo consultivo. Un viejo mundo que ha durado mil años se hunde bajo sus pies. Tippu Tip administra sus plantaciones. Nunca volverá a poner los pies

en el continente. Prepara su peregrinación a La Meca. Desde Arabia, quiere desplazarse a Londres. Visitar el mayor puerto del mundo. Tener una última conversación de hombre a hombre con Bula-Matari a propósito de esa vieja historia de la retaguardia.

Muere de un ataque de malaria el 13 de junio de 1905.

Eso sucede tres meses después de la muerte de Jules Verne, el cual había hecho despegar su globo imaginario desde la playa de Zanzíbar. Y tres meses antes de la muerte de Brazza en Dakar, cerca del lugar donde el globo imaginario se supone que aterrizó cinco semanas más tarde.

Stanley, que había prometido recibirle un día en Londres, había muerto el año anterior, inválido, sin haberle escrito nunca.

Durante unas decenas de años más, esas grandes dinastías árabes de Zanzíbar vivirán del recuerdo sepia de sus esplendores omanís. Los ingleses, que les prohibieron el tráfico negrero antes de arrebatárles el poder, aseguran al menos su integridad física y su tranquilidad moral, concediéndoles numerosos domésticos, el uso privado de algunos esclavos y el disfrute de sus palacios de madera festoneada abiertos a los alisios. Los ingleses se largan. Zanzíbar se convierte en Estado independiente el 10 de diciembre de 1963. El partido de los árabes, el ZNP, Zanzibar National Party, es depuesto enseguida durante la revolución dirigida por el Afro-Shirazi Party, que pretende ser el de los descendientes de los esclavos. Su líder, John Okello, arenga a las masas. La noche del 11 al 12 de enero de 1964, diez mil árabes y sus colaboradores comerciantes indios son masacrados. El pueblo, borracho de alegría, se apropia de la libertad, de las alfombras de Ispahan y de las estatuillas criselefantinas. Es la Guerra Fría. La isla de Zanzíbar, como la de São Tomé al otro lado de África, se une al bloque marxista-leninista.

EN TABORA

This is the sort of grave I should prefer. To lie in the still, still forest, and no hand ever disturb my bones.^[30]

DAVID LIVINGSTONE

En el aeropuerto de Kigoma zumban los rotores mientras aguarda un C-130 blanco con las siglas UN, del cual se descargan los palés que los helicópteros y los vehículos todoterreno ponen rápidamente en camino hacia los campamentos. El regreso del Tanganika hacia la costa se calculaba en meses en la época de Tippu Tip y Stanley, y frecuentemente era el final de un periplo de muchos años.

Nosotros sobrevolamos durante unas decenas de minutos las planicies desérticas, una sabana roja y naranja punteada de espinos, un terreno a veces pelado y otras parcelado por las plantaciones. El pequeño bimotor keniano desciende hacia los cráteres de los pozos a cielo abierto en los que dormita un agua gris azulona. El campo de aviación es una pista de laterita que se extiende delante de una casa blanca y florida. A la salida, un número bastante elevado de caserones destartados se alinea a lo largo de las calles vacías de Tabora.

Después de varias semanas de marcha, la tropa llega aquí el 18 de febrero de 1872. Todos se recogen un momento ante la tumba de Shaw, a quien Stanley había abandonado, enfermo, detrás de él. Farquhar había muerto en otra parte. Livingstone y sus dos acompañantes, David Susi y James Chuma, permanecen aquí hasta el 14 de marzo. Después de esos cinco meses, en los que se han visto a diario, acompañan un trecho a Stanley y a Sidi Mubarak Bombay por el camino de Bagamoyo. Les han entregado el diario y las cartas que deben probar su encuentro. Pero éstos no bastarán para evitar la polémica y las acusaciones de superchería que seguirán a la publicación de *How I Found Livingstone*. Después, el anciano y sus acompañantes dan media vuelta y regresan a Ujiji. Él continuará su búsqueda de las fuentes del Nilo sin resultados, y morirá un año después en la aldea de Chitambo, a los sesenta años de edad.

Chuma y Susi transportan a hombros, sujetos a una percha y envueltos en tela, sus restos disecados. Hacen un alto de nuevo en Tabora, llegan a Bagamoyo, se cruzan en el camino con Cameron, embarcan hacia Zanzíbar. El cuerpo regresa a Inglaterra a bordo del *Malwa* en abril de 1874. Lo depositan en la nave de la abadía de Westminster, que es el más prestigioso de los mausoleos y también una especie de *still forest* mineral, el bosque calmo en el que él deseaba que sus huesos nunca fueran

perturbados. Stanley lleva las cintas del féretro. Sobre la losa se graba:

BROUGHT BY FAITHFUL HANDS OVER LAND AND SEA,
HERE REST DAVID LIVINGSTONE,
MISSIONARY, TRAVELLER, PHILANTHROPIST.^[31]

Treinta años después, Lord Stanley muere el 10 de mayo de 1904. Ha querido reposar cerca de su héroe. Sus funerales tendrán lugar en Westminster. Pero el reverendo Robinson niega la sepultura a aquel explorador que se sulfuraba fácilmente y era amigo de Tippu Tip. Lo entierran en Pirbright.

En cuanto al hombre que hizo posible el encuentro del escocés y el galés, James Gordon Bennett Jr., el director del *New York Herald*, descansa en el cementerio de Passy.

Él había comprendido que el emplazamiento del cable transoceánico abría la era de los grandes reportajes en primera persona y se lanzó a hacer fortuna. Paseó muy elegantemente su existencia entre Nueva York y París, corrigiendo en la *suite* de un paquebote las pruebas de imprenta de sus mejores firmas: Mark Twain, en Nicaragua, y Stanley, en África. Durante la Primera Guerra Mundial, ya envejecido, se encierra en su apartamento de los Champs-Élysées y allí muere en mayo de 1918. Su *New York Herald*, tras aliarse con el *New York Tribune*, dará origen al *International Herald Tribune*, que Jean Seberg saldrá a vender bajo sus ventanas.^[32]

EN BAGAMOYO

Las aguas verde jade del océano Índico se ven al fin al otro lado del cementerio alemán. A la sombra estrecha y negra de los cocoteros, sus muros están hechos con bloques regulares de coral negro, cortados con sierra en la barrera que hay enfrente, sobre la que espumean las olas. Un anciano me tiende su mano abierta. En su mano reposan algunas moneditas ost-afrikanas de cobre, le gustaría que se las cambiara por *shillings* tanzanos contantes y sonantes.

El numismático me explica que en la época de los alemanes los esclavos dejaban el *boma* cerca del cementerio para ir a la playa, donde se embarcaban a bordo de barcuchos con destino a Zanzíbar. Le señalo la placa fijada en la pared, GERMAN BOMA, BUILT 1897. La trata de esclavos estaba abolida desde hacía mucho. Tampoco se puede acusar a los alemanes de todos los crímenes del mundo. Me da la razón y sonrío. O no me la da pero sonrío de todos modos. El mismo término de *boma*, British Overseas Management Administration, es un nombre que resulta anacrónico, puede que irónico, para este fuerte teutón, viejo y deteriorado, símbolo de los fracasos de Bismarck.

En las tumbas alineadas sólo figuran nombres de hombres, entre los cuales están el del teniente Otto Albrecht, el subteniente Max Schelle o el soldado Heinrich Hoell. Son todos marinos y junto al nombre de cada cual aparece el del navío en que servía: el *Schwalbe* o el *Leipzig*. Contra la opinión de su almirante, Wissmann los envió a combatir en tierra a las tropas de Bushiri bin Salim Al-Harthi, que los mantuvieron en jaque.

Tres años después del Congreso de Berlín, que él mismo ha organizado para repartirse África, Bismarck se entera, furioso, de que su ejército ha sido derrotado y echado al mar, desde donde machaca sin resultados los puertos de Bagamoyo y Dar Es-Salaam. El almirante Deinhard le aconseja abandonar la partida. Pero va en ello el honor del imperio. Ningún ejército colonial y mecanizado ha sido derrotado por una tropa irregular. Envía a Wissmann a la cabeza de los marinos para acosar a los

rebeldes en la maleza y atacar el campamento en el que se parapetan. No lograrán la victoria hasta finales del año 1889, en el momento en que Stanley y Emin Pachá alcanzan por fin la orilla del océano, acompañados por los habitantes de Ecuatoria.

Después se ponen en marcha otros proyectos, tan incosteables como lo fue la construcción de este *boma* de Bagamoyo: una vía férrea de mil quinientos kilómetros hasta Kigoma y el emplazamiento de un barco de guerra sobre el lago. Son esfuerzos vanos. Muy pronto Alemania, empantanada en Verdún, deberá abandonar África.

Bagamoyo es una ciudad fuera del tiempo, medio fantasmal y arenosa, cargada de Historia hasta el vértigo para quien no haya reconstruido estas enmarañadas cronologías. Enfrente del *boma* hay un monumento en honor de Speke y de Burton. Aunque la suya sea una proeza muy anterior a la llegada de los alemanes, los ingleses no edificaron este monumento —como el de Ujiji— hasta después de la Primera Guerra Mundial:

ON 27TH JUNE 1857 BURTON AND SPEKE SET OFF
FROM KAOLE NEAR THIS SITE ON THEIR EXPEDITION
TO LAKE TANGANYKA.^[33]

Unos años después de ese importante hecho, y lejos de aquí, un niño nacido ese año de 1857 lee la reseña del mismo. Abre el atlas de la biblioteca familiar, que, impreso en el 52, deja en blanco los vastos territorios del África central. «El ejercicio al que me entregaba, con un lápiz en la mano y sacando la lengua, consistía pues en dibujar el contorno del lago Tanganika».

Convertido más tarde en capitán de la marina mercante, ese niño vendrá a retocar las cartas marinas, a enriquecerlas con detalles sacados de sus propias navegaciones. Al final de su vida, en 1924, Conrad escribirá en sus recuerdos: «Siempre he cumplido esta tarea con consciencia y responsabilidad. Sin embargo, en ella nunca volví a encontrar el sentimiento de exaltación que me embargaba cuando dibujaba el Tanganika en el espacio blanco de mi viejo atlas». Uno cree a veces que viaja por el planeta cuando sigue dando vueltas, como un hámster, en la caja de longitudes y latitudes forjada por el atlas de su infancia.

Al igual que en Ujiji, los atuendos árabes y africanos se cruzan al azar sobre las avenidas de arena blanca, apacibles y cocidas por el sol, bordeadas de casas de adobe o de hormigón cuya condición de inacabadas se avecina a la de ruinosas, con las baldosas de los primeros pisos erizadas de ramilletes de hierros, que brotan del cemento hacia el cielo, a la espera de que las terminen. Hay una alternancia de iglesias y mezquitas, y tiendas Duka La Dawa, en las que se venden remedios mágicos contra las balas y el envejecimiento. Cerca del puerto de pescadores hay abierta una galería, con cuadros bastante feos, en la que se puede adquirir un retrato

policromo de Osama bin Laden, quien para muchos es el nuevo héroe de África. No muy lejos está la terraza desde la cual Emin Pachá, borracho de alegría, se rompió la crisma en 1889, y que fue un bar o un *biergarten*, una de esas terrazas alemanas donde se bebe cerveza, como atestigua una fotografía en blanco y negro expuesta en el Makumbusho Ya Kanisa Katoliki, el museo católico.

Avanzo en medio de vitrinas y archivos, de colecciones de periódicos alemanes, rodeado en teoría por alumnos concienzudos, cada uno armado de su cuaderno y su boli. Un maestro desgrana las instrucciones en swahili. Deseémosles que sean capaces de desenredar, en el 2006, estas complejas historias. Tienen tela que cortar. Lo más difícil, en un lugar tan saturado de huellas históricas, es atribuir cada uno de sus monumentos a la ideología que lo edificó. Un ejemplo es esta inscripción, grabada en un cercano obelisco, en el lugar en que fueron abatidos los hombres de Bushiri:

HERE IST THE PLACE WHERE THE GERMAN COLONIALIST
USED TO HANG TO DEATH REVOLUTIONARY AFRICANS
WHO WERE OPPOSING THEIR OPPRESSIVE RULE.^[34]

Uno comprende, al leerla, la confusión del numismático. Este texto, que no tiene nada que ver con los ingleses, fue evidentemente redactado por el régimen marxista después de la independencia de Tanganika, quizá incluso después de la creación de Tanzania. No hay duda de que el gobierno alemán debía de ser opresivo, pero Bushiri, el jefe del ejército rebelde de 1888, pertenecía al clan de los Al-Harhi, persas originarios de Shiraz y establecidos en estas costas desde el año mil de la era cristiana.

Estos shirazís combatían a la vez a los alemanes y al sultán de Zanzíbar, con el objetivo de preservar sus ingresos, que eran obtenidos con la trata de negros. Incluso si es posible concederles el título de africanos, después de diez siglos de presencia, incluso si también es posible concebir su cólera ante la llegada de los omanís y, después, de los alemanes, es necesario hacer un análisis histórico verdaderamente retorcido para convertir a esos esclavistas en revolucionarios anticolonialistas. Y adornarlos con el título de *freedom fighters*.

Uno de estos niños tal vez dedique su vida a esclarecer estos misterios, un niño conmovido esta mañana por los viejos mapas colgados de las paredes. Otro, ojalá, aumentará los conocimientos matemáticos de la humanidad. La mayoría, sin duda, encontrará un lugar en la hostelería o en la restauración. El país está políticamente estable y en paz. Uno puede imaginarse para Bagamoyo, a una o dos horas de Dar Es-Salaam, un futuro de Ressorts Hotels abiertos en las playas de arena blanca. Zanzíbar está enfrente, a un día de navegación a vela.

Más abajo del barrio cristiano y del convento, a la sombra de una gran cruz, una choza de paja sirve pescado asado. Estoy sentado, con los pies desnudos sobre la arena, en compañía de Leonard, un taxista con el que acabo de hacer negocio. Nuestro acuerdo incluye el almuerzo en el precio de la carrera hasta Dar.

Alrededor de nosotros, el cortejo de un matrimonio es seguido por una fanfarria de metales y tambores. Los hombres llevan ropa clara y las mujeres faldas rosas. Cantan temas religiosos batiendo palmas con las manos. A mitad de la comida me voy a caminar en el agua. Las piraguas, con batangas y velas triangulares, danzan sobre un océano verdeceladón recorrido por franjas esmeralda. Las muchachitas se zambullen en las olas y se salpican entre risas.

EN DAR ES-SALAAM

La carretera sólo sobrevuela una vez el océano y la brisa marina hace flamear las hierbas altas de las colinas. Luego llegamos a la típica entrada a una ciudad de tres o cuatro millones de habitantes en el atardecer, una entrada que no se termina nunca, enfangada en las zonas suburbanas, con sus cabras, sus *dala-dala* y sus camiones madereros de semirremolque. Hay motivos para adormilarse. Y para despertarse sobresaltado por el sonido de cláxones y descubrir que delante de uno el volante ha desaparecido, así como también el pedal del freno bajo su pie. Dios y Toyota, en su gran sabiduría, y quizá en su *joint venture*, han dispuesto que todo eso esté situado en el lado derecho del vehículo, donde Leonard vela.

Vamos buscando a lo largo de la Ocean Road un lugar donde tomar un trago antes de separarnos. En un bar más abajo de la Sea View Road, los trabajadores a media jornada desocupados observan las decenas de barcos anclados en la rada, que le dan a esta puesta de sol color malva un horizonte de Día D. «*Tanzania is bullshit*», masculla uno de ellos. Son candidatos a la partida sin retorno, o si no al retorno con los bolsillos llenos, que se aburren a la espera de un posible embarco. No es sorprendente, a la vista de esta bahía abierta al océano Índico con sus promesas de lejanas orillas, que los marineros tanzanos sean, junto con los filipinos, los más numerosos entre los que surcan el planeta. También son los peor pagados.

Justo al final de la ciudad, cerca del puerto, se alzan algunos macizos caserones que uno podría imaginar en Bavaria. Estas calles tranquilas y rodeadas de árboles no ofrecen mucho a lo que darle vueltas, si no es la estatua del Askari, el Combatiente, alzada en medio de una glorieta. Es un soldado de infantería, que camina armado de un fusil con bayoneta. Hay una ausencia de estatuas ecuestres en África ecuatorial. Sólo Stanley, el *cowboy*, se empeña en desembarcar en Bagamoyo dos caballos que no tardan en morir. Los asnos sobreviven más tiempo. Pero el asno, como se sabe, se presta poco al arte estatuario. Tampoco hay monumentos a Julius Nyerere, el padre de Tanzania, un hombre sabio y ajeno al culto a la personalidad.

Ya es de noche cuando entro en el Palm Beach Hotel, en lo alto de la Ali Hassan Mwinyi Road, cerca del Selander Bridge. Este pequeño hotel familiar fue abierto por sus propietarios ingleses poco después de la independencia. Una gran fotografía muestra en el *hall* hileras de automóviles de época estacionados en el *parking* del flamante edificio. Es el hotel más cercano a la casa comprada por Pablo Rivalta, en 1964, para instalar en ella la embajada de Cuba.

Algunos combatientes clandestinos se alojarán quizá aquí a la espera de incorporarse al frente.

TATU & LDK

¿Es que acaso Marx, Engels, Lenin, Bolívar, Martí no tuvieron que someterse a esperas que en ocasiones duraron décadas?

FIDEL CASTRO

Y sucedía a veces lo que sucede ahora: Ramón está circulando por los arrabales de Dar Es-Salaam. El día está naciendo. Ramón es un hombre de menos de cuarenta años. Su coche es un Mercedes blanco. La razón por la que Ramón va así por la carretera de Kigoma hay que buscarla, sobre todo, en la plaza que él ocupa en el seno del engranaje de la revolución proletaria.

Los cinco vehículos avanzan en convoy por pistas defectuosas, siguiendo la ruta de las antiguas caravanas. Un Land Rover, tres Mercedes —dos blancos y uno negro— y un camión entoldado que transporta una lancha equipada con un motor fuera borda. Ramón Benítez es el único blanco del grupo. Es un hombre glabro de cabellos cortos. Lleva gafas de concha y un traje gris. Su aspecto recuerda el de un comerciante o el de un representante de una firma mediana. Los hombres que lo rodean son combatientes clandestinos. Los vehículos van llenos de fusiles Fal y de metralletas Uzi.

Estacionan en el jardín de una discreta casa de Kigoma. Ramón se quita las gafas y a continuación la dentadura postiza y las prótesis que deforman sus mejillas. Abre su diccionario de swahili y atribuye a cada hombre una cifra que de ahora en adelante será su nombre. Escoge para sí Tatu, el Tres. Preparan la embarcación para atravesar el Tanganika. Tatu está impaciente por llegar al Congo, y por dejar lo antes posible Kigoma. «Este pueblo era un remanso al cual los más afortunados podían llegar para vivir al margen de los azares de la lucha. La nefasta influencia de Kigoma, sus burdeles, sus licores y, sobre todo, su refugio seguro, no sería nunca suficientemente valorada por la jefatura revolucionaria».

El empleo del tiempo de Ramón, ahora Tatu, durante los cuatro últimos meses recuerda el de Stanley en los últimos meses del año 70 del siglo anterior: el mismo frenesí de desplazamientos incesantes. No le gusta esperar. Tiene miedo de envejecer. Arde en deseos de alumbrar cien Vietnams por todo el planeta.

El 17 de diciembre de 1964, al término de la Asamblea General de la ONU, sale de Nueva York hacia Argel. Está en Mali el 26 de diciembre. El 2 de enero llega a Brazzaville, donde se reúne con Agostinho Neto y Massemba-Débat. El 8 de enero está en Guinea-Conakry, el 14 en Ghana, una semana después en Dahomey. El 30 de

enero está de vuelta en Argelia y se encuentra con Ahmed Ben Bella.

Desde allí se larga a la China, donde se reúne con Chou En-lai. El 6 de febrero está en París y visita el Louvre. El 11 llega a Dar Es-Salaam. Le han organizado una reunión con los *freedom fighters* convocados de todas partes del continente, entre los cuales está Jonas Savimbi, entonces ministro de Asuntos Exteriores del FNLA angoleño, así como Laurent-Désiré Kabila, entonces segundo vicepresidente del consejo supremo de la revolución congoleña y jefe del frente oriental. Ese primer contacto con LDK es caluroso, aunque ya se instala la duda. «Decía venir del interior del país. Parece ser que sólo venía de Kigoma, poblado tanzano sobre el lago Tanganika y uno de los escenarios principales de esta historia, que servía de punto de partida para cruzar al Congo y también de cómoda vivienda y refugio para los revolucionarios».

El Che se va a El Cairo el 19 de febrero y se reúne con Nasser. Está en Argel el 24, por tercera vez desde comienzos del año, pronuncia su último discurso oficial, antisoviético, y después regresa a El Cairo, el 3 de marzo, y llega a La Habana el 14. Este electrón libre, este hombre que en plena Guerra Fría se acerca a los chinos, a quien los servicios de información americanos y soviéticos siguen, aturdidos por su enloquecida carrera alrededor del mundo, desaparece de golpe de la pantalla de los radares del imperialismo y del comunismo. Durante tres años correrán rumores sobre su caída en desgracia, su asesinato o su internamiento en un psiquiátrico.

Después de haber dejado a su amigo Fidel una carta en la que renuncia a su nacionalidad cubana, a su cargo de ministro y a su grado de comandante, parte para poner en otros lugares sus *modestos esfuerzos*^[35] al servicio de la revolución mundial. A partir del 2 de abril de 1965, y bajo el disfraz de Ramón Benítez, emprende un viaje clandestino que, en dos semanas y vía Praga, Milán, El Cairo y Nairobi, le lleva hasta Dar Es-Salaam. El 23, desde Kigoma, atraviesa el lago con un puñado de hombres en dirección a la ribera congoleña. Les explica que su lucha en el Congo va a durar entre tres y cinco años. Al término de los cuales, entrarán en Kinshasa, en medio del mismo entusiasmo popular que les acompañó cuando entraron, seis años antes, en La Habana.

Por costumbre, homenaje a la Sierra Maestra, construyen una base en las montañas cubiertas de bosques lluviosos. Tatu vuelve a sacar el traje de campaña, la boina negra y la pipa. Le crecen los cabellos y la barba. Manda aviso a LDK, de viaje en El Cairo, de que el Che Guevara se ha instalado en el Congo.

Los cubanos comienzan inspeccionando los frentes, cerca de setecientos hombres, congoleños y ruandeses, diseminados y mal equipados. La desorganización es absoluta, la tropa, socavada por el alcohol y las enfermedades venéreas, vive a expensas de los campesinos a los que se supone que debería liberar del yugo. Los heridos a los que hay que curar lo están a causa de las disputas que acompañan a las

borracheras. Los hombres se niegan a cavar trincheras o a transportar el material a lo alto de las montañas. *Mimi apana motocari. Yo no soy un camión.* Los refuerzos cubanos llegan poco a poco. Serán unos ciento cincuenta combatientes que, en lugar de formar una columna modelo, van a repartirse por los diferentes frentes para promover la eficacia. El Che se da cuenta enseguida de que se corre el riesgo contrario: que los cubanos se contagien de los congoleños. Enfrente, el ejército del coronel Mobutu recluta mercenarios belgas.

Emprenden la larga marcha. Llevan a cabo misiones de reconocimiento con los ruandeses hasta Uvira, y hacia el sur con los congoleños, en dirección a Albertville. Consiguen tender algunas emboscadas. Recuperan algunos viejos escopetones. Esperan a LDK. «Todos los días teníamos el mismo cántico matinal: Kabila no llegó hoy, pero mañana sin falta, o pasado mañana...». En julio, después de haberle esperado tres meses, el jefe hace al fin su aparición. «Kabila vino, estuvo cinco días y se fue, haciendo aumentar los rumores sobre su persona. No le gusta mi presencia, pero parece haberla aceptado por el momento».

Los aviones de Mobutu tiran octavillas que llaman a la desertión. Se lanza una ofensiva. A pesar de toda su biblioteca, de las relecturas de la *Iliada* y la *Odisea*, el Che pierde la calma. Los cubanos mueren. Los campesinos se pasan al enemigo. LDK no vuelve a aparecer. Llega la derrota militar, la retirada hacia el lago, la fuga, a fines de noviembre, después de siete meses en suelo congoleño. Hay combatientes extraviados en Uvira que no siguen la orden. Deja cuatro hombres en Kigoma con el encargo de buscarlos. El Che se encierra en el primer piso de la embajada de Cuba en Dar Es-Salaam. Se sienta ante una máquina de escribir y compone la primera frase: «Ésta es la historia de un fracaso».

Titulará el manuscrito *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, dejando plaza en un futuro a muchos otros pasajes de la guerra revolucionaria, tantos quizá como países hay en el planeta. Ya está buscando la forma de unirse a la guerrilla en América Latina o de crear allí un nuevo foco. Él sueña con una revolución en Argentina. Pero será en Bolivia.

Le quedan menos de dos años de vida.

Después de haberse apoderado al fin de Kinshasa, en 1997, treinta años después de la muerte de Tatu en Bolivia, LDK, atento a dar lustre a su blasón tercermundista, invitará a Aleida Guevara March, la viuda del Che, a venir al Congo, en mayo del 98, para festejar el primer aniversario de su ascenso al poder, como si él fuera un colega de su difunto marido. Un año después, en el 99, el texto escrito en el primer piso de la embajada en Dar Es-Salaam saldrá por fin de los archivos cubanos para ser publicado. Las últimas frases del texto conciernen a LDK. «Es preciso tener seriedad revolucionaria, una ideología que guíe la acción, un espíritu de sacrificio que acompañe sus actos. Hasta ahora, Kabila no ha demostrado poseer nada de eso. Es

joven y pudiera ser que cambiara, pero me animo a dejar en un papel que verá la luz dentro de muchos años mis dudas muy grandes de que pueda superar sus defectos en el medio en que actúa».

EN CASA DEL CHE

Por si acaso, he buscado la dirección. Después, una mañana, me he apostado delante del portal enrejado, en Lugalo Street, tras haber visto las fotografías en blanco y negro del Che. Están expuestas en una vitrina de madera pintada de blanco, fijada en el muro exterior del jardín con el único fin de esclarecer al pueblo. Como suele ocurrir, en las maldiciones históricas, el pueblo raramente pasa por Lugalo Street.

El guardián de la embajada, que estaba sentado en un taburete, después de que yo le llamara a voces ha ido a buscar a una secretaria, a la que he repetido la misma pregunta, y ella ha atravesado el jardín y ha regresado en compañía de un cubano. Éste hace que abran el portal y me propone acompañarlo. Todo es de una sencillez tal, tan a la pata la llana, que todavía resulta más placentero ponerse a hablar en español. Las palabras por sí solas, en esta simple cháchara de circunstancias, mientras caminamos unos metros uno al lado del otro en dirección a la casa, te transportan al Malecón, con ese calor espontáneo y amistoso de La Habana, que es, ciertamente junto con Argel, Montevideo y México, una de las pocas ciudades del mundo en las que el exilio sería más agradable. Pero Dar Es-Salaam o Brazzaville podrían quizá servir.

Entramos en el *hall* y nos acomodamos en los sillones. En las paredes están colgadas dos fotografías en blanco y negro de Fidel y de Nyerere. Todavía no he mostrado ninguna identificación ni sacado ningún papel. Uno piensa en las garitas fortificadas, en los dobles portales eléctricos blindados de las embajadas de Francia y de Estados Unidos. Es cierto que esta última, no muy lejos de aquí, fue objeto de atentados con coches bomba en el 98, amenazas de las que Cuba está preservada. Uno tiene no obstante la sensación de que Ramón Mercader se introducía con la misma facilidad en la casa de Trotski en Coyoacán.

El hombre es un mestizo de piel muy oscura y sonrisa fácil, va vestido con una guayabera marrón. Dionisio Molina Hernández lleva gafas doradas y un bigote grisáceo. Me confirma que esta casa es la que compró Pablo Rivalta. El apartamento

del primer piso es exactamente el mismo en el que el Che se escondió durante tres meses. Es imposible visitarlo hoy. Pero me propone volver el lunes próximo, digamos a las diez. Me da una tarjeta y anota mi apellido en un cuadernillo.

Me parece que una semana no sería excesiva para poder comprobar las múltiples recomendaciones y salvoconductos que he invocado en el transcurso de nuestra conversación, mi amistad con muchos escritores cubanos e incluso con el ministro Abel Prieto. Si bien es verdad que yo nunca he dado prueba de un anticomunismo de *gusano*^[36], también es cierto que he intentado describir las locuras habaneras, Cronos con su barba gris devorando a sus hijos, las ejecuciones de Arnaldo Ochoa y Tony de la Guardia. Y había imaginado, durante esta semana, que a lo mejor esperaban mi regreso a la embajada para secuestrarme y expedirme atado a La Cabaña^[37], donde sería fusilado (había previsto rechazar la venda en los ojos y sacar pecho ante la salva), o bien que, por lo menos, la próxima felicitación a la nación del presidente de la República Francesa estaría en gran parte consagrada a recodar cuántos días hacía que yo me podría, por amor al arte y a la verdad histórica, en las mazmorras cubanas. Cuando nos encontramos, el día y a la hora acordados, Dionisio me estrecha la mano sonriendo y me explica que el apartamento del primer piso es ahora su alojamiento como funcionario y que había querido arreglar un poco su guarida de soltero antes de recibirme allí.

Esta vez atravesamos la planta baja, llegamos a un salón y nos instalamos en otros sillones delante de una mesa baja, sobre la cual Dionisio coloca una pila de libros y documentos. Sobre las consolas hay dispuestas algunas chucherías folclóricas africanas. Encendemos unos cigarrillos. Me doy cuenta de que, al igual que en la casa de Brazza en Argel, va a hacer falta hablar un poco de política antes de poder visitar el lugar.

Nos ponemos a evocar La Habana. Le cuento que residí allí durante bastante tiempo en el 93 y el 94 y que he regresado varias veces después. Me imagino que él ya sabe todo eso. Le pregunto, a mi vez, sobre su carrera, y le digo que he conocido un poco ese oficio en Oriente Medio y después en África. Lleva aquí dos años. Con anterioridad ocupó diversos puestos en Sierra Leona y en Liberia, y después pasó cuatro años en Haití. Hablamos de LDK y de Mobutu. Interesarse en el Che está muy bien, me dice, pero hoy sería mucho más útil escribir sobre el caso de los *cinco héroes*^[38], que es de lo que tratan los libros que me ofrece.

Me describe con detalle el inicuo proceso de estos cinco hombres juzgados por espionaje en Florida, cuando las autoridades cubanas afirman que se limitaban a actividades de contraespionaje en las filas de los terroristas *gusanos*, con el aval de los servicios federales, que habrían faltado a su palabra. Fueron condenados en octubre de 2001 a penas como sólo existen en Estados Unidos: cadena perpetua más

dieciocho años o cadena perpetua más quince años. Ya se sabe que es poco recomendable, por regla general, presentarse como castrista delante de un tribunal de Miami. Y ése debió de ser particularmente el caso durante la legítima paranoia del otoño de 2001. Le digo que lo mejor sería ver todo eso con García Márquez.

Al fin subimos por la escalera, que tiene en el descansillo una reja susceptible de aislar el primer piso del servicio consular en caso de problemas serios. Un pequeño salón, una cocina, algunas botellas. El dormitorio también es pequeño, y blanco. Tiene vista al patio. El lugar es tan monacal como la habitación de Loti en Rochefort. Una cama, una mesa. Durante tres meses, un hombre se encierra aquí, con las cortinas corridas. Escribe sobre esta mesa, lee tumbado y, como hace siempre allá donde esté, practica el autorretrato fotográfico. Le vemos sentado del otro lado de esta mesa, en la que hay una caja de cigarrillos y se apilan los libros, con una camiseta de tirantes blanca, recién afeitado, los cabellos cortos, con cara de ángel, de adolescente fatigado. Tiene miedo a envejecer. Durante esos siete meses en la jungla, sufrió disentería. Y se enteró de la muerte de su madre en Buenos Aires.

Hacen venir en secreto, desde La Habana, a su mujer Aleida y al maquillador jefe de Piñeiro.^[39] Y de nuevo es Ramón Benítez quien vuela hacia Praga en febrero del 66. Durante algunos meses se pueden seguir las huellas de este hombre anodino, vestido con un traje gris y barato, por Viena y Génova, por Zúrich y Frankfurt, y después por São Paulo. ¿Piensa, por un momento, en que podría conservar esta identidad, cambiar de vida, disfrutar de nuevo del anonimato? ¿En abrir un pequeño comercio en alguna de esas ciudades? ¿En cultivar su jardín? ¿En buscar un puesto de empleado de banca, él, que ha dirigido un banco nacional, él, cuya firma está en los billetes de pesos cubanos? ¿Piensa en no seguir la historia del mundo más que de lejos, a través de la lectura de los diarios? Cuando entra en Bolivia, lo hace con un pasaporte uruguayo a nombre de Adolfo Mena.

Ya en la primera noche se hace un nuevo autorretrato fotográfico, ante el espejo del armario de su habitación en el Hotel Copacabana, en La Paz. Gafas de miope y corona de cabellos grises. El abuelo del adolescente de Dar Es-Salaam. Pero se han terminado los disfraces y los viajes clandestinos. La larga marcha continúa. El jovencito argentino no volverá a salir del bosque.

EN EL BAR DEL KILIMANJARO

Cada tarde es un puerto.

JORGE LUIS BORGES

Mejor ahogarse en alcohol que en el puerto de Dar Es-Salaam. Situado en la azotea del Hotel Kempinski, en el piso dieciocho, este bar sería el lugar ideal para tirarse al vacío. Está claro que es un antiguo hotel comunista, un gran bloque de cemento que recuerda también la arquitectura del Habana Libre, en La Habana, desde el que la vista se pierde en el golfo de México. Aquí lo hace en la bahía de la Bienvenida.

Del otro lado de una capa de guijarros rojizos que imitan una playa, se abre un paisaje que parece el de la bahía de Luanda, en el Atlántico, pero invertido, un efecto de espejo acentuado por el sol, que se está ocultando del lado opuesto, y por los automóviles que circulan por el carril izquierdo de Kivukoni Front, rumbo a la terminal de Kigamboni. Un transbordador azul y naranja los transporta hasta el sur de la ciudad. Más allá está la terminal de contenedores, los cobertizos de café y de algodón y las grúas pórtico. Un gran carguero rojo lleno de productos inflamables está en el muelle, delante de las cisternas. La gasolina, como el chardonnay, se importa desde Sudáfrica.

Por encima de Sokoine Drive y de la catedral de Saint-Joseph, se entrevé el embarcadero de los *ferrys* que van a Zanzíbar, y uno piensa en la fiesta que puede representar la simple contemplación del mundo, día tras día, cuando se es marino. Admirar cada tarde de tu vida los dhows en la rada, uno de los cuales repite cotidianamente la proeza de aproximarse a vela a todos los navíos que están en el fondeadero y abordarlos, uno a uno, para proponerles no sé qué productos o qué precioso servicio. Y es posible que el talento de este timonel anónimo, que logra tarde tras tarde sacar provecho de la cambiante brisa con un barquito tan poco maniobrable, sea más admirable que el coraje absurdo de los héroes. Uno no está muy seguro de admirar a esos hombres, a Brazza o a Savimbi, a Stanley o a Guevara. Uno los envidia un poco, es cierto. Por haber creído que era posible forzar la Historia marchando siempre hacia delante en medio de la selva. Se siente menos respeto espontáneo ante los sedentarios. Seguramente estoy equivocado. Uno debe de ser más sabio cuando se dedica a cultivar su jardín, a clasificar su biblioteca. A uno le gustaría poder detestar a todos esos promotores de convulsiones devorados por la inquietud.

Ciertamente, no lo consigue.

Esos hombres fueron capaces de soñar que eran más grandes que ellos mismos, sembraron el desorden y la desolación a su alrededor, cubriendo sus empresas aventureras con el manto de las ideologías de su tiempo, apropiándose de aquella que podían llevar como una antorcha: la exploración, la colonización, la descolonización, la liberación de los pueblos, el comunismo, la ayuda humanitaria... Quizá vale más limitarse a pasar, no mezclarse en nada, amar la curiosa vida de los hombres y dejarlos en paz. Observar las boyas y las balizas para la navegación, tan sabiamente dispuestas.

Al sudeste, la punta de un bosque verde oscuro aparece rodeada de arena blanca. Los bous industriales aguardan por parejas. Por encima, se ve un rosario de nubes cerúleas enrojecidas. Allá al sur, está el meandro que dibuja la bahía y le da el lustre de una desembocadura amazónica. Para aquellos a quienes les gusten los barcos de carga, el puerto de Dar Es-Salaam es uno de los paisajes más hermosos, particularmente al final del día. Al sudoeste, se ve el batiburrillo industrio-portuario que llega hasta la estación de ferrocarril. Silos, raíles y grúas. Y el vuelo de esos grandes pájaros negros y blancos que son los ibis sagrados del Nilo, que tal vez sobrevolarán Jartum.

Después de consagrar la jornada a la lectura de Jules Verne, en mi habitación del Palm Beach, vengo aquí cada atardecer para hojear el *Tanzania Times* y el *Tanzania Today*. En ellos se lee un curioso revoltijo de sucesos trágicos y preocupaciones ecológicas. Si no es raro que los ladrones sean linchados, sufriendo el suplicio del neumático incendiado que les colocan al cuello, la opinión pública —al menos aquella que lee los periódicos y demuestra con esa costumbre que posee un alto nivel económico y cultural— parece preocuparse mucho por la suerte de los animales.

Estando el mercado clandestino de oro blanco en trance de ser eliminado, siendo las manadas cada vez menos numerosas y llevando camino el elefante de convertirse más o menos en un animal de crianza cuya proliferación resulta embarazosa, el tráfico se ha trasladado hacia animales más manejables y en vías de extinción, como las tortugas verdes, cuya exportación ilegal hacia países tan lejanos como Malasia denuncia la prensa tanzana.

Por delante de muchos otros países, Tanzania —o mejor, de nuevo, sus élites socioeconómicas— lleva el amor por las tortugas hasta la prohibición de fabricar, importar o utilizar esas bolsas de plástico que las tortugas miopes confunden fácilmente con apetitosas medusas. Pero dado que las bolsas de papel suelen faltar o ser demasiado frágiles, los pequeños vendedores, extenuados de empujar con los brazos por las calles sus carretas temblorosas, hermosamente consteladas de bolsas de plástico de diversos colores, se ven acribillados a multas cuyo importe quizá no siempre termine en el monedero de las tortugas, de lo cual se quejan amargamente. Y

ello a riesgo de pasar por infames y atrasados contaminadores.

El día se apaga.

El gran barco de contenedores, cuyo casco bermellón hace una semana que inflama las aguas lisas cada tarde con el sol rasante, como si de buena gana fuera un elemento definitivo e indispensable del paisaje, se aleja del muelle y se hace a la mar sobre las seis. En el paso se le une el barco del práctico. Después se encienden las luces de posición de los barcos en la rada, las farolas de sodio de los depósitos y sus conos de luz de un amarillo anaranjado, todo ello lleno de una belleza tan poderosa, y tan triste a la vez, que es difícil no solicitar de nuevo el apoyo neuroregulador del chardonnay sudafricano. Y este maravilloso espectáculo es gratuito aun cuando el vino tenga un precio desorbitado. Un maestro, me dicen, gana aquí sesenta mil *shillings* al mes. La copa de blanco cuesta dieciocho mil. Lo que demuestra claramente que las élites socioeconómicas no reservan toda su compasión para la tortuga verde sino que también se cuidan de preservar del alcoholismo al cuerpo de profesores.

En Zanzíbar

EN STONE-TOWN

Zanzíbar es el Bagdad, el Ispahan, el Estambul de África oriental

HENRY MORTON STANLEY

En ciertos lugares, el comunismo es un excelente producto conservador. Stone-Town, que habría sido desfigurada sin duda por el liberalismo inmobiliario si éste hubiera sido autorizado, responde en buena medida a las descripciones entusiastas que se pueden leer de los viajeros de los dos siglos pasados. Casas altas agrupadas en torno a callejones oscuros, balcones con saledizos y celosías, grandes puertas labradas y tachonadas de cobre. La ciudad vieja recuerda las de Mascate o Mutrah, en el sultanato de Omán, con la diferencia de que, desde siempre, ésta fue cosmopolita y ecuménica, erizada de campanarios, de minaretes y de los anillos multicolores de los templos hindúes.

Los conductores de los rickshaws-taxi, que hacen petardear aquí sus motores de *scooter*, van vestidos con el *kanzu*, que es una falda blanca, y tocados con una *kofia*, que es un bonete bordado. Delante de Mizingani Road, dos pequeños cargueros tensan las cadenas del ancla y los *ferrys* para Dar se cuelan entre ellos. El primer árbol que se ve, a la salida del embarcadero, es una higuera de Indias plantada por el sultán en los años cuarenta, así lo indica un rótulo, cuya majestuosa copa se ha convertido en sagrada para los vitalistas.

Más al este, después de la ruina del palacio comunista Bwawani, que ya no es sagrado para nadie, los manglares están literalmente cubiertos de bolsas de plástico azules que muestran un culpable desinterés por la suerte de las tortugas verdes. Los carpinteros de ribera, con los pies en el fango, fijan el armazón de los dhows. Yendo por Malawi Road, tomamos Creek Road para llegar a la estación de autobuses. Durante una o dos horas, el *dala-dala* traquetea en dirección al norte de la isla, atraviesa una sabana en la que se ven baobabs y luego cocotales y palmerales en los que se abren campos de yuca. A diferencia de las islas verticales de São Tomé e Príncipe, que son sus homólogas atlánticas, las islas de Zanzíbar y de Pemba son llanas y parecen estar siempre a dos palmos de ser devoradas por el océano Índico.

A veces uno se deja engañar por el atlas, que difícilmente representa los relieves de otro modo que por el simbolismo de los colores, y así las tonalidades marrones se oscurecen con la altura hasta el blanco de las nieves perpetuas. Esa convención no sirve para el agua. Y aquí hay que hacer un esfuerzo para representarse que la

superficie del lago Tanganika está a ochocientos metros por encima del nivel del mar y, consecuentemente, de Zanzíbar.

A la altura de la ciudad de Bububu, algunos omanís millonarios y nostálgicos han comprado la franja costera, y los habitantes del lugar, que son pescadores tanto por costumbre como por necesidad, disponen de corredores de acceso a la costa. Quien conoce el desierto de Rub Al-Khali, quien ha visto la maravilla del más débil aguacero que, cada tres o cuatro años, adorna de flores las orillas de los wadi, los ríos estacionales del desierto, secándolas de inmediato, y los desfiladeros de rocas vitrificadas por el calor, puede comprender la fascinación de los marineros árabes, a los que el monzón empujaba cada año hacia estas riberas de vegetación enloquecida y los alisios mandaban de vuelta hacia unas arenas y un sol asesinos. Y hasta qué punto el nombre de Zinj el-Barr, el País de los Negros, podía sonar como el del mismísimo paraíso a los oídos de unos camelleros extenuados que llegaban al puerto de Sour después de semanas de vientos en las dunas del Hadramaout. Acucillados sobre sus talones, removiendo las brasas y dando sorbos a sus minúsculos cuencos de café, al atardecer escuchaban a los esclavos hablar de la frescura de la hierba verde y de la piel de las mujeres negras, de las aguas de fuentes que nunca se secaban y de árboles frutales a los que no hacía falta que ningún *falaj*^[40] irrigase.

En dirección a Mangapwani, se ven todavía las cuevas de esclavos horadadas en las rocas coralinas después de la prohibición de la trata en 1873 y de que el mercado de esclavos de Zanzíbar se convirtiera en Iglesia de Cristo. Aquí se atracaba de noche, en una cala escondida, con todas las luces apagadas. Los cautivos, encadenados, trepaban por el sendero y se amontonaban en estas fosas rectangulares, de una quincena de metros de largo por tres o cuatro de ancho. Al cabo de algunas noches, un dhow los embarcaba rumbo a Asia o a Arabia. Hasta 1911, el sultanato daba en la isla una indemnización a los propietarios para incitarlos a emancipar a sus siervos. Éstos se convertían entonces en obreros agrícolas u ocupaban cualquier terreno, o bien iban a amontonarse en las barracas de Ngambo, detrás de Stone-Town.

La administración colonial británica se encargó a continuación de darles una identidad, y pueden verse algunos de esos certificados en la casa de los Archivos Nacionales de Zanzíbar del barrio de Kilimani. Esas historias no resultan ni antiguas ni lejanas para quien dispone de un instrumento de precisión para medir la Historia. Yo he visto los ojos de mi abuela, la cual había visto los ojos de su abuelo. Éste vivía en El Cairo y vio con frecuencia los ojos de Lesseps, los cuales habían visto a su vez los ojos de Brazza. Todo eso ha tenido lugar en un soplo de tiempo. La trata no es una vieja historia. Hombres cuyos ojos yo veo han visto a su vez los ojos de sus abuelos, que fueron hombres encadenados.

PIERRE & JULES

Yo vuelo con la rapidez del huracán, unas veces en lo más alto del aire, otras a cien pies del suelo, y el mapa africano se extiende ante mis ojos como un gran atlas del mundo.

JULES VERNE

El encuentro de estos dos se frustró en tres ocasiones.

En 1862 es cuando Verne hace despegar desde una de esas islas a ras de agua que se ven delante de Stone-Town, Grave Island o Prison Island, el dichoso globo que de golpe le trae gloria y fortuna. El piloto Fergusson sobrevuela el océano hasta Bagamoyo y sigue su camino hacia el lago Tanganika, siempre rumbo al oeste. Verne ha leído los informes de la expedición de Speke y Burton cinco años antes. Pero se desconoce lo que hay después del lago. El atlas está virgen. Es el gran espacio en blanco del África central. Para llenarlo, habrá que esperar los viajes que quince años después harán Stanley por el Congo y Brazza por el Ogooué.

Un oportuno viento literario hace derivar el globo hacia el norte, donde el mapa está cubierto de indicaciones. Después de cinco semanas de peripecias, los tres aeronautas, que bien hubieran podido tocar tierra en São Tomé, se posan en SaintLouis, cerca de Dakar.

Cuando el libro se publica, Brazza es un niño de diez años. En la biblioteca de la morada familiar en Castelgandolfo, su preceptor, el padre Paolo, le anima a leer los atlas y las novelas de aventuras.

Diez años después, la vuelta al mundo se efectúa en ochenta días, setenta y nueve para ser más exactos. Verne escribe su novela algunos meses después de que Stanley haya encontrado a Livingstone y publicado el relato de su aventura.

Al inicio del libro, el personaje de Phileas Fogg es presentado en su casa londinense de Saville-Row y no falta la evocación del periodista *globe-trotter*. «¿Había viajado? Es probable, porque nadie conocía el mapa del mundo mejor que él. No había lugar, por apartado que fuera, del que él no pareciera tener un conocimiento especial. Algunas veces, aunque siempre con breves palabras, rectificaba las mil opiniones que circulaban por el club acerca de los viajeros perdidos o extraviados».

Las cenas del *gentleman* en el Reform Club son siempre solitarias y están servidas «en una porcelana especial sobre un admirable mantel de lienzo sajón, siendo una cristalería de molde único la que contenía su jerez». Hacen pensar en la

primera comida en Ujiji, contada en *How I Found Livingstone*, con la vajilla inglesa, el baúl de mimbre y los cubiertos y cubiletes de plata, todo ello acarreado durante meses a través de la espesura, y con el champán, del que Stanley no olvidará llevar algunas botellas de nuevo, quince años más tarde, para cumplimentar a Emin Pachá.

A finales de 1872, cuando Phileas Fogg recorre el planeta, Brazza tiene ya veinte años. Como joven aspirante, navega a bordo del *Vénus* por el Atlántico Sur. Espera atracar por primera vez en África.

Cinco años más tarde, Verne escribe su novela antiesclavista *Un capitán de quince años*. Un objeto metálico colocado por descuido cerca de la brújula hace que un navío se extravíe, en una artimaña que ya encontramos en Conrad, en la novela *Con la soga al cuello*. La tripulación, entre la que se cuentan negros norteamericanos, cree que encalla frente a las costas chilenas. Están en las de Angola y descubren la trata. Tras un largo periplo por el interior, terminarán por recorrer el Congo hasta su desembocadura. Como de costumbre, Verne interrumpe cada tanto la narración con largas disquisiciones científicas, en este caso descripciones entomológicas y relatos de las vidas de Livingstone, Cameron y Stanley, quien acaba de llegar a Luanda ese mismo año.

Uno se da cuenta de que en medio de todos esos héroes ingleses, al nantés no le molestaría que hubiera un compatriota. Así que se lo inventa. Es el personaje de Samuel Vernon. «Un viajero francés que, por iniciativa de la Sociedad Geográfica de París, había partido con la intención de hacer la travesía de África de oeste a este».

En ese año de 1877, ese hombre existe, pero nadie lo sabe. Brazza está en el corazón de la selva. Hace dos años que ha salido de la costa gabonesa y remontado el Ogooué y el Mpassa. Ahora atraviesa las mesetas Bateke.

Jules Verne lo ignora.

Entonces se recorría África de parte a parte por una medalla de oro. La de Londres era la más preciada. Después de su aterrizaje cerca de Dakar (Verne propone el término *aterrizamiento*, que no tendrá fortuna), «el doctor Fergusson presenta en sesión pública, en la Real Sociedad de Geografía, el relato de su expedición aeronáutica y obtiene para sí y para sus dos compañeros la medalla de oro destinada a recompensar la más destacada exploración del año 1862». Poder escribir en su tarjeta, junto a sus títulos, las iniciales F. R. G. S. —*Fellow Royal Geographical Society*— supone también el honor de cenar a su antojo en el Geographical Club de Whitehall Place, en medio de los mapamundis y de las estanterías donde duermen los manuscritos de los exploradores.

Tres africanos consiguieron que se les otorgara ese privilegio, del cual cabe imaginar que no pudieron abusar mucho. David Susi y James Chuma, los compañeros de Livingstone, así como Sidi Mubarak Bombay. Éste, que había nacido esclavo en

Zanzíbar, fue guía de Speke y Burton, después de Stanley y finalmente de Cameron. Descendió el curso del Nilo, desde el lago Victoria hasta El Cairo, y atravesó el continente desde Bagamoyo hasta Angola, antes de regresar a Zanzíbar para morir en 1885, el mismo año en que lo hacía el viejo Malamine Kamara en Dakar, durante el verano que Brazza estuvo en São Tomé.

El hombre de treinta y tres años de edad que ha quedado para la eternidad y que era Brazza en ese verano del 85, el que había visto cómo le otorgaban todas las condecoraciones imaginables por haberse adelantado a Stanley, quizá hubiera preferido convertirse en un héroe de Jules Verne.

Los Viajes extraordinarios son un mausoleo más grande.

EN EL BLOQUE 7

Quien domine África dominará el mundo.

LENIN

Radio Nacional de Zanzíbar, siete de la mañana, 12 de enero de 1964:

¡SOY EL FIELD-MARSHALL OKELLO! ¡DESPERTAOS, IMPERIALISTAS, SE ACABÓ EL GOBIERNO IMPERIALISTA EN ESTA ISLA! AHORA HAY UN GOBIERNO DE FREEDOM FIGHTERS. ¡DESPERTAOS, HOMBRES NEGROS! ¡QUE CADA CUAL SE HAGA CON UN ARMA Y MUNICIONES Y COMIENZE A COMBATIR LOS RESTOS DEL IMPERIALISMO EN TODOS LOS LUGARES DE LA ISLA!

El marshall John Okello tiene treinta años. Es un aventurero ugandés. Da un ultimátum al sultán por teléfono: tiene veinte minutos para matar a sus hijos y a sus mujeres y suicidarse. Después agarra su kaláshnikov, apaga la radio y se va a atacar otro puesto de policía. El sultán y su familia aprovecharán la confusión para embarcarse en un dhow y largar vela rumbo al continente, desde donde volarán hacia su exilio londinense. El marshall Okello desdeña el poder y nombra a Abeid Karume primer ministro. Éste pretende ser zanzibareño. Se sospecha que es oriundo de Malawi. Fue marinero, descargador y después sindicalista, antes de ponerse a la cabeza del ASP, el Afro-Shirazi Party, y de hacerse llamar Sheikh Karume.

Tres días después del levantamiento, Okello ofrece un primer balance. Éste es mucho más sangriento que el de los habituales golpes de Estado santotomenses de los Búfalos. Es incluso uno de los acontecimientos más mortíferos de la Guerra Fría en la región, si se comparan las consecuencias con una población total tan escasa, apenas trescientos cincuenta mil habitantes. Doce mil combatientes contrarrevolucionarios, o considerados como tales —en realidad, propietarios árabes y comerciantes indios—, fueron asesinados. Más de mil quinientas personas desaparecieron. Más de veintidós mil fueron arrestadas. Nueve *freedom fighters* perdieron la vida en estos heroicos combates.

Okello sale muy pronto de Zanzíbar para encontrarse con los presidentes de Kenia, Tanganika y Uganda, países que también acaban de acceder a la independencia. Su discurso internacionalista asusta a todo el mundo. Frecuentemente, los héroes son incomprensidos. A su regreso, Karume lo encierra brevemente y después lo expulsa. Okello parte para predicar la santa palabra de la subversión trotskista de un lado a otro por el continente. Conocerá diversas mazmorras africanas antes de desaparecer de la circulación.

De inmediato, Karume instala su revolución radical y estalinista. Se prohíben la práctica del críquet y el uso de rickshaws, estos últimos son reunidos y quemados en las plazas públicas. El ASP se convierte en partido único y el sistema electoral es abolido. La tierra es nacionalizada. Se impone el uso de *Ndugu*, equivalente en lengua swahili de la palabra rusa *Továrich*. Los ingleses, como buenos jugadores, recogen sus uniformes de críquet y se largan. Se pide ayuda a los rusos y a los chinos. Médicos cubanos y búlgaros se instalan en el hospital V. I. Lenin de Pemba. La Stasi forma a los Guardias Verdes de la Revolución, jóvenes zanzibareños a los que en secreto se les da el sobrenombre de ratas, *panyas*, siempre dedicados a huronear en lo poco que queda de vida privada. Una potente sirena marca la jornada de trabajo, de siete y media a dos y media. Muge de nuevo a las seis de la tarde y cada uno, allí donde se encuentre, debe inmovilizarse y guardar silencio, por si alguna comunicación de la mayor importancia debe ser puesta en conocimiento del pueblo.

Por ejemplo, ésta: el jefe del Consejo de la Revolución pretende limitar las importaciones y prohíbe el pan. Quedan la yuca, la carne de coco, las bananas, los mangos y las papayas nacionales. Como en Cuba con el azúcar y en São Tomé con el cacao, la revolución lo apuesta todo al clavo de especia, del cual la isla es el primer productor mundial. Cabría asombrarse ante la pasión que suscita un producto especialmente destinado a apestar las salas de los dentistas y aterrorizar a los niños. Los indonesios perfuman con él sus cigarrillos. Zanzíbar hace fortuna. Karume presume de un botín de guerra de ochenta y cinco millones de libras esterlinas depositado en un banco de Londres. El 25 de abril, Tanganika y Zanzíbar deciden unirse. Se crea, por contracción de los dos nombres, el neologismo *Tanzania*, que se convierte en un nuevo Estado.

Karume es ahora vicepresidente de Tanzania, pero conserva el poder absoluto en Zanzíbar, donde están prohibidos los observadores. Él dirige la Justicia, la Economía y la televisión estatal en color, orgullo del régimen. La lejana isla es una dictadura aislada del mundo, un laboratorio donde crear por fin al hombre nuevo. A partir de 1970, Karume planifica matrimonios forzados. Muchachas de las minorías persa y asiática son arrancadas de sus familias y ofrecidas a los achacosos miembros del Consejo de la Revolución. El Irán del Shah monta una operación para sacar a algunas de esas muchachas, llevadas por mar hasta Mombasa y después a Nairobi, donde toman un vuelo para Teherán vía Karachi. Las entrevistas que dan a su llegada son recogidas por la prensa internacional. El mundo descubre cómo es la vida en Zanzíbar. En 1972, Abeid Karume es asesinado en la sede del APS, en el transcurso de una partida de naipes. Pasa la mano.

El actual presidente Karume es su nieto. La isla se ha democratizado. De aquella época conserva su propia televisión nacional en color. Omar Chande, su director, me invita a visitar los estudios. Aparte de él, el personal con el que me encuentro es

femenino y usa velo. Veo dedos desnudos correr sobre los teclados. Me entero de que, durante el mes del Ramadán, un noventa por ciento de las emisiones son religiosas y se organizan grandes concursos de recitadores del Corán, con artistas venidos del mundo entero. El partido islamista estaría ya en el poder si no fuera por algunas argucias electorales, me comenta un técnico, a causa de las cuales, después de cada proclamación de resultados, se producen en la ciudad revueltas seguidas de toques de queda.

De regreso en el despacho de Omar, éste me pregunta si puedo ayudarle a conseguir películas francesas y me invita a cenar con él dentro de unos días en el Bloque 7.

Abeid Karume declaraba cuando tomó el poder: «Una cabaña de tierra, incluso si ha sido bien construida, no puede compararse con un apartamento moderno. Yo mismo tenía doce cabañas y las he hecho demoler. El proyecto es dar a cada familia un apartamento. A una persona que vive en una cabaña desvencijada en vez de en un apartamento no se la puede considerar libre».

En cada dictador dormita un arquitecto. Después que él mismo acometió el diseño de los planos del Bwawani Hotel, palacio y vitrina del régimen, gran ruina blanca dejada en el abandono cuyos cimientos se deslizan en el fango, Karume decidió confiar a los ingenieros del Este la concepción de bloques de apartamentos en el antiguo barrio de Ngambo, rebautizado como Michenzani.

A los pisos del Bloque 7 se sube por una escalera exterior. Las paredes están decrepitas y cubiertas de moho. La cena de pescado y legumbres es excelente, la ha preparado la mujer de Omar, que viene a saludarnos efusivamente. Estos bloques de cemento leproso, en los que uno imagina que nadie puede vivir de buen grado, acogieron a la nomenklatura de los hombres nuevos, a quienes se quiso alejar del océano verde jade y de los jardines umbríos.

Omar es un anfitrión agradable y culto, apasionado del cine, que acude a los festivales siempre que puede. Con el fin de satisfacer mi curiosidad arquitectónica, nos vamos a visitar los barrios construidos por los alemanes del Este, y después aquellos otros que fueron encargados a los chinos, y terminamos la velada en una tasca sin alcohol al final de la ciudad, donde nunca han vivido más que hombres antiguos. Allí nos encontramos con comerciantes de Harare que quieren saber si soy inglés. Ante el anuncio de la buena nueva —*a Frenchman!*—, envían a unos chavales a buscar en cualquier destilería más o menos clandestina unos saquitos de plástico transparente como los que se usan en la venta de peces rojos, aunque éstos no sobrevivirían mucho tiempo en esta especie de matarratas de fabricación local al que, con una lejanísima etimología de la región de Coñac, se designa con la palabra *koniagui*.

Omar se ha ido a su casa. La discusión se enciende con el tema de Robert Mugabe, de quien mis comensales ensalzan el genio y coraje político. A mi alrededor todo son pestes de los pérfidos ingleses. Estos comerciantes son lecheros que afirman hacer fortuna exportando el precioso líquido alimenticio a toda África. Según ellos, la situación económica en Harare es al menos tan estable como en Londres, no conviene dar crédito alguno a la prensa neoimperialista. Lo mejor es que lo compruebe yo mismo: me invitan y vuelven a servirme del otro líquido no menos precioso. Después se mofan del cebú de Zanzíbar, o de la hembra del cebú de Zanzíbar, pobrecita, que no produce más que *40 gallons of milk a year*, mientras que las gordas vacas zimbabuenses, excitadas quizá por la extraordinaria expansión económica debida al genio de Mugabe, dan 600 galones y algunas incluso 700.

Como está claro que nadie va a encontrar esta noche reserva alguna que poner a Mugabe, me quedo con la leche y el *koniagui*. Para mi vergüenza, ignoro cuántos galones de leche anuales puede producir una vaca charolesa o una normanda. Toda ignorancia es culpable.

LA ÚLTIMA MORADA

Cuando se trata de África, la gente o bien no quiere saber o bien juzga en nombre de sus principios. Todo el mundo pasa alegremente de los que viven en el lugar.

V. S. NAIPAUL

Por razones de iluminación, finalmente he abandonado el pequeño Hotel Beit El-Aman, tan certeramente nombrado, en el que en efecto se está en paz, pero también en penumbra, y he instalado mi campamento en el Africa House. Éste se alza a pocos metros de la que fuera morada de Tippu Tip, en una callejuela que sale de Kenyatta Road y a la cual, por razones que ignoro, han dado el nombre de Suicide Alley. El Africa House es el antiguo English Club de Zanzíbar. Hasta 1960, su biblioteca y su bar estuvieron reservados exclusivamente a los *gentlemen* de la Corona amantes del críquet. Después se convirtió en un hotel de poca monta antes de ser restaurado al estilo de las Indias coloniales o de la imagen que los viajeros del siglo XXI se hacen de las Indias de Kipling. Su terraza se abre sobre el océano, en el que dhows fantasmales y silenciosos se deslizan en la noche, a vela y sin señalización. Yo aguardaré aquí varias semanas, hasta el mensaje del presidente de Francia a la nación para el año 2007, en el cual puede que anuncie la juiciosa retirada de alguna nueva estúpida iniciativa legal.

Sobre la mesa, delante de mí, están dispuestas en ángulo recto las pilas de libros y de cuadernos de notas, los planos y los mapas, y los periódicos acumulados. En este 2006, éstos habrán estado llenos de Darfour como antaño lo estuvieron de Biafra, de Eritrea o de la guerra de Angola. He metido dentro de una carpeta de plástico los recortes de prensa que se refieren al mausoleo de Brazza, esa curiosa iniciativa que ha venido a remover una vez más todas las viejas historias de exploradores.

Me acuerdo de las discusiones con Fulgence en los bares de Brazzaville y de las polémicas que comentábamos. «Una distracción para hacer olvidar a los desaparecidos del Beach... Un mausoleo en mármol rodeado de chabolas... No hay colchones en el hospital de Makélékélé y los más afortunados se hacen curar en Europa...». Pero tú te vas a ir, concluía él a veces, meneando la cabeza. Como si el hecho de no instalarme en el Congo devaluase inevitablemente mis argumentos. Yo le respondía que este planeta es el de la humanidad y que la Historia —como la tierra, camarada— pertenece a aquellos que la trabajan. En muchos aspectos, Fulgence tenía razón, y está bastante claro que en caso de nuevo conflicto la tomarán con ese monumento, con ese símbolo del nepotismo de Denis Sassou Nguesso, con todos

esos millones que pertenecen al pueblo tirados por la ventana para albergar el cadáver de un aristócrata italiano:

¿Ha tenido lugar un acuerdo secreto entre los herederos de Brazza y la Fundación Savorgnan de Brazza, la cual ha estado en el origen de la repatriación desde Argel a Brazzaville de los restos mortales de Pierre de Savorgnan de Brazza? Se murmura que, visto que el compromiso de las autoridades políticas actuales para dicha repatriación, y para la construcción a orillas del Congo del memorial en el que reposan los restos, no ha contado con el apoyo unánime de los congoleños, los herederos de Brazza temen que, en los años venideros, las futuras autoridades puedan reconsiderar el uso del mausoleo. Ante esta eventualidad, los herederos de Brazza habrían conseguido que los restos mortales de Brazza, su esposa y sus cuatro hijos fueran transferidos a otro lugar. Se supone que la elección ha recaído en la basílica de Sainte-Anne-du-Congo, en Brazzaville. Dan ganas de decir: vivir para ver.

Artículo sin firma
La Semaine africaine,
en la sección «Un vistazo sesgado»

Aun en el caso de que ninguna ira guerrera viniera a destruirlo, las propuestas de reconversión del mausoleo son ya objeto de debate. El proyecto planteado más abiertamente consiste en transformarlo en un panteón de los héroes del pueblo congoleño:

Ayer, los revolucionarios prometieron transformar las iglesias en salas de cine, para promocionar la cultura popular a partir de 1963. Hoy, 43 años después, una gran parte de mis camaradas, que condenaron con exaltación y audacia el colonialismo, y sobre todo el neocolonialismo, construyen un mausoleo en honor a la colonización, sin que ello responda a las condiciones para acceder al umbral máximo de las ayudas al desarrollo. ¿Qué va a ser del museo del comandante Ngouabi?

Transferir los restos del hombre del 31 de julio a ese mausoleo y darle una nueva denominación reconciliará a todas las sensibilidades nacionales, intelectuales y políticas.

Quizá, y nosotros nos atrevemos a esperarlo, este mausoleo se convierta en un museo de Historia Cultural, con esa dimensión de panteón, y resulte útil.

GRÉGOIRE LEFOUABA,
profesor de Filosofía de la Universidad Marien Ngouabi,
exministro,
La Semaine africaine

Claro que el problema de esta propuesta del camarada Grégoire Lefouaba es que, en una eventual reconversión de la basílica de Sainte-Anne-du-Congo en un complejo de multicines, todavía habría que buscarle a Brazza una nueva última morada.

AGRADECIMIENTOS

Además de a los protagonistas que, bajo un nombre que quizá no sea el suyo, se reconocerán en este libro, doy las gracias a todos aquellos que de una u otra manera me han ayudado a escribirlo, y muy especialmente a Marcos Asensio por haberme dado la idea una tarde en su casa de Miami.

ÚLTIMAS NOTICIAS

En el momento de concluir este libro, en este verano de 2008, parece ser que una sobrina bisnieta de Brazza, Idanna Pucci, ha presentado una querrela ante el Tribunal Superior de París contra la República del Congo. Estimando que ésta no ha cumplido con sus obligaciones hacia los herederos, entre las cuales estaban la creación de un dispensario, el mantenimiento de los espacios de memoria que llevan el nombre del explorador, etc..., pide la repatriación de los restos mortales a Italia.



PATRICK DEVILLE (Saint-Brévin, Francia, 1957 —). Realizó estudios tanto de literatura comparada como de filosofía en Nantes. A los 23 años era agregado cultural en el Golfo Pérsico; a los 25, enseñaba filosofía en el extranjero.

Enseguida, en los años 1980, Deville enlazó una serie de viajes: a Oriente Medio, Nigeria, Marruecos y Argelia. Luego, en los años 1990, vivió cierto tiempo en Cuba, pensando en la caída del castrismo (allí aprendió español), y más tarde residió en Uruguay y América central. De todos modos regresaba periódicamente a Francia para publicar sus libros.

Tras publicar cinco novelas en ediciones Minuit —desde *Cordon-bleu* (1987) hasta *Ces Deux-là*—, Deville enlazó un singular ciclo en la editorial Seuil, donde sigue la historia colonial de un modo peculiar: *Pura Vida* (sobre América latina, sobre William Walker, asesinado en 1860), *Equatoria* (en África), *Kampuchéa* (en la Camboya más convulsa), que constituyen para el autor un solo libro, que fue modificándose al ampliarse con nuevos argumentos. Sus lazos con Nicaragua y su amistad con sandinistas (Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal) latían en su primer libro.

Creó en 1996 el *Prix de la jeune littérature latino-américaine* y la revista *Meet, de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire*, de la que es hoy su director literario.

Su obra se ha traducido a doce lenguas.

Notas

[1] Estilo musical nacido en los arrabales de Costa de Marfil, en 2003, y pronto extendido por toda África y por los clubs nocturnos africanos de París. (*N. del T.*) <<

[2] Territorio alemán en el que por un tiempo se refugió Céline en 1944, junto con otros seguidores de Pétain, huyendo de la Francia liberada. (*N. del T.*) <<

[3] Referencia a los combates iniciales de la tercera guerra carlista. (*N. del T.*) <<

[4] Personaje de la novela *El misterio del cuarto amarillo*, de Gaston Leroux. (N. del T.) <<

[5] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[6] Referencia al forzado encierro de Napoleón en la isla de Santa Elena. (*N. del T.*)

<<

[7] Referencia a la colonia igualitaria «Cecilia», fundada en 1890 en el estado brasileño de Paraná por el anarquista italiano Giovanni Rossi. (*N. del T.*) <<

[8] Se conoce como *limes* a los límites fronterizos del imperio romano. (N. del T.) <<

[9] Asamblea de movimientos de liberación (tanto partidos políticos como movimientos guerrilleros) de Asia, África y América Latina, cuya primera reunión tuvo lugar en La Habana en enero de 1966. (*N. del T.*) <<

[10] Gentilicio de los habitantes de la ciudad de Luanda. (*N. del T.*) <<

[11] Los *assimilados* eran los negros y mestizos que las autoridades coloniales consideraban que habían asimilado completamente la cultura portuguesa. Se llamaba *civilizados* a los blancos y, hasta 1961, también a los *assimilados*. Los *assimilados* representaban el 1% de la población africana de Angola, al 99% restante de dicha población se la consideraba *no civilizada*. (N. del T.) <<

[12] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[13] *Efendi* en árabe significa «señor», mientras que *Hakim* es un título honorífico que suele emplearse para designar a un sabio o un médico. (N. del T.) <<

[14] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[15] Fiestas anuales que se celebran en numerosas ciudades de diversos países africanos para conmemorar la independencia. (*N. del T.*) <<

[16] El teke (o bateke) es un pueblo bantú extendido por los dos Congos y por Gabón. Tiene su propio jefe, rey o mokoko. Históricamente, el reino teke fue el gran rival del reino kongo. (*N. del T.*) <<

[17] Cruenta batalla entre tropas francesas e inglesas durante la Guerra de los Cien Años. Los franceses atacaron la retaguardia inglesa matando a los pajes y al personal no combatiente, y en venganza el rey Enrique de Inglaterra hizo ejecutar a todos los prisioneros franceses. (*N. del T.*) <<

[18] *Sirdar*: título que se aplica a los generales y los líderes militares en la India y Pakistán. (N. del T.) <<

[19] Bar que frecuenta el protagonista de la novela *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry.
(N. del T.) <<

[20] Palabra con que los musulmanes designan allí a los cristianos y en general a los europeos. (*N. del T.*) <<

[21] El ministro francés que participó en el acto, Philippe Douste-Blazy, fue frecuentemente objeto de chirigota por su aspecto en los medios de comunicación franceses. (*N. del T.*) <<

[22] Referencia irónica a la frase atribuida a la reina María Antonieta, cuando el pueblo salió a la calle para protestar por la falta de pan: «¡Que coman brioches!» (*N. del T.*) <<

[23] «No cesaré hasta que alcance la confluencia de los dos mares, así tenga que viajar ochenta años.» (*N. del T.*) <<

[24] Palabra swahili que quiere decir «persona blanca», se emplea genéricamente para designar a los blancos de origen europeo. (*N. del T.*) <<

[25] Minibuses que funcionan como taxis colectivos. Su nombre viene de la palabra swahili *dala*, que significa «cinco», pues su precio en los años sesenta, cuando empezaron a funcionar, era de cinco centavos. (*N. del T.*) <<

[26] «Los débiles tienen problemas, los fuertes tienen soluciones.» (*N. del T.*) <<

[27] *Dhow*, típica embarcación árabe en la que se inspiraron las carabelas europeas.
(N. del T.) <<

[28] La frasila es una unidad de peso que equivale a 12,7 kilogramos. (*N. del T.*) <<

[29] «Después de mirarlo unos minutos llegué a la conclusión de que aquel árabe era un hombre admirable, el más admirable que he conocido entre los árabes, los wawahili y la mayoría de las castas de África. Era un hombre pulcro en su atuendo: su ropa estaba inmaculadamente blanca, su fez como recién estrenado, llevaba un rico cinturón con una daga espléndida con filigranas de plata, y su apariencia general era la de un *gentleman* árabe de vida muy acomodada». <<

[30] «Éste es el tipo de tumba que me gustaría. Quedarme en calma, en la calma del bosque, y que ninguna mano venga a perturbar mis huesos». (*N. del T.*) <<

[31] «Transportado por manos amigas a través de mar y tierra, aquí yace David Livingstone, misionero, viajero, filántropo». (*N. del T.*) <<

[32] Referencia a la escena de la película *Al final de la escapada (À bout de souffle)*, de Godard, en la que la actriz Jean Seberg vende el *International Herald Tribune* por los Champs Élysées de París. (N. del T.) <<

[33] «El 27 de junio de 1857, Burton y Speke partieron de Kaole, cerca de este lugar, en su expedición al lago Tanganika». (*N. del T.*) <<

[34] «Éste es el lugar donde los colonialistas alemanes colgaron hasta la muerte a los revolucionarios africanos que se oponían a su gobierno opresor». (*N. del T.*) <<

[35] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[36] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[37] La Cabaña, fortaleza española ubicada a la entrada de la bahía de La Habana, sirvió como prisión en los primeros años de la revolución y, después, como escuela militar. (N. del T.) <<

[38] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[39] Luis Carlos García Gutiérrez, conocido como «Fisín», oficial de los servicios de inteligencia cubanos experto en disfraces. Su jefe, Manuel Piñeiro, estaba a cargo de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior de Cuba. (*N. del T.*)

<<

[40] Sistema de canalización utilizado para el riego en Omán. (*N. del T.*) <<